UNA NOVELA ROMÁNTICA

El cielo en tus ojos

ÁNGELA DREI

El cielo en tus ojos

ÁNGELA DREI

Primera edición: julio de 2019
ISBN: 9781076726438
Sello: Independently published
Imagen: Max Saeling
Maquetación: soniarte.mvg@gmail.com



a las amigas que me han acompañado estos meses.

¡Gracias por estar siempre a mi lado!

Os *requiero*.

Follow through
make our dreams come true
don't give up the fight
you will be alright
cause there's no one like you
in the universo.

-Invencible. Muse.

1

La primavera se había adelantado. Nueva York despertaba bajo un increíble cielo despejado. Los helicópteros sobrevolaban Staten Island camino de Manhattan; abajo, el bullicio crecía en las calles que comenzaban a llenarse de gente.

Echó la bolsa de viaje al maletero del coche y volvió a revisar el mapa de carreteras en el teléfono móvil. No llevaba demasiado, un par de camisetas, una sudadera azul de los Gigantes y unos vaqueros compartían el pequeño espacio con un cepillo de dientes, sus guantes de lucha y el casco. Su madre vendería el resto a algún vagabundo que estuviera dispuesto a pagar por sus jerséis raídos.

Le había dado quinientos dólares a Jackson para cubrir el alquiler de unos meses. Después, Hannah, su madre, tendría que encargarse de pagar si quería seguir viviendo en aquel cuchitril.

Todavía no había regresado desde el día anterior, así que no se había despedido de ella. Suponía que era mejor, su madre y él nunca habían sido buenos conversadores.

Echó un vistazo a la calle. Este había sido su hogar. Uno sucio y maloliente, pero un hogar. Conocía a los dueños de todos los negocios, incluso a los nuevos jefes de la tienda de comestibles de la esquina donde había comprado galletas y Coca-Cola para el viaje.

Casi todos ellos le habían fiado alguna vez y a casi todos les había robado en alguna ocasión a lo largo de estos años.

Miró el reloj. Las ocho de la mañana. Una buena hora para salir a la carretera. Montó en el coche y callejeó para abandonar la ciudad.

Quería dormir cerca de Chicago si el tráfico se lo permitía.

El asfalto se convirtió en su horizonte y los carteles se sucedieron frente a él anunciando ciudades y pueblos, desvíos a paraísos desconocidos y a infiernos que le abrirían sus puertas sin hacer preguntas. De esa forma, fue dejando atrás medio país, estado tras estado.

Después de dos días conduciendo casi sin descanso, la señal del límite de velocidad le hizo levantar el pie del acelerador. Tenía los brazos cansados y le dolía el culo de estar sentado. Quedaba poco, se repetía una y otra vez al doblar el cuello a un lado y a otro para desentumecer los músculos. Lincoln no sería el destino de su vida, pero era mucho más seguro que permanecer en Nueva York. Cualquier cosa era mejor que levantarse cada mañana y comprobar que una vez

más el dinero había volado del bolsillo y tenía que hacer otra visita al gimnasio para conseguir un poco de liquidez.

Llegaría antes de que fuera noche cerrada, pero tenía que tener cuidado. No podía permitirse pagar ninguna estúpida multa a la policía comarcal.

El dinero era su gran problema. Había dejado atrás muchas malas decisiones, algunas para siempre, otras, por desgracia, le perseguirían durante un tiempo.

En esos dos días no había recibido ni una llamada, así que el trato con Misely funcionaba y podría dormir tranquilo unas semanas. Solo tenía que trabajar y eso nunca había sido un problema para él. Llevaba haciéndolo desde los doce años, entonces comenzó a ganar unos dólares ayudando en el gimnasio los fines de semana. Observaba con envidia a los hombres que se subían en aquel ring. Cuando fue lo suficientemente grande como para ser él quien saltaba tras las cuerdas, supo que el dinero siempre venía acompañado de dolor y sacrificio. Aprendió a soportar los golpes y pelear por unos billetes para pagar el alquiler. Había pasado mucho tiempo desde esa primera vez y él se había convertido en un luchador con un futuro exitoso por delante, preparado para dar el salto al circuito internacional de *full contact.*

En unas semanas, tal como había prometido, tendría la mitad del pago. Entonces, sería libre.

Sus ojos se humedecieron con otro bostezo y pisó un poco más el acelerador para conseguir unos kilómetros extra. Solo un poco. Según el último cartel quedaban veinte kilómetros y llegaría a su destino.

Nunca había estado en Lincoln. En realidad, no había estado en ningún sitio. La única vez que su clase de la escuela salió de excursión a las cataratas del Niágara, estaba demasiado enfermo para acompañarlos. Su madre le dijo que no se perdía nada, total solo era agua y además te obligaban a ponerte un impermeable horrible de color amarillo. Por suerte, cuando regresó a la escuela, sus compañeros ya habían olvidado toda aquella tontería del viaje y pudo hacer como si no existiera ninguna catarata ni ningún lugar fuera de Staten Island.

El primer cartel con el nombre de la ciudad en letras blancas le saludó y siguió las indicaciones que le daba el GPS del teléfono móvil.

—¿Tienes hambre?

Allí estaba Gran Jeam, directo a lo importante. Nada de abrazos ni palmadas en la espalda. Comer, dormir y tener sexo. Ese era su esquema de la vida. Y no le había ido mal, a juzgar por el aspecto de aquel discreto jardín frente a una pequeña casa de dos plantas con una puerta de madera que había sido pintada hacía muy poco.

—Me muero de hambre. Llevo dos días alimentándome con

comida grasienta de carretera y cerveza mala —dijo Evan entrando en la casa.

—Deja el equipaje para después.

Evan entró a un recibidor sin muebles, solo un perchero con abrigos y botas en el suelo.

—No hay equipaje —aclaró encogiéndose de hombros.

—Ese coche parece en las últimas. ¿Cómo se ha portado en la carretera? —preguntó Jeam al cerrar la puerta.

—Sin problemas —respondió echando un vistazo a la sencilla cocina.

Había una mesa con dos sillas, un frigorífico y un microondas junto al fregadero. La ventana no tenía cortinas y Jeam miraba su coche aparcado en la entrada, lleno del polvo del viaje.

—Tienes que pensar en comprar uno nuevo —dijo.

Gran Jeam llenó un plato con espaguetis bañados en salsa de tomate con trozos de queso, *bacon* y pimienta.

—Esto huele de maravilla, Gran Jeam, tú sí que sabes cómo tratar a las visitas —bromeó al ver la montaña de pasta sobre su plato y se sentó resoplando.

—Jeam. Aquí solo soy Jeam —le corrigió y tomó asiento a su lado.

—¿Solo? —preguntó extrañado mientras se llenaba la boca.

—Sí. Solo Jeam. En realidad, me llaman señor Grant.

—¿En serio? —preguntó tragando sin molestarse en masticar.

—En serio —aseguró llenando un vaso de agua—. Bebe un poco y come más despacio. Nadie va a quitarte la comida.

Evan sacudió la cabeza con una sonrisa. Jeam le regañaba como si fuera una mezcla de madre y padre. A él no le importaba. A cualquier otro le hubiera partido la mandíbula por hablarle de ese modo.

—Veo que has olvidado tus modales —dijo al darle un pequeño golpe en el hombro.

—Me muero de hambre —gruñó con la boca llena otra vez.

—Eso ya se ve. He comprado tarta de manzana de postre.

Tragó los espaguetis y tomó un poco de agua para conseguir pasar todo aquello al estómago.

—Espero que sea grande.

La carcajada de Jeam resonó con fuerza en la cocina y se unió a él riendo con ganas.

—¿No te queda cerveza? —preguntó con el vaso de agua vacío.

—¿Cuántos años tienes? —Jeam arqueó la ceja.

—Venga, Jeam. Hace tiempo que tengo edad de beber.

Hacía un par de años que no se veían, pero al parecer todo seguía igual entre ellos. A Jeam nunca le había gustado que bebiera. Evan conocía los riesgos. Se había emborrachado varias veces, como todos

los chicos del gimnasio, y había hecho tonterías. Jamás había probado las drogas y era capaz de mantenerse seco una semana antes de los combates. Si sentía la tentación de buscar el camino fácil para olvidar los problemas, no tenía más que recordar a su madre tambaleándose al llegar a casa del brazo de alguno de sus acompañantes.

—Si quieres quedarte aquí tienes que seguir ciertas reglas: nada de tonterías. Y por supuesto no más peleas.

Le miró esperando que rompiera a reír, pero Jeam estaba cruzado de brazos y su expresión era severa.

—Lo tomas o lo dejas. Son mis reglas —insistió.

—¿Tengo otra opción? —contestó.

Sabía que Jeam no era un ingenuo, seguramente sospechaba que este viaje escondía algo más. Con suerte, no haría muchas preguntas.

—¿Y qué vas a hacer si…?

No terminó la frase. La mirada de Jeam era helada. Solo le había pegado una vez, pero fue suficiente; uno de sus derechazos le podía dejar inconsciente un buen rato. Así que se tragó las palabras y terminó la porción de tarta.

—Tu habitación está al lado del garaje. En realidad, antes formaba parte de él.

—Será suficiente. Todavía no te he dado las gracias…

—No me las des —le interrumpió—. No vas a vivir gratis. Te dije que necesito un ayudante y no te he mentido. Igual dentro de dos semanas estás deseando largarte otra vez.

—No lo creo —aseguró mientras se levantaba para recoger el plato y Jeam le indicaba el lavavajillas—. En serio, Jeam. Gracias por ofrecerme el trabajo, necesitaba un cambio.

—Empiezas mañana —dijo atajando cualquier momento incómodo entre los dos.

—¿Mañana? —preguntó—. Pensaba descansar un par de días después de este maldito viaje.

—Vamos, te enseñaré tu cuarto.

Jeam ignoró sus quejas y señaló con la cabeza una puerta al otro lado del pasillo.

—Ahí está el baño, tiene ducha. Arriba hay otro, así que no nos molestaremos.

Lo bueno de estar con Jeam es que todo fluía con facilidad. Era justo lo que necesitaba: un lugar donde respirar durante unos meses mientras conseguía dinero suficiente para que su vida dejara de ser una mierda.

La habitación no era demasiado grande, pero tal como había dicho Jeam, serviría. Había una cama que ocupaba gran parte del espacio, un armario y una cómoda. Seguramente los muebles eran tan viejos como aparentaban. La lámpara que había sobre una caja de

madera que hacía las veces de mesita de noche, también tenía sus buenos años.

—He puesto un par de mantas, suele haber humedad. Había pensado instalar un radiador, pero no he tenido tiempo. De todas formas, la primavera ha llegado muy pronto.

—Está todo bien —aceptó echando un vistazo alrededor.

—Entonces te dejo descansar. Mañana salimos a las siete.

Evan se dejó caer en la cama sin quitarse las botas. Solo quedaban dos días para el sábado, tenía que sacar fuerzas y demostrarle que no se había equivocado al confiar en él.

—Quiero ese trasto fuera de mi entrada mañana. Llévalo atrás, junto a la furgoneta.

Sonrió al escuchar a Jeam al otro lado de la puerta. Se levantó y miró por la ventana. El vecindario estaba formado por una hilera de parcelas a cada lado de la carretera con viviendas sencillas y jardines cuidados. Los árboles que bordeaban la carretera al final de la calle formaban un muro verde. Le desconcertaba esta casa, jamás habría imaginado a Gran Jeam convertido en el americano medio de una ciudad de segunda. Se quitó las botas y le sorprendió la alfombra que había sobre el suelo de madera. Era mullida y suave y se entretuvo hundiendo los dedos de los pies en ella con una creciente sensación de gratitud dentro de su pecho. No quiso darle más vueltas a todo aquello y se quitó la ropa para dormir.

*

Todavía era de noche cuando escuchó ruidos. Abrió los ojos de golpe. Se tranquilizó al ver la hora en el teléfono móvil. No eran las siete.

De un salto, Evan abandonó la cama y fue directo a la ducha. Jeam ya estaba en la cocina.

—Buenos días. Si quieres café caliente, no tardes.

El agua fría le golpeó de lleno en la cara y maldijo en voz alta y aguda. Al otro lado de la puerta escuchó las carcajadas de Jeam. Por suerte a los pocos segundos la temperatura era correcta y disfrutó con el vapor llenando el cuarto de baño.

—Gracias por el café —dijo al ver la taza sobre la mesa—. No me has contado nada sobre el trabajo.

—Es fácil —comenzó Jeam mientras tomaba unos huevos revueltos—. Estamos haciendo una pequeña reforma en el hospital de la ciudad. Tengo trabajando a tres hombres. Solo hay que adecuar la salida al aparcamiento y unos cuantos despachos que se inundaron con las lluvias. También vamos a reformar la instalación eléctrica de

las oficinas. El edificio es bastante antiguo.

Evan saboreó su porción de huevos y *bacon* y dio otro trago al café. Jeam se levantó y recogió su plato. Entonces, se puso frente a él con las manos en las caderas.

Aunque iba vestido para trabajar, su ropa estaba en perfecto estado y Evan pensó lo diferente que era al Jeam que él solía conocer. Seguía siendo una maldita roca, pero su mandíbula no estaba apretada y sus ojos mostraban una calma que nunca había visto antes.

—Verás, Evan, las cosas son diferentes por aquí. Nadie sabe a qué me dedicaba en Nueva York. Empecé aceptando pequeños trabajos y ahora dirijo a unos cuantos hombres. No quiero tener problemas.

—Tranquilo, no los tendrás.

Gran Jeam no pareció demasiado contento con su respuesta y algo en su forma de mirarlo hizo que se revolviera incómodo.

—Me iré en cuanto haya ganado un poco de dinero —añadió.

—Joder, no quiero decir eso, Evan —explicó Jeam pasándose la mano por el cabello—. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

—Sé buscarme la vida, tranquilo.

—Escucha —ordenó sujetando su brazo—. Dejé todo aquello atrás, he pagado mis deudas, hasta tengo algo de dinero ahorrado. Llega un momento en que uno necesita vivir tranquilo, Evan.

—Lo sé. Me marcharé en cuanto pueda —dijo tratando de zafarse de su apretón.

—No vas a ir a ninguna parte, chico. Tú también necesitas tranquilidad —dijo Jeam, impaciente.

—Ya soy mayorcito para saber lo que necesito —dijo Evan.

—Eso te crees, pero no tienes ni idea.

Evan resopló y Jeam le soltó por fin y fue hacia la puerta.

—Vamos. Y no la jodas el primer día o te doy una paliza cuando lleguemos a casa.

Pensó que lo mejor era no enfadarle, si no fuera por él ahora estaría durmiendo en la calle. El último año no había tenido mucha suerte. El trabajo escaseaba y los combates no le dejaban demasiados beneficios. Por si fuera poco, le había dado sus últimos quinientos pavos a su madre para que pudiera pagar la factura del hospital de su último ingreso. Cuando llamó a Jeam estaba desesperado.

Subió en la furgoneta al lado de su amigo, que ahora era su jefe, y aprovechó para dar una pequeña cabezada. Odiaba madrugar.

El trabajo era pesado, sobretodo porque él era el chico de los recados. Así que se pasó las horas de un sitio a otro cargando material y limpiando cuando terminaban. Parecía que tenía todo el tiempo encima la mirada Jeam y no descansó ni un segundo. Y maldita sea, no iba a rajarse el primer día.

Comió en la cafetería del hospital con los demás chicos, solo un

bocadillo porque no le quedaba casi dinero. Al caer la tarde le dolía la espalda y odiaba aquellas botas de seguridad que parecían pesar una tonelada.

—Vamos a ir a tomar algo al local de Beth. ¿Te apetece una cerveza?

Miró a Baran, uno de sus compañeros, y pensó que no tenía fuerzas ni para levantar una jarra.

—Creo que paso —se disculpó y buscó a Jeam. Estaba cargando la furgoneta.

—No vas a dejar que te gane así de fácil, ¿verdad? —dijo Baran y lo miró con una mueca irónica. Había dado en el clavo.

—Nos vemos allí —aceptó Evan frotándose la nuca.

Cuando Jeam se acercó, él ya llevaba puestas sus zapatillas deportivas y su vieja cazadora de cuero.

—El chico dice que viene a tomar algo con nosotros. ¿Te animas?

—Es jueves —dijo Jeam mirando a Baran muy serio—. Mañana hay trabajo.

—Solo unas cervezas de bienvenida, Jeam.

El jefe no dijo nada más. Le hizo un gesto a Evan y ambos subieron a la furgoneta.

Dos horas más tarde, después de una ducha y de aparcar la furgoneta, estaban otra vez en la carretera. Esta vez iban en el coche de Jeam, un modelo europeo que debía tener un par de años y estaba reluciente por dentro y por fuera.

El bar de Beth era pequeño, había una barra de madera llena de jarras de cristal listas para ser llenadas de cerveza y media docena de mesas donde sentarse a comer algo rápido. Estaba a unas calles del hospital y todos parecían conocerse.

Evan siguió a Jeam a un rincón de la barra donde se encontraban sus compañeros.

—Así que aquí es donde vienen a divertirse —observó al tomar asiento junto a ellos.

—Sí. Hasta los médicos necesitan tomar algo después del trabajo —dijo Matthew.

Era el más hablador de los tres hombres de la cuadrilla, también el más joven, aunque no tanto como Evan. Los tatuajes que decoraban sus brazos podían admirarse con esa camiseta negra de manga corta que llevaba y él no dejaba ni un momento de mirar a su alrededor como si estuviera buscando una presa. Lo que seguro era cierto, porque allí había un montón de mujeres.

—Supongo que sí —dijo Evan echando un vistazo a su alrededor.

—Desde hace unos meses estamos trabajando en el hospital. Hemos ido encadenando varias reformas, al director le gusta cómo trabajamos —continuó Mathew.

—Vaya —dijo. No tenía ni idea de que a su amigo le iban tan bien las cosas, pero empezaba a darse cuenta de cuánto había cambiado su vida.

—Jeam es un tío serio. Nos paga cada semana. Así que por mí espero que esto dure todo el año —le aseguró Brian. No había hablado con él en todo el día. Era un hombre de estatura media y movimientos calmados. Llevaba el cabello tan corto que se podía ver una cicatriz que atravesaba desde el centro de su cabeza hasta la oreja. Evan se preguntó cómo habría terminado con la cabeza abierta, pero se guardó sus preguntas. Conocía ese tipo de cicatrices y detrás no había el tipo de historias que se suelen contar a desconocidos.

Baran asintió al comentario de Brian. Evan le había escuchado decir alguna palabra con acento bastante pronunciado. Le echó un vistazo con disimulo. Estaba acostumbrado a valorar a sus contrincantes en las peleas, y desde el primer momento se había dado cuenta de que, si tuviera que pelear con alguno de ellos, el contrincante más duro sería Baran. Sus brazos eran enormes, limpios de tatuajes, lo que era extraño en aquellos tiempos para alguien con ese aspecto. Llevaba el pelo cortado como un militar, y eso hacía que su mandíbula, fuerte y firme, completara su imagen peligrosa. Pero, sobre todo, Evan había visto sus ojos: tan azules como el océano y tan fríos como el hielo.

Mientras una camarera se acercaba a la barra con cuatro jarras frías, Evan miró en la misma dirección que Mathew.

—Parecen simpáticas —dijo sonriendo de medio lado a las dos chicas que los miraban desde una de las mesas del local.

—Sí. Y esa morena es una preciosidad —contestó Matthew al guiñar el ojo a una de ellas.

Jeam se unió a ellos y cogió la jarra de cerveza antes de que le diera tiempo a probarla.

—Un refresco para el chico, Beth.

Una mujer entrada en la cincuentena le sonrió de medio lado sin ninguna vergüenza.

—Hoy en día los chicos son tan grandes que parecen hombres antes de tiempo —dijo mirándolo con sorna.

—Le aseguro que soy todo un hombre —replicó. No le gustaba que Jeam le tratara como a un niño delante de los otros compañeros. Hacía tiempo que había cumplido veintiún años e incluso antes ya había pillado sus primeras borracheras.

—Muy hombre, seguro. Invito yo —dijo Beth guiñando un ojo a Jeam al poner un refresco de cola delante del chico.

Todos ignoraron la pequeña escena, no querían enfrentarse a Jeam, era el jefe y no iban a pelear por él. Así que Evan se tragó su orgullo y tomó el refresco que le daba Beth. Tenía que mantener la

calma y no hacer ninguna tontería o Jeam le echaría de su casa. Y la realidad era que no tenía dónde ir.

Mathew volvía a estar ocupado mirando a las mujeres y seguía hablando con Brian sobre su aspecto, mientras Baran solo estaba allí, bebiendo y respirando.

—Es un poco delgada para mi gusto, ya me entiendes —dijo Brian.

Mathew se echó a reír. Claro que le entendía. La chica morena no era precisamente una mujer que llamara la atención por su delantera, pero esos ojos azules eran los más bonitos que había visto hacía mucho tiempo.

—¿Crees que querrán una cerveza?

Sin esperar su respuesta, Mathew fue hacia la mesa. Desde su lugar en la barra, Evan podía ver las caras de ellas mientras se aproximaba. Lo que no esperaba es que justo esa preciosidad de ojos claros se levantara y fuera hacia él.

La observó caminar entre la gente, con sus vaqueros ajustados marcando unas caderas pequeñas y una sencilla camisa lila suelta sin mangas.

—Una cerveza —levantó la voz por encima del murmullo del bar para llamar la atención de la camarera.

Evan aprovechó para mirarla sin ningún disimulo, hasta que ella también se giró. Dio un trago a su refresco y maldijo a comprobar el sabor. ¿Qué mujer se fijaría en un hombre que bebe refrescos infantiles? Ninguna. Pero no quería perder esta oportunidad.

—¿Trabajas en el hospital? —preguntó Evan. Era directo, como siempre, sabía que el tipo de mujeres que se fijaban en él apreciaban ese rasgo. Nada de juegos tontos ni frases con segundas intenciones.

—Sí. Soy enfermera.

—Estoy seguro de que hoy no nos hemos visto. Recordaría tus ojos —dijo Evan.

Juraría que ella se había sonrojado, pero fue rápida y dio un trago a su cerveza para ocultar los nervios. Él aprovechó para observarla con más atención: su piel era muy pálida, pero no tanto como una de esas modelos hambrientas, como era la última moda en Nueva York. Se detuvo al llegar a sus labios y ella tomó aire. La estaba poniendo nerviosa y en ese terreno él sabía jugar.

—Soy Evan —se presentó ofreciendo su mano, que ella aceptó.

—Me llamo Allyson. Eres uno de los chicos de Jeam, ¿verdad?

—Puede decirse que sí —dijo sin apartar la vista de su boca.

—No recuerdo haberte visto antes por aquí.

—Acabo de llegar a Lincoln —explicó y decidió que era el momento de encontrarse con sus ojos.

—Vaya. ¿Y qué te parece?

—Todavía no he podido ver nada de la ciudad. ¿Quizá te gustaría ser mi guía turístico?

Allyson dio un trago a su cerveza, estaba demasiado nerviosa y él seguramente lo notaba. No quería quedar como una tonta, tampoco escaparse como una niña. Le había mentido por costumbre, con el tiempo había aprendido que la gente se comportaba de forma extraña con los oncólogos. No los querían demasiado cerca si no era necesario, aunque ella solo fuera, por ahora, una residente de primer año.

De acuerdo, él no era el tipo de hombre con el que ella saldría, no llevaba traje ni corbata. Era muy joven, seguro que tenía unos cuantos años menos que ella. No, jamás había salido con un chico como él, ni siquiera cuando era una adolescente se había sentido atraída por el mito del chico rebelde.

—¿Te gustaría? —insistió Evan y ella se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo callada.

—Mis horarios son un poco caóticos —se excusó.

Allyson echó una mirada a la mesa buscando apoyo en Samantha. ¿Por qué se había dejado convencer? Las manos le sudaban y no podía evitar sentir un hormigueo en el estómago, algo así como el vértigo que sientes cuando estás en la montaña rusa. La diferencia es que no llevaba ningún arnés de seguridad y no sabía qué pasaría al terminar aquel viaje.

—¿Otra cerveza? —preguntó Evan. Hizo un gesto Beth y ella asintió guiñándole el ojo.

La camarera dejó una cerveza frente a ella, Evan la cogió para dársela él mismo y aprovechó para acercarse un poco más.

—Pero estoy seguro de que tienes algún día libre, ¿verdad?

Él estaba tan cerca que Allyson podía oler un ligero rastro su colonia, un aroma a madera y caramelo que hizo que se sintiera hambrienta. Y lo peor fue que se aproximó aún más hasta rozar su rodilla con su pierna. Ese chico parecía tan seguro de lo que iba a suceder esa noche entre ellos que tuvo ganas de darle una bofetada. Pero no podía. Al fin y al cabo, había sido ella la que se había acercado a él, así que ahora no iba a ir echándole la culpa por tener esas ideas. Además, tampoco era nada malo. Ella era una mujer joven y no tenía pareja. Eran dos adultos. Samantha había insistido en eso para convencerla de esta tontería.

—Creo que hasta dentro de una semana no tengo un día de descanso.

—Vaya —murmuró Evan haciendo un pequeño mohín—. Es una pena. Tendré que esperar, entonces.

El tono de su voz había bajado hasta volverse mucho más grave y Allyson tragó para intentar calmarse. De repente hacía calor, mucho calor, y ese chico estaba tan cerca que sentía su respiración. Era

atractivo. Sus ojos oscuros estaban bordeados por unas grandes y espesas pestañas negras y los rizos de su cabello estaban algo desordenados. Su imagen estaba enmarcada en un halo triste, muy parecido a la nostalgia. Había conocido a suficientes personas con esa mirada, la que dice que has sobrevivido a cosas que otros solo conocen de oídas, historias sobre muerte y sueños rotos. Sí, Evan escondía aquellas historias tras esos ojos negros que la miraban con descaro y una chispa de diversión. Y ella sintió ganas de enseñarle que había muchas más cosas ahí fuera además del dolor, cosas sencillas y hermosas como la tarta de chocolate y levantarse tarde el domingo. Entonces sacudió la cabeza. Ya estaba otra vez con aquella obsesión suya de salvadora.

Evan había aprovechado el silencio de ella para acercarse. En un gesto atrevido llevó su mano hasta su cintura. Podía reconocer cuándo una mujer estaba a punto de ceder, no era la primera ni sería la última con la que ligaba en un bar y terminaba pasando un buen rato en el coche. Entonces recordó que no había venido en su coche. Algo tendría que pensar.

—Nos marchamos, Evan. Mañana hay que madrugar.

La posibilidad de dar un puñetazo a Jeam pasó por su cabeza a la velocidad del rayo, pero respiró con calma y sonrió como si no pasara nada.

—Voy a quedarme un poco más, Jeam —contestó ignorando la interrupción.

—Vuelve en un taxi, los chicos están bebiendo demasiado.

Que Jeam lo tratara como si fuera su hijo pequeño era molesto. Más aún, le cabreaba. Además, sabía que lo había hecho aposta. Pero había dicho la palabra «taxi» y él no tenía ni un billete de veinte en el bolsillo.

—Tienes razón, mañana hay que trabajar —dijo sin quitar la vista de encima Allyson.

El momento se había roto, en solo un instante ella se encontraba a mil kilómetros de distancia de él, aunque solo había dado un paso atrás, lo suficiente para romper todo contacto entre ellos.

Dios, ahora quería pegar a Jeam. En serio quería hacerlo.

—Encantada de conocerte—dijo ella.

Allyson se dio la vuelta con su cerveza demasiado rápido y Evan no dejó de mirarla mientras se alejaba. Aquel pantalón se ceñía a sus piernas con cada paso. Aunque caminaba sin contonearse, él apreció la curva de sus caderas y la cintura menuda. Era sexi. No de forma exuberante ni provocadora. Cuando se sentó, apartó su cabello oscuro y evitó de forma consciente mirar en su dirección. Sus movimientos, quizá por su naturalidad, se le antojaron sugerentes y cautivadores.

Con cara de pocos amigos, Jeam continuaba junto a él.

—Vámonos antes de que te golpee —gruñó malhumorado y dejó el refresco sobre la barra.

—Me gustaría ver cómo lo intentas —le retó Jeam al salir—. ¿Sabes? Algunas de estas mujeres están deseando tener una aventura con un alguien, digamos, menos estirado que esos educados médicos con los que trabajan.

—¿Y eso me lo dices por experiencia? —preguntó al sentarse en el coche y ponerse el cinturón.

—Evan… Ten cuidado.

No contestó. No era capaz de decir nada que no fuera un insulto. Jeam puso música y el camino de regreso a casa sirvió para que los dos pensaran un poco antes de continuar aquella conversación.

—Oye Evan, intenta ir despacio. Tómate un tiempo para conocer esto.

—¿Sabes? Tal vez no quiera conocerlo. Tal vez me largue pronto —replicó, dejando que su frustración hablara por él.

Le gustaría que todo ese rollo de hermano-mayor-protector que se había montado desapareciera de una vez. Vale que hacía unos años le había ayudado, vale que si no fuera por Jeam en esos momentos estaría tirado en una cama reponiéndose de alguna pelea de mierda para pagar el alquiler. Vale que no quería pensar en nada y solo le apetecía divertirse un poco con una mujer.

—Deja de decir eso. No vas a ir a ningún sitio.

—Estaría bien un poco de confianza por tu parte, entonces —contestó malhumorado—. No soy un imbécil, puede que sea joven, pero soy más hombre que muchos.

—Lo sé y por eso me preocupo —concedió Jeam poniendo una mano sobre su hombro.

Habían entrado en casa y Evan lo único que quería era encerrarse en su habitación y descansar.

—Pues no lo hagas —soltó Evan con brusquedad.

Jeam se pasó la mano por la frente, siempre le había costado hablar.

—Cuando te dije que podías quedarte el tiempo que quisieras, iba en serio. No seas tonto y lo estropees por una noche con una chica. Ve despacio. Te mereces esta oportunidad.

—Hablas como uno de esos predicadores de la tele —se burló Evan.

Jeam no añadió nada más, le dejó plantado junto a la puerta de la maldita habitación del garaje y a Evan no le quedó más remedio que tragarse su rabia. Cabreado, se sentó en la cama y se quitó las deportivas. Otra vez sintió la alfombra.

¿Por qué narices tenía que ser Jeam así? ¿Por qué había puesto una alfombra? Él no necesitaba caridad de nadie, podía valerse por sí

mismo. Siempre lo había hecho.

Renegando de la gratitud que sabía que en el fondo sentía, dio un puñetazo sobre la cama. Maldita sea, hasta se había molestado en poner una luz en la mesita.

A Evan no le quedó más remedio que tragarse su enfado. Lo único mal allí era él y aquel armario vacío que le recordaba que no tenía nada con que llenarlo.

2

Había tenido un día terrible. Allyson sabía que, de hecho, el porcentaje de días malos ganaba por goleada a los buenos. En la universidad solo estudiabas casos y estadísticas, y casi siempre imaginabas que tus futuros pacientes tenían una enorme sonrisa después de pasar por tus manos. Te sentías una especie de dios. Luego llegaba la realidad. Y la realidad era que, aunque la medicina había avanzado muchísimo y cada vez era más efectiva, el goteo de casos era constante. Un médico siempre intentaba no implicarse demasiado con sus pacientes; al principio funcionaba, pero los meses pasaban y aquellas caras comenzaban a tener nombre y apellido. Eran el padre de alguien, la madre o el hijo; la esposa que lloraba porque su marido la había abandonado incapaz de enfrentarse a una enfermedad tan dura, y el esposo que mentía a todos para que no sufrieran. Sí, sus pacientes tenían nombre, apellido y un lugar en su corazón. ¿Había otra forma de ser médico? Para ella, no. Por desgracia eso la hacía demasiado vulnerable. A veces pensaba que a la larga también la convertía en mal médico. Implicarse emocionalmente nunca era bueno. Y ese primer año de residencia ya le parecía eterno. Estaba segura de que, aunque le quedaban tres años para cumplir los treinta, dentro de poco tendría tantas arrugas como una mujer de cincuenta.

Siempre que pensaba en su edad recordaba a su madre. Desde que Allyson se fue a la universidad, su relación se había ido enfriando. Viuda desde hacía una década, Cora había esperado con paciencia a que su única hija abandonara el hogar para poder rehacer su vida. En el segundo año de universidad, Allyson asistió a la boda de su madre y recibió la noticia: se trasladaba a California para disfrutar del sol con su nuevo marido, un abogado con dos matrimonios anteriores. Lo único que pudo hacer fue animar a su madre a disfrutar del tiempo que le quedara y suplicarle que no vendiera la casa familiar.

Necesitaba un préstamo para pagar a su madre la propiedad, así que escogió un puesto en Lincoln para continuar su formación. No era lo mejor para su carrera, pero sabía que le daría seguridad económica. Además, estaría cerca de sus amigos.

Durante el almuerzo, Samantha había desviado la conversación a temas banales. Era buena en ello. Por supuesto hablar sobre el «chico sexi del bar» era obligado, también compararlo con Michael, la única relación que había tenido en la universidad. Al final, Allyson se había

recargado con un montón de energía positiva y se sentía invencible.

—Hola —repitió Allyson elevando la voz. Empezaba a pensar que era una mala idea saludar a ese chico otra vez. Había dado una vuelta por la zona en obras para ver qué tal estaban quedando los despachos, no porque quisiera verlo, desde luego. Se había quitado la identificación de médico solo por seguir la broma de Samantha.

Cuando él se dio la vuelta la encontró en la puerta y ella vio cómo pasaba la fregona de una mano a otra, como si quisiera hacerla desaparecer.

—Te he visto y bueno…. —estaba empezando a ponerse colorada, lo sabía, y él no tenía cara de estar muy feliz de verla—. Solo saludaba.

—Encantado de saludarte —dijo con cierto tono irónico.

—¿Has terminado aquí? —Evan miró con verdadero odio a Jeam al verlo aparecer. Su jefe estaba detrás de Allyson, en la puerta.

—No, todavía no —contestó con fastidio.

—Perdona, no quería interrumpirte —se apresuró a decir Allyson, y se dio la vuelta para regresar por donde había venido, recordándose mentalmente no volver a seguir ningún plan de Samantha en el futuro.

—¿Nos vemos luego y tomamos una cerveza?

Allyson se detuvo al escuchar la proposición, el jefe seguía mirándole con cara de pocos amigos, pero la sonrisa de Evan parecía sincera.

—Sí, perfecto, solo me quedan unas horas para terminar el turno.

—Entonces voy a terminar rápido con este suelo, antes de que mi jefe decida echarme la bronca. No es muy comprensivo, ¿sabes? —bromeó guiñando un ojo.

Jeam no dijo nada, vio como ella se alejaba con una sonrisita nerviosa en el rostro y supo que Evan iba de cabeza a un precipicio, uno con unos preciosos ojos y una piel de porcelana, pero igual de peligroso.

—No es culpa mía si soy irresistible para las mujeres —soltó Evan cuando consideró que ella no podía escucharlos.

Jeam resopló, pero cuando volvió a hablar ya no había ni rastro de dureza en su rostro.

—Termina de una vez. Estoy cansado y quiero irme.

—¿Crees que dirá algo mi jefe si solo le doy dos pasadas al suelo? Para mí ya está perfecto —dijo mirando la superficie oscura que había quedado bastante limpia.

—Creo que no dirá nada —cedió, el chico se merecía un respiro —. Pero mañana tendrás que terminar. Los médicos son un poco quisquillosos con sus despachos y el equipo de limpieza que han contratado no llega hasta la semana que viene. Tiene que parecer que no hemos trabajado aquí.

Evan volvió a empuñar la fregona para terminar la pasada al suelo.

—¿Cuándo voy a trabajar de verdad?

—Cuando crezcas un poco, chaval —contestó Jeam y le agitó el pelo.

Sabía que odiaba que tuviera esos gestos. Evan siempre era muy reservado con el contacto personal y él mismo no era muy distinto. Cuando te acostumbras a recibir golpes termina por no gustarte que los demás se acerquen demasiado.

*

Evan se puso la camiseta negra y los pantalones vaqueros. Se miró en el espejo se arregló los rizos del flequillo mientras miraba su mandíbula para decidir si era el momento de afeitarse. Ir un poco desaliñado era la moda, así que no perdió más tiempo en el baño.

La noche anterior había estado mirando ofertas de trabajo en internet. Con un solo sueldo iba a ser complicado cumplir los plazos con los Misely y sabía lo peligroso que podía resultar cualquier retraso. Por la mañana iría al paseo marítimo para ofrecerse como camarero, ayudante de cocina o lo que fuera. Así que, pensándolo bien, la opción de salir por la noche no era nada buena, pero esos ojos azules eran los más bonitos que había visto en mucho tiempo y no iba a desperdiciar la oportunidad de encontrarse de nuevo con ella.

—¿No vienes?

—No —contestó Jeam. Se había puesto un pantalón deportivo descolorido y estaba tumbado en el sofá, descalzo, con un sándwich de carne, un vaso de agua y un programa de historia antigua en la televisión.

—No entiendo que te gusten esas cosas —dijo Evan al ver en la pantalla un oficial alemán dando un discurso desde un balcón frente a una muchedumbre, la imagen dio paso a un mapa de Europa donde se reflejaban los movimientos de tropas.

—Un poco de cultura no viene mal —dijo sin quitar la vista de la pantalla—. Coge las llaves del coche.

Evan se apresuró a buscarlas. Por lo menos no tendría que gastar dinero para volver a casa.

—No bebas alcohol —advirtió Jeam.

—Tranquilo. No tengo dinero para emborracharme —dijo cogiendo su cazadora de cuero.

—Hoy has cobrado —dijo Jeam extrañado. Aunque solo llevaba dos días, él pagaba los viernes y el muchacho había recibido su parte.

Evan salió por la puerta sin molestarse en despedirse. No tenía

ganas de dar explicaciones y la mirada inquisitiva de Jeam anunciaba muchas preguntas. Todo estaba bajo control. Con un poco de suerte pronto sería una muesca más en su vida. Y entonces le podría contar todo.

Condujo con precaución, no entraba en sus planes tener ningún accidente ni arañar el coche de Jeam. Necesitaba cada billete que ganaba. El teléfono móvil estaba tirado en el asiento del copiloto, en silencio.

Cuando entró en el local de Beth lo primero que vio es que había muchos más clientes que la noche anterior. Se notaba que era viernes. En un segundo vistazo descubrió la mesa en la que estaba sentada Allyson y su amiga y ella le sonrió en cuanto le vio.

—Buenas noches.

—Buenas noches —saludó cogiendo una silla sin esperar a que le invitaran.

—¿Has venido solo?

—Sí, Jeam se ha quedado en casa descansando. Supongo que la edad no perdona —bromeó.

Ahora que la tenía frente a él no podía dejar de mirar sus ojos. Eran muy claros y destacaban sobre su piel pálida y el cabello oscuro.

—Esta es Samantha.

La amiga de Allyson tenía una sonrisa preciosa, una de esas que nacen del corazón, y en ese momento supo, sin ninguna duda, que había sido la culpable de que Allyson fuera a saludarlo la otra noche.

Se sentó al lado de Allyson, tan pegado a ella que sus piernas se rozaban, y ella intentó bajarse un poco la falda cuando él miró la porción de su muslo que quedaba al descubierto.

—¿Un refresco, chico?

Beth preguntó con cara divertida desde la barra y él le devolvió una sonrisa torcida que solía tener buen efecto sobre las mujeres.

—Una cerveza. Hoy tomaré una cerveza.

—¿Seguro? No quiero problemas con Jeam.

—No los tendrás, lo prometo —aseguró Evan. No pensaba beber más de una cerveza y todavía quedaba bastante tiempo para regresar a casa, así que estaría en condiciones de conducir.

—No llevas mucho tiempo aquí —dijo Samantha para romper el silencio incómodo que planeaba sobre la mesa.

—No. Soy nuevo en Lincoln.

—¿Eres amigo de Jeam?

—Sí —contestó—. Me ha dado la oportunidad de trabajar para él, aprender un poco y todo eso.

—Parece un buen hombre —comentó Samantha observando a Evan con interés.

—Lo es —afirmó metiéndose en la boca un puñado de palomitas

—. Si necesitas ayuda en casa, es tu hombre.

El comentario tenía un doble sentido muy claro y ella no se molestó, así que Evan dedujo que el interés de Samantha era algo más que cortesía. Llevaba solo un par de días en Lincoln y no tenía ni idea de las idas y venidas de su amigo, pero no le extrañaba que tuviera admiradoras. En Nueva York, Jeam tenía éxito entre las mujeres. Su fama de luchador imbatible se veía reforzada por el silencio con que contestaba a las preguntas personales, pero él sabía las razones que tenía para no permitir que le rompieran el corazón. Aunque en esta pequeña ciudad hubiera cambiado de vida, seguía guardando los mismos secretos.

La conversación siguió y Evan se mantuvo en un segundo plano escuchando de vez en cuando las risas de ellas. Aprovechó para echar un vistazo al resto de la clientela del local y se entretuvo en identificar a los que eran médicos. Había una interesante mezcla de personas: hombres trajeados con corbata, otros con pantalones vaqueros y camisetas, como él mismo, algunos parecían muy cansados, con ojeras oscuras y marcadas, seguramente habrían salido de una de esas maratonianas guardias. Lo único que él sabía del trabajo de un médico era lo que veía en las series de televisión. No le gustaría estar en el pellejo de ninguno de ellos. Ya tenía bastante con ser responsable de su propia vida, tener a su cargo la salud o el bienestar de otros no entraba en sus planes. A excepción de su madre, claro.

El recuerdo de ella le quemó igual que si hubieran apagado un cigarrillo sobre su piel. Aún recordaba lo que se sentía cuando el fuego te abrasaba. Intentaba no pensar en Hannah, sabía que era un gasto de tiempo inútil. Miró el teléfono móvil como un acto reflejo y casi se le escapó un suspiro al comprobar que no tenía ninguna llamada ni mensaje. Eso significaba que por ahora podía seguir tranquilo.

—¿Sucede algo?

Levantó la cabeza al escuchar la pregunta de Allyson, seguramente llevaba callado demasiado tiempo.

—No, nada. Solo estoy un poco cansado —fue la primera excusa que se le ocurrió.

—Espero que no sea culpa mía que hayas decidido salir.

Sonrió sin dejar de mirarla y esta vez fue ella la que bajó la cabeza. Estaban tan cerca que el perfume de Allyson cosquilleaba en su nariz recordándole a las lilas, aunque no creía haber olido nunca esas flores. Esperó con expresión divertida a que ella se atreviera a volver a mirarle y entonces se pasó la punta de la lengua por los labios.

—Lo cierto es que eres la culpable de que esté aquí —soltó sin dejar de mirar sus labios. Tenía una boca preciosa, los labios marcados, no demasiado gruesos, perfectos para su rostro ovalado.

—Vaya —fue lo único que atinó Allyson a decir.

Al otro lado de la mesa, Samantha sonreía, divertida con aquel intercambio de miradas tan poco discreto.

—Creo que ha llegado el momento de que me retire —dijo mientras se levantaba—. Evan, ¿puedes llevar a Allyson a casa?

—Por supuesto —contestó e inclinó la cabeza guiñando un ojo.

Allyson los miró, alarmada. La maniobra de su amiga era descarada. Pero
Samantha se levantó tan rápido que no tuvo oportunidad de quejarse.

—Tu amiga es genial —dijo Evan cuando se quedaron a solas.

—Sí. Lo es.

Allyson dio un trago a su cerveza y se removió en la silla para alejarse un poco de él. No sabía qué era peor, el calor por el sencillo roce de su rodilla o cómo conseguía que su corazón echara a correr con solo entornar aquellos ojos oscuros. Se dio cuenta de lo peligroso que era Evan y, por primera vez, comprendió qué atraía a las chicas a hombres como él.

—¿Trabajas mañana? —preguntó Evan.

—Entro a las ocho —contestó Allyson. Echó un vistazo rápido a su reloj. Era una cobarde, tenía que admitirlo, lo único que quería era escapar rápidamente antes de cometer una tontería. Ya estaba acostumbra a las bromas de Samantha, podría soportar que la llamara niña ingenua o cualquier cosa que se le ocurriera. Lo único que ella deseaba era regresar a casa, ver alguna película mientras conseguía dormir y despertarse sin haber soñado. Una noche tranquila. Como todas las demás.

Evan no sabía qué hacer. Había pensado que tomarían unas cervezas y charlarían, seguramente ella hablaría de su trabajo y él podría acercarse en algún momento de la conversación para robarle un beso. Ahora sus planes parecían una tontería. Allyson estaba incómoda y no quería obligarla a ser amable con él. Podía llevarla a casa y regresar solo, o marcharse a dormir. De repente no le apetecía estar allí, rodeado de extraños.

—No, yo también esto molido.

La ayudó a ponerse la chaqueta y, al rozar su cuello con los dedos, fue como si le golpeara una tormenta. Se inclinó y volvió a percibir aquel aroma a lilas. ¿Olería toda su piel igual?

¿Sería demasiado pronto para pasar con ella aquella noche? Jeam no iba a estar nada contento con la idea, pero, ahora mismo, lo único que tenía en mente era a esa preciosa mujer con la piel tan suave como una caricia.

Salió del local sin separarse de ella más que unos pasos. No se le escaparon las miradas que le dirigieron algunos hombres. Algunas eran divertidas, pero casi todas mostraban confusión. Seguro que no

esperaban que el chico nuevo les robara a esa preciosidad.

Ella montó a su lado en el coche y Evan dejó un poco abiertas las ventanillas. Hacía calor esa noche. Allyson iba indicando el camino y él miraba de vez en cuando, sin disimulo, sus rodillas. Adoraba esa falda.

Se detuvo frente a la verja de una casa con puerta blanca. Había un pequeño terreno alrededor con algunos árboles y Evan imaginó el porche trasero donde ella seguramente desayunaba los domingos. Una casa típica en un barrio igual de típico. Demasiado silencioso para su gusto. No le parecía seguro que una mujer viviera en un lugar tan solitario. Sabía por experiencia que los vecinos no salían de sus casas a ayudar a otros aunque escucharan disparos en la calle. Vio pasar un coche patrulla y sacudió la cabeza. Seguridad privada. Menos mal que no había traído su coche o tendría a aquellos tipos pegados hasta que abandonara el vecindario.

Se bajó y la acompañó hasta la puerta. Era un gesto un poco anticuado, pero también una oportunidad para que ella le invitara a tomar otra cerveza.

—Gracias por traerme —dijo al subir los dos escalones hasta su puerta.

El sonido del teléfono móvil de Allyson los interrumpió y vio cómo ella enviaba un mensaje corto. Entonces, levantó la cabeza para mirarle y él vio una nueva determinación en su mirada.

—¿Quieres un café?

Evan presionó el botón de la llave del coche y un pitido le indicó que las puertas estaban cerradas.

—Sí, por supuesto —contestó.

Su suerte había cambiado y él no iba a hacer preguntas. Subió un escalón y se colocó tan cerca de ella que pudo rozar su espalda con los dedos mientras abría la puerta.

En cuanto entraron, ella dejó el bolso sobre un aparador en la entrada y encendió la luz. Evan pudo ver que se mordía el labio, nerviosa, y él dio un par de pasos hasta volver a estar muy cerca de ella. Se atrevió a rozar sus dedos sin dejar de mirarla.

En la penumbra del bar no había podido admirar por completo el suave azul de sus ojos. Eran cálidos, aunque a él nunca le había parecido que ese color pudiera serlo. El cabello castaño, casi negro, acariciaba su hombro y él lo retiró tras su oreja mientras se inclinaba un poco más hacia ella.

En ese momento, Allyson dio un paso atrás, parecía abrumada.

—Voy a preparar el café. Es solo un minuto —dijo elevando la voz.

Evan la siguió hasta la pequeña cocina donde ella comenzó a colocar un par de tazas.

—Te he mentido. No quiero café.

Cuando Allyson le vio acercarse se sujetó a la encimera. Él caminó despacio, dándole la oportunidad de terminar con aquello, hasta que no quedó ni un centímetro entre los dos y decidió que lo más sensato era besarla.

El contacto con sus labios lo golpeó de lleno en el estómago. Dio unos besos ligeros, rozando su piel, alimentando el hambre que nacía entre los dos, hasta que ella separó los labios y pudo saborearla. Parecía que su cuerpo supiera exactamente cuál era su lugar, porque terminó pegado a ella; la rodeó por la cintura y se fundió en aquel beso sin importarle que necesitaba oxígeno para vivir. Solo le preocupaba saber que había demasiada ropa entre ellos.

Fue Allyson quien le detuvo al poner las manos sobre su pecho, hasta que él se apartó.

—Lo siento, yo… —se disculpó, confuso, dejando algo de espacio entre los dos— ¿Quieres que me vaya?

Allyson no era capaz de hablar y Evan vio en sus ojos el deseo, pero también había dudas. No estaba acostumbrado a ese tipo de reacción. Las chicas con las que solía estar eran diferentes, tenían muy claro lo que querían y cómo lo querían, y él estaba dispuesto a pasar un buen rato con ellas. No había remordimientos ni recriminaciones, solo diversión sin complicaciones.

—¿Tomamos ese café? —propuso antes de que ella terminara por echarle de la casa.

Allyson no contestó. Parecía incapaz de hablar. Había cruzado los brazos y miraba al suelo.

Evan inspiró un par de veces tratando de tomar la mejor decisión. No quería dejarla de este modo, estaba seguro de que hacía menos de un minuto ella estaba en su mismo barco.

No, no era como otras chicas, porque él nunca había sentido esa necesidad de tocar la piel de alguien.

—Será mejor que me vaya a casa. Mañana tienes que trabajar —susurró al darle un beso en la mejilla.

Ese era el tipo de problemas a los que se refería Jeam, lo sabía, y estaba de acuerdo en que no era bueno seguir ese camino.

—Evan, creo que…

—No te preocupes. Seguro que nos vemos por ahí —interrumpió. No quería escuchar un montón de inútiles disculpas que harían que los dos se sintieran miserables.

Evan montó en su coche deseando llegar a casa lo antes posible y olvidar lo que acababa de suceder. Hacía muchos años que sus citas eran algo más que unos cuantos besos. A los dieciséis años las horas de gimnasio hacían que su cuerpo pareciera el de un chico mucho más mayor. Perdió la virginidad con la cajera del supermercado y desde

entonces tuvo acceso a donuts gratuitos hasta que el jefe los pilló en el almacén.

Quizá Allyson no era su tipo de chica, después de todo.

3

El despertador sonó a las siete de la mañana. Evan no tenía más remedio que buscar un segundo trabajo. Jeam le había enviado un sencillo mensaje para informarle de que iba a salir temprano a jugar un partido de baloncesto, así que no tendría que inventarse ninguna excusa. Mientras desayunaba, revisó los mensajes, el contestador y hasta el correo electrónico. Más tranquilo, decidió seguir con su plan de buscar empleo. Su madre hacía unos días que no daba señales de vida y él se alegraba por ello. Con Hannah una llamada era el aviso de que estaba a punto de chocar con un iceberg.

Antes de poner en marcha su maltrecho coche abrió el capó para echar un vistazo. Durante el viaje la aguja de la temperatura había subido demasiado. Jeam tenía razón, tenía que cambiar de vehículo, pero por el momento era imposible. Necesitaba cada billete que ganaba.

Siguió las indicaciones del GPS del teléfono móvil para llegar hasta el muelle. Aunque no eran todavía las nueve de la mañana, la actividad bullía bajo un cielo despejado que presagiaba otro día de buen tiempo. Había parejas desayunando, mujeres paseando por la arena, madres con niños madrugadores y también bastantes deportistas.

Pensó en lo distinta que era esta ciudad al lugar donde él había crecido. El tráfico era calmado, la gente sonreía y los edificios estaban bastante limpios.

Echó un vistazo a su aspecto en el cristal de un pequeño restaurante antes de entrar. Unos minutos más tarde, salía otra vez. Probó suerte en cada negocio que encontró abierto. Habían pasado las diez de la mañana cuando entró en una cafetería que tenía veinte mesas en el muelle. El interior le recordó al instante a otro lugar exactamente igual. Las franquicias eran como islas gemelas en las ciudades y daban la seguridad de una carta igual en cualquier continente.

Después de otra negativa, empezaba a perder la paciencia. Aún así, forzó una sonrisa antes de saludar a la dependienta de una tienda, aprovechando que solía gustar a las mujeres mayores. Quizá les recordaba ese chico malo con el que nunca se habían atrevido a salir o al hijo que se había largado para vivir aventuras en la otra costa del país.

—Pues estás de suerte. Mi marido necesita un par de brazos para ayudar con las cajas.

—Soy su hombre —dijo guiñándola un ojo con descaro.

La dependienta de echó a reír y desapareció por una puerta trasera. Al poco tiempo regresó con su marido, un hombre robusto y con el pelo canoso que estrechó con fuerza la mano de Evan.

De esa forma selló su contrato.

El resto del día lo pasó organizando un almacén de repuestos para todo tipo de embarcaciones. Aunque ese no era el principal negocio de la tienda, en la actualidad el escaparate estaba lleno de baratijas formando un mapa multicolor y abigarrado que conseguía atraer a los paseantes. Antes del almuerzo, había tanta gente dentro de la tienda que tuvo que echar una mano como vendedor y consiguió envolver su primer *atrapasueños* hecho de cuentas de colores y conchas marinas.

Comió una hamburguesa sentado en la arena. Se permitió cerrar los ojos y dejar de pensar. El aire salado levantaba olas, pero no llegaba a quitarle la gorra que se había comprado. No había tenido muchas ocasiones para disfrutar de un día de playa. Alguna vez había ido con los amigos, siempre por la noche para que la policía no les requisara las botellas de cerveza. Pero esta playa era muy distinta a la que él conocía. No había rascacielos en el horizonte, ni ruido de aviones.

Abrió los ojos de golpe.

¿Acababa de imaginar a Allyson a su lado en la playa? Pero ¿qué narices le pasaba?

Se levantó y se sacudió con más ímpetu del necesario la arena de los pantalones vaqueros.

Fue imposible que el recuerdo de ella desapareciera con tanta facilidad como las pequeñas motitas doradas. El calor de los besos de la noche anterior recorría su sistema mezclándose con el maldito fuego del sol.

¿Por qué hacía tanto calor? ¡Ni siquiera estaban en primavera!

*

Jeam estaba en la cocina preparando una ensalada cuando escuchó a Evan abrir la puerta, vio como el chico entraba en su cuarto y siguió con sus verduras. Había pasado todo el día preocupado, hasta le había mandado un par de mensajes al teléfono móvil. A la hora del almuerzo, lo que había comenzado como un enfado llegó a ser un verdadero cabreo. No iba a soportar tonterías de Evan, le había advertido que se mantuviera alejado de los problemas y si no estaba dispuesto a cumplir las normas, iba a cerrarle la puerta de la casa en

las narices.

Pero según pasaban las horas, su estado de ánimo había mutado de forma extraña. La preocupación ganó terreno a su mal humor y se encontró varias veces pensando en llamar a la policía, aunque solo fuera para comprobar que Evan no había tenido un accidente.

Y ahora el chico salía del cuarto vestido con su chándal gris camino de la ducha. Un par de minutos después aparecía con el pelo mojado, descalzo, como si no hubiera pasado nada.

Jeam tomó aire un par de veces. No sirvió de nada. El oxígeno, como ya sabía, era bueno para no morir, pero inútil para los enfados.

—Tienes lasaña en el microondas.

—Gracias. Estoy muerto de hambre —dijo Evan poniendo en marcha el aparato.

—Lo suponía.

—Jeam…

Antes de que el joven continuara la frase, él se levantó, tiró lo que quedaba de ensalada a la basura y se marchó al salón. No es que un par de metros sirvieran de mucho, pero era mejor alejarse un poco antes de terminar por decir alguna tontería.

Evan cogió el plato, una servilleta y una lata de refresco de cola y se sentó en el sofá.

—Oye, sé que tenía que haberte llamado.

Jeam resopló. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Prohibirle salir? ¿Recordarle que las apuestas siempre terminaban mal? Él había dejado todo ese mundo atrás, se había largado para poder vivir tranquilo y olvidar las peleas, las llamadas de la policía o del hospital y, sobre todo, para despertar cada la mañana sin pensar si alguien había muerto esa noche.

—Se me olvidó —contestó Evan mientras se sentaba.

—¿Se te olvidó?

Más que una pregunta fue un grito y él hacía mucho tiempo que no elevaba la voz.

—Lo siento —escuchó a Evan disculparse.

—No me sirve. Mañana por la mañana te buscas otro sitio.

Jeam estaba tan irritado que no soportaba permanecer sentado en la misma habitación que Evan, se levantó y fue a la cocina para ponerse un poco de agua. Evan lo siguió, dejó el plato sobre la mesa y se enfrentó a él.

—¿Por qué? —preguntó indignado el chico.

—Verás, Evan —contestó sin darse la vuelta, agarrando aquel vaso como si de ello dependiera la sequía del mundo—, te dije que había unas condiciones.

—Pero yo no he hecho nada.

Resopló antes de apretar los párpados. Mil veces se había dicho

que era un error, otras mil se había convencido a sí mismo de dar una oportunidad al chico. La gente cambia, ¿no es cierto? Él mismo no había sido diferente hacía unos años.

—Entonces, ¿dónde has estado todo el día?

—Trabajando.

—Evan… joder, no me mientas —dijo al dejar caer la cabeza.

—No te miento. He estado trabajando —insistió.

—Está bien, pongamos que te creo —dijo Jeam y añadió mordaz —: ¿Qué maravilloso trabajo has encontrado?

En ese momento se dio la vuelta y se encontró con la mirada furiosa de Evan, que tenía las manos en las caderas. Ahora que se fijaba, el chico tenía el cuello rojo, como si hubiera tomado el sol, y también las mejillas.

—En una tienda en el muelle —explicó con los labios apretados por la rabia.

—Todo el día —dijo con calma.

—Sí, todo el día.

—¿Es eso verdad?

Se observaron durante unos segundos hasta que Evan simplemente asintió con la cabeza y dijo:

—Quiero comprarme un coche.

Por alguna razón, Jeam no se creía aquella historia. Tal vez Evan había estado trabajando, pero había algo que ocultaba, estaba seguro. Conocía ese pequeño tic que hacía que golpeara con la punta del pie el suelo cuando estaba nervioso.

—Un coche.

—Sí, un coche —repitió Evan impaciente.

—Puedo darte un adelanto, si lo necesitas.

—No es necesario —Evan abrió el frigorífico para sacar una lata de refresco y de paso escapar de la mirada atenta de Jeam.

Jeam se acercó y le quitó la lata, la abrió frente a sus narices y se la volvió a dar.

—Si quieres seguir en esta casa mantente alejado de los gimnasios, las apuestas y los problemas. ¿Entendido?

El joven asintió y probó una de aquellas sonrisas de listillo que Jeam había visto otras veces, como cuando le salvó de una paliza en el suelo del callejón del Mitch.

—Vamos a ver el partido. Hoy juegan los Portland.

Sin más, salió de la cocina dejando a Evan a solas con su indignación. Esperaba que no fuera demasiado tarde cuando por fin se decidiera a decirle la verdad.

—¿Ahora te gusta el baloncesto?

Como respuesta, Jeam se dejó caer ruidosamente en el sofá y subió el volumen del televisor.

Evan terminó su cena antes de ir al sofá para ver el partido, aunque no era precisamente su deporte preferido.

—Mañana también trabajo.

Jeam no dijo nada. Esperaba que los viejos tiempos no hubieran regresado.

*

Trabajar los fines de semana era normal cuando estabas en tu primer año de residencia. Allyson lo sabía y nunca se había quejado. Ser médico implicaba renunciar a muchas cosas, una buena parte de tu vida no te pertenecía. La mayoría de las personas, las que elegían profesiones más sencillas, podían dedicar el sábado y el domingo a su familia, sus gatos o a pasear por la playa; ella había recorrido el pasillo de la segunda planta tantas veces que si llevara una de aquellas pulseras deportivas ahora mismo se sentiría como una plusmarquista olímpica.

Lo bueno de que fuera fin de semana es que la actividad cambiaba radicalmente, los pacientes tenían más visitas y los quirófanos solo se ocupaban de intervenciones urgentes.

El hospital Samaritan de Lincoln era como la ciudad: tranquilo y familiar. Allyson se había hecho médico por los pacientes, no por los sueldos elevados ni por el reconocimiento. Así que este era el lugar perfecto para ella.

Entró en la sala de descanso para los médicos y sacó un café en la máquina. Sabía realmente mal, pero cumpliría la función de mantenerla despierta. Había pasado una noche terrible después de que Evan se fuera. Todavía no podía creer que se hubiera dejado liar por Samantha dos veces. ¿Cómo se la había ocurrido llevar a un desconocido a su casa? Ese chico podría haber sido uno de esos maniacos que salen en la tele y ella vivía sola en una casa enorme.

Dio un trago al café y miró la superficie gris de la mesa donde se había sentado. Empezaba a recordarse a sí misma a una vieja asustada.

Aunque había tenido alguna relación en el instituto, ninguna merecía ser recordada. Había salido con los chicos que se suponía que debía relacionarse, muchachos correctos, de buena familia y con una reputación intachable. Más tarde, durante sus años de universidad, prefirió centrarse en los estudios y dejar la vida social para más adelante, aunque en su interior pensaba que cuanto más tarde llegara el momento sería mejor. Allyson no era del tipo de chicas que disfruta en fiestas, tampoco de las que están deseando cazar a un buen partido y convertirse en la anfitriona perfecta en las fiestas familiares. Ella

prefería permanecer en un discreto segundo plano donde se sentía segura y a salvo de las miradas indiscretas y de los juicios.

Michael se convirtió en el perfecto amigo. No sabía el momento exacto en que su relación dio un paso más, seguramente fue alguna noche después de estudiar. Los dos fueron sinceros, sabían que lo primero era terminar sus estudios. El amor no tenía lugar en la vida de dos estudiantes de medicina de clase media.

Su madre, que prefería un yerno médico a una hija doctora, se sintió profundamente decepcionada cuando comprobó que no tenían ninguna intención de anunciar su compromiso al terminar la carrera.

Allyson removió el café con el palito de plástico y no se dio cuenta de que Owen se había sentado junto a ella.

—¿Qué tal te fue anoche?

Levantó la cabeza al escuchar la pregunta del hermano de Samantha.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

—No lo parece, Allyson —dijo echándole otro vistazo—. Ese chico… no hay ningún problema, ¿verdad?

—No, claro que no —se apresuró a contestar.

—Parece muy joven. ¿Cuántos años tiene? —preguntó.

—No lo sé —contestó Allyson. Esa misma pregunta se la había hecho ella varias veces, pero Samantha siempre insistía en que un chico joven era lo mejor para divertirse sin ataduras y sin problemas, y los ojos de Evan anunciaban emoción y peligro a partes iguales.

Owen terminó su lata de Coca-Cola y miró el reloj.

—Allyson, sé que mi hermana puede ser a veces muy insistente. No dejes que te obligue a hacer nada que no quieras.

—Tranquilo, Owen —dijo con una sonrisa. Samantha desbordaba energía positiva y era la mejor compañía después de una guardia agotadora.

—En serio, Sam tiene una idea sobre el amor muy infantil. Para ella, el mundo es un lugar soleado y feliz donde las parejas bailan el vals al ritmo de una orquesta eterna.

—No lo hace con mala intención. A veces creo que la única forma que ha encontrado para no pensar en sus problemas es ocuparse de todos nosotros.

Una nube de tristeza atravesó la mirada de Owen.

—Seguramente. Pero ten cuidado, no hagas ninguna tontería.

Allyson extendió la mano para posarla sobre la de él.

—¿Y tú? ¿Qué tal estás?

Él sonrió de nuevo, tratando de esconder aquella tristeza que se había instalado en su mirada mientras hablaba de su hermana.

—Bien. Estoy bien.

Aunque Owen solo era seis años mayor ella, tenía un puesto estable en el hospital y por tanto horarios más racionales. Su reputación profesional era tan buena como la personal, tenía un carácter reservado pero cordial, tanto con los pacientes como con los compañeros. Allyson sabía que Sam le había organizado varias citas, pero ninguna había prosperado. Por lo que ella sabía, estaba completamente centrado en su carrera profesional.

Tal vez Owen, como todos ellos, había aprendido a esconder sus verdaderos sentimientos.

4

Desde que entró en el bar de Beth, hacía ya una hora, la sonrisa no había abandonado el rostro de Evan. Era la viva imagen de uno de esos chicos que aparecen en los anuncios, atrevido y seguro de sí mismo, esperando que la siguiente presa se acercara. Ambos pasarían un buen rato. La mirada de Evan reflejaba una personalidad generosa y franca. No había una pizca de orgullo o presunción en su rostro.

Allyson se obligó a dejar de mirarle. Sabía que era una tontería pensar en él. No tenía el valor suficiente para vivir una simple -y deliciosa- aventura con él. Recordó el momento que habían pasado juntos en la cocina. El calor había prendido tan rápido entre los dos que no había tenido tiempo de pensar si hacía lo correcto. Claro que tampoco tenía forma de explicar de forma sensata cómo había terminado invitándole a entrar en su casa. La única explicación era que Sam había conseguido meter una parte de sus locos pensamientos dentro de su cabeza.

Tenía que deshacerse pronto de los recuerdos y volver a pensar en su cocina como un lugar tranquilo, limpio y ordenado donde prepararse una buena taza de café para comenzar el día.

—Deja de comportarte como una mojigata. Por Dios, Allyson, eres una mujer adulta.

—No todas las mujeres adultas se comportan como las protagonistas de Sexo en Nueva York.

—Pues ellas se lo pierden, Allyson, te lo aseguro. La vida hay que vivirla. ¿Cuántas veces se te va a presentar una oportunidad así? Mira ese culo.

Allyson fingió concentrarse en las palomitas que llenaban el bol que había sobre la mesa.

—Ya he hecho bastante el ridículo, Sam.

—¿Crees que no te dará otra oportunidad? Vamos, ese chico tiene el cartel de «regalo una noche de buen sexo» pegado en el pecho.

—Ese comentario es asqueroso.

—Lo sé. Pero a las enfermas de cáncer se nos permiten decir esas cosas, ya sabes.

—No digas eso. Es cruel —contestó Allyson con el ceño fruncido.

—Lo es. Pero también es cierto.

—Todavía te queda mucho por vivir —dijo negando con la cabeza —, hasta puede que Evan esté dispuesto a pasar una noche estupenda

contigo.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—¿No? ¿Por qué? ¿Es demasiado atrevido para ti? —preguntó Allyson con malicia—. No es muy justo que me pidas algo de lo que tú no eres capaz.

Allyson sabía por lo que estaba pasando su amiga. Muchos enfermos preferían alejarse de todo el mundo, de esa forma se sentían a salvo de miradas y preguntas incómodas; tampoco tenían que sentirse responsables por los corazones rotos que dejarían atrás si no superaban la enfermedad.

Estiró la mano y cogió la de Samantha. Le dio un apretón y sonrió con toda la sinceridad que pudo.

—Está bien. Tú ganas. Pero con una condición: la próxima vez seré yo quien elija a tu cita.

Una gran sonrisa se extendió por el rostro de Samantha.

—Vamos, valiente. Muerde ese culo por mí.

Allyson se puso colorada e hizo un gesto a Owen para avisarle, no quería dejar sola otra vez a Sam.

—Me vengaré por esto —gruñó entre dientes antes de levantarse.

Solo la separaban unos metros y decidió recorrerlos con calma, sobre todo cuando Evan reparó en ella y se apoyó en la barra con un gesto sexi y provocador.

—¿Puedo invitarte? —preguntó al llegar junto a él.

—Puedes… si me convences de tomar otra —contestó y puso esa sonrisa ladeada que ella comenzaba a adorar.

Allyson le miró tragándose las ganas de largarse. Odiaba que se mostrara tan seguro.

—La otra noche me porté como una cría nerviosa —dijo a modo de disculpa.

Quizá no era lo más inteligente, pero prefería ser sincera. Además, si salía mal Samantha la dejaría en paz durante unas semanas.

Evan miró su escote con descaro antes de volver a sus ojos. Parecía pensar si merecía la pena aceptar la cerveza. Ella echó un vistazo a Samantha, buscando ayuda, pero se encontraba charlando con su hermano sin prestar atención. Parecía increíble que fueran tan diferentes siendo hermanos, tan risueña y positiva ella, tan reservado y callado él. Aunque cualquiera que los viera se daría cuenta de que compartían la misma sangre: tenían el cabello y los ojos idénticos, también la misma nariz perfecta que Allyson envidiaba.

—¿Y si olvidamos la otra noche? Podemos hacer como si nos acabáramos de conocer —sugirió Evan después de tomar un pequeño trago de su cerveza—. Me llamo Evan.

—Encantada. Yo soy Allyson.

Casi gritó como una jovencita cuando Evan pasó la yema de los dedos por su mano al estrecharla con la fuerza justa. Estaba segura de que él había sentido lo mismo, porque había abierto los labios como si fuera a decir algo, cerrándolos de golpe al momento.

Evan llevaba una camiseta negra por fuera de los pantalones vaqueros y sus brazos se marcaban en cada movimiento. Ese día le había visto trabajando. Había estado mirando a hurtadillas a los obreros que arreglaban los destrozos provocados por las últimas lluvias. El edificio necesitaba una puesta a punto, por desgracia los presupuestos nunca eran generosos.

Por alguna razón, ella había imaginado que él la buscaría o se haría el encontradizo. No había sido así.

—¿Has venido solo? —preguntó. No se le había ocurrido ninguna frase ocurrente y él continuaba en silencio.

—No, me han abandonado hace un rato —dijo señalando a sus compañeros en una de las mesas acompañados por un par de mujeres — ¿Y tú?

—He venido con Samantha. Pero creo que me acaba de abandonar por Owen —dijo al ver que se levantaban para salir del bar —. Su hermano la llevará a casa.

—Así que los dos estamos solos —repuso Evan.

Entonces Allyson vio esa mirada que decía «sé lo que quieres, nena» y volvió a pensar que estaba cometiendo un error.

—Creo que yo también tengo que irme.

Evan parpadeó, confuso. ¿Qué había sucedido? Hacía solo unos segundos podía jurar que los dos estaban en la misma sintonía. Además, era ella quien se había acercado a hablar con él. Quizá tenía alguno de esos trastornos de personalidad que salen en las películas, uno que la hacía ligar con hombres y al segundo siguiente alejarse tan rápido como podía.

—¿De verdad quieres irte a casa? —preguntó elevando una ceja en una mueca teatral.

Ella exhaló el aire de sus pulmones como si la quemara y Evan vio su mirada arrepentida.

—Debes pensar que soy una idiota —añadió Allyson, abochornada—. Y no te culpo.

Él se tomó un momento antes de decir nada. Su sentido común gritaba que lo mejor era largarse y no volver a verla. Claro que él nunca había hecho demasiado caso a esa parte de su cerebro.

—Te llevaré a casa. Solo haré de chófer, tranquila —propuso.

Dejó un billete en la barra y se dirigió a la puerta con ella a su lado. De nuevo, un montón de ojos se fijaron en ellos.

Se montaron en el coche sin decir ni una palabra y esta vez no se bajó cuando llegaron frente al camino de la casa. Así que Allyson se

bajó del coche sola. Cuando estaba a punto de cerrar la puerta, se asomó y miró a Evan, que ya tenía la mano sobre el contacto para arrancar.

—¿Me llamarías loca si te invito a un café?

La cara de ella mostraba tanto arrepentimiento que casi se echó a reír.

Evan respiró profundo y apretó el volante. Tenía que tomar una decisión. Entonces bajó del coche y lo rodeó hasta llegar a su lado. Los dos se quedaron unos segundos frente a frente en el pequeño camino de un par de metros que separaba el asfalto de la puerta.

La siguió hasta la casa, esta vez guardando las distancias, y cuando entró decidió quedarse en el salón en lugar de acompañarla a la cocina.

En unos minutos Allyson regresó con un par de tazas de café en una bandeja y lo encontró sentado en el sofá mirando el televisor.

—Espero que no te importe —dijo al dejar el mando del televisor sobre la mesa.

—No, tranquilo, podemos ver algo mientras tomamos café.

Los dos se pusieron a mirar la pantalla. Estaban poniendo una serie antigua de policías, una de esas que trataba de familia y honor.

Cuando Evan no fue capaz de aguantar más el silencio, se volvió hacia ella.

—Oye Allyson, no entiendo bien lo que pasa, pero sé cuando alguien está a punto de hacer algo que en realidad no quiere.

Ella no dijo nada, sujetó su taza sobre su regazo y siguió mirando la televisión, así que él suspiró y decidió que lo mejor era dar por terminada la velada. En aquel momento lo único que pensaba era que, tal como decía el refrán, el hombre era el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra.

—Es mejor que me vaya. Haces un café estupendo, por cierto.

Observó la postura de Allyson, sentada a solo un metro de distancia, tan menuda en aquel enorme sofá verde oscuro. Le pareció frágil. Odió que se sintiera nerviosa. Nunca se había encontrado en una situación igual con una mujer y se sentía perdido, de lo único que estaba seguro es de que no quería irse de allí. Así que, dejando salir un suspiro demasiado ruidoso, se levantó, fue hasta su lado y se acercó hasta coger de sus manos la maldita taza de café. Allyson le miró con aquellos ojos azules inmensos y él no dijo nada. El silencio se alargó y solo hubo una forma de romperlo. Evan se acercó un poco más, inclinó su cabeza y la besó. Los labios de ella eran tan cálidos y suaves como recordaba, llevó una mano hasta su nuca, acariciando la piel de su cuello, y la sintió estremecerse cuando por fin se decidió y la punta de su lengua se encontró con la suya.

Evan se separó lo justo para respirar. Ella todavía aferraba su

brazo con los dedos, manteniéndole cerca, y respiraba agitada.

—Vaya…

—Sí, vaya —repitió lamiéndose los labios, descarado—. Después de este beso yo diría que tenemos dos opciones.

Allyson no dijo nada, el deseo hacía que sus ojos azules brillaran expectantes y todavía tenía los labios entreabiertos y sonrojados por el beso.

—Puedes invitarme a irme y pasar de todo esto —susurró acercándose tanto que rozó la punta de su nariz con la suya—, o podemos buscar algún sitio un poco más cómodo para pasar un buen rato. ¿Qué dices?

Ella parpadeó, desconcertada con lo que estaba sintiendo. Frente a ella, Evan la miraba arrogante, sin una pizca de modestia. Jamás, ni siquiera cuando era una adolescente y salía con los compañeros hiper-hormonados del instituto había escuchado una proposición tan impertinente.

Lo peor es que no le molestaba en absoluto. No sabía si era por esos ojos negros que brillaban como los de un tigre o porque el beso le había gustado demasiado. Porque Evan besaba de muerte. A ella no le habían gustado especialmente los besos antes, pero desde ese momento se declaraba presidenta del club de fans de los labios de aquel chico. ¿A quién quería engañar? Estaba deseando que pasara otra vez. Si él hacía todo tan bien como besar, esta era una invitación a una de esas noches que recordaría durante mucho tiempo. Samantha no se había equivocado.

Evan arqueó su ceja y, mientras esperaba una respuesta, conmezó a acariciar la rodilla de ella solo para conseguir tener un poco más del tacto de su piel entre sus dedos.

Ella se mordió el labio cuando la mano de él subió un poco. Se le escapó un jadeo y sintió que sus mejillas ardían.

Entonces él tomó la iniciativa. Regresó a su boca. Y esta vez no hubo más dudas. Mordió su labio inferior y consiguió robarle un gemido que le dijo que había tomado la decisión correcta. Arrodillado frente al sofá, separó sus rodillas por completo y se pegó a su cuerpo sin terminar con aquel beso que había conseguido que Allyson dejara de pensar.

Evan la dejó acostumbrarse a la idea de lo que iba a suceder entre los dos, la besó una y otra vez, mordió la piel de su cuello apartando el cabello oscuro de ella y abrió los botones de la camisa antes de lamer su escote. Allyson se inclinó hacia atrás, pero él no la dejó alejarse. Puso sus manos en su espalda y dedicó los siguientes minutos a besar y lamer su pecho por encima de la ropa interior. Cuando ella gimió su nombre, decidió que era momento de buscar un sitio más cómodo. Bajó sus manos hasta su trasero y se levantó llevándola

consigo.

—Dime dónde está tu cuarto —dijo sin dejar de morder su lóbulo, provocando pequeños escalofríos que la hacían estremecerse entre sus brazos.

Ella se sujetó a su cuello, indicó la escalera, y él gruñó. No estaba dispuesto a soltarla, así que comenzó, escalón a escalón, el ascenso a ese pequeño cielo que le esperaba en el primer piso.

Después del primer beso parecía que ella había decidido dejar de pensar. Le volvía loco con esos pequeños mordiscos, ella le provocaba solo para convertir cada beso en uno más profundo, más caliente. Jadeó por el esfuerzo, por la excitación o quizá eran ambas cosas, porque la verdad es que sentía que aquellos malditos pantalones vaqueros que se había puesto eran una verdadera tortura. Así que la dejó sobre los últimos escalones y se quitó la camiseta. Ella pasó las manos por las líneas de su pecho en cuanto tuvo la piel a su alcance y los dedos suaves de Allyson le hicieron arder.

Arqueó la espalda para hacerle más fácil retirar su sujetador y él pensó que este sí que era un lugar incómodo para lo que tenía pensado, mucho más que el sofá. Tenía que seguir su camino al dormitorio…, pero antes quería probar otra parte de su cuerpo.

—No puedo decidirme —dijo mirando sus pechos.

Ella le besó otra vez, pero él consiguió escaparse para ir a su siguiente objetivo.

Su aliento caliente hizo erizarse su pecho y Evan disfrutó al ver cómo subía y bajaba con su respiración, dando pequeñas lamidas, jugando con ella.

—Eres preciosa.

Las palabras se le escaparon. Tenía a Allyson bajo su cuerpo, con la piel tan blanca como el algodón. Se relamió antes de regresar a sus labios. Allyson gimió al sentir la tela de los pantalones de él entre sus piernas. Las pequeñas braguitas de algodón que llevaba no la protegían de las sensaciones del cuerpo de él sobre el suyo. A él le gustaron sus gemidos, movió sus caderas un par de veces, disfrutaba pensando lo que iba a suceder y quería que ella también lo tuviera en mente.

—Vamos a una cama.

Esta vez fue ella quien lo dijo y Evan abrió los ojos, hambriento. Podría comérsela allí mismo. Podría tumbarla en aquellas escaleras y hacerla gemir hasta que se quedara ronca. Pero estaba de acuerdo en que una cama era más confortable para probar todas las cosas que en aquel momento estaban pasando por su imaginación.

Llegaron al dormitorio entre traspiés, sin soltarse ni dejar de besarse. Ella se agarró a los brazos de él cuando volvió a cargarla al entrar. No la llevó a la cama. Se detuvo en la pared junto a la puerta

como si no estuviera dispuesto a recorrer ni un metro más.

Por suerte Allyson no pesaba demasiado, pero él necesitaba moverse. Vio la cómoda justo a la derecha y la sentó sobre la madera, apartando con brusquedad unos marcos de fotos. Se quitó los vaqueros frente a ella y solo un segundo después los calzoncillos. Volvió a mirarla para estar seguro de que ella seguía con él, que no había vuelto a arrepentirse, y dio gracias porque Allyson estiró su mano hasta su entrepierna.

Sonrojada, se mordía el labio mientras le acariciaba. Se había vuelto atrevida. Esa noche era otra Allyson que nunca había sido. Quería disfrutar. Nunca había salido con uno de esos chicos deportistas. Aunque sus novios hacían ejercicio, ninguno podía compararse con Evan. Tenía los músculos marcados con una línea que bajaba por el abdomen y que ella trazó con los dedos. Sus hombros eran fuertes y cuando se movía cada músculo fluctuaba, se tensaba y hacía el esfuerzo justo.

El cuerpo de Evan era perfecto y estaba claro que su excitación era solo por culpa de ella. Esto era lo que llamaban «sentirse poderosa», ahora lo entendía. Subió y bajó su mano con caricias superficiales y levantó la cabeza al escuchar algo muy parecido a un gruñido. Evan, atrapado por el placer que ella le daba, respiraba de forma superficial, tenía la piel cubierta por una ligera capa de sudor, con los abdominales firmes y tensos y el cuello inclinado hacia atrás. Disfrutaba sin inhibiciones de lo que ella le daba. Y eso la hizo sentirse más excitada de lo que nunca había estado.

Evan supo que si ella seguía tocándole terminaría de forma inesperada, así que volvió a besarla y subió la mano desde la rodilla de Allyson hasta apartar las braguitas. Ella estaba tan lista como él.

Se alejó lo justo para ponerse el preservativo, le quitó la ropa interior haciendo que levantara de un brinco el trasero. La cómoda se quejó con un gruñido cuando él apoyó las manos sobre la madera.

Allyson estaba tan caliente que le costó controlarse. Respiró y trató de pensar en otra cosa, lo que fuera para conseguir ir más despacio. Pero ella no quería esperar. Llevó las manos hasta su trasero y le hizo comenzar a moverse.

Desde ese momento todo fueron jadeos y una pelea entre sus bocas. El maldito mueble hacía ruido al golpear contra la pared y Evan escuchó algo caerse. Cada movimiento terminaba en un jadeo de ella, que había enredado las piernas en su cadera. Consiguió contenerse unos minutos, marcó un ritmo fuerte y constante, pero los dientes de Allyson bajando por la columna de su cuello le hicieron sentir como todo su cuerpo se sacudía. Las últimas embestidas fueron desiguales, erráticas, y los espasmos de ella le llevaron hasta el final entre gemidos.

Consiguió separar las manos de la cómoda, por suerte el mueble era resistente y había aguantado. Subió la mano hasta la nuca de Allyson y sintió el cabello húmedo por el sudor. Su piel sabía salada, le gustaba, y sopló sobre el cuello después de besarlo. Ella tembló y murmuró algo mientas él se movía para salir de su cuerpo.

—¿El baño?

—Esa puerta.

Allyson señaló la puerta que había al fondo del dormitorio y le vio desaparecer tras ella. Poco a poco recuperaba la respiración y la niebla de placer se disipaba. Entonces se dio cuenta de que estaba sentada en la cómoda de su cuarto, más bien del cuarto que había sido de sus padres. Acababa de tener sexo en el cuarto de sus padres. No, acababa de echar un polvo en el cuarto de sus padres.

No tuvo tiempo de sentir pánico porque sonó la cisterna y al momento siguiente Evan estaba desnudo junto a ella, ajeno al drama que había estado a punto de arruinar la noche. La tomó de la mano y la llevó a la cama después de abrir las sábanas.

—¿Estás bien?

Allyson no era tan tonta como para no saber que aquella no era una pregunta habitual. Había tenido pocos novios, pero no era lo normal que un hombre te preguntara si estabas bien después de…

Echar un polvo.

Madre mía, al día siguiente iba a matar a Samantha.

—Sí, claro —musitó mirando al exterior a través del hueco que dejaban las cortinas.

Él la atrajo hacia su pecho y Allyson sintió la piel de Evan pegada a su espalda. Ardía. Evan ardía. Y no era el aire, de eso estaba segura.

Lo que ella no sabía es que en ese momento él se sentía igual de confuso. Aunque la noche no fuera fría, los cubrió con las sábanas y se pegó a ella. Jamás había escuchado su propio corazón retumbar con tanta fuerza ni había sentido la necesidad de rodear a alguien entre sus brazos. No dedicó más tiempo a pensar. Nunca había sido su estilo. Volvió a besar su hombro, luego continuó el camino hasta su nuca. Entonces Allyson sintió los dedos de Evan acariciar su estómago y bajar trazando pequeños círculos, al mismo ritmo que dejaba pequeños besos en su espalda.

Cuando Allyson, mucho más tarde, cerró los ojos, tenía cada uno de sus músculos relajados. Él, tumbado a su lado, la miraba con los ojos entornados con aquellas pestañas enormes, relajado tras el sexo.

Escuchó el corazón de él al tumbarse sobre su pecho y se le escapó un ruidito de felicidad cuando Evan pasó las yemas de sus dedos por su espalda, en una caricia más de las que había tenido esas horas.

—Tengo que irme.

Ella no dijo nada, siguió con los ojos cerrados, adentrándose poco a poco en el sueño.

—Mañana tengo que madrugar. Necesito dormir un par de horas —dijo Evan al abandonar su cama.

Se estiró cuando volvió a cubrirla con las sábanas y el ligero edredón y vio cómo se ponía los pantalones.

—¿Nos vemos?

La pregunta, tan sincera como sencilla, la despertó de golpe. No había pensado en el día siguiente. ¿Qué pasaría si se encontraban en el hospital?

—Sí, nos vemos —contestó intentando no titubear.

—No te levantes, tranquila —dijo al darle un beso en los labios.

Menos de un minuto después, Allyson escuchó la puerta de la casa cerrarse y el motor del coche arrancar.

5

En cuanto montó en el coche, Evan respiró profunda y lentamente. No estaba seguro de si se podía tener un ataque de ansiedad después de un orgasmo, pero desde luego aquello se le parecía mucho. Abrió la ventanilla para que el aire fresco de la noche le ayudara a despejarse y puso el motor en marcha. Conducir siempre le ayudaba a calmarse. La sensación de ver el asfalto avanzar frente a él, continuo y firme, conseguía relajarle. Por eso conducía incluso cuando era demasiado joven para tener el permiso en regla. Aquella noche no fue una excepción. Dejó atrás las luces que alumbraban la ciudad y se alejó unos kilómetros.

Todavía tenía el sabor de Allyson en los labios y estaba seguro de que si cerraba los ojos podía dibujar en su mente la imagen de ella sin ningún error. Siempre había disfrutado del sexo, pero sabía que esta noche había sido diferente. Casi no pudo contenerse, como un alcohólico que rompe su abstinencia, cada beso, cada caricia, habían espoleado la urgencia por tener su cuerpo. Y el sonido de sus gemidos junto con aquel golpeteo del mueble, dios ojalá hubiera durado toda la noche. Después de amarla por tercera vez se había derrumbado en la cama; sin embargo, seguía hambriento.

Ser consciente de ello le produjo una terrible inquietud. Por primera vez no era capaz de entender qué sentía.

Y había tomado la decisión más segura. Él no era de los que se quedaban a dormir el primer día. Ese era un mensaje que solía traer problemas, las chicas se hacían ideas equivocadas. ¿Deseaba quedarse? Desde luego. Pero salir de allí cuanto antes era lo más sensato.

Tras cuarenta minutos conduciendo, tomó un desvío para regresar a la ciudad.

—Eres un idiota, Evan. Menuda película te has montado —se dijo en voz alta cuando aparcó frente a la casa de Jeam.

Todo estaba a oscuras cuando entró, pero un movimiento en el salón le hizo mirar dos veces. La televisión estaba apagada y su amigo bebía una cerveza sentado en el sofá.

El rostro de Jeam reflejaba el cansancio de quien lleva horas sumido en una maraña de pensamientos y había pasado de la cólera al desaliento. Las arrugas de la frente y los ojos entrecerrados indicaban que por dentro todavía corría suficiente rabia. Comprendió, sin

necesidad de preguntar, que lo sabía todo.

—Mañana me iré —dijo Evan tan firme como pudo.

No hacía falta añadir explicaciones. Lo mejor era marcharse y buscar suerte en otro sitio, en algún lugar en el que no pudiera decepcionar a nadie.

Fue a su cuarto y lanzó la chaqueta contra la silla. Escuchó la puerta abrirse a su espalda y supuso que Jeam había entrado. Cuando se giró para gritarle que se largara, lo encontró frente a él con las manos extendidas a los lados del cuerpo, los puños apretados y la determinación en la mirada de quien sabe que en dos minutos tendrá la situación controlada.

Lo único que quedaba por decidir era si lo iban a solucionar a puñetazos o con palabras. Y dependía de Evan.

—Me debes una explicación.

—No te debo nada. No eres mi padre —dijo Evan entre dientes.

—No, no lo soy —aceptó Jeam sin cambiar de expresión—. Si fuera tu padre no estaría aquí hablando contigo. Si fuera tu padre no habrías podido encontrarme y pedirme ayuda.

Evan apretó el puño, dispuesto a lanzar el primer golpe, pero la firme determinación que había en Jeam le hizo detenerse. Eso y que sabía que sería como lanzarse contra un muro.

—Has venido a mi casa y me has engañado.

—No te he engañado —repuso Evan mientras se metía las manos en los bolsillos del pantalón vaquero para evitar una pelea.

—No me dijiste que escapabas de Larry Misely.

—No es asunto tuyo.

—¿No? Pues dos de sus chicos se han presentado aquí esta tarde. Eso lo hace asunto mío, ¿no crees?

Evan no contestó. Fue hacia el armario y sacó la bolsa deportiva para comenzar a meter su ropa en ella.

—Deja eso, Evan. No vas a ninguna parte.

—Me largo —gruñó sin detenerse.

—He dicho que no vas a ninguna parte —dijo y le sujetó el brazo con tanta fuerza que Evan hizo una mueca de dolor—. Ahora vas a contarme qué pasa.

Los ojos de Jeam eran oscuros, la nariz rota daba a su rostro ese aire peligroso que gustaba a las mujeres. Evan sabía que aquello no era una actuación. Podía romper los huesos a puñetazos a una persona y luego tomarse una cerveza bromeando sobre el tiempo o sobre el último jugador que había metido un triple. Lo había visto en varias ocasiones. Jeam peleaba con determinación, sin enfados ni gritos, solo control y los golpes justos.

—Solo es dinero —terminó por decir. Tenía los labios apretados para no dejar escapar ni un sonido de dolor. Jeam no le había soltado

y su hombro palpitaba avisando de que no iba a aguantar mucho más tiempo.

—Cuánto.

En realidad, no fue una pregunta, era como si la palabra hubiera conseguido escapar entre sus dientes aunque él no quisiera.

—Veinticinco mil.

Evan respiró aliviado cuando por fin pudo moverse. Su hombro había estado cerca de salirse de su lugar.

—¿Juego? ¿Drogas? —preguntó con la misma expresión vacía y calculadora.

—No tomo drogas. Lo sabes.

—Entonces has perdido un combate.

El chico no replicó, su expresión se había tornado dura y fría.

—Si no me dices qué ha pasado, no puedo ayudarte, Evan.

La decepción se mezcló entre las palabras y dejó que se filtrara el aprecio que sentía por él. Evan lo sintió como una puñalada. ¿Por qué le juzgaba? No había tenido más opción que recurrir a Misely.

—No fue una pelea.

—Veinticinco es mucho dinero, Evan —insistió.

—Le dije que se lo devolvería y voy a hacerlo —explicó—. Tengo tres meses. Eso dijo. Tres meses.

—¿Piensas reunir ese dinero en tres meses? ¿Cómo?

La pregunta de Jeam le hizo verlo tan claro que se sintió estúpido. Se había engañado a sí mismo, nunca había tenido opción de ganar ese dinero honradamente y Misely sabía que terminaría trabajando para él para pagar sus deudas.

—Vamos, Evan, si quieres que te ayude tendrás que contarme algo más. Porque no voy a costear tus peleas ni tus juergas.

—No era para mí —musitó.

Al ver la expresión abatida de Evan, Jeam se pasó la mano por el rostro, al tiempo que negaba con la cabeza, comprendiendo la verdad.

—¡Joder!

Solo había una razón para que Evan hubiera hecho una estupidez tan grande.

—Pensaba devolverle unos cuantos a final de mes —dijo Jeam mirando la bolsa de viaje. Todavía pensaba que irse era la mejor opción.

—No te pago tan bien, Evan.

—No, pero quizá con alguna pelea, si tengo suerte —aventuró abatido.

—No vas a volver a pelear —contestó tajante y puso la mano sobre su hombro, esta vez como un amigo.

—Puedo hacerlo, Jeam —soltó Evan, ansioso—. Puedo ganar. Soy rápido, tú lo sabes. Puedo conseguir algo de dinero y pagar…

Jeam le interrumpió con un gesto de la mano.

—No vas a pelear.

Dando por terminada aquella conversación, abandonó la habitación sin molestarse en cerrar la puerta. Evan se derrumbó sobre la cama, cruzó los brazos sobre su pecho con los puños apretados y se tragó las ganas de llorar. Los ojos le ardían, así que los cerró para evitar que las lágrimas cayeran. Estaba bien jodido. Si no conseguía el dinero iba a pasar una buena temporada en el hospital, eso o aceptaba pelear una temporada para pagar las deudas, lo que, sin duda, también terminaría con él en el hospital. O muerto. Y total, quizá eso fuera lo mejor, porque estaba hastiado de su propia vida.

Desesperado por encontrar alguna solución, solo se le ocurrió que era el momento de ocuparse de sus propios problemas. Ya no era un muchacho y Jeam no tenía que seguir cuidando de él. Cerró la puerta del cuarto y marcó el número de teléfono de Misely y esperó hasta escuchar la voz al otro lado de la línea.

—Buenos días, Evan. ¿O debería de decir noches? Nunca he manejado bien los cambios horarios de la costa —dijo Misely con tono irónico.

—Dije que pagaría —soltó entredientes sin molestarse en ser amable.

—Oh, lo sé, lo sé. Pero ya sabes… me preocupo por mis chicos. Y hacía muchos días que nadie te veía. Por suerte, mi familia es extensa y todos cuidamos del negocio.

—No tengo por qué darle explicaciones de mi vida, Sr. Misely. Pagaré, es lo único que debe saber.

Al otro lado de la línea escuchó una risita e imaginó al italiano con aquel cigarrillo electrónico entre los labios y la mirada oscureciéndose.

—Muchacho, no creas que unos cuantos miles de kilómetros pueden evitar que te encuentre. ¿Entendido?

—Entendido —contestó Evan.

—Una pena que no estuvieras en casa —continuó el italiano—. Pero los chicos de mi hermano hablaron con Jeam. Imagino que él te ha dado el recado.

—Lo ha hecho.

—Bien. Bien. Bien. Entonces me quedo más tranquilo.

Por supuesto, Evan sabía que era un aviso, la única preocupación de aquel tipo era conseguir más carne para los combates. Los gimnasios eran una cantera de jóvenes que, por un poco de dinero, se prestaban a pelear con luchadores de otros países con la estúpida idea de que podían ganar, en realidad formaban parte de un circuito de peleas secundario, carne fresca para exhibiciones sin demasiadas reglas; no todo el mundo podía acudir a un combate de *muay thai* [1]en

Tailandia.

—Como dije, pagaré.

—No lo dudo.

—No vuelvas a molestar a Jeam —dijo en un alarde de valor Evan.

Durante unos segundos no se escuchó nada y temió haber ido demasiado lejos. Si estuvieran cara a cara, jamás se habría atrevido. Los dos hombres que flanqueaban a Misely no eran famosos por su amabilidad con las faltas de respeto. Si el italiano seguía al mando de las peleas de la Costa Este, se debía a sus implacables demostraciones de fuerza.

—Oh, muchacho, hablaré con quien quiera cuando quiera. Me gusta saber dónde están mis amigos. Nunca sabes cuándo los puedes necesitar.

Evan apretó los dientes. Odiaba que le llamara muchacho.

—Ven a verme pronto. Y por favor, da recuerdos a Gran Jeam de mi parte.

La llamada se cortó y Evan dejó caer el teléfono sobre la cama.

Estas semanas había vivido la vida de otra persona, ahora su realidad le mordía el culo y no podía escapar.

Miró otra vez el teléfono. Le gustaría hablar con ella, pero no tenía ningún derecho a meterla en su vida. Allyson no era el tipo de chica al que le cuentas que te ganas la vida peleando o que tienes una deuda con la mafia en Jersey. En realidad, ella no era una chica para él.

Entonces se dio cuenta de que ni siquiera tenía su número de teléfono.

*

—Así que no ha dormido en tu casa —dijo Samantha jugando con el tenedor.

—No. No se ha quedado —contestó Allyson encogiéndose de hombros. Samantha había ido a desayunar con Allyson en el hospital, estaba deseando conocer todos los detalles de la noche anterior.

—Pues me parece perfecto. —Pinchó otro trocito de fruta y miró a su amiga con aire ingenuo.

—Sí. Es lo mejor. Sin problemas —asintió Allyson dejando entrever la desilusión en su voz.

—Pero…

—Pero nada, Sam.

—No sé, a mí me hubiera gustado despertarme a su lado… y ya puestos darme una ducha con él. Dices que te cargó sin problemas por

las escaleras. Imagina lo que podría hacer en la ducha.

Allyson, incómoda, removió el café. No se arrepentía de haber contado a Samantha el encuentro con Evan, había compartido algunos detalles entre sorprendida y azorada, como si al escucharse a sí misma la noche anterior fuera más real. No todos los días se encuentra a un hombre capaz de llevarte en brazos por la casa como si fuera lo más normal del mundo o de aguantar tres asaltos en la cama.

—La próxima vez, dile que se quede a dormir —insistió Sam—. Y de paso que eche un vistazo también a tu coche. ¿Sabe algo de mecánica?

Samantha guiñó un ojo y mordió una fresa fingiendo un gesto lujurioso.

—¿Me estás diciendo que te gustan los mecánicos sucios y sudorosos? —preguntó Allyson siguiendo su broma.

Samantha soltó un par de carcajadas tan escandalosas como sinceras.

—Creo que mi coche tiene algún problema con el filtro del aire —bromeó Allyson. Su amiga siempre conseguía hacerle reír, por eso le permitía pequeñas licencias, como ser demasiado entrometida en su vida privada.

—¿Se te ha roto el coche?

El hermano de Samantha se sentó en una de las sillas libres de la mesa y las miró frunciendo el ceño.

—Sí, Owen. Allyson necesita con urgencia un mecánico.

Las dos rompieron a reír y Owen negó con la cabeza. Sabía bien que cuando se juntaban era imposible seguir sus conversaciones. Habían sido amigas desde la adolescencia, cuando su familia se trasladó a Oregón. El padre de Owen y Samantha abandonó la gran ciudad al morir su esposa. Quería criar a sus hijos en una ciudad más tranquila y recordó los veranos que había pasado cuando era niño acampando en el Lago del Cráter. Compró una casa en las afueras de Lincoln City y abrió una tienda de electrodomésticos. A ellos no les costó adaptarse. Desde el primer día de escuela, Allyson y Samantha se habían hecho inseparables. Y él se acostumbró a verlas siempre juntas. Solo se habían separado cuando Allyson se marchó a estudiar medicina. Al principio Cora, la madre de Allyson, mantuvo la esperanza de que su hija hubiera elegido esa universidad para seguir a Owen, pero con el paso de los meses tuvo que aceptar la realidad: entre ellos jamás existiría nada más que una sincera amistad y su hija asistía a clase con el firme propósito de conseguir graduarse y no de encontrar un buen marido. Ahora ambos trabajaban en el mismo hospital y Samantha les visitaba tan a menudo que todo el personal la conocía. Por desgracia muchas de sus visitas no eran de cortesía, el último año Allyson había aceptado encargarse de las revisiones de su

amiga y él se sentía mucho más tranquilo al conocer al detalle el historial de su hermana, había sido un verdadero infierno que Samantha eligiera un equipo oncológico en otro hospital. Por suerte lo peor había quedado atrás y los últimos controles le permitían mirar hacia el futuro con esperanza.

—No sé si quiero preguntar más —comentó mirando a las dos mujeres reír.

—¿Sabes ese chico con el que ayer hablaba Allyson?

Owen asintió y dio un trago a su café. Los desayunos con su hermana y Allyson se estaban convirtiendo en una costumbre. Una buena costumbre. Aunque no ayudaban en nada a su línea, así que esa mañana solo había cogido un café, pasando de largo por la sección de bollería de la cafetería del hospital.

—Se llama Evan —dijo Samantha guiñando un ojo a su hermano.

—¿Y a qué instituto va? —bromeó Owen.

Allyson agachó de nuevo la cabeza, avergonzada, mientras Samantha propinaba una patada a su hermano.

—No quería decir eso —corrigió rápidamente—. Es joven. Eso es todo.

—Joven. Sexi. Buen deportista —Samantha enumeró los adjetivos haciendo pequeñas pausas entre las palabras, hasta que consiguió que Allyson volviera a reír—. Allyson ha pasado una buena noche.

—¡Vale ya! —dijo Allyson, escandalizada. Una cosa era compartir con su amiga los secretos y otra era que Owen se enterara.

—Me parece perfecto —aseguró Owen con total seriedad—. Casi siempre la mejor terapia es una buena noche de sexo.

Las dos lo miraron atónitas.

—¿Qué? No he dicho nada que no pensemos todos de vez en cuando —explicó con ojos traviesos.

—Ya, pero tú eres médico —dijo su hermana.

—El sexo soluciona o mejora muchas enfermedades —añadió con voz solemne.

En ese momento Allyson vio como los obreros llegaban a la cafetería de personal y al distinguir a Evan entre ellos miró a su amiga, alarmada.

—No me digas que vas a irte corriendo —dijo mirando en la misma dirección—. Las mentiras tienen las patas muy cortas, Allyson. Más vale que dejes de esconderte.

—¿Por qué se esconde? —preguntó confuso Owen—. Solo ha sido una noche, cualquiera de nosotros hemos hecho lo mismo en una noche aburrida de guardia.

Samantha le miró levantando las cejas y abriendo mucho los ojos.

—¿De verdad? Siempre has dicho que eso solo pasa en las series de televisión.

—No me gusta escandalizar a mi hermana pequeña —bromeó Owen sin dejar de mirar a Allyson, que continuaba con la cabeza agachada.

—Ally le ha dicho que es enfermera —explicó Samantha.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó sorprendido.

Mientras los hermanos hablaban, ella se sentía cada vez más mortificada. No sabía por qué había mentido, si había sido idea de Sam o de ella, pero este no era el momento de arreglarlo. Con un gesto rápido, quitó la pinza que sujetaba su identificación de médica y se la guardó en el bolsillo de su bata.

—Tengo mucho trabajo —dijo Allyson y cogió el teléfono móvil mirando de forma furtiva a los hombres que acababan de entrar.

—De acuerdo. Pero esta noche tomamos una cerveza —propuso Samantha.

—Como tu médico, debería decirte que no es bueno que salgas cada noche —dijo Allyson antes de desaparecer a toda prisa.

—No me fastidies, Ally. Si me prohíbes divertirme, cambio de médico.

Owen miró a su hermana con preocupación. Las bromas no podían ocultar el miedo que había en las palabras. Todavía quedaban unos meses para que pudiera sentirse tranquilo. Tragó despacio y compuso una sonrisa fingiendo que no pasaba nada al despedirse de Allyson.

—Así que esta noche vuelves a salir —murmuró cuando estuvieron solos.

—Sí. Y tú también. Seguramente me dejará otra vez por irse con ese…

—¿Mecánico?

Samantha rio con la broma de su hermano. Owen la entendía a la perfección.

—Ahora que he conseguido que Allyson se lance de una vez por todas, igual debería de empezar a preocuparme por ti.

—Paso de problemas, Samantha. No quiero relaciones —contestó con firmeza.

—Pues es una pena. Eres guapo. Tienes un buen trabajo. Además, puedo asegurar que eres buena persona —su hermana enumeró sin problemas mirándole con ternura.

—No eres objetiva. Somos hermanos.

—Owen, sé que es injusto que te diga esto…

—No lo digas. No se te ocurra decirlo —la interrumpió—. Tengo todo el tiempo del mundo, porque tú vas a estar aquí durante muchos, muchos, muchos años, fastidiando a tu hermano mayor.

—Owen…

—No.

La negativa fue tajante y por un momento la sonrisa desapareció del rostro de Samantha. Su hermano le había prohibido hablar sobre una posible recaída. Era una postura infantil, pero no le culpaba por ello. Habían perdido a su madre siendo niños por culpa de un cáncer de páncreas y a su padre hacía solo dos años cuando su corazón decidió dejar de funcionar. La perspectiva de quedarse solo no debía ser nada fácil para Owen.

—Está bien. Pero creo que eres idiota.

—Seguramente —masculló Owen echando un vistazo con disimulo al grupo de trabajadores que se habían sentado un par de mesas a su derecha. Sin darse cuenta, el segundo se alargó a casi un minuto, tanto que Samantha sintió curiosidad por saber a quién había mirado Owen justo en ese momento.

La mesa estaba ocupada por el chico que había ligado con Allyson la noche anterior. A su lado estaba su jefe, un hombre alto, moreno, con aspecto de ser capaz de demoler a puñetazos una pared. Sabía que se llamaba Jeam y que sus hombres hablaban de él con respeto. También sabía que todavía estaría trabajando en el hospital durante un par de meses más. Por desgracia, de lo que estaba segura, era de que su hermano no se atrevería a dirigirle la palabra.

6

—Jeam se ha ido —dijo Baran pasando una botella de agua a Evan.

—¿Cuándo se ha marchado? —preguntó extrañado. Estaba siendo un día duro. Tras discutir la pasada noche, Jeam solo le había dirigido la palabra para darle órdenes.

—Hace cinco minutos.

—¿Sabes dónde ha ido?

—No —contestó Baran y lo escrutó con atención—. Chico, parece bastante cabreado hoy. ¿Qué has hecho?

Evan no dijo nada, Jeam le había advertido que nadie sabía nada sobre su vida anterior y no quería sumar más problemas a los que ya tenía.

—Esto está terminado —añadió Baran cuando se dio cuenta de que no iba a recibir ninguna respuesta—. Ahora queda lo peor, chico.

—¿Lo peor? —repitió molesto, empezaba a cabrearle eso de «chico».

—Jeam me ha dicho que tú te encargas de recoger todo esto.

Evan miró el pasillo y la puerta que daba al callejón donde aparcaban. El lío de cajas, maderas y restos de embalajes se apilaba justo en ese lugar.

—Como te he dicho, no sé qué has hecho. Pero esto —dijo señalando a su alrededor—, es cosa tuya. Así que voy a comer algo con los chicos en la cafetería del hospital. Regreso en un par de horas.

Sus compañeros fueron pasando a su lado dándole un golpe en la espalda, gastando alguna broma, y saliendo por aquella puerta hacia la libertad.

Él todavía tenía trabajo.

Pasó la tarde sumergido en sus cavilaciones. Por suerte el trabajo físico conseguía que la tensión que acumulaba encontrara una salida, sus músculos trabajaban cargando maderas, cajas, apilando los restos de la obra en los contenedores que había en la entrada de servicio del hospital.

El personal médico le saludaba cuando le veía por el pasillo, él siempre contestaba con amabilidad, pero según fue pasando el tiempo su cuota de simpatía se agotó. Comenzó a moverse como un autómata, atravesaba la zona de máquinas y salía una y otra vez por la puerta doble que daba al amplio callejón donde se acumulaba la basura que

más tarde se llevarían los camiones.

Y con cada metro que recorría, sus pensamientos se volvían más y más sombríos. La última vez que había visto a su madre fue en un hospital. Había recibido una llamada del Community. El hospital quería estar seguro de que Hannah pagaría el tratamiento. ¿Qué podía hacer? Era su madre. Así que fue a visitar a Larry Misely y pidió un préstamo. El hombre le miró con una amplia sonrisa que, como siempre, no era nada amistosa. Y él no tuvo otra opción que aceptar las condiciones, con Misely siempre era así. Además, no podía quejarse, los combates que le había organizado siempre eran buenos, estaba claro que tenía planes para él.

En el hospital podían incluir a Hannah dentro del programa de los necesitados, pero si él llevaba el dinero, tendría mejores medicamentos. Hannah no se lo merecía, también lo sabía. Pese a todo, unas horas más tarde de recibir la llamada del hospital, entró por la puerta de urgencias y fue directamente a la administración. Puso el dinero sobre la mesa y firmó los papeles necesarios. Entonces cometió el último error del día: se dejó convencer por la trabajadora social y fue a ver a Hannah. La encontró tumbada sobre una camilla, flanqueada por unas cortinas azules que le daban un poco de intimidad. Su cuerpo, menudo y demacrado, parecía desaparecer bajo las sábanas blancas. Había adelgazado, tenía el pelo sucio y muy largo. Ella le miró y extendió sus frágiles dedos hacia él. Las drogas habían convertido a su madre en un ser muy parecido a esos zombies de las películas. Tenía la mirada vidriosa y la piel se pegaba a los huesos, sin músculos o una pizca de grasa que la hiciera parecer humana.

Sin decir una palabra, sacudió la mano para soltarse y se largó corriendo de allí. Le dolía el corazón, tenía el estómago revuelto y sentía unas punzadas en la cabeza tan fuertes que casi no podía pensar. Estaba completamente seguro: había tirado el dinero. Cuando Hannah saliera del hospital volvería a la calle. Así había sido durante los últimos años desde que aquel novio suyo dijo que podía ayudarla, que no era necesario que pasara las noches llorando. Esa había sido la primera vez. Él lo había visto de reojo, mientras fingía mirar la televisión, la aguja brilló un instante antes de atravesar la piel del brazo de su madre.

Evan golpeó el contenedor. Apretó los dientes y dio de patadas a aquella caja de hierro hasta que le dolieron las rodillas. Entonces regresó al interior a por la última caja de restos para la basura. Cuando la volcó se quedó agarrado al borde, frío y duro. Sus manos se aferraron con tanta fuerza que sintió dolor pese a llevar los guantes de seguridad. En su cabeza solo tenía la imagen de Hannah en aquella maldita camilla. Aún a miles de kilómetros, su madre era capaz de

destrozarle la vida.

—¿Estás bien?

Evan se dio la vuelta, sobresaltado.

—Sí —contestó con rapidez y echó un vistazo al hombre que le miraba desde la puerta.

—¿Seguro? —insistió Owen sin quitar la vista de encima a aquel muchacho. Llevaba observándole un rato, después de escuchar a algunas enfermeras murmurar.

—He terminado aquí —dijo Evan recomponiéndose. No quería que nadie diera ninguna a queja a Jeam justo en esos momentos. Además, ¿por qué aquel hombre mostraba tanto interés?

Evan se acercó a él, vio la etiqueta con la identificación de médico y se hizo un incómodo silencio entre los dos.

—Bien —fue lo único que se le ocurrió decir a Owen antes de volver al hospital por la misma puerta de servicio, seguido por Evan. Cuando ambos llegaron a la zona administrativa donde estaban reformando los despachos, se volvieron a mirar sin saber muy bien qué decir.

—Si necesitas algo —ofreció Owen.

—Todo está bien —contestó Evan, alzando la barbilla.

Evan entró en los vestuarios del personal de mantenimiento y sacó su ropa de la taquilla. En unos minutos salió con la bolsa al hombro. Envió un mensaje a Baran para avisar de que se iría por su cuenta y apagó el móvil para no tener que dar más explicaciones.

Echó un vistazo alrededor. Había una parada de autobús. El transporte público era una opción barata. En cualquier caso, era eso o caminar, así que esperó con paciencia quince minutos hasta que llegó su transporte. Tuvo que cambiar de línea una vez y cuando llegó a casa de Jeam la noche hacía tiempo que había caído sobre la ciudad.

Dejó las botas en la entrada de su habitación y cayó sobre la cama, agotado, preguntándose dónde estaría su amigo. No quería preocuparse, estaba seguro de que Jeam no haría ninguna tontería. En cuanto cerró los ojos el mundo se fundió a color negro a su alrededor.

*

El despacho de Luca Misely no era muy diferente del de su hermano. También, como su hermano, estaba siempre acompañado por dos hombres. Larry no se había mostrado contento al recibir la llamada de Jeam, pero las deudas, de honor o económicas, era importante saldarlas a su tiempo.

Jeam extendió un cheque sobre la mesa a nombre del gimnasio de Larry Misely, como siempre, y fue parco en explicaciones. A veces

menos significaba mucho más, y con hombres como aquellos cualquier palabra podía ser malinterpretada. Al salir echó un vistazo al gimnasio donde unos adolescentes ensayaban patadas contra un saco. El negocio familiar se extendía a lo largo del país, Evan había sido un ingenuo al pensar que atravesando varios estados podría ganar tiempo.

Después de salir de allí, su primera intención había sido ir al hospital a trabajar, en su lugar, se encontró aparcando en la puerta de la Iglesia de San Agustín.

Al llegar a la ciudad había hecho algunas chapuzas para el párroco, trabajos pequeños que le pagaban mal por la escasez de donativos. Sin embargo, fue un comienzo, pronto se corrió la voz y empezó a recibir encargos mejores. También fue allí donde conoció a Baran, que poco a poco se había convertido en mucho más que un simple empleado. Desde entonces, acudía a menudo a visitar a Joseph, el pastor, y contribuía con los programas de ayuda para los jóvenes de la ciudad, incluso formaba parte del equipo de baloncesto de la parroquia.

A esas horas, la iglesia estaba vacía. El sol se colaba por las vidrieras pintando de colores el interior del humilde edificio. Se sentó en el banco de la última fila y observó el altar. Si existía ese Dios al que la gente rezaba, ahora mismo estaría echándole de su Iglesia. Sus pecados no merecían perdón. Se sentía un impostor. Cada día se levantaba para ir a trabajar como si fuera una persona normal, hablaba, comía y dormía como uno más, solo él conocía la verdad. No era mejor que los Misely, la única diferencia es que él fingía ser una buena persona, pero se preguntó qué sucedería si todos supieran lo que había hecho.

Cuando el sol comenzó a declinar y las sombras se extendieron, se levantó para marcharse antes de que llegaran los feligreses a escuchar la misa de tarde.

El sabor amargo de la culpa no le abandonó hasta que, agotado, se dejó caer en su cama al regresar a su casa. No soñó, la oscuridad fue la única compañera esa noche.

*

—Salimos en treinta minutos. —Jeam aporreó la puerta del cuarto de Evan. Al llegar a casa había comprobado que Evan estaba en su cuarto, le encontró tirado en la cama durmiendo con la ropa puesta.

Evan salió de su cuarto con mala cara. Odiaba despertarse con prisa. Si podía elegir, prefería tomar un café con calma y un poco de

silencio. Esa mañana no iba a tener ninguna de las dos cosas. En la cocina sonaba música rock mientras Jeam se servía una taza de café muy negro.

—Buenos días.

—Veinticinco minutos —respondió Jeam.

—Voy a darme una ducha rápida.

Arrastrando los pies, fue al cuarto de baño y se metió bajo la ducha sin comprobar la temperatura del agua. Tardó en calentarse demasiado, tanto que, cuando por fin podía disfrutar un poco y relajarse, escuchó al otro lado a Jeam.

—¡Quince minutos, chico!

Maldijo secándose el pelo con la toalla. Se cepilló los dientes y echó un vistazo en el espejo a su rostro. No tenía mal aspecto: el flequillo un poco alborotado, unas ligeras ojeras y una sonrisa que cautivaba a las chicas.

Se vistió en su cuarto todo lo rápido que pudo. La música había dejado de sonar. Seguramente Jeam ya se encontraba en la furgoneta esperando.

Una taza de café le esperaba sobre la encimera de la cocina y dio un trago. Ardía. La abandonó dentro del fregadero y salió por la puerta con una magdalena en la boca.

—Ya me marchaba.

Aunque hubiera querido contestar a Jeam, no podía. Tenía la boca llena de masa con sabor a mantequilla y ni un mísero café para que pasara por su garganta. Era mejor así, desde luego, si había algo que odiaba más que empezar la mañana con prisas, era discutir recién levantado.

—Ayer fui a ver a al hermano de Larry Misely.

Giró la cabeza para mirar a Jeam y se forzó a tragar rápidamente.

—¿Por qué hiciste eso?

—He pagado tu deuda —anunció Jeam sin quitar la vista de la carretera.

—No es asunto tuyo.

—No voy a discutir sobre ese tema, Evan.

—¡No es asunto tuyo! —gritó exasperado.

—Tú lo hiciste mi asunto cuando llegaste a mi casa con mentiras —repuso Jeam sin quitar la vista de la carretera—. Como he dicho, no voy a discutir sobre ello.

Evan apretó los dientes y desvió la mirada por la ventanilla. Se sentía como un niño al que estuvieran regañando por haber perdido su bicicleta.

—Te devolveré el dinero.

—Claro que lo harás. Creía que había quedado claro.

El silencio se extendió entre los dos mientras recorrían la

distancia al hospital circulando con calma entre el escaso tráfico que había a esas horas de la mañana.

—Evan, sé cómo te sientes.

—No tienes ni idea —dijo entredientes.

Jeam suspiró con la respuesta malhumorada del chico. Claro que sabía cómo se sentía: enfadado, humillado, cabreado y mil cosas más.

—Hablaremos cuando estés más calmado.

—Estoy calmado. Estoy muy calmado —respondió Evan conteniendo la rabia en su voz.

—Vamos a trabajar.

—No. Prefiero dejarlo claro ahora. ¿Voy a trabajar gratis para ti? ¿Es eso? Porque si has pensado que voy a ser tu esclavo, estás muy confundido.

—No vas a ser mi esclavo.

—Exacto. Ni tampoco necesito tu caridad. Te devolveré hasta el último céntimo.

—De acuerdo —dijo Jeam, deseando terminar la conversación.

Por suerte llegaron al hospital y no tuvieron tiempo de seguir discutiendo. Evan ayudó a descargar la furgoneta y fue a cambiarse a los vestuarios. Los demás compañeros se dieron cuenta de su humor, se miraron entre ellos confusos, pero ninguno dijo nada.

—Estamos a punto de terminar los despachos de esta planta —comentó Jeam para repartir el trabajo—. Hay que pintar estos tres, para mañana terminar con el suelo. Tú te encargarás, Evan, los chicos y yo vamos a comenzar con el siguiente piso.

Los murmullos comenzaron y Jeam levantó la vista de las hojas de trabajo donde tenía planificada la obra.

—¿Pasa algo?

—Creo que yo puedo quedarme a ayudar a Evan aquí abajo.

—No es necesario. Él se encargará de pintar estos tres despachos, ¿verdad, Evan?

Evan se mantuvo en silencio, con actitud desafiante.

—Bien, entonces todos a trabajar.

Nadie añadió nada más. Sencillamente siguieron a Jeam al segundo piso y dejaron a Evan solo. Cuando por fin los perdió de vista, el chico agachó la cabeza y resopló. Iba a ser un día duro. Lo primero que hizo fue cargar los cubos de pintura. Cuando tuvo todo dentro del primer cuarto, comenzó a tapar ventanas, paredes y suelo. De vez en cuando escuchaba a alguien en el pasillo, pero estaba concentrado en esas paredes.

Cuando terminó con el primer despacho, comenzó el siguiente. Le dolían los hombros y la cabeza. Aunque llevaba mascarilla y guantes y la pintura no era tóxica, el olor traspasaba las protecciones. Las horas pasaron y solo había parado para tomar unas botellas de agua.

—¿Vas a comer algo?

Evan miró a la puerta, sobresaltado.

—Tengo trabajo. —Miró su reloj y comprobó que era la hora del almuerzo. Ni siquiera se había dado cuenta, concentrado en pintar aquellas paredes de gris azulado.

—Es bueno descansar un poco —insistió Allyson.

Owen le había comentado que aquel chico estaba solo en la planta primera. Al parecer las enfermeras había pasado varias veces, solo por verle en acción con esos pantalones pegados a las caderas y la camiseta estrecha marcada por el sudor del trabajo. Allyson nunca había pensado que alguien sudado y cansado pudiera parecer sexi, frente a ella estaba la prueba irrefutable de que estaba equivocada.

Evan dejó uno de los pequeños rodillos con los que repasaba la escayola del techo y se acercó a ella.

—Me encantaría comer contigo —dijo mostrando una sonrisa—, pero estoy hecho un asco y todavía tengo mucho trabajo aquí.

—Insisto en que tienes que comer algo. Si quieres puedo traerte un bocadillo.

—Gracias —contestó apoyándose en el quicio de la puerta—. De verdad quiero terminar. Pero sí me gustaría una cena.

Allyson se mordió el labio. Evan estaba cerca de ella. Ahora podía verle mucho mejor. Se había quitado la gorra y el pelo, desordenado, caía sobre su frente.

—¿Me invitas a cenar?

Ella sonrió. Estaba claro que él siempre iba a ir un paso por delante de ella. Así que lo mejor que podía hacer era aceptarlo. O dejar de buscarle, claro. Si fuera lo suficientemente sensata, habría dado por terminada su relación con él.

El pitido de su teléfono la salvó de contestar. Miró la pantalla, era un mensaje de su jefa de departamento.

—Tengo que irme —dijo mientras se alejaba por el pasillo.

—¿Y la cena? —insistió Evan asomándose. La vio subir en el ascensor del final del pasillo y resopló. Había perdido una oportunidad.

Allyson se reunió con sus compañeros de oncología para programar la medicación de los pacientes. En cuanto terminó, decidió hacerse un pequeño regalo. Así que bajó a la cafetería, pidió un bocadillo, una manzana y una botella de bebida isotónica, lo metió todo en una bolsa de papel y regresó al ala en reformas del primer piso.

—Hoy a las ocho. Pediré comida oriental.

Evan se giró al escucharla. Ella dejó en la entrada del despacho una bolsa de papel y se dio la vuelta antes de que tuviera tiempo de contestar. Sonrió cuando encontró la manzana y el bocadillo de pollo.

El olor hizo que su estómago rugiera y se lo comió en dos bocados. Se asomó otra vez al pasillo, no había ni rastro de la mujer.

El sol desapareció y él seguía trabajando. Eran las seis de la tarde y Jeam hizo por fin acto de presencia.

—¿Has terminado?

—Casi —contestó Evan.

Tenía aspecto de estar agotado. Jeam miró la bolsa de comida en el pasillo, se había preocupado al no verle en la cafetería, pero no quería dar su brazo a torcer delante de todos los trabajadores.

—Son las seis. Hay que dejarlo por hoy.

Evan se detuvo al notar la mano de su jefe sobre su hombro.

—Tengo que terminar.

—Vamos, Evan, es tarde.

—No. Vete a casa —exclamó y se sacudió su mano.

Jeam lo miró unos minutos. El chico era tozudo, eso lo sabía.

—De acuerdo. Aquí tienes dinero para volver.

Iba a decirle dónde podía meterse su dinero, pero se dio cuenta de que no tenía forma de regresar a casa y había quedado a cenar con Allyson a las ocho. Apretó los dientes y volvió al trabajo. No pensaba dejar que él ganara. Iba a pagarle hasta el último centavo.

A las siete y media de la tarde plegaba el último plástico y cerraba la puerta del despacho. Por fin había terminado. Llevaba una hora mirando el reloj sin parar. Paró el primer taxi que vio y fue directamente a casa de Allyson.

*

—Hola —saludó con una sonrisilla.

Evan entró en la casa tras ella y la siguió a la cocina.

—Iba a preparar un aperitivo. La cena tardará un poco en llegar.

—Si no te importa, me gustaría darme una ducha. He venido directo del hospital.

Ella le echó una mirada y asintió.

—Sí, claro. Puedes usar la ducha de mi dormitorio. Te daré una toalla.

Él la siguió por las escaleras, sin perder detalle de su trasero. Esos escalones le traían buenos recuerdos. Entraron en su cuarto y abrió el armario.

—Si no es buen día, podemos dejar la cena para otro día —dijo al ofrecerle una toalla.

—Es buen día, tranquila. Es solo que tenía mucho trabajo. Por cierto —se acercó más a ella, tenía ganas de tocarla o, por lo menos, de volver a sentir el aroma de su piel—, gracias por la comida.

—Es importante comer —dijo un poco azorada. Cuando le tenía cerca no conseguía pensar con claridad.

—He pensado en ti mientras mordía esa manzana —dijo él jugando, se acercó un poco más y rodeó su cintura—. Apesto, lo siento.

Puso los labios sobre los de ella en una caricia suave y ligera.

—¿Te duchas conmigo?

El rubor de Allyson le sorprendió, pero también le gustó. Estaba bien que se pusiera nerviosa, porque tenía pensado pasar un buen rato con ella en esa ducha. Como no contestó, la acercó más a él y volvió a besarla. Esta vez su lengua se abrió paso en la boca de Allyson. Sabía a limonada, seguramente había tomado una mientras esperaba. Lamió su labio inferior antes de alejarse lo justo para deshacerse de la camiseta.

—Vamos —la animó mientras dejaba las botas y comenzaba a desabotonarse los vaqueros.

Ella le miró, indecisa. Pero cuando se dio cuenta de que él seguía desnudándose, pensó que no podía quedar otra vez como una tonta, así que se quitó su camiseta y dejó caer los pantalones al suelo, muy cerca de los de Evan.

Evan volvió a tomarla por la cintura. No quería acercarse demasiado. Había estado trabajando casi doce horas sin descanso y ahora mismo cualquier oso en varios kilómetros podía olerlo. Tampoco quería estar lejos de ella. La única solución era llevarla con él a la ducha.

Entró primero. Abrió el grifo del agua desde la puerta de la mampara de cristal para que la temperatura se caldease. Allyson estaba todavía en la puerta, con unas braguitas azules de encaje a juego con un sujetador que apenas cubría su pecho. Era la clase de ropa interior que una mujer elegía cuando sabía que iba a enseñarla. Eso le hizo estar mucho más seguro de lo que iba a hacer. Sin dejar de mirarla, se quitó los calzoncillos frente a ella y esperó unos segundos. Quería que ella le viera. No es que fuera presumido, pero sabía que tenía un buen físico. En esos momentos, además, su cuerpo dejaba muy claro lo que deseaba. Se metió bajo la ducha y se le escapó un gemido al sentir el agua caliente sobre su dolorida espalda.

Allyson se quitó el sujetador y las braguitas que había elegido solo hacía media hora después de hablar durante más de quince minutos con Samantha. Iba a entrar en la ducha cuando reparó en la imagen de él. Verle desnudo era increíble. Evan, sin ningún pudor, tomaba una ducha frente a ella. Tras el cristal transparente vio cómo esparcía el jabón por su pecho, lo extendía y bajaba su palma repasando la piel, bajando hasta su cadera, hasta que envolvió su erección. Era una imagen tan erótica que Allyson estaba segura de que

soñaría con ella durante días.

—¿Vienes? —preguntó Evan asomando la cabeza

En cuanto entró en la ducha, Evan la acercó a él y dejó que el agua los empapara. El pelo de ella cayó mojado sobre su cara y lo retiró para besarla. Lo único que había hecho que ese día no fuera una completa mierda, había sido la invitación de Allyson a cenar. Llevaba horas pensando qué hacer con su vida, si debía largarse y buscar un futuro diferente ahora que estaba libre de deudas con Misely, o si lo mejor era volver a la ciudad, a su vida anterior, donde en una sola pelea podía ganar el sueldo de un mes. Entonces había llegado ella y le había invitado a cenar.

La atrajo contra su cuerpo, su erección quedó atrapada entre los dos y movió las caderas para disfrutar de la sensación. Ella gimió contra su boca y Evan subió la mano para acariciar su pecho. En esos momentos no tenía demasiada paciencia. Ver a Allyson mirándole en la ducha le había puesto tan duro que con solo un par de caricias llegaría al orgasmo. Pero prefería disfrutarlo con ella. Bajó la mano que tenía en la cintura hasta el culo de Allyson e hizo que ella se pegara a él tanto que sus cuerpos se movían a la vez. Presionó el pezón que estaba acariciando y en respuesta ella jadeó y un pequeño espasmo recorrió su espalda.

—¿Demasiado rápido? —preguntó dando un suave mordisco en su cuello.

—No —musitó ella al sentir los dientes de él sobre su piel. Casi no tenía aliento.

La boca de Evan ocupó el lugar de sus dedos y lamió su pecho.

—Deja que te mime un poco —la voz de Evan era mucho más ronca, o quizá era ella que estaba sumida en el momento más erótico de su vida.

Él la hizo girarse y un momento después recorría su cuerpo con las manos llenas de espuma. Allyson apoyó su cabeza sobre el hombro de Evan y dejó que él continuara con su sensual caricia. Evan recorrió cada centímetro de su piel. Acunó sus pechos, los acarició hasta que sus puntas se irguieron, y bajó hasta su ombligo. Cuando una de sus manos se coló entre sus piernas, Allyson arqueó la espalda y él movió las caderas contra su trasero, sintió su erección y pensó que era el momento de alejarse un poco, pero él la tenía apresada, las caricias de Evan competían con el agua que calentaba su piel.

—Espérame un segundo —dijo dejando un beso en su nuca. Salió dejando a Allyson confusa y caliente debajo del chorro de la ducha.

Al minuto, Evan apareció con un preservativo en la mano y esa sonrisa que tantas veces adornaba su rostro.

—Ven aquí.

Allyson le hizo caso y se acercó a él. Evan volvió a besarla, su

lengua recorrió cada centímetro de su boca. La sujetó por la cintura antes de darle impulso para que ella se colgara de su cuerpo. Allyson se sujetó a su nuca y le rodeó con las piernas. Sintió la erección de él abrirse camino en el mismo momento en que la apoyaba contra la pared fría. La primera embestida fue lenta, sus cuerpos se ajustaron y ambos se miraron. Estaban tan cerca que la respiración de Evan se mezclaba con la suya. En esa postura, cada movimiento de él era duro y rápido, tanto que ella no podía dejar de jadear y gemir. Sentía cómo cada terminación nerviosa de su piel ardía con las caricias del agua y los pequeños mordiscos que dejaba Evan en su cuello. Pronto sus embestidas se volvieron más erráticas y ella se dejó llevar, fundiéndose con su cuerpo en un orgasmo intenso y delicioso.

Evan la observó durante unos segundos, todavía sin separarse, besó sus mejillas sonrojadas, sus párpados y su nariz. Cuando sintió que le fallaban las fuerzas la ayudó a volver a poner los pies en el suelo, obteniendo como respuesta un pequeño gemido de ella.

—¿Es eso una queja? —bromeó besando sus labios.

—Me tiemblan las rodillas —confesó Allyson. Él la miró y puso una sonrisa orgullosa. En cualquier otro momento a ella le hubiera parecido un engreído, pero ahora, sumida en la bruma del vapor y con la sensación de mil descargas todavía por su cuerpo, le pareció adorable.

Salieron de la ducha algo tambaleantes. Aunque Evan no se quejaría ni loco, lo cierto es que se sentía agotado. Después de un día de trabajo duro, el sexo en la ducha le hacía sentir como si sus músculos fueran de mantequilla. Envolvió una toalla alrededor de su cadera y cogió el albornoz lavanda que colgaba de la pared y ayudó a Allyson a cubrirse con él.

—¡La cena! —exclamó Allyson. El timbre sonaba con insistencia.

Evan gruñó tirando del cinturón del albornoz para impedir que se saliera del baño.

—Te espero en la cama —musitó en su oído antes de dejarla escapar.

Allyson bajó las escaleras corriendo, se aseguró de que el albornoz la cubría por completo y abrió la puerta al repartidor. Por suerte el chico ni siquiera prestó atención al atuendo de ella, a su pelo mojado y revuelto o a su obvia desnudez bajo el albornoz. Le dio una buena propina, demasiado ansiosa por volver a cerrar la puerta, y fue a la cocina para colocar la cena en una bandeja.

Cuando regresó al dormitorio, la visión de Evan hizo que la recorriera una suave sensación de ternura. Estaba tumbado boca arriba, cubierto solo hasta la cintura por la sábana, con el cabello todavía mojado revuelto sobre la frente, girado hacia la puerta, como si la estuviera esperando, pero tenía los ojos cerrados. Se había

quedado dormido. Sin hacer ruido, Allyson regresó escaleras abajo y guardó la cena en el frigorífico. Al volver, comprobó que él seguía en la misma posición. Con cuidado de no despertarle, se quitó el albornoz, se puso unas braguitas y una camiseta, y se metió en la cama a su lado. Él se removió en sueños y se acercó a ella al sentir su cuerpo, pero no llegó a despertar.

Allyson tardó en dormirse. Le parecía increíble lo que acaba de suceder entre ellos. Cada vez que estaba cerca de Evan olvidaba cómo pensar, no podía negar que la volvían loca sus caricias, sus besos y su forma de amarla, como si no le preocupara nada más en el mundo en esos momentos. Entre ellos no eran necesarias las palabras.

Desde que terminó la universidad y su relación con Michael se enfrió, no había tenido pareja. Después de algunos encuentros poco satisfactorios y citas fallidas organizadas por amigos, decidió que lo mejor era dejar un tiempo todo ese tema de buscar una pareja. Después de todo, siempre le había dicho a su madre que una mujer no necesitaba casarse para ser feliz.

Con Evan era diferente. Y sin embargo no creía que fuera posible una relación seria entre los dos. Lo más sorprendente era que justo eso hacía que funcionara, no había presiones ni planes, solo el deseo de estar juntos.

*

El pitido del despertador sonó en el cuarto y Evan abrió los ojos confundido. Las noticias de la mañana se escuchaban desde algún lugar. De golpe, fue consciente de dónde estaba y, sobre todo, de que había amanecido.

—¡Mierda!

Se levantó de un salto y buscó su teléfono móvil. Eran las siete de la mañana. Ni siquiera lo había sacado del bolsillo del pantalón. No había ni una sola llamada perdida, ni un mensaje.

—¡Joder!

Buscó su ropa en el cuarto de baño y se puso los pantalones.

—Buenos días.

Allyson estaba sentada en la cama. Se cubría con la sábana y le miraba confundida.

—Buenos días —respondió mientras se ponía la camiseta.

En esos momentos solo podía pensar en que Jeam estaría cabreado porque no había dado señales de vida. Y él no necesitaba más problemas.

—Tengo que irme. Es muy tarde.

—En realidad es temprano —dijo Allyson al comprobar la hora en

su teléfono móvil. La alarma sonaba cada día a las siete de la mañana, disponía de tiempo suficiente para ducharse, tomar un café rápido y llegar al hospital a las ocho y media.

—Lo siento de verdad, Allyson —se disculpó y se acercó para darle un beso. Estaba preciosa recién levantada, pero ni siquiera tenía tiempo de decírselo.

—Puedo llevarte, si quieres —le ofreció mirando otra vez la hora.

—Me encantaría desayunar contigo, pero si llego tarde Jeam va a matarme.

—Deja que te prepare un café.

Se levantó de la cama y él sonrió al ver cómo se cubría rápidamente con el albornoz que había en una butaca. Recordaba perfectamente lo que había sucedido entre ellos justo antes de caer dormido.

—Ayer me quedé dormido. Lo siento —volvió a disculparse.

—No te preocupes. Estabas agotado.

—Sí, sobre todo después de esa ducha juntos —bromeó rodeándola con sus brazos por la cintura. La atrajo contra su cuerpo y sujetó el nudo del albornoz en su puño—. Tenemos que repetirlo. ¿Qué haces el viernes?

Comenzó a besarla antes de que tuviera tiempo para contestar.

—No tengo planes.

—Perfecto. Traeré la cena. Prometo no dormirme.

Sintió como ella se estremecía cuando lamió su cuello y tuvo que usar todo su autocontrol para no quitar el maldito cinturón y recorrer todo su cuerpo con la lengua.

—Muero de hambre —gruñó mordiendo su clavícula—. Tengo que irme.

Ella se quejó mientras volvía a besarla.

—El viernes —jadeó al dejar salir el aire de golpe de sus pulmones y ladeó la cabeza mostrando esa sonrisa traviesa que hacía que ella se pusiera más colorada. Le encantaba esta mujer. Parecía que no se daba cuenta de lo sexi que era y lo difícil que era para él marcharse cuando la tenía en la misma habitación casi desnuda. Metió las manos en los bolsillos de los vaqueros, su erección era evidente, y la guiñó un ojo cuando la pilló mirándole.

—El viernes —repitió ella mordiéndose el labio.

Evan salió de la casa con la cabeza echa un lío. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan atraído por una chica. En realidad, hacía mucho tiempo que no estaba con una chica, sin contar con algún rollo en un bar o en el gimnasio. No había tenido ninguna relación que durara más de un mes. Sencillamente dejaba de llamar y ellas se daban cuenta de que no estaba interesado. Sin dramas. Después de todo tenía poco más de veinte dos años, y las chicas de su edad

buscaban diversión y a él se le daba muy bien ser un joven inmaduro y descerebrado, aunque al llegar a casa tuviera que pelear con la factura del alquiler y el frigorífico casi siempre vacío.

7

Jeam miró otra vez el teléfono móvil. Las nueve de la noche. Ni una llamada ni un mensaje. Evan seguía sin dar señales de vida. ¿Y si el chico había hecho una locura y había ido a ver a Luca? No podía estar más tiempo sentado en el sofá esperando. Cogió la cartera y el teléfono móvil y condujo hasta el bar donde se veían los chicos. Tal vez lo encontrara allí.

Un miércoles por la noche casi no había clientes. Se apostó en un rincón de la barra y Beth no tardó en acercarse.

—¿Una cerveza?

—Sí —contestó echando un nuevo vistazo a su alrededor—. ¿Has visto al chico por aquí?

Beth negó con la cabeza mientras dejaba la jarra frente a él.

—No. Tus muchachos se van a dormir pronto entre semana. Son buenos chicos.

—Lo son —dijo Jeam con el ceño fruncido y ella se alejó para atender a otro cliente.

Jeam observó al hombre que se había acercado a la barra. Aunque no llevaba la bata blanca de médico, no tuvo dificultad en reconocerle. Le había visto varias veces en la cafetería del hospital, también en el bar el fin de semana. El médico cogió la cerveza que Beth le había servido y bebió un trago largo. Jeam miró como su nuez subía y bajaba al tragar hasta el último trago de su jarra. Cuando el médico le miró, Jeam, por primera vez en mucho tiempo, no agachó la cabeza. No hacía falta ser muy listo para saber que solo era una reacción a la tensión de los últimos días, tal vez no podía enfrentarse a los Misely, pero eso no quería decir que fuera un cobarde.

—¿Puedo invitarte a una cerveza?

—¿Una cerveza? —repitió él y por un momento pareció confundido.

—Tu jarra está vacía —dijo Jeam señalando la jarra que el otro acababa de depositar en la barra.

—Gracias, pero creo que es hora de irme, mañana trabajo.

—Tal vez puedo invitarte a algo más fuerte —sugirió Jeam sin apartar la mirada del otro hombre.

Hacía mucho tiempo que no flirteaba y sabía que se la estaba jugando porque, si se equivocaba, podían terminar a puñetazos en un minuto. Aunque ese médico parecía apacible. Y estaba seguro de que

le había pillado en varias ocasiones mirándole.

Pero el médico, en lugar de contestar, echó un vistazo a su alrededor y se dio la vuelta camino del baño sin decir nada.

¿Qué se suponía que significaba aquello?

No parecía la clase de hombre que tiene encuentros sexuales en los baños de un bar y Jeam pasaba de eso desde que era un adolescente. Sin embargo, algo le hizo ir tras él. Decidió esperar fuera, en el pasillo, junto a una máquina de condones estratégicamente situada en la esquina. Cuando le vio salir por la puerta, sujetó su brazo y le atrajo sobre su cuerpo. El médico no dijo nada, tampoco pareció sorprendido. Tan solo se dejó besar. Y Jeam hizo justo eso, besarle duro y profundo.

Se separó tan rápido como le había asaltado. El médico se pasó la lengua por los labios como si quisiera seguir saboreando a Jeam, que le miraba con los ojos oscurecidos.

—Sigo sin querer tomar nada —dijo al fin.

Jeam estudió su expresión. Parecía que el tipo ni siquiera tenía el pulso alterado. Y él sí que había notado los efectos de ese beso. En muchas partes de su cuerpo.

El médico dio un par de pasos, pasó la mano por la camisa para estirar la tela y le dejó en aquel pasillo junto a la puerta de los baños.

Jeam tardó menos de cinco segundos en estar en la barra de nuevo. Beth le cobró la cerveza con una sonrisa sagaz que hizo que se sintiera demasiado incómodo.

*

—¿No has notado que sonríe mucho más? Pues imagina la razón.

Owen asintió. Su hermana Sam le había invitado a tomar un «ligero» *brunch* a primera hora de la tarde. Lo había dicho con aquella voz de falsete que usaba cuando quería imitar a su madre. Y su hermano sabía lo que significaba: habría fuentes repletas de galletas de todo tipo. Samantha, como su madre, era una aficionada a la repostería que mataba la ansiedad cocinando. También sabía el motivo de que estuviera nerviosa, muy pronto, seguramente la próxima semana, tendría los resultados de las pruebas y, aunque no hablaran de ello, ambos pasaban aterrados gran parte de la noche pensando si tendría una recaída.

—¿Y cómo es el chaval?

—Deja de llamarlo así —le regañó su hermana.

Él elevó la ceja y torció la sonrisa, esperando los detalles.

—Pues el chaval es todo un hombre, Owen. Y creo que es justo lo que le conviene a Ally en estos momentos. Siempre ha salido con tipos

aburridos, estudiantes de medicina que vivían tan estresados como ella, compañeros del hospital que solo querían algún encuentro sexual seguro y sin consecuencias. Está rodeada de tíos estirados y egocéntricos. Los médicos os tomáis demasiado en serio a vosotros mismos.

—Y dime, ¿exactamente por qué se ha hecho pasar por enfermera? —Owen ni siquiera se molestó en desmentir la parte que le tocaba por ser médico.

—Fue una tontería mía. A nadie le gusta ligar con un oncólogo, por Dios, Owen. La gente normal huye de ciertos especialistas.

—¿Eso crees? —preguntó arqueando las dejas—. Nunca lo había pensado.

—¿Crees que una mujer estaría más interesada en un traumatólogo como tú o en un dermatólogo? Imagina la conversación durante una cena.

—Es un error. Cuando se entere, y terminará haciéndolo, no creo que se sienta muy bien.

—Para entonces ella estará feliz y él…, bueno, lo que sea. Imagino que él ya estará con otra.

—Así que para Allyson es solo una diversión pasajera. ¿Te das cuenta de que estáis jugando con una persona?

—No estamos jugando. Vamos, dime tú cuántas veces has tenido un rollo de una noche solo por divertirte.

—Y siempre me he encargado de ser sincero para no hacer daño a nadie, Sam. No se puede ir por ahí usando a los demás como tratamiento antidepresivo.

—Ah, ¿no? Tú mismo dijiste que el sexo era más efectivo que muchos fármacos.

Owen resopló. Discutir con su hermana era igual que enfrentarse a un cachorro de tigre. Acababas lleno de zarpazos.

—¿Qué habrías hecho tú? —preguntó ella mientras elegía una de las galletas de la fuente que había en el centro de la mesa. Esta vez se decidió por una de jengibre, aunque no eran sus preferidas, las de chocolate habían salido demasiado dulces.

—Buscar una relación de verdad. Eso habría hecho. Alguien con quien pudiera compartir una conversación en la cena, como tú has dicho. Un hombre que la lleve al cine alguna vez, que pueda permitirse regalarle un fin de semana romántico…

—¿Y dónde está la diversión? Te olvidas de lo más importante, Owen. Hay que ser feliz. Tal como tú te planteas las relaciones, suenan a dos ancianos que duermen en camas separadas.

Owen se preparó para escuchar otra perorata de su hermana sobre el amor. Sabía en qué acabaría toda esta palabrería y le molestaba que ella fuera tan insistente. Llevaba solo un mes sin

organizarle ninguna cita a ciegas.

—Hay que sorprender al otro, hacer regalos tontos como unas gominolas con forma de corazón o quizá una foto ñoña por WhatsApp, de esas que te hacen sonreír. Y también pasión, Owen. Mucha pasión. Del tipo que hace que tengas sexo por la mañana aunque llegues tarde al trabajo, o que compres lencería de color rojo para que termine desperdigada por el suelo de la casa. ¿Alguna vez has sentido ganas de llamar a alguien solo para escuchar su voz? ¿O de comértela a besos mientras te cuenta la última lista de la compra?

Samantha se detuvo sin aliento. Como era de esperar él no dijo nada y, como también era de esperar, eso hizo que ella insistiera.

—¿Has sentido alguna vez que la tierra tiembla bajo tus pies?

Owen parpadeó un par de veces intentando reponerse del recuerdo de aquel beso. Porque eso fue exactamente lo que había sentido la noche anterior. La tierra había temblado bajo sus pies. Tardó horas en olvidar la descarga eléctrica que le atravesó cuando los labios de aquel hombre se habían posado en los suyos.

—Ayer me besaron.

Samantha se atragantó con el té, tosió un par de veces y él comenzó a reírse, nervioso, mientras se pasaba las manos por el rostro, sobre los párpados, intentando borrar la imagen de esos ojos castaños que le habían inmovilizado.

—Vaya, Owen. Parece que tu suerte empieza a cambiar. Ayer te besan y hoy te veo reír. Dos acontecimientos en la misma semana. Tenemos que comprar lotería.

—¿Tan raro te parece? —preguntó dolido.

—¿Qué te besen o que te rías?

Su hermana dejó la taza sobre la mesa y comió un pedacito de galleta.

—¿Sabes lo peor de todo?

—No me digas que es una enfermera —bromeó Sam.

—¿Recuerdas al jefe del chico que sale con tu amiga Allyson?

Existen expresiones que describen el silencio absoluto, ese en el que se podría escuchar un cabello deslizándose hasta el suelo, pero Owen pensó que ninguna haría justicia a la densa y profunda quietud que durante unos segundos se extendió por la cocina de su hermana. Fue como si un agujero negro absorbiera todo el aire que los rodeaba y le recordó a las imágenes de aquella antigua película sobre los viajes espaciales que había visto. Era una quietud igual de peligrosa y turbadora a la que sentían los astronautas cuando hacían un paseo espacial, estaba seguro de ello.

—No sé qué decir —acertó a pronunciar Samantha cuando consiguió recuperar el habla.

Owen se levantó con la excusa de ponerse un zumo. No se atrevía

a enfrentarse a la mirada de su hermana. Si encontrara en sus ojos una pizca de asco, odio o vergüenza, estaba seguro de que se le destrozaría el alma y no podría volver a reponerse nunca más.

—No hace falta que te vayas, Owen.

Él volvió a su lugar en la mesa con el vaso de zumo lleno hasta límites peligrosos.

—Vamos, cuéntame —dijo entonces Samantha.

—No hay mucho que contar.

—Ya lo creo que sí. Así que empieza de una vez.

Tomó un par de respiraciones profundas antes de ser capaz de volver a mirarla y, por supuesto, Samantha no le decepcionó. En los ojos marrones de ella solo se veía esperanza con una pizca de temor.

—No fue nada. Solo un beso. Me invitó a una cerveza y me besó.

—Así que tomaste unas cervezas con él.

—No, no —corrigió Owen—, él me invitó, pero yo no acepté. Y luego me besó.

—¿Así? ¿Sin más? —insistió Sam.

—Cuando salí del baño me estaba esperando y me besó. Sí, así sin más.

—¿Y? —preguntó para animar a su hermano a que continuara.

—Me marché a casa.

—¡Joder, Owen! —exclamó Sam— ¡De algo hablaríais!

—No. Solo me marché.

Sam suspiró y estiró la mano para acariciar la de su hermano, llenando su piel de glaseado de azúcar.

—¿Y qué vas a hacer? Porque si me lo has contado es por algo, ¿no?

Owen se encogió de hombros.

—No tengo ni idea de qué hacer.

—Pues la próxima vez, para empezar, acepta su cerveza.

—No es tan fácil.

—Sí que lo es. Solo tienes que dejar de preocuparte, tomarte unas cervezas con él y volver a besarle.

—Nunca he salido con ningún hombre.

Samantha arqueó las cejas y tosió un par de veces.

—Ni siquiera sé cómo Frank y yo terminamos liándonos en la universidad, Sam, esa es la verdad. Todo fue culpa de los nervios de los exámenes y de esa maldita fiesta de fin de semestre.

Él miraba la mesa, incómodo con los recuerdos. No se sentía orgulloso de cómo había llevado todo aquello, al final había perdido a uno de sus mejores amigos.

—Pero os visteis varias veces, Owen.

—Sí. Claro que nos vimos. Éramos compañeros de carrera. Quedamos para ir a beber, al cine y a la biblioteca. Pero nunca volvió

a repetirse.

—Recuerdo que a ti te gustaba.

—Me gustaba. Pero también estaba hecho un lío. No sé ni cómo sucedió. Y luego… todo era muy incómodo. Al final dejamos de hablarnos.

—Querrás decir que tú dejaste de hablarle.

Owen se pasó la mano por el cabello, afligido por aquellos recuerdos. Esas semanas con Frank habían sido una montaña rusa. Por desgracia siempre regresaba a la residencia con el estómago encogido y la terrible certeza de estar haciéndolo todo mal. Había estado enamorado de él mucho tiempo, ahora lo sabía, aunque era más fácil seguir diciendo que todo fue fruto del estrés.

—Da igual quién dejara de hablar a quién —añadió Owen sin demasiada convicción.

—De acuerdo, pero lo que importa es qué vas a hacer con… ¿cómo se llama?

—Jeam. He escuchado que le llaman Jeam.

Sam apretó los dedos de la mano de su hermano para evitar que terminara tapándose del todo la cara.

—Venga, Owen, tal vez lo tuyo son los hombres. Porque desde luego no te ha ido bien con ninguna de las chicas con las que has estado.

—No tengo tiempo, ya te lo he dicho. Los horarios en el trabajo son un caos, llego a casa cansado… ninguna mujer quiere eso. Cuando digo que soy médico están encantadas, pero cuando descubren los inconvenientes empiezan las quejas.

—Y tú estás encantado de explicarles los inconvenientes, lo sé. En el fondo, no quieres que funcione. Boicoteas tus propias relaciones.

Owen no replicó. Hacía mucho tiempo que entre su hermana y él no había secretos.

—Tienes que intentarlo. Puede que con él sea diferente.

—O no. O solo termina dándome un puñetazo.

—Un hombre que espera para besarte no hace eso, creo.

—Me comporté como un idiota —terminó confesando apesadumbrado.

—Bueno, el siguiente paso lo tendrás que dar tú. Porque vas a ir a por él. Si no estuvieras pensándolo no me habrías contado nada.

Owen la rodeó con los brazos cuando ella se levantó para abrazarle.

—Vamos, tienes que ser valiente. Hazlo por mí. No quiero dejarte solo.

Las cerraduras y candados de su cabeza saltaron junto con las lágrimas cuando Samantha dijo aquello. Sintió los dedos de ella enredarse en su cabello y escuchó el sonido de su corazón.

—No vas a dejarme, Sam, deja de decir eso.

—Sabes que hay muchas probabilidades de que el linfoma haya vuelto.

—Basta, Samantha. No hagas eso. No te adelantes a las noticias. Si ha vuelto, comenzaremos otro tratamiento. Hasta entonces, por favor, deja de pensar en ello.

Samantha no dijo nada más y su hermano suspiró, agotado. La enfermedad había sido una dura prueba para ella, pero también para él. Sabía que, pasara lo que pasara, pelearían juntos hasta vencer.

*

El que no arriesga no gana. Es una verdad universal. Owen lo sabía. También sabía que hay oportunidades que se presentan una vez en la vida. Así que cuando le pasaron un formulario para notificar posibles desperfectos y mejoras en su despacho o áreas médicas, no lo dudó. Miró a su alrededor y se dijo que ya era hora de pedir que arreglaran el agujero en la pared que, por una extraña casualidad, iba a producirse en los próximos minutos por culpa de una estantería que no podía soportar más peso.

En su vida había hecho algo así. Sabía que podría suponer una amonestación. ¿Estaba pensando con claridad? ¿Dónde estaba el Owen reflexivo que ocupaba aquel despacho desde hacía solo un año gracias a su reconocida capacidad para mantener la calma y dirigir un equipo médico en condiciones de estrés? Desde luego no era el mismo que, haciendo uso de todo su peso, derribó el estante y provocó un boquete de quince centímetros.

Con las manos en las caderas, sonrió admirando el resultado. Su plan estaba en marcha. Samantha iba a estar orgullosa de él.

Volvió a su sitio tras el escritorio y marcó el teléfono de administración. Solo hizo falta una conversación de unos minutos y consiguió la promesa de que esa misma tarde un operario pasaría a reparar los desperfectos.

Al salir de su despacho, miró la pared y sintió una punzada de culpabilidad. Esto era lo más parecido a estafar que había hecho en toda su vida. Estaba mal desperdiciar el dinero del contribuyente, como médico conocía la importancia de cada billete que llegaba de las arcas públicas, pero ¡qué demonios! Estaba dispuesto a pagarlo de su propio bolsillo. Sí, eso haría, el próximo mes donaría de forma anónima el precio de la reparación a la fundación del hospital.

Más tranquilo, se dirigió al área quirúrgica para continuar con el plan de trabajo del día. Por suerte en cuanto estaba frente a un paciente se olvidaba de todo, bien podría aterrizar una nave espacial a

su lado que él no se alteraba. Así que pudo pasar las siguientes horas sin pesar en aquel beso y en aquellos ojos que le habían taladrado con deseo.

*

Jeam tomó nota del despacho que tenía que visitar, en la planta segunda, dos pisos por encima de su zona habitual de trabajo. Desde hacía una semana recibía avisos de otras áreas del hospital diferentes a la que estaban reformando. Si jugaba bien sus cartas se haría con el contrato de mantenimiento del edificio. Estaba a punto de dar el siguiente paso en su trabajo y conseguir la estabilidad financiera que todos necesitaban.

Antes de acudir se tomó unos minutos para comprobar que tenía las manos limpias y la ropa en un estado aceptable. En un hospital no podían permitirse parecer desaseados, se había dado cuenta desde el primer día.

Así que cuando llegó al despacho de Owen estaba listo para encontrarse con una gotera, un cristal roto, desperfectos en el suelo o cualquier otra sorpresa, pero no con el hombre al que había besado.

—Buenos días. Soy Jeam Grant. Me han dicho que necesitaba unos arreglos —se presentó como si no le hubiera reconocido.

—Sí. Esta estantería… no tengo ni idea de lo que ha pasado.

Jeam echó un vistazo a la pared y luego cogió la estantería que estaba sobre un archivador de metal. No hacía falta ser detective para saber que la sujeción estaba en perfecto estado y que, por tanto, no había caído accidentalmente.

—¿Había puesto mucho peso? —preguntó al doctor mientras volvía a mirar el destrozo en la pared.

—No lo sé, la verdad. Lo he encontrado así cuando he llegado por la mañana.

—Ajá —dijo Jeam al volver a dejar la estantería sobre el archivador—. Podemos arreglar la pared. Tardaremos un par de días.

—¿Dos días? ¿Tendré que dejar mi despacho dos días?

Jeam sonrió y estuvo tentado de preguntar si toda esa historia era cierta. La expresión turbada del médico confirmó sus sospechas.

Entonces, escuchó un par de golpecitos en la puerta y una mujer entró. Al momento reconoció a Allyson, la chica que traía loco a Evan desde que había llegado a Lincoln.

—Perdona, Owen, no sabía que estabas ocupado.

—Solo estamos hablando del agujero de la pared —se apresuró a aclarar Owen con la expresión de quien ha sido pillado cometiendo una travesura.

Jeam sintió un extraño cosquilleo en su pecho al mirar al médico. ¿Por qué se justificaba? ¿Había planeado ese encuentro en su despacho? No podía saberlo con seguridad, pero todo indicaba que esa estantería no se había caído sola. La verdad es que con aquella bata blanca estaba muy sexi.

Entonces reparó en Allyson y la identificación que llevaba sobre el bolsillo superior de la bata. Allyson Sanders. Residente de oncología.

Ella le miró y dio un paso atrás con aspecto de querer desaparecer de allí en ese mismo instante.

—Creo que se podrá reparar en un par de días —explicó Owen.

—Sí, un par de días —repitió Jeam sin quitar ojo de la tarjeta plástica con la foto y el nombre de ella—. Nos hemos visto antes, ¿verdad?

Allyson tragó despacio. Como le había advertido Owen, las mentiras siempre salían a la luz más pronto que tarde.

—Sí. Eres el jefe de Evan, ¿verdad?

—Y tú la enfermera con la que sale —dijo recalcando cada palabra y ella volvió la vista a la puerta por la que estaba deseando salir.

—No quiero molestaros más —se apresuró a decir—. Tengo bastante trabajo todavía.

Jeam frunció el ceño cuando ella cerró la puerta tan rápido que no pudo despedirse.

—Parece que a los médicos os gustan los juegos.

Owen escrutó su expresión, temía haber metido la pata con su pequeño plan.

—Esta tarde, antes de irme, vendré a arreglar la pared para que mañana esté seco y podamos pintar. No es necesario que dejes el despacho, no te molestaremos.

Salió precipitadamente, no le gustaba lo que estaba pasando con aquel médico. Nunca le habían gustado ese tipo de juegos, si estaba interesado en alguien era directo. No era tan idiota como para arriesgar un buen contrato de trabajo por pasar un buen rato. Y no estaba dispuesto a ser el entretenimiento de ningún médico engreído. Y luego estaba esa mujer que estaba jugando con Evan.

—¡Joder! —gruñó frente a la puerta cerrada del ascensor.

Un grupo de mujeres con bata blanca le miró de forma reprobadora y él agachó la cabeza, arrepentido por perder los estribos.

Se había comportado como un idiota al besarle en el bar. Tenía que centrarse en el trabajo.

—¿Dónde has ido? —preguntó Evan en cuanto le vio aparecer.

—Tenemos trabajo en la planta segunda. La pared de un despacho. Es poco. Esta tarde subiré antes de irnos —explicó mientras

cogía las herramientas para volver al trabajo.

—¿Necesitas que te ayude?

—No. Puedo hacerlo yo solo. No te preocupes.

En seguida se puso a trabajar, era la mejor forma para no hablar, no quería ser él quien diera la mala noticia a Evan. Al menos esa mujer le mantenía entretenido y feliz. Ya pensaría en contárselo más adelante.

8

Después de una ducha Evan se cambió de ropa tan rápido como pudo y montó en su viejo coche para ir a casa de Allyson. Jeam le había bombardeado con un montón de preguntas incómodas sobre ella y su relación dejando entrever que tal vez no era adecuada para él. Sin embargo, no estaba dispuesto a tirar la toalla. Aunque se empeñara en asegurar que solo era diversión, lo que sentía cada vez que estaba junto a ella era muy diferente de lo que otras chicas le habían hecho sentir. Jamás había pasado horas recordando una noche, ni tampoco planeando la siguiente.

Y ella parecía encantada, siempre con una sonrisa y aquellos colores que aparecían en sus mejillas en cuanto él hacía algún comentario sobre sus piernas. Le encantaba su timidez, porque le hacía sentirse el primer hombre que ella tenía, aunque sabía de sobra que había habido otros antes que él.

—¿Te apetece cenar fuera?

—Me parece perfecto —contestó Evan y la siguió al jardín trasero.

La casa no era muy grande, pero para él, que siempre había vivido en la ciudad, poseer un porche y una porción de césped era todo un lujo.

Allyson había dispuesto un mantel en el suelo, unas mantas y cojines. En una esquina, apoyados en el tronco de un viejo árbol que protegía la casa del sol y las miradas indiscretas, había una botella de vino y unas copas.

—¿Te gusta el vino?

—Suelo beber cerveza, pero un vino está bien —dijo mientras la veía regresar otra vez a la casa.

Estaba preciosa con aquel vestido corto azul oscuro y sus sandalias. No mentía cuando decía que tenía las piernas más preciosas que había visto nunca. Y todo aquello, que Allyson se hubiera molestado en preparar esa cena para él, conseguía ponerle tan nervioso que no era capaz de mantenerse quieto. Jamás habían hecho algo así por él.

—Aquí está la cena. No sabía de qué te gustaba la pizza, así que he comprado dos: carne con aceitunas y pollo con salsa barbacoa.

—Vino, pizza —Atrapó a Allyson entre sus brazos y rozando su cuello con la mano añadió—: y tú. Es la cena perfecta.

—No sé cocinar. Esa es la verdad —se disculpó Allyson alejándose

un poco de él—. Sam siempre insiste en enseñarme, pero no tengo tiempo para hacer un asado o uno de esos guisos de carne con verduras que a ella se le dan tan bien. Así que voy de vez en cuando a su casa para proveerme de comida casera y el resto de los días alterno entre pizza, comida china, sushi…

Él mordió su trozo de pizza y lo saboreó hambriento.

—Yo tampoco sé cocinar. Jeam se encarga de la compra y prepara algunas ensaladas. Es un maniático de la comida sana. Si fuera por mí, comería lasaña congelada todos los días.

—¿Desde cuándo os conocéis?

Evan hizo una pausa y fingió estar muy concentrado en rellenar las copas de vino. Tenía la absurda necesidad de ser sincero con ella. Y eso se podía catalogar como otra primera vez en su vida. Desde que era pequeño se había vuelto un experto en ocultar lo que sucedía en su casa, en fingir que sus días eran tan normales como los de sus compañeros, o como en aquellas series de televisión que veía de vez en cuando, con familias reunidas alrededor de una mesa en Acción de Gracias. El primer asado de Navidad que había probado fue en un centro de menores en el que pasó una semana encerrado hasta que Jeam fue a recogerle, después de conseguir que el juez confiara en su palabra de que no permitiría que Evan volviera a pelear.

Su pasado era también el de Jeam y había prometido no contar nada. Tampoco era el tipo de historia que a una mujer le gusta escuchar.

—Hace unos años. Vivíamos en el mismo barrio.

—¿En qué ciudad? —La mirada de Allyson era curiosa y su sonrisa sincera.

—Nueva York.

—Vaya. No tiene que ser fácil vivir aquí, acostumbrado a una gran ciudad.

—Bueno, esto es diferente. Hay menos ruido, menos gente…

—¿Cómo en un pueblo? —preguntó ella arrugando la nariz.

—¡No! No he dicho que sea un pueblo. Es una ciudad bonita. Además… —Se inclinó hasta acercarse a ella tanto que podía besarla en menos de un segundo. — tiene playa.

Se alejó y la guiñó el ojo, mostrando una sonrisa juguetona. Allyson se echó a reír y agachó la cabeza, aunque no tan rápido como para que él no viera que se había puesto colorada otra vez.

—No te rías de mí —le regañó—. Nueva York también tiene playa.

—No lo hago —contestó repentinamente serio y cogió los dedos de ella—. Allí nunca iba a la playa.

—¿Y por qué viniste? —preguntó.

Evan se quedó mirándola durante un instante, por su mente

pasaron mil excusas, falsas historias que podían contar, pero, por alguna razón que no acertaba a entender, quería ser sincero con ella.

—Necesitaba un cambio.

Antes de que ella tuviera tiempo de continuar con su interrogatorio, decidió besarla. Se dijo a sí mismo que lo hacía para evitar más preguntas, pero en realidad desde que había empezado la cena estaba peleando consigo mismo por mantener las manos alejadas de Allyson. Era como si una fuerza invisible le atrajera a ella cada vez que estaban juntos.

Tal vez eran los efectos del vino al que no estaba acostumbrado, o quizá era el calor de la noche. Evan sintió cómo las llamas del deseo recorrían su piel y le hacían arder en cuanto sus bocas entraron en contacto. Se inclinó sobre ella hasta tumbarla en el suelo, bajo su cuerpo, y acarició la curva tras su rodilla antes de subir lentamente bajo aquel vestido.

Los labios de Allyson le hicieron olvidar su pasado, las noches de invierno arropado entre mantas viejas y el olor a alcohol del último novio de su madre, aquel que le tiró por las escaleras cuando él se negó a apagar la televisión.

El aire de esa ciudad olía a limpio, se colaba en sus pulmones y limpiaba sus recuerdos. Miró el precioso rostro de ella, pálida como un sueño, con las primeras estrellas reflejadas en sus ojos y esos labios sonrojados, perfectos para besarlos, que sentía que curaban cada pedacito de él. Incapaz de manejar el torbellino de emociones que crecían en su pecho, cerró los ojos, y al hacerlo continuó viendo la imagen de ella sobre el suelo del jardín.

—Allyson…

Pronunció su nombre sobre la sensible piel del hueco de su cuello antes de llegar al hombro, el lugar que había escogido para esconderse, y gozó con el delicioso aroma que se colaba por su nariz cuando la acariciaba dejando un camino de besos.

—Eres preciosa. —Las palabras se escaparon entre caricias y jadeos.

Ella le había rodeado con los brazos y recorría su espalda hacia arriba, así que se incorporó y se deshizo de la camisa. Era la única que tenía, se la había comprado esa misma tarde para tener un aspecto más presentable. Claro que más presentable significaba más botones y eso no era nada bueno cuando estás deseando sentir contra tu piel el cuerpo de una mujer.

Tiró la ropa a los pies del árbol después de coger un preservativo y enseñárselo.

—Vienes preparado —musitó Allyson al ver el paquetito plateado.

—Esperaba tener suerte esta noche —bromeó mientras regresaba a su lado.

Esta vez fue ella la que se colocó sobre sus caderas y él volvió a colar sus manos bajo el vestido, recorriendo lentamente sus muslos.

—Deberíamos pasar dentro de casa.

—Ni lo sueñes. Quiero hacer esto justo aquí, bajo esta luna —dijo Evan enredando las manos en su cabello después de soltar la coleta y extenderlos, libres como un sueño.

Recorrió la línea de su hombro con la punta de los dedos y bajó el tirante del vestido junto con el del sujetador.

—Eres preciosa —repitió al posar la palma de la mano en la mejilla de Allyson y ella cerró los ojos.

—Por favor, no cierres los ojos. —Las palabras brotaron a borbotones de su boca y se alzó para sentarse sin soltarla—. Son tan azules… Dios, Allyson...

Su corazón golpeaba con tanta fuerza dentro de su pecho que se sentía mareado y no conseguía articular ningún pensamiento coherente. Rodaron por el césped para fundirse entre jadeos.

Loco. Esa era la palabra. Estaba loco por ella.

*

—Así que ayer volviste a ver a Evan.

Samantha sacaba otra bandeja de galletas del horno mientras Allyson tomaba asiento. La cocina tenía un gran horno profesional y varios aparatos que a Allyson le parecían robots espaciales pero que Samantha sabía utilizar para preparar deliciosos postres. La costumbre de merendar en aquella gran mesa de madera había comenzado cuando eran niñas y hacían los deberes juntas al terminar el colegio. A Allyson, hija única, le gustaba pasar tiempo en la casa de los Williams, y Samantha estaba encantada de tener una amiga con la que compartir confidencias.

—Sí. Cenamos juntos —contestó, aunque sabía que el interrogatorio de su amiga no había hecho nada más que empezar.

—¿Y se quedó a dormir?

—No.

—¿Es eso lo que te preocupa? —preguntó soplando un trocito de galleta antes de metérselo en la boca.

—No estoy preocupada —dijo Allyson levantando las cejas.

—Entonces, ¿qué es? —insistió Sam ignorando su fingida sorpresa.

—A veces me recuerdas a mi madre —murmuró con fastidio—. ¿Puedo probar esas galletas?

Sin quitarse el delantal, Sam se sentó a su lado con una expresión inflexible. Había pensado seriamente abrir un consultorio sentimental

en su cocina y retomar el trabajo de psicóloga que había abandonado cuando tuvo que atender a su enfermedad. Al parecer, tanto su hermano como su amiga encontraban más fácil sincerarse cuando había frente a ellos un plato de dulces. Quizá con el resto de la gente funcionara.

—Hay que esperar a que se enfríen. Mientras tanto, cuéntame qué te preocupa.

—¿Has hablado con Owen? —preguntó con un ligero resoplido.

—No. ¿Ha pasado algo?

—El jefe de Evan sabe que soy médico.

—¿Se lo ha contado Owen?

—No, no. Fue una casualidad. Él estaba en el despacho de tu hermano y yo entré con mi identificación. Se quedó mirándonos con una cara… no sé por qué se enfadó tanto, la verdad. Bueno, sí sé por qué se enfadó conmigo, pero contestó a Owen fatal. Como si fuera su culpa.

—Vaya.

—Sí. Por lo visto Owen le llamó para que arreglara una estantería de su despacho.

Samantha se echó a reír y se levantó a por unas servilletas.

—Así que mi hermano por fin se ha decidido —dijo mientras comprobaba de nuevo si ya se habían enfriado un poco.

—¿Decidido? No te entiendo.

—Pues que Owen se ha decidido a dar el siguiente paso. Y vas tú y lo estropeas.

—No te sigo, Sam. ¿Qué he estropeado? —preguntó confusa.

—Allyson, a Owen le gusta ese hombre.

Lo soltó poniendo unos recortes de galletas frente a ella, como si con unos dulces se pudiera aceptar mejor la noticia.

—¿Estás segura? Creo que ha salido con varias compañeras de trabajo.

Allyson comenzó a mordisquear los trozos desechados por culpa de su tamaño o con alguna rotura, pero tan deliciosos como las galletas completas que Sam había reservado.

—Es gay, créeme. O quizá bisexual, no lo sé. De lo que estoy segura es de que es muy cabezota.

—Espero que tenga suerte—dijo Allyson y continuó con su sabrosa merienda—. Están deliciosas, Sam. Un día tienes que enseñarme a hacer tus galletas.

—Tranquila, te dejaré en herencia mi libro de recetas.

Allyson se atragantó y Sam se apresuró a darle un poco de agua.

—No vuelvas a gastar esas bromas. De verdad, Sam, es horrible que lo hagas.

Visiblemente arrepentida, Sam agachó la cabeza y sujetó las

manos de Allyson entre las suyas.

—Perdona. Lo hago sin pensar.

Su amiga le dio un abrazo, fuerte y lleno de cariño. Aunque odiaba las bromas macabras que Sam gastaba, no podía reprochárselo. Muchos pacientes encontraban en ese humor oscuro y fúnebre la forma de hacer frente al miedo.

—Cuéntame lo de Owen.

—Es un poco complicado, creo, o él lo hace complicado —dijo Sam cuando volvieron a tomar asiento—. Desde la universidad solo ha salido con mujeres. Creo que nunca ha estado enamorado de ninguna. En realidad, su único amor fue su compañero de carrera. Y ahora ese tal Jeam parece que le ha hecho salir del armario… o del cascarón, porque se comporta como un crío.

—Así que por eso se enfadó tanto con él Jeam —aseguró Allyson al recordar lo que había pasado.

—No he hablado con Owen, pero imagino que tiene algo que ver con que la otra noche se besaron.

—¿Se han besado? —preguntó con los ojos muy abiertos—. Eso sí que no me lo esperaba. Tu hermano tiene buen gusto, eso sí.

—Sí que lo tiene. Y tú también. Y los dos tenéis un problema.

Allyson suspiró, apesadumbrada.

—Sí. No tengo ni idea de si se lo ha dicho a Evan. Sé que tendría que haberlo preguntado anoche, pero no me atreví.

—Estabas muy ocupada entre beso y beso, supongo.

—¡Sam! —la regañó y sintió cómo sus mejillas ardían.

—No lo niegues, Allyson. Desde que estás con ese chico vas con una sonrisa de oreja a oreja que deja muy claro lo que él te hace.

—No es eso, Sam. No se trata de sexo.

—¿Entonces? Porque no me digas que charláis sobre filosofía… ¿o es especialista en biología?

—No seas mala, Sam.

Allyson dejó que su mirada vagara a través de la ventana, hacia el jardín de la casa de Sam. Al instante, recordó la noche en su propio jardín, sobre su césped, y sintió cómo el calor ascendía por estómago hasta su cuello.

—No se trata del sexo. Él es… no sé. Me hace sentir viva, Sam.

—Y yo me alegro —dijo su amiga con total y completa sinceridad.

—En serio. No sé explicarlo. Con él es diferente. Es como si no tuviera que preocuparme de qué ponerme o qué decir. Solo soy yo misma. Y él me mira con esos ojos, como si estuviera mirando a las estrellas.

Sin darse cuenta, Allyson había ido bajando el tono de su voz al hablar de Evan.

—Vaya, te ha dado fuerte, Allyson.

Las dos suspiraron a la vez y se echaron a reír con complicidad.

—Tienes que decirle la verdad, Allyson. Antes de que lo haga su amigo. Sabes que es una tontería.

—Lo sé, pero quiero esperar el momento adecuado.

—No hay momento adecuado. Cuanto más tarde, será peor.

Allyson se pasó los dedos por el cabello y miró el jardín, cuidado y repleto de flores a punto de recibir la primavera.

—Sí. Tengo que decírselo. Además, no es nada importante. ¿Qué importa si soy médico o enfermera? Sigo siendo la misma.

—Lo eres, Allyson. Sigues siendo la misma. Habla con él. Lo entenderá, estoy segura. Como dices, es una tontería.

—Crees que soy una tonta, ¿verdad?

Sam la ofreció una de sus perfectas galletas y guardó el resto en un bol.

—Solo te estás enamorando de ese chico, Allyson. Eso es lo que pasa. Es curioso que mi hermano y tú hayáis decidido enamoraros la misma semana.

Su risa cantarina volvió a inundar la cocina y Allyson la acompañó.

—No estoy enamorada. No seas boba.

—Lo estás. Del chico malo que nunca tuviste en el instituto, del amor rebelde que te hace temblar las piernas. Has pasado años enterrada entre libros. Ni siquiera ibas a fiestas en la universidad. Y luego esos médicos con los que has salido —Sam hizo un gesto de desagrado antes de continuar—. Una mujer necesita un poco de diversión antes de los cuarenta, Allyson.

—¡No soy tan vieja, Sam!

—Pues a veces lo parece. Así que diviértete con ese chico. Queda con él esta noche y cuéntale que eres médico. Si te mira como dices que lo hace, no creo que se enfade.

Allyson asintió. Su amiga tenía toda la razón. Tenía que contárselo. No sabía por qué tenía miedo de hacerlo. Cosas como la edad o la profesión no importaban cuando estás enamorado.

«…cuando estás enamorado…»

Se pasó la yema de los dedos por los labios y pensó en el sabor de sus besos.

*

A veces pensaba que vivir sola era perfecto. Era dueña de su propio tiempo, una mujer adulta, triunfadora, capaz de saborear de una cena oriental y una copa de vino disfrutando de una película antigua. Más tarde podría darse un baño de espuma y en todo el

tiempo que decidiera estar en la bañera, nada ni nadie la interrumpiría.

Sí, vivir sola era perfecto.

Pero ese sábado sentía que era una porquería. Además, la idea de darse un baño no la convencía.

Evan solo había enviado un mensaje por la mañana y ni siquiera sugirió que se vieran.

Le fastidiaba pensar que era fin de semana y ella estaba en casa, sola y aburrida, pero no se decidía a llamarle. ¿Y si él había hecho planes? Evan no parecía de los chicos que se quedan en casa un fin de semana, al contrario, seguramente saldría con sus amigos a divertirse, conocería a alguna chica, puede que hasta fueran a bailar.

La imagen de Evan en vaqueros con la camiseta negra ceñida y esa media sonrisa traviesa que hacía que se le paralizara el corazón, atravesó fugaz frente a ella.

Sam tenía razón. Todo lo que no había vivido en su juventud y que nunca había echado de menos, ahora llenaba su mente y su corazón.

Y lo peor es que también llenaba su cuerpo. Jamás había pensado que podría sentir aquella necesidad de tocar a alguien, de besarle y abrazarle. Había llegado a la conclusión de que era una enorme tontería tener miedo de que él supiera que era médico. ¿Qué había de malo en ello? Ya no estaban en los años cincuenta, cuando un hombre se sentía intimidado por una mujer con estudios universitarios. Ellos eran jóvenes. Sin embargo, al llegar a ese punto, la palabra *joven* comenzaba a iluminarse de color rojo en su mente. ¿Qué pensaría Evan de que ella era mayor que él? Y seguramente algo más de un par de años. Entonces, siempre terminaba diciéndose a sí misma que era una tontería, que él seguramente la veía solo como a una diversión, y eso era exactamente lo que ella tenía que pensar, en divertirse, nada más.

Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que aceptó la llamada de su teléfono móvil sin molestarse en mirar quién era.

—Hola, Allyson.

Ella frunció el ceño. No era precisamente la voz que esperaba oír.

—¿Allyson? Soy Michael. ¿Me recuerdas?

—Sí, sí. Hola Michael —contestó, estirando las piernas en el sofá y admirando el color de las uñas de sus pies, recién pintadas.

—El miércoles llego a Lincoln. Estaré en el hospital a la hora del almuerzo.

Allyson movió los dedos de los pies. De repente el fucsia le parecía demasiado llamativo. Es lo que tenía el aburrimiento, te llevaba a hacer cosas extrañas, como pintarte las uñas de color chicle o invitar a tu antiguo amigo de la universidad a quedarse en tu casa

unos días.

—Tengo muchas ganas de verte, Michael.

Apretó los párpados con fuerza. ¿Por qué había dicho eso?

—Tengo que presentarme al director cuando llegue, pero el almuerzo te lo reservo. Estaré hasta el domingo. He pensado pasar el fin de semana haciendo un poco de turismo, si te parece.

—Sí, claro.

—Entonces hasta el miércoles.

Allyson dejó caer el teléfono sobre el sofá y se quedó mirando el techo. Se había olvidado por completo de Michael. Hacía un par de meses el hospital donde ella trabajaba le había invitado para impartir un curso sobre microcirugía robótica a los alumnos. En el poco tiempo que llevaba trabajando, Michael había conseguido formar parte de uno de los equipos destacados del país, en el Hospital MG de Boston, y aunque todavía le quedaba mucho para ser un experto, en un hospital de categoría media como el Samaritan de Lincoln se mostraron encantados de que aceptara y no exigiera un plus económico alto. Ella le ofreció su casa como residencia en cuanto supo que iba a pasar unos días. Era lo mínimo que podía hacer, por el hospital, por la ciudad y, por supuesto, por un compañero de universidad.

—Evan —suspiró al pronunciar su nombre.

La idea de tener a Michael en su casa no sonaba tan bien en esos momentos.

Miró el teléfono, tirado junto a ella en el sofá, y se mordió el labio, nerviosa. Sin pensarlo demasiado lo cogió y buscó el contacto de Evan para llamarle.

—¿Estás ocupado?

Al otro lado de la línea se escuchó la voz somnolienta de Evan.

—Solo dormía un poco.

—Lo siento, no quería molestarte.

—No me molestas. Dime qué quieres.

—No quería molestar, de verdad —dijo Allyson arrepentida de haber llamado—. Vuelve a dormir.

—Allyson, por favor… ahora ya estoy despierto. Dime qué quieres —insistió.

Se sintió bastante tonta por haber llamado. Estaba claro que él no pensaba verla ese sábado, ni siquiera había llamado.

—¿Te apetece salir a cenar? —terminó por preguntar.

Evan se dio una ducha y se vistió lo más rápido que pudo. Baran había recogido a Jeam y no habían querido que los acompañara. Sabía que de vez en cuando ayudaban en la iglesia de San Agustín, así que no había insistido. La religión nunca había formado parte de su vida.

Cogió las llaves del coche de Jeam y puso una nota en la puerta del frigorífico para explicar que había salido.

Mientras recorría las calles de Lincoln pensaba en Allyson y se dio cuenta de que llevaba una sonrisa en la cara. Siempre que pensaba en ella sucedía. Cuando estuvo frente a su puerta, la vio salir de la casa antes de que él detuviera el coche por completo.

—Estás preciosa —dijo en cuanto ella se sentó a su lado.

Allyson no dijo nada, solo le dio un beso en la mejilla y se puso el cinturón de seguridad. Condujo hasta los muelles, junto a la playa. La noche no era fría y podían comer algo económico. Odiaba no tener dinero para llevarla a un restaurante, ella se lo merecía, además, estaba seguro de que estaba acostumbrada.

Pasearon por el muelle cogidos de la mano, deteniéndose de vez en cuando en los puestos ambulantes. Cuando llegaron a la tienda donde él trabajaba los fines de semana, le mostró el escaparate.

—Aquí trabajo.

Allyson no dijo nada, entró y echó un vistazo entre las estanterías abarrotadas y se entretuvo en revolver las pulseras y collares de conchas de animales marinos que colgaban. Él eligió una cuando ella no le veía y puso un billete de diez dólares sobre el mostrador antes de irse mientras su jefa le miraba con complicidad.

La llevó a uno de los puestos de comida que había al final, justo donde terminaba el paseo de madera y se convertía en arena. Pidió un par de hamburguesas y unas cervezas y caminaron hasta la orilla del mar.

—No sabía que tenías otro trabajo.

—Vengo los fines de semana. —Evan comió un par de bocados antes de añadir la única excusa posible—. Quiero comprarme un coche nuevo.

—Siento haberte molestado, de verdad, estarás cansado de toda la semana y yo…

Antes de que continuara disculpándose, Evan la dio un beso.

—Me gusta que me hayas llamado —dijo a tan solo unos centímetros de sus labios.

Como siempre que él la sorprendía con esas frases, Allyson sintió que se sonrojaba.

—Estás preciosa —susurró robándole otro beso.

Allyson se dio cuenta de que la miraba con aquella sonrisa que ella había empezado a adorar.

—¿Quieres tu cerveza? —Evan abrió su lata de bebida sin sacarla de la bolsa de papel—. Espero que no nos multen por beber en la playa.

—Es la primera vez que lo hago —dijo riendo al coger la bolsa que ocultaba la bebida.

—¿En serio? —Evan terminó su hamburguesa y arrugó el envoltorio hasta formar una bola que guardó en su bolsillo—. ¿Nunca

has hecho una fiesta en la playa?

—No —contestó.

—¿Te has bañado desnuda alguna vez?

La pregunta hizo que Allyson se atragantara y Evan comenzó a reírse a carcajadas hasta caer sobre la arena. Cuando se dio cuenta de que ella no parecía feliz con la broma, se incorporó para sentarse tras ella y abrazarla contra su cuerpo.

—Podemos hacerlo, si quieres —susurró apartando el cabello de su oreja—. Podemos bañarnos desnudos.

Allyson sintió un escalofrío, pero continuó comiendo como si no pasara nada.

—Perdona, no quería molestarte —se disculpó cuando ella continuó en silencio—. Solo bromeaba. Aunque si quieres, la oferta sigue en pie.

La reacción de ella fue tan rápida que no pudo hacer nada por evitar caerse a un lado cuando ella se levantó y lo dejó ahí sentado. Se sacudió la arena y se levantó para ir junto a Allyson, que había caminado unos pasos por la orilla.

—Eih, qué pasa —dijo atrapándola otra vez entre sus brazos— ¿Ha pasado algo hoy?

Allyson giró la cabeza para mirar el mar y él esperó, paciente, a que se decidiera a hablar.

—El miércoles viene un amigo a casa. Michael Miller. Se quedará hasta el domingo.

Como ella seguía sin mirarle, Evan la hizo girar la barbilla acunando su rostro, hasta que los dos quedaron frente a frente.

—Cuéntame quién es Michael, Allyson, para que pueda entenderte.

—Es médico. Nos conocimos en la universidad. Viene a dar unas conferencias al hospital y le ofrecí que se quedara en casa en lugar de buscar un hotel. Así que no podremos vernos hasta el domingo.

Él asintió despacio, sin dejar de mirarla, aunque no terminaba de entender que estuviera tan disgustada.

—Nos veremos en el hospital, de todas formas. Y me puedes llamar cuando quieras.

—Sí, supongo que sí.

—¿Te apetece dar un paseo? Hace una noche genial.

La cogió de la mano y ella le siguió sin decir nada más. Evan estaba seguro de que ella no le había contado lo que de verdad la preocupaba. Seguramente entre ese médico y ella había habido algo. Ese pensamiento le hacía sentir como si estuvieran masticando su corazón. Pero no podía enfadarse, eso era el pasado y además ella no era su novia o algo así. Tan solo se veían de vez en cuando y tenían un sexo estupendo. ¿Qué más podría querer Allyson de él? Estaba claro

que podía tener a alguien mucho mejor.

Caminaron en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. El aire del norte venía cargado de sal y Allyson se refugió en Evan.

—¿Quieres volver a casa? Estás helada —dijo cobijándola contra su cuerpo.

—Evan, yo…

—No vuelvas a disculparte, por favor —le pidió mientras comenzaba a salir de la playa—. ¿Quieres ir a algún sitio?

—No —dijo Allyson andando en dirección al coche—. Es mejor que me lleves a casa.

Él no dijo nada más. Condujo con calma y la llevó de regreso a su casa.

—Llámame si me necesitas, ¿de acuerdo? —dijo antes de que ella saliera del coche.

Pero Allyson no contestó. Caminó hasta su casa y entró sin girarse para verle otra vez.

Evan miró el reloj. No era demasiado tarde y él no tenía ganas de irse a casa. Así que volvió a la playa. Compró otra cerveza, la escondió en el bolsillo de su cazadora y caminó hasta la orilla, justo al lugar donde había estado con ella.

Se sentó mirando romper las olas y el murmullo de la arena peleando con el agua lo envolvió. El mar se acercaba una y otra vez, luchando por ganar su territorio, robando lo que podía de la superficie, pero alejándose, inevitablemente, al instante. Deseó dejarse llevar por una vez. Sentir el agua helada sobre su piel, los arañazos de los diminutos cristales de roca al golpear. Pensó en todos aquellos objetos que eran vomitados de nuevo a la orilla, como cáscaras inservibles, vacías, retazos de otra vida en lugares que ni podía imaginar, o tal vez solo un trozo de cristal roto esa misma mañana por un niño. Él solo era un pedazo más de aquel naufragio.

Y, sin embargo, cuando la tenía entre sus brazos, podía soñar. No con grandes vidas o riquezas. Solo soñar. Olvidar a Misely y las deudas, a Hannah y todo lo que se había visto obligado a presenciar, olvidar el dolor que había infringido y el que había recibido.

Mirando a aquel punto de la oscuridad donde debía estar el horizonte, no veía el cielo ni las estrellas. Solo podía pensar en los ojos azules de Allyson, en el calor que acariciaba su piel cuando ella le miraba. La esperanza era una brasa ardiendo, lo sabía, te podía iluminar tanto que tu corazón terminara convertido en un montón de cenizas. Cerró los ojos, sentía que se ahogaba y el mar ni siquiera tocaba sus pies.

Si fuera valiente, iría en ese preciso momento a casa de Allyson y le confesaría a gritos todo lo que no se atrevía a susurrar dentro de su



propia cabeza.

9

—¿Has pensado en volver a estudiar?

Evan revolvió las verduras de su ensalada con desgana. Conocía lo suficiente a Jeam para saber cuando estaba frente a una conversación peligrosa. Ahora entendía la expresión ceñuda que había tenido mientras preparaban la cena.

—Podrías ir a la universidad nocturna —continuó Jeam.

—Los libros y yo no nos llevamos bien —replicó con la esperanza de que no insistiera. Vana esperanza, lo sabía.

—No es el instituto, Evan. Podrías ir a algunas clases. Con calma. Habrá algo que te guste.

Evan se levantó para coger otro refresco. No iba a ser fácil escapar de Jeam.

—Solo serían unos años —insistió—. Piénsalo. Eres joven. Y antes de los treinta podrías tener un título.

—¿De verdad crees que podría graduarme en la universidad? —preguntó incrédulo al volver a sentarse.

—Un oficio, un graduado medio, no estoy hablando de estudiar medicina.

—Entonces, ¿de qué estás hablando, exactamente? —Se cruzó de brazos esperando la explicación de Jeam, estaba claro que llevaba tiempo pensando todo aquello.

—Mira, sé que te parece difícil —Jeam dejó por un momento los cubiertos sobre la mesa y continuó con determinación—, pero mucha gente consigue una titulación. Podrías estudiar algo sobre gestión de empresas, te serviría para tener tu propio negocio.

—Y todo eso lo haría con dos trabajos. Por no hablar del dinero, que no tengo —resopló Evan moviendo la cabeza.

—Podría hacerte un préstamo.

—Ya me has ayudado suficiente, Jeam. Tienes que dejar de comportarte como si fuera tu hijo —dijo Evan con toda la calma que pudo.

Jeam torció el gesto, molesto.

—No eres mi hijo, lo sé.

—Lo siento, Jeam. Sé que quieres ayudarme, pero no quiero que tires tu dinero.

—Tu educación no es tirar el dinero, Evan. ¿Has pensado en esa chica, Allyson? ¿Vas muy en serio con ella?

El cambio de tema no le pilló desprevenido. Conocía las tácticas de Jeam, tanto en los combates como en la vida.

—Me gusta mucho, si es eso lo que preguntas.

—Algún día estarás con ella o con otra chica como ella y querrás ofrecerle algo mejor, Evan, algo que no sea un futuro junto a un obrero que llega con la espalda dolorida por la noche.

Evan no dijo nada. Claro que había pensado en todo eso, sobre todo desde que sabía que ese médico iba a pasar unos días viviendo en casa de Allyson.

—Algo tendrás planeado para tu futuro. ¿O quizá ella es otra chica más para divertirte en el asiento del coche?

—No es otra chica más —dijo sin apartar la mirada—. No soy tonto. Sé que mi trabajo es una mierda.

—Entonces haz algo por cambiarlo, Evan.

Harto de la conversación, se levantó para irse a su cuarto. No dio un portazo, eso demostraría lo mucho que le afectaban las palabras de Jeam. Porque, como había dicho, no era tonto, sabía que Allyson estaba un par de escalones por encima de él, con su preciosa casa familiar, su trabajo en el hospital y sus amigos elegantes y cultos.

Lo que más deseaba era escuchar su voz, sentir que todo estaba bien con ella, que todavía quedaba mucho tiempo para que desapareciera de su vida.

El teléfono móvil vibró en su bolsillo con un pitido y lo sacó, impaciente, pensando que era Allyson. Al leer el nombre en la pantalla algo parecido a un latigazo recorrió su espalda y lo dejó inmóvil en la cama, sin respiración.

Hannah.

El sonido cesó y él continuó mirando la pantalla. Dentro de su cabeza, comenzó a contar. Antes de que llegara a diez, la señal comenzó de nuevo.

—Sí.

Al otro lado, la voz de su madre sonaba igual que recordaba, rota y lenta, como si le costara trabajo hablar con claridad. Él ya sabía la razón de la llamada sin necesidad de escuchar ni una palabra.

Mientras sujetaba el teléfono con una mano, con la otra se cubrió los ojos. Ni todos los kilómetros del mundo conseguían alejarle del desastre, de la suciedad que era su vida. Por mucho que Jeam hablara de oportunidades, lo único que él tenía era toda esa basura rodeándolo y cubriéndolo de mugre.

—No Hannah. No tengo dinero —contestó—. No puedo ayudarte.

Entonces, comenzaron las súplicas que por culpa de su silencio se convirtieron en gritos y exigencias, para terminar en un gimoteo lastimoso.

—Lo siento, Hannah.

Colgó antes de escuchar la respuesta. Hacía tiempo que había decidido no alargar las conversaciones con ella. Ni siquiera la llamaba mamá, como si de esa forma su corazón se protegiera del dolor de escuchar los insultos y exabruptos que ella le regalaba cada vez que no conseguía sacarle algo de dinero. Esta vez estaba tan lejos que era imposible que le encontrara o que enviara a alguien para recaudar el pago de las dosis.

¿Cuántas veces puede desgarrarse el corazón de un hijo antes de convertirse en piedra? A veces pensaba que algo en su interior no funcionaba, porque no era normal el vacío que se abría en su pecho cuando pensaba en Hannah. Para él su madre había dejado de existir hacía mucho tiempo. Aunque todavía, cuando ella le llamaba «mi pequeño gladiador», su ira se deshacía y los recuerdos regresaban, fugaces; recuerdos de días soleados en el parque, de bolsas de dulces por la tarde cuando veía la tele, recuerdos que terminaban en un charco sobre el asfalto, cuando aquel tipo le había golpeado por defenderla de sus puños y ella, hambrienta de drogas, le había elegido antes que a su propio hijo.

Cualquier chica tendría que estar loca para enamorarse de un hombre como él, con un pasado podrido y sin futuro. Jeam se confundía al pensar que podía tener una oportunidad. Ninguna universidad podía limpiar su alma. La vida había marcado su destino desde el momento de su nacimiento. Pronto, tendría otra vez a los Misely o a cualquier prestamista llamando a su puerta para pagar las deudas de Hannah. Y no podría escapar porque, aunque renegara de ella, aunque la odiara, era su madre y él era su hijo.

*

Junto a la primera luz de la mañana, la voz de Adele invadió la habitación de Allyson. Estiró la mano hasta coger el teléfono móvil para silenciar la canción. Se había dormido pasadas las dos de la mañana, hacía unas cuatro horas. Estaba acostumbrada, después de años de universidad y guardias en el trabajo, pero esta vez no se había desvelado por culpa de un examen o del tratamiento de algún paciente. La razón era una bien distinta: Evan.

Michael llegaría esa mañana y se instalaría en su casa hasta el fin de semana. Así que no podría ver a Evan.

Cuando estaban juntos en la playa había querido explicarle mucho más, como que ella también era médico y que había tenido una relación con Michael, pero no había tenido valor. No habían vuelto a hablar desde entonces. Era una cobarde, sí. Tenía miedo de afrontar lo que sentía por Evan, la forma en que él la hacía sentir, cómo

conseguía sonrojarla o hacerle reír. Muchas veces se sorprendía de lo bien que parecía conocerla. Luego veía aquella sonrisa coqueta, sus ojos negros brillando entre divertidos y engreídos, y se daba cuenta de que seguramente todo era un juego para él y sería una locura que todos supieran que había algo entre ellos. ¿Cómo podría explicar que tenía una relación con ese chico? Hasta Owen opinaba que no era adecuado para ella, y no solo porque fuera más joven.

Salió de la ducha con el pelo envuelto en una toalla y se preparó un café bien cargado para pasar la mañana.

Se había repetido una y otra vez que solo serían unos días, Michael regresaría a su casa el domingo y ella podría retomar su vida.

A media mañana recibió un mensaje del director del hospital, el Sr. Shelby. Respiró un par de veces profundamente y se encaminó hacia el encuentro con su antiguo amigo.

En el despacho todo eran sonrisas, gestos amables y, sin que ella pudiera evitarlo, Michael la estrechó entre sus brazos y le plantó un par de besos en las mejillas con tanta familiaridad que resultó incómodo. No era el saludo que se ofrecía a una colega con la que volvías a encontrarte y todos los presentes lo sabían.

Allyson, incómoda, decidió situarse tras sus compañeros, como si fuera un oyente más en una clase, cuando el director comenzó un discurso de bienvenida que sin duda había ensayado durante semanas. Vio cómo Michael parecía crecer con su gran sonrisa y su pose estirada, orgulloso y cómodo con los cumplidos. Eran merecidos, aunque exagerados, y varios médicos se agitaron en su sitio.

—Otra vez te agradecemos que hayas viajado hasta nuestro pequeño hospital para enseñar las últimas técnicas en el quirófano con la arteriografía robotizada de Zeego. Cuando ganamos el concurso para la adjudicación de los fondos, sabíamos que nos esperaba un duro trabajo para conseguir estar a la altura de la confianza que habían depositado los inversores. Pero, sobre todo, es la excelencia en los tratamientos a nuestros pacientes la que nos mueve. Un pequeño hospital como el nuestro tiene pocas oportunidades de ocupar un puesto en la vanguardia de la medicina. Gracias por ayudarnos.

—Estoy encantado de estar entre vosotros —dijo Michael mientras alternaba su mirada entre el director Richard Shelby y ella.

Y de esa forma, Allyson supo que tenía por delante cinco días muy complicados.

Por suerte pudo escaparse con la más que creíble justificación de seguir atendiendo a sus pacientes y no tuvo tiempo de pensar en Michael hasta el almuerzo. No asistiría al curso de Michael, su especialidad no era quirúrgica, así que nadie se extrañó de que desapareciera.

Fue invitada a ocupar la mesa junto al consejo médico y Michael

frente a la mirada de todos sus compañeros, y, con su mejor sonrisa, se dispuso a comer una ensalada y salir de allí lo más rápido posible. Habían insistido en almorzar en el restaurante para el personal del hospital, según Michael era la costumbre en los grandes hospitales, de esa forma se estrechaban lazos, difuminando las jerarquías, y eso hacía más fácil el trabajo en equipo. Observó cómo todos se dirigían a él con una pizca de admiración y algo de envidia. Michael, sin duda, estaba en el camino del éxito y la mayoría de sus compañeros del Samaritan habían dejado atrás la posibilidad de una carrera brillante. En teoría, uno elegía la profesión médica para servir a los demás, luego en la universidad se daba alas al ego, la competitividad y la arrogancia, y a veces parecía que los pacientes pasaban a ser secundarios, como el mobiliario necesario para lograr sus objetivos.

—Mi mujer estaría encantada de que cenarais con nosotros el sábado, si no tenéis otros planes.

Allyson sintió de repente varias miradas clavadas en ella. Había dejado de prestar atención a la conversación hacía unos minutos, y la pregunta le pilló por sorpresa.

—Estaremos encantados, ¿verdad, Allyson?

De esa forma se encontró aceptando la invitación para cenar en casa del director del hospital de Lincoln.

Siguió sentada solo el tiempo justo para no parecer grosera y regresó a su despacho compartido con otro de sus compañeros para sumergirse en los historiales de varios pacientes. Sin embargo, no pudo concentrarse. Angustiada, dejó caer los papeles sobre la mesa y se levantó para buscar un calmante en su bolso que la ayudara con el incipiente dolor de cabeza.

El resto del día Allyson había conseguido evitar a Michael y su corte de admiradores. Era sencillamente increíble lo que podían hacer algunos compañeros por aparecer en una foto junto a él en la revista médica, o algo más pueril como que añadiera su nombre a los contactos del teléfono. Para ella Michael seguía siendo su amigo, un joven estudiante de medicina que tenía que pasar horas estudiando para conseguir sacar una buena nota en los exámenes, sabía lo duro que había trabajado, encerrado en la biblioteca día y noche, para conseguir su objetivo.

Aunque ella no estuviera interesada, lo cierto es que esas conferencias eran de gran ayuda para el hospital y sus compañeros. Colaboraría tanto como pudiera. Solo serían unos días y podría volver a su vida y también, como no dejaba de repetirse, ver a Evan.

Unos golpecitos en la puerta del despacho la sacaron de sus pensamientos. Michael entró con una sonrisa perfecta en su cara.

—Así que aquí es donde te escondes.

Allyson se recostó en la silla frente al ordenador y le devolvió la

sonrisa.

—Estaba poniendo al día los expedientes. No me gusta dejar trabajo atrasado.

—Sigue trabajando, solo quiero descansar un poco —dijo Michael mientras se dejaba caer sobre el minúsculo sofá que ocupaba la única pared libre.

Michael había ganado en atractivo. Sus movimientos eran atléticos, su sonrisa amable, su mirada franca, comprendía que todos sintieran una punzada de envidia. El deporte siempre había sido su segunda pasión. Cuando estudiaban juntos, insistía en que el mejor tiempo de estudio era el que dedicaba a correr por el campus con sus zapatillas deportivas y el iPod cargado de música. Lloviera o hiciera sol, incluso en plena semana de exámenes, él formaba parte del grupo variopinto de estudiantes que amanecían formando filas silenciosas de corredores.

Por su parte, Allyson nunca había sido una gran deportista, aceptó acompañarle en un par de ocasiones solo para descubrir que lo de ella no era quemar el suelo bajo sus pies. Una sesión de *running* la dejaba exhausta durante toda la mañana en lugar de despertar sus neuronas como, al parecer, al resto del grupo le sucedía. Así que siguió con los métodos clásicos de estudio y relajación: biblioteca, comida hipercalórica y silencio.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó, aunque estaba segura de que había sido un día exitoso para Michael.

—Bien. Tus compañeros son geniales y tienen ganas de aprender. Es bueno encontrar en un hospital pequeño a médicos tan motivados.

—Eres muy amable al decirlo.

—Es la verdad —dijo con los ojos cerrados y la cabeza ligeramente caída hacia atrás—. ¿Sabes lo que me apetecería en estos momentos? Unas cervezas. ¿Hay algún sitio donde podamos relajarnos?

Allyson sonrió, él no había ido a su despacho solo para descansar, lo había sabido en cuanto apareció por la puerta.

—Claro que lo hay. Las ciudades pequeñas están plagadas de lugares agradables donde tomar cerveza, algo de comida rápida y charlar. En eso reside su encanto.

—Yo diría que su encanto reside en sus habitantes —dijo él entreabriendo los ojos muy despacio.

Ella mantuvo un instante su mirada. Era agradable que un hombre se fijara en ella y la cortejara, porque eso era precisamente lo que Michael estaba haciendo, aunque el término fuera un poco anticuado.

—Vamos. Te invito a una cerveza. —Allyson se quitó la bata de médico, apagó el ordenador y cogió su bolso—. Podrás conocer a

todos esos médicos fuera del hospital.

—Perfecto, aunque solo hay una médica con la que estoy interesado en charlar. —Michael se puso en pie para salir tras ella—. Tienes que contarme qué tal te ha ido todos estos años.

En unos minutos Allyson aparcaba el coche cerca del bar de Beth y aceptaba pasar delante de Michael, que abría la puerta como todo un caballero.

Michael permaneció de pie y le dedicó toda su atención los siguientes minutos, mientras ella hacía una minuciosa disertación sobre los últimos dos años de su vida, desde que sus caminos se habían separado. Y Allyson se encontró hablando sobre sus pacientes, sus pequeños logros, lo que aprendía cada día y la frustración al llegar a casa cuando un tratamiento había fracasado. Podía compartir con él sus esperanzas y también las desilusiones, porque sabía que él comprendía perfectamente lo que significaba el trabajo de médico.

Y sucedió que, sin pretenderlo, se zambulló en aquella mirada cargada de seguridad y comenzó a hablar de cosas sin importancia y a reír recordando los viejos tiempos en la universidad. Michael dio un paso más acercándose a ella tanto que Allyson distinguió las incipientes ojeras rodeadas de diminutas arrugas, producto seguramente de largos días de trabajo. Los ojos de él brillaban, serenos y confiados, con la expresión de quien sabe exactamente lo que está haciendo y no va a detenerse.

Una oleada de excitación recorrió a Allyson que, sin haberlo planeado, se encontró deseando aquel beso que flotaba entre los dos. Estaba a punto de cerrar los ojos y dejar que él diera el primer paso cuando presintió que algo iba mal a su alrededor. Confundida, pestañeó al cortar la conexión que se había establecido entre ellos y miró hacia su izquierda.

Encontró a Evan, observándola a solo un par de metros. El dolor, negro como el petróleo, inundaba sus pupilas. Allyson casi pudo escuchar crujir el aire entre ellos, como si se rompiera un cristal, cuando él giró la cabeza y volvió a la conversación con sus compañeros. Estaba tan cerca que podía escucharle reír, pero se encontraba en el otro lado del universo, fuera de su alcance.

—¿Estás bien? —Michael miraba extrañado la situación.

—Sí, solo un poco cansada —contestó de forma mecánica.

—¿Quieres ir a casa? —sugirió.

—Si no te importa —dijo Allyson fingiendo un bostezo.

Michael echó otra mirada a Evan, que estaba inmerso en lo que parecía una divertida conversación y volvió sobre Allyson.

—Vamos. Así aprovecho para repasar la charla de mañana.

Allyson fracasó en su intento de no volver a mirar a Evan. El peso de la culpabilidad se había posado sobre su pecho.

¿Qué habría pasado entre ella y Michael si en ese momento no hubiera descubierto a Evan observándolos?

*

Allyson condujo en silencio con toda la atención puesta en el creciente tráfico que a esas horas de la mañana recorría Lincoln City. Michael, a su lado, estaba enfrascado en su teléfono móvil. No sabía si él fingía o si repasaba de verdad sus mensajes, pero agradeció que no hablara mucho.

La noche anterior habían llegado a casa envueltos en un silencio incómodo y tenso que continuó cuando ambos estuvieron a solas en la cocina mientras él preparaba una cena ligera. Había insistido en cocinar, aunque al final solo preparó un poco de fiambre y queso. No había mucho más en el frigorífico. Esa fue la primera vez que Allyson se sintió agradecida por ser tan descuidada con el avituallamiento de su hogar.

Tras la frugal cena, ambos habían estado de acuerdo en retirarse a dormir y ella dedicó buena parte de la noche a dar vueltas sobre lo que había estado a punto de suceder.

Ya en el hospital Allyson se sintió más relajada. Rodeada de gente, Michael no podía prestarle tanta atención. Además, él tenía toda la mañana ocupada, así que ella podría dedicarse a su trabajo sin interrupciones y, según el plan que había trazado, escaparse para ver a Evan.

Antes del almuerzo, había conseguido terminar sus visitas y solo le quedaba la parte administrativa, así que dejó la bata con su identificación de médico colgada del perchero de su despacho. Owen había indagado dónde se encontraban esa mañana trabajando y siguió sus instrucciones. Recorrió el pasillo de personal de la planta baja, cerca de los muelles de carga, y desde allí fue a los almacenes junto a la rampa del garaje.

La música sonaba tras una de las puertas y una voz masculina hacía los coros.

—Hola.

Evan estuvo a punto de dejar caer un martillo por la sorpresa.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a verte —dijo Allyson.

La expresión hosca de Evan no era el recibimiento que había pensado, pero quizá se lo merecía.

—Tengo mucho trabajo. —Evan volvió a su trabajo que, por el ruido que hacía con el martillo, debía consistir en clavar algo en la pared.

—¿No vas a comer?

Evan resopló. Con calma, dejó las herramientas en el suelo y se quitó los guantes de trabajo antes de darse la vuelta para volver a mirarla.

—¿Quieres comer conmigo? —preguntó arrugando el ceño.

Ella no contestó. Las pupilas negras de Evan estaban envueltas en una capa de agresividad que no conocía. Mantenía los dientes apretados y se había cruzado de brazos.

—¿Subimos al comedor de personal para comer juntos o prefieres comer aquí, sin que nadie nos vea?

El comentario le pilló por sorpresa y se mordió el labio, nerviosa.

—Lo suponía —dijo tras chasquear los labios y volvió a su trabajo.

—Evan, solo van a ser unos días. La visita de Michael es buena para el hospital.

—Así que hasta el domingo tengo que mantenerme escondido, no sea que el gran doctor sepa que te estás acostando conmigo.

—No es eso, Evan —trató de explicarse.

—De acuerdo entonces —dijo Evan echándola una mirada—. En media hora nos vemos en el restaurante. Comemos juntos y me cuentas qué tal ha ido tu día.

Allyson notó que una fina capa de sudor cubría sus manos y escuchó los martillazos. Evan había retomado su pelea contra ese clavo.

—No te preocupes, Allyson. No te avergonzaré delante de tus amigos —dijo elevando la voz sobre el ruido.

Permaneció lo que le pareció una eternidad en pie junto a la puerta, hasta que comprobó que él no tenía ninguna intención en volver a dirigirle la palabra. En vuelta en una áspera madeja de culpabilidad regresó a su despacho, cerró la puerta y se derrumbó tras el escritorio.

¿Por qué había ido a ver a Evan? En el fondo sabía que tenía que terminar esa relación con él. Ya no tenía edad para esas tonterías. Era imposible saber de qué forma afectaría a su trabajo, a su carrera, incluso a la forma en que la miraban sus compañeros, la relación con Evan. Era el momento de aceptar que había sido una aventura, excitante y apasionada, pero una aventura.

Ahora llegaba el momento de pensar con la cabeza.

10

—Sabía que estabas aquí.

Owen abrió la puerta del despacho después de golpear un par de veces y la encontró sentada tras su escritorio, perdiendo el tiempo en la web.

—¿No contestas? —dijo mientras se sentaba frente a ella y hacía sitio en la mesa para poner las bolsas de comida.

Ella miró su teléfono móvil. En la pantalla aparecía el origen de la llamada.

—No me apetece.

—¿Te ha pasado algo con Michael?

Allyson suspiró, apagó el ordenador y se frotó la frente con las manos.

—Parece un tío estupendo, ya sabes, de esos que caen bien a todo el mundo. No es engreído, para ser un médico de la gran ciudad, y tampoco tontea con las estudiantes —comentó Owen despreocupado.

Pero ella seguía con el rostro oculto en sus manos, sin contestar.

—Vamos, Allyson. Dime qué ha pasado. ¿O prefieres hablar con Samantha?

Hizo un sonido mitad gemido doloroso, mitad graznido impaciente.

—No ha pasado nada.

—Entonces, ¿por qué estás encerrada en el despacho? Sabes que todos se han dado cuenta, ¿verdad?

Sí, lo sabía, y eso la mortificaba.

Echó la cabeza hacia atrás y llevó el cuello de lado a lado, aligerando la tensión que atenazaba sus músculos.

—Te he traído una ensalada con pollo. He escogido salsa de miel, tu preferida.

Él la dejó respirar por unos momentos mientras sacaba la comida de las bolsas. Lo primero que ella cogió fue la botella de Coca-Cola.

—Necesito un poco de cafeína. Eso es todo.

—¿Has dormido mal?

Sabía que lo que en realidad quería Owen preguntar era si había dormido con Michael. Así que después de dar un trago, se dispuso a aclarar la situación.

—He dormido sola —comenzó—. Pero él no ha venido solo por trabajo.

—¿Eso te ha dicho? —Owen prestaba atención a su comida sin querer presionarla demasiado.

—No me lo ha dicho, no hace falta. Ayer salimos a tomar algo.

—Sí, os vi. En realidad, os vimos todos. —Recordó aquella mirada de Evan al descubrirla a solo unos centímetros de Michael—. Y quiero que sepas que tanto hombres como mujeres creen que tienes mucha suerte.

—¿Eso creen?

—Sí. Es un buen partido, Allyson.

—Lo es. Mi madre estaría muy contenta si fuera mi novio.

—Tu marido. Tu madre lo que quiere es verte vestida de blanco —puntualizó Michael, todavía recordaba las comidas en casa de Cora, cuando pensaba que existía la posibilidad de que él fuera su yerno—. Ya me imagino su rostro de satisfacción al verte del brazo de un médico brillante en las cenas de Navidad.

—No digas tonterías —le regañó con brusquedad.

—Has empezado tú. Yo solo te he seguido —se disculpó Owen antes de dar un trago a su zumo.

—He visto a Evan.

Él se tomó unos segundos antes de decir nada, como si estuviera eligiendo las palabras con cuidado.

—¿Por eso te has encerrado aquí?

—He ido a invitarle a comer, pero no ha querido.

—Eso no me lo esperaba. Quizá prefiera tener un poco de sexo en lugar de desaprovechar el tiempo en comer.

El tono irónico de él no le pasó desapercibido y sintió la necesidad de defenderlo.

—No seas injusto, Owen.

—Está bien —aceptó él recostándose en la silla—. Voy a decirte lo que creo que ha pasado.

Hizo una pausa teatral y arqueó la ceja antes de continuar.

—Ayer le viste en el bar de Beth, pero no te atreviste a saludarle. ¿Por qué? Seguramente porque lo estabas pasando muy bien con Michael y no te apetecía nada confesar que salías con ese chico. Él es un viejo amigo y hubo algo entre vosotros, y no quieres que sepa que sales con ese chico que trabaja como obrero en el hospital. Sería como mirarte en un espejo y admitir que has abandonado las oportunidades de tener una buena carrera profesional y has terminado teniendo una aventura tórrida con el típico chulito del instituto. Solo que tú ya no eres una adolescente. Eres toda una mujer. Una doctora. Y por un segundo sentiste vergüenza. Así que no dijiste nada. ¿Voy bien?

Ella observaba la ensalada con toda su atención, aunque allí no encontraban las palabras que buscaba.

—Hoy, después de un montón de vueltas en la cama, te has ido a

verle. Y él te ha propuesto que comas con él junto a todos. No quiere seguir escondido. No tiene ningún problema con lo que es o lo que hace. Y tú has salido corriendo como una cobarde.

Allyson se mordió el labio mientras pensaba. Ella no era del tipo de mujeres que daban más valor al dinero que a los sentimientos. No era así. Su madre había intentado educarla como una de ellas, incluso había permitido que fuera a la universidad de medicina con la esperanza de que encontrara un buen partido. Pero ella había forjado su propia carrera y no había querido vivir a la sombra de ningún hombre.

—Ally, cariño. No pasa nada. —Owen acarició su mano con cariño—. Vamos, es normal. Te has dado de bruces con la realidad. Tarde o temprano iba a pasar.

—¿Eso crees? ¿Crees que lo que tengo con Evan es un simple lío?

—¿Lo que tienes con Evan? No tienes nada con él, Allyson. Solo unas cuantas noches de sexo. Nada más. No te equivoques con ese chico.

—Tú no le conoces.

—Tienes razón —aceptó Owen, pero entonces lanzó la siguiente pregunta—. ¿Y tú? ¿Le conoces tú?

Ella cerró los ojos un instante, no quería que él viera lo que estaba sintiendo.

—¿Qué sabes de él?

Owen le dio un apretón en la mano y la miró con una mezcla de compasión y ternura.

Ella movió la cabeza muy lentamente de un lado a otro, mortificada.

—Vamos, Allyson, ha sido divertido. Y ahora tienes que continuar con tu vida. Michael es un gran hombre.

—Parece que le conoces bien —repuso ella con acritud.

—Es tu amigo y confío en tu criterio. Por lo que sé, dedica a trabajar casi todo su tiempo. Y ese hombre ha venido aquí, a Lincoln, por ti. Nadie es tan tonto como para no darse cuenta. Así que dale una oportunidad.

Una oportunidad. Ella misma había pensado lo mismo esa noche después de despedirse de Michael con un beso en la mejilla en la puerta de su dormitorio. Sabía que el futuro junto a Evan no existía. Tarde o temprano él se cruzaría con alguna otra chica y la dejaría. Una que fuera más atractiva, más joven, quizá una de esas jóvenes de melena rubia y piel tostada que no temían salir a divertirse y disfrutar de la libertad.

Cerró los ojos y sintió una caricia cálida y líquida escapar entre sus pestañas. Owen corrió a su lado, abrazándola en silencio, odiándose por haber sido el que causara ese dolor.

*

—¿Dos cucharas de azúcar? —preguntó Michael abriendo el tarro de cerámica.

—No. He dejado el azúcar.

—¿Seguro? —preguntó incrédulo.

—He dejado las sobredosis de azúcar —puntualizó Allyson mientras le quitaba la cucharilla y añadía apenas la punta de azúcar a su café—. Intento llevar una vida sana, ya sabes.

—Yo también. Pero no lo consigo. Supongo que siendo oncólogo es peor.

De nuevo, Allyson se sorprendió de la facilidad con que él hablaba de su trabajo, sin importarle su especialidad. Era refrescante poder hablar con alguien sin que la tristeza invadiera la conversación.

—Sigo tomando cerveza. Y café. También como carne roja.

Él le quitó la cucharilla y removió el café. Estaba muy cerca de ella. Tanto, que Allyson olía el aroma a madera del *aftershave* que usaba. ¿O era perfume?

—Vives peligrosamente —bromeó antes de ir a la mesa a comerse sus tostadas.

—Hoy es tu último día —dijo al tomar asiento frente a él.

—Mi último día de curso, pero todavía tenemos todo el fin de semana.

—¿Qué te ha parecido el hospital? —preguntó Allyson poniendo un poco de queso fresco sobre su tostada.

—Hay un buen grupo de médicos, Allyson. En un hospital pequeño el entusiasmo es lo más importante y aquí se os ve felices.

—Esperabas encontrar un montón de médicos de provincias sin demasiado interés, imagino.

—No es eso —negó tomando su café—. Es solo que ahora entiendo lo que te ha retenido aquí.

A Allyson le sorprendió la afirmación, pero no dijo nada, estaba demasiado ocupada admirando los ojos azules de Michael. ¿Cuándo se había convertido en un hombre tan atractivo?

Él tan solo se inclinó, con los labios entreabiertos en una sonrisa.

—Sería un buen sitio para hacer un alto en mi camino —musitó acercándose un poco más, a punto de terminar su explicación con un beso—. Un sitio estupendo.

El pitido del teléfono rompió la magia del momento y él resopló.

—Es el director Shelby —se disculpó para atender la llamada—. Buenos días.

Allyson no prestó atención a la conversación. Estaba demasiado aturdida. Aquel beso llevaba planeando entre ellos desde el primer día. Junto a Michael se sentía segura, como si no hubieran pasado

varios años separados. Hablar con él era refrescante, la hacía sentir guapa, inteligente y, lo más sorprendente, deseada. ¿Siempre había sido de esa forma con él? No lo recordaba. En la universidad había estado demasiado ocupada estudiando sin descanso.

—Me recuerda la invitación para cenar en su casa mañana —dijo al terminar la conversación—. Lo siento, seguro que preferirías pasar la noche del sábado de otra forma.

—No te preocupes. Aunque mis compañeros no van a dejarme olvidar esa cena.

—Espero que no te suponga problemas.

—Tranquilo, de verdad.

La actitud de Michael parecía sincera, tanto como su sonrisa, y de forma fortuita rozó su mano al coger una galleta de avena. Él atrapó sus dedos y los acarició, con una sonrisa satisfecha. Allyson pensó que los dos podían pasar por una de esas parejas de un anuncio. Él todavía no llevaba la corbata puesta y su camisa se abría, indulgente, resaltando la elegancia natural que siempre había tenido.

Cuando soltó sus dedos, Allyson tuvo que tomar aire. Había cambiado, no había duda. El joven estudiante, trabajador y sensato se había convertido en un hombre seguro y atractivo. Y su inexistente vanidad lo hacía mucho más sexi de lo que ella esperaba.

*

—Me gusta.

Allyson bufó por culpa del comentario de Samantha mientras la dos miraban en la misma dirección. Michael caminaba hasta una mesa alargada del restaurante para el personal.

—Sí. A ti y a todo el hospital —repuso Allyson con cierto tono de fastidio.

—¿Celosa? —preguntó con malicia Sam al ver a un reducido grupo de doctoras sentarse alrededor de él.

—Claro que no. Te recuerdo que está viviendo conmigo —en cuanto lo dijo se arrepintió, sobre todo al ver la cara traviesa de su amiga—. Eso ha sonado fatal ¿verdad?

Owen observó a las dos chicas, era increíble lo bien que conocía su hermana a Allyson y cómo conseguía ponerla nerviosa.

—Seguramente tiene novia. O amiga con derechos —dijo Owen para tranquilar los ánimos.

—No tiene ninguna relación —repuso Allyson y para no parecer celosa se apresuró a añadir—: He pensado organizar una cena esta noche en mi casa. ¿Os apuntáis?

—¿Los cuatro? —inquirió Samantha sin quitarle el ojo de encima

al médico de moda.

—Los cuatro —repitió impaciente Allyson mientras terminaba su porción de tarta de manzana.

Menos mal que Michael se marcharía en un par de días porque, desde que había llegado, ella no hacía más que comer dulces. Sabía que era para aplacar los nervios, prefería eso a volver a la vieja costumbre de morderse las uñas. Un par de kilos de más no era un problema para ella y conseguiría deshacerse de ellos en unas semanas.

—¿Quieres que hagamos de carabinas? —se carcajeó Sam.

—No es eso, Sam.

—¿Te gusta mucho? —preguntó su amiga levantando una ceja.

Allyson tardó unos segundos en contestar. Antes, volvió a mirarle.

—No lo sé —suspiró, rendida.

En ese momento, Evan entró en la cafetería acompañado por el resto de la cuadrilla. Ella se apresuró a mirar a la mesa.

—Pues tendrás que decidirte, Allyson —dijo Sam al ver entrar al joven—. O no. Michael se marcha este domingo, ¿verdad? Sería como un pequeño entremés.

—¿Pero tú te escuchas? —preguntó escandalizada.

—Mira, creo que ya eres mayorcita para hacer lo que te de la gana —explicó su amiga, que parecía muy divertida con todo el asunto.

—No voy a ir de cama en cama, Sam.

—¿Por qué no? No hay nada malo en disfrutar de la vida. —Sam se encogió de hombros y volvió a echar una mirada a la mesa de Michael.

—No soy de las que salen con varios hombres a la vez —dijo con acritud Allyson. Empezaba a estar harta de las bromas de Sam, que cada vez la empujaba más a hacer una locura.

—No. Tú eres de las que pasan años sin tener ninguna pareja y, cuando por fin encuentran a un hombre que le hace sentir viva, corre asustada en dirección contraria.

—Sam, ¿de verdad piensas eso de mí? —preguntó dolida.

Owen decidió que era el momento de inmiscuirse o terminarían por pelear.

—Samantha, deja que Allyson viva su vida como quiera.

—¿Cómo quiera? ¿Eso haces tú? ¿Vivir tu vida como quieres?

El médico abrió la boca para decir algo, pero en el último instante la cerró, consciente de que no era el momento ni el lugar apropiado para una discusión, por mucho que su hermana estuviese deseando hacerles perder los estribos.

Allyson, enfadada, arrastró la silla y se levantó para marcharse.

—A las ocho. No lleguéis tarde —dijo entre dientes antes de irse.

Los dos hermanos la vieron salir de la cafetería fingiendo hablar

por el teléfono móvil para no tener que saludar a ninguno de sus dos pretendientes.

Caminando tan rápido como pudo sin llamar la atención, Allyson regresó a su pequeño despacho. Agradeció que el compañero con el compartía aquel reducido espacio no tuviera costumbre de ir a trabajar allí.

No conseguía entender por qué se había enfadado. ¿Habían sido celos aquello que corrió por su garganta cuando las jóvenes doctoras rodearon a Michael para sentarse junto a él? ¿Y ese vuelco que le daba el estómago cada vez que Evan se presentaba, qué significaba?

Siempre había odiado a las mujeres que jugaban con los hombres y ahora se encontraba navegando entre dos mares sin conseguir decidirse. De lo que no tenía ninguna duda es que, hiciera lo hiciera, alguien saldría dañado.

Frustrada, encendió el ordenador y trató de concentrarse en el trabajo.

*

Allyson se dejó caer sobre la cama. El pescado tenía que estar veinte minutos más en el horno. Había seguido todas las indicaciones de Samantha para conseguir una cena decente. Ahora solo quedaba cumplir con su promesa de hablar con Evan, pero eso no dependía solo de ella. Evan no había contestado ninguna de las tres veces que había intentado hablar con él.

—Por fin contestas —dijo Allyson en cuanto él aceptó la llamada.

—Estaba ocupado.

Sabía que no iba a ser fácil, pero en aquellos momentos necesitaba al chico romántico que le hacía perder la noción de las horas, el que conseguía que se sintiera como si flotara sobre un campo en primavera.

—Siento lo de estos días, Evan —se disculpó.

—No te preocupes.

Evan parecía frío e indiferente, y ella intentó continuar con la conversación.

—He comido con Samantha y Owen.

—Sí. Os he visto —dijo Evan—. También he visto a ese médico nuevo.

—La verdad es que se ha portado genial colaborando con el hospital.

—Suena perfecto.

—Lo es —dijo Allyson, que sin querer se encontraba defendiendo a Michael.

El silencio duró unos segundos y ella sintió que perdía la oportunidad de disculparse.

—¿Has llamado para algo más, Allyson? Estaba a punto de salir.

—No —contestó desanimada.

—¿Estás bien?

Por un momento creyó adivinar al Evan que ella conocía entre esas palabras. El chico que se preocupaba si estaba demasiado seria, el que siempre le hacía reír con alguna tontería o la provocaba con frases calientes hasta que conseguía ponerla colorada.

—Sí. Estoy bien. Evan… —apretó el teléfono con fuerza, abrumada por su propia incertidumbre—. Michael se marcha el domingo.

—Supongo que entonces nos podremos ver, Allyson.

El teléfono quedó en silencio y ella lo sujetó sobre su pecho. Si no hubiera hecho caso a Samantha, si no hubiera invitado a Evan a entrar en su casa aquella noche… cada encuentro con él había sido especial. Así debían sentirse las chicas que subían en una de aquellas motos de gran cilindrada, agarradas a la cintura del chico que las llevaba a toda velocidad atravesando la ciudad con el viento golpeando sus cuerpos, con el asfalto quemando bajo las ruedas y la noche como única espectadora de sus sueños.

Se había empeñado en vivir una aventura y lo había hecho. Ahora quedaba poner los pies en la tierra. Aunque doliera.

*

—¿Era tu chica? —preguntó Jeam.

Evan dejó el teléfono móvil sobre la mesa.

—No tengo chica.

Fue a tirarse en el sofá. Estaba cansado. No había dormido bien en toda la semana. Se despertaba con una pesadilla recurrente: Hannah se presentaba en su puerta, cubierta de sangre, y caía sobre el suelo sin que él pudiera hacer nada.

—¿No vas a salir?

—No.

—¿Pasa algo, Evan?

—Tranquilo. Solo estoy cansado —Evan miró la televisión, por ahora quería fingir durante un poco más de tiempo que su vida era normal.

—Oye, si quieres hablar…

—¿De qué?

—Te dije que tuvieras cuidado.

—Lo sé —asintió y se pasó las manos por la cara, de verdad

estaba cansado, aunque el trabajo no tenía nada que ver—. Me lo advertiste. Y te repito: no pasa nada. Solo es una chica.

—¿Seguro?

Evan clavó la mirada en la televisión. El presentador anunciaba el próximo número musical y se preguntó si a partir de ahora vería los *realities* como un anciano solitario. Toda su vida era absurda.

—Hannah ha llamado.

Evan lo soltó sin ninguna emoción, solo dejó que las palabras salieran. Dentro del pecho sentía cómo el nombre de su madre retumbaba en vacío.

—Quiere dinero —añadió.

Jeam siguió en silencio. No había nada que decir y lo mejor era no comenzar una conversación que no les conduciría a ninguna solución.

Ambos simularon estar muy interesados en lo que sucedía en la pantalla, como si la vida continuara, sin más, deslizándose tranquilamente a su paso. Solo que Evan sentía que, una vez más, iba a ser devorado por una riada de barro y basura.

*

La cena resultó mejor de lo que Allyson había esperado, claro que si lo pensaba con objetividad Michael y Owen eran dos hombres bastante educados, Samantha era simpática y, si se lo proponía, completamente capaz de pasar una noche sin lanzar indirectas a Allyson o ponerla en vergüenza.

Habían hablado del trabajo en un gran hospital, de lo bueno y lo malo de vivir en Boston, y Michael se mostró paciente y amable, contestando un sinfín de preguntas sobre horarios, precios de vivienda, tiempo de transporte… Sin apenas esfuerzo, se metió en el bolsillo a los amigos de Allyson tanto como a ella.

—Deja que te ayude —dijo Michael entrando en la cocina con varios platos sucios.

—Odio cocinar, pero odio aún más recoger —confesó Allyson haciendo otro viaje al salón.

—La cena ha merecido la pena.

—Lo siento si te han hecho demasiadas preguntas.

—No, en serio, ha estado bien. Owen parece un buen tipo y su hermana es muy divertida.

—Sí —estuvo de acuerdo Allyson—. Y hace unas galletas riquísimas. De ella era la receta del pescado.

—Estaba buenísimo, Allyson.

Mientras ella ponía en marcha el lavavajillas, Michael rebuscó

entre las botellas de vino.

—Me apetece tomar una copa más. ¿Te apuntas?

Ella asintió y le señaló el mueble donde estaban las copas.

—Salgamos al porche. La noche no es fría —sugirió cogiendo una manta del sofá.

—Esta casa es fantástica, Allyson. —Owen salió tras ella con la botella y las copas—. Entiendo que te cueste alejarte de este lugar.

Se sentaron en el banco de madera que había en la fachada posterior de la casa y Allyson se deshizo de sus zapatos.

—Me encanta vivir aquí —dijo recostándose sobre unos cojines mientras él se ponía cómodo a su lado, soltando el botón del cuello de la camisa.

—¿Tu madre no va a volver?

—No. Puso esta casa a mi nombre antes de casarse y marcharse a California.

—Es un hogar. —Michael llenó sus pulmones del aire fresco del jardín—. Debe ser genial regresar a casa después del trabajo.

—Antes me sentía extraña, pero fui cambiando los muebles, las alfombras…

Michael cogió los pies de Allyson y los puso sobre su regazo. Como siempre que hablaban, ella tenía la sensación de que le prestaba toda su atención y no podía evitar sentir un agradable cosquilleo en el estómago al verle a su lado y sentir cómo acariciaba sus tobillos.

—¿Te gustaría venir a Boston?

—Nunca lo he pensado —contestó Allyson—. Cuando terminé la universidad estaba deseando regresar a casa. Creo que continuar aquí la residencia ha sido una buena decisión. Puedo aprender sin el estrés de un hospital más competitivo.

—He observado estos días a tus compañeros. La verdad es que se respira un ambiente cordial.

—¿No estás contento en el MA General?

—No me malinterpretes. La especialidad de cirugía vascular está bastante reconocida y soy afortunado por tener una plaza allí. Pero hay más estrés. Sé que si algo me sale mal hay candidatos de sobra para ocupar mi puesto.

—No podría trabajar así, Michael. Me gusta conocer a mis pacientes y me gusta confiar en mis compañeros.

Él suspiró y terminó su copa de vino. Se había levantado una ligera brisa y venía cargada con el aroma de las primeras flores de la primavera. Hacía mucho tiempo que no olía algo diferente del asfalto. Ya ni siquiera salía a correr por el parque, en su lugar frecuentaba un gimnasio que permanecía abierto las veinticuatro horas y desgastaba sus zapatillas sobre una máquina.

—¿Cuánto tiempo hace que no tienes vacaciones? —preguntó

Allyson cuando se dio cuenta del gesto contrariado de Michael.

—No he tenido vacaciones, Allyson —suspiró—. Creo que he estado tan preocupado por mi carrera que me he ido olvidando todo lo demás.

—A veces es bueno hacer un alto en el camino, Michael. Escucho continuamente a mis pacientes arrepentirse del tiempo que no se han dedicado a ellos mismos. Créeme que he aprendido a cambiar mis prioridades.

—Supongo que tienes razón. Pero no es tan fácil. Pasé dos días en Navidad en casa de mis padres y te juro que estaba deseando volver al trabajo.

Ella observó la expresión abatida y melancólica de él.

—Creo que es hora de irme a dormir. —Michael terminó su copa de vino y se levantó—. Estoy realmente cansado.

Se despidió de Allyson con un beso en la mejilla y ella se acurrucó con la manta. El cielo era oscuro en esa noche sin luna y adivinó las estrellas entre las sombras de las copas de los árboles. En su cabeza se alternaban las imágenes de Michael y Evan y reflexionó sobre el lugar en el que se encontraba. Cada decisión que había tomado en su vida la llevaba un paso hacia adelante, siempre había pensado que seguía el camino correcto, pero empezaba a preguntarse si no estaría equivocada.

11

Una pareja se aproximaba corriendo a ritmo relajado por el paseo marítimo. Evan descubrió que eran Allyson y ese flamante médico que se había paseado aquellos días rodeado de admiradores. Ella vestía un pantaloncito de deporte muy corto, una camiseta ajustada que marcaba perfectamente su torso y el cabello recogido en una coleta con una cinta verde. Estaba preciosa sonrojada por el esfuerzo. Pero no iba con él, iba con aquel estirado, y eso hizo que a Evan se le revolviera algo por dentro. Antes de pensarlo dos veces salió a saludarla.

—Hola Allyson —dijo cuando estuvieron a su altura—. No sabía que te gustaba hacer deporte por las mañanas.

Dejó en el suelo las cajas que llevaba al almacén y puso las manos en las caderas, echando un lento vistazo al hombre que la acompañaba.

—Michael ha insistido —explicó recuperando el aliento.

—¿Te conozco del hospital? —preguntó Evan con una clara animosidad.

—Nos hemos visto alguna vez. Eres uno de los chicos de mantenimiento, ¿no? Soy el doctor Miller.

Evan sintió como la sangre le bullía al escuchar cómo remarcaba cada palabra. Apretó la mano que le ofrecía con un saludo nada amistoso y fingió que no se había dado cuenta de su desagradable forma de presentarse.

—Sí, nos hemos visto alguna vez —dijo encarándose con él durante un eterno segundo.

—Allyson me ha ofrecido su casa para pasar estos días —añadió.

A Evan le pareció que ese hombre estaba disfrutando con el encuentro, Allyson, en cambio, se movía nerviosa como si deseara volverse invisible.

—Parece que os conocéis muy bien.

Evan se arrepintió en cuanto lo dijo al ver cómo el color abandonaba el rostro de Allyson.

—Fuimos compañeros en la universidad. Y espero convencerla para que venga conmigo a Boston. El programa para médicos residentes en oncología es uno de los mejores del país.

La batalla que se estaba librando entre los dos parecía electrizar el aire. Con la última revelación las pupilas de Evan se endurecieron.

—¿Hay algún buen restaurante para tomar un tentempié? Me temo que Allyson no es una amante del *running* —añadió el doctor y cogió la mano de ella con completa confianza.

Evan pensó que si pudiera le daría un puñetazo. Debía de ser él quien corriera al lado de ella.

—Más adelante encontraréis varios —dijo señalando el paseo hacia el norte—. Me alegro de haberte visto, doctora.

Allyson no fue capaz de contestar, tan solo sonrió nerviosa. Estaba claro que no entraba en sus planes encontrarse con Evan.

Él entró en el almacén y reanudó su trabajo. Abrió cajas, limpió estanterías, ayudó a descargar la furgoneta de la tienda y hasta barrió el suelo.

En todo ese tiempo dentro de su cabeza rebotaba una palabra, negándose a dejarle descansar: doctora.

Había dicho que era doctora y algo sobre oncología.

¿Allyson le había mentido?

Agradeció estar ocupado en el trabajo porque, si pudiera, correría tras ellos y daría de puñetazos a ese médico presuntuoso.

Según pasaban las horas, la rabia fue dejando paso al desaliento. Estaba claro que Allyson iba a elegir a ese tipo. ¿Qué tenía él que ofrecerla? Ni siquiera tenía un coche decente. Por no hablar de su futuro. Nunca habían hablado de esas cosas. Cuando estaba con ella se olvidaba de todo, solo pensaba en besarla, en acariciarla y cualquier cosa que implicara que ella le mostrara esa preciosa sonrisa que le hacía soñar.

La otra noche, en su jardín, había estado a punto de hablarle de Hannah, pero se encontró con los ojos de ella, inmensos y profundos como el cielo al atardecer. A nadie le gustaban los problemas, ¿verdad? Y a él no le gustaba compartirlos. Mostraba lo que los demás querían ver y guardaba su vida privada para sí mismo. Así había sido desde que podía recordar. Si querías sobrevivir, nadie tenía que conocer tus debilidades. Porque la gente terminaba aprovechándose, te golpeaban donde más dolía. Tanto él como los demás chicos del gimnasio sabían cumplir bien con su papel. Eran carne fresca para peleas, luchando por hacerse con un poco de dinero para salir de aquel hoyo asqueroso. Si mostrabas una grieta, por pequeña que fuera, te destrozaban.

La primera vez que había visto a Jeam pelear había admirado su frialdad. Imprimía en cada golpe la fuerza necesaria, ni una gota más, ni una menos. Sus músculos se tensaban en el momento justo, agachaba el mentón y lanzaba un puñetazo preciso. Sus patadas siempre pillaban por sorpresa al contrincante, conseguía desequilibrarlo y cuando lo tenía a punto de caer, no dejaba que recuperase el aliento.

Evan había sufrido sus golpes en varias ocasiones, no le había importado su corta edad. La primera vez consiguió tenerlo tumbado en treinta segundos y no se molestó en ayudarle a levantarse. Evan no pudo respirar sin apretar los dientes por el dolor durante varios días, tiempo en el que Jeam no le había quitado el ojo de encima en el gimnasio. Al final de esa semana, Misely había llegado con una sabrosa propuesta: una ronda de combates para esa noche del sábado. Se pagaba bien y Evan se apuntó en el acto, necesitaba el dinero para el alquiler de las próximas semanas. Jeam, entre el público, le había visto hacer caer a un italiano diez kilos más pesado que él. Por desgracia, a Misely no le gustó que tumbara a su chico revelación y le escamoteó parte del dinero acordado. Evan se había revuelto, incluso había amenazado con los puños, los dos matones que siempre acompañaban al jefe le habían sacado a empujones del vestuario al callejón trasero del Mitch y allí le esperaba Jeam. Si no hubiera sido por él, habría terminado en el hospital a manos de esos dos, pero les aseguró que se hacía cargo y consiguió que le dejaran en paz.

Si se detenía a pensarlo, su vida estaba llena de recuerdos parecidos, así que lo mejor era no compartirlos con Allyson ni con nadie.

*

—¿No es un poco tarde? Mañana tienes que madrugar.

—Lo sé, no te preocupes.

Evan cogió su lata de cerveza y dio un trago largo. Tenía la mirada perdida en la carretera frente a la casa, donde estaba aparcado su viejo coche.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó Jeam tomando asiento en el suelo junto al joven.

—Si traes tu propia cerveza, sí.

La fachada de madera servía como respaldo y el cielo, despejado y repleto de estrellas, de techo.

—Me gustaría hacer un porche. Quizá este verano me ponga a ello. ¿Qué te parece?

—No sé si estaré aquí en verano, Jeam —dijo Evan con su habitual desgana.

—Hannah me ha llamado —soltó Jeam.

Evan golpeó la cabeza contra la madera provocando un ruido sordo que se agrandó en la noche.

—Lo siento. Yo me encargaré de ello.

—No tienes que encargarte de nada, Evan. Sabes que es un error seguirla el juego.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó impotente—. ¿Dejar que mi madre se arrastre por las calles por un poco de dinero?

—Es su elección.

—Su elección —escupió las palabras y aplastó la lata de cerveza con rabia—. Me marcharé en unos días. No te preocupes por el dinero, te pagaré cada mes.

—Evan, quédate. —Jeam resopló, empezaba a estar agotado de discutir siempre el mismo tema—. Tienes una oportunidad de cambiar las cosas.

—No, Jeam. No la tengo. Siempre lo he sabido.

—¿Tiene esto algo que ver con esa chica?

—Allyson. Se llama Allyson. Y es médico. ¿Qué te parece?

Pero Jeam no contestó, no tenía nada que decir. Sabía que tarde o temprano él iba a saberlo y que esa verdad le haría daño, aunque fuera una tontería.

—Tú lo sabías, ¿verdad? —preguntó Evan al comprobar que no decía nada—. Por eso me animabas a estudiar. Crees que si consigo un título seré lo suficientemente bueno para ella. Pero no es así, Jeam. Sé que soy una basura a su lado. Sé que no tengo derecho a mirarla ni a tocarla. Ni siquiera debería soñar con ella. Pero, joder, nunca me había sentido de esta forma. Es como si pudiera respirar. La miro y pienso que da igual si la tierra es plana o redonda, todo son gilipolleces, porque ella está a mi lado y me toca, y me besa. Joder, soy un tío con suerte. Un mierda con suerte.

Había soltado todo aquello como si el dique que contenía las palabras estuviera, al fin, roto. Por desgracia, las palabras iban acompañadas del terrible sentimiento de fracaso que no había dejado de crecer en su interior.

—Evan, a veces las cosas no son como queremos. Tú lo sabes y yo lo sé. No hay un felices para siempre para tíos como nosotros. Lo único que tenemos es un montón de madrugones por delante, unas cervezas los sábados con los amigos y con un poco de suerte alguien que haga que el invierno sea menos frío. Nada más. Eso es lo nuestro.

Lejos de calmar a Evan, el pequeño discurso de Jeam instigó su frustración.

—¿Crees que no lo sé? Joder, claro que lo sé. Mira mis manos. No son suaves. Yo no debería tocarla con estas manos. Veo a esos tipos a su alrededor; la miran, ella es preciosa, y la miran y piensan que ojalá ella los viera. Todos estarían encantados de poder pasar una noche con ella. Pero pasa las noches conmigo. No sé por qué. Tal vez está ciega o sufre algún tipo de trastorno. Sé que un día se va a despertar y me va a echar de su cama. Lo sé. Pero joder quiero esto. Quiero poder tocarla y besarla. Quiero amarla. Hasta que me eche de su vida. Entonces me largaré de Lincoln y todo se terminará. Quiero estar con

ella. Solo unos días más. Los días que dure su locura.

Jeam le miró a los ojos, tenía cuerpo y corazón de hombre, pero su alma seguía siendo la de aquel crío que esperaba regalos por Navidad. Y odiaba ver cómo el brillo de sus ojos se fundía en un dolor líquido y oscuro.

—Ve a dormir. Hazme caso. Ve a dormir y deja de pensar en todo esto.

—No quiero ir a dormir —replicó tozudo.

—Mañana tienes que trabajar —intentó convencerle sin éxito.

—A la mierda el trabajo, Jeam. A la mierda el trabajo, tú y todo esto.

Evan se puso en pie, no podía aguantar más tiempo. La rabia y la desesperación corrían bajo su piel. Jeam vio cómo montaba en el coche y le gritó para que se detuviera, pero no hizo caso.

El motor se quejó al arrancar, con un poco de suerte no llegaría muy lejos con ese coche. Jeam miró el teléfono móvil que había dejado abandonado en el suelo, lo recogió junto a las latas de cerveza y entró en la casa. Iba a ser una noche muy larga esperando que Evan regresara.

*

—¿Te he dicho que estás increíble?

Allyson suspiró. Michael y ella habían pasado el día juntos. Al principio pensó en llamar a Owen o a Samantha para que aparecieran por su casa, pero al final resultó que estar en compañía de Michael era mucho más agradable de lo que ella esperaba. Pensó que había sido injusta al juzgarlo. En esos momentos, recordaba con claridad al joven que había sido su amigo en la universidad. A solas, sin la presión de otros médicos a su alrededor, se mostraba tal como era. Y resultó que se había convertido en una versión mejorada de sí mismo. Era divertido, amable, seguro sin rayar en la pedantería, en fin, Michael era el hombre que muchas mujeres soñaban. Comieron algo ligero en un restaurante en la playa y regresaron en un taxi a casa. Habían hablado de mil cosas, la mayoría intrascendentes, como la última película que habían visto o que Michael no solía conducir en Boston, agobiado por la densidad del tráfico; hablaron del invierno pasado y el temporal de nieve que había asolado al país y cómo las urgencias se vieron invadidas por cientos de personas con problemas neumológicos; hablaron de sus relaciones y de que, quién sabía por qué, ninguno había encontrado el amor en estos años.

Los ojos azules de Michael relucían con pasión cuando el tema de conversación giraba entorno al trabajo, con nostalgia al nombrar a los

viejos amigos que se habían dispersado por la geografía de Estados Unidos, y se caldeaban como un mar en verano cuando la escuchaba.

Hacía tanto tiempo que no se sentía libre para hablar de ella misma, de pequeñas cosas como su manía de rellenar con un bolígrafo azul los expedientes y jamás usar el rojo, que el corazón de Allyson se aligeró y desaparecieron los años que habían estado separados.

¿Cómo pudo recelar de la visita de Michael? Había sido una tonta.

Cuando llegó la hora de prepararse para la cena, eligió un vestido negro, ni demasiado corto ni demasiado escotado. Quería dar la impresión correcta al director Shelby. No podía olvidar que era una cena de negocios.

Él estaba increíble con un traje oscuro y una camisa blanca. Solo destacaba la corbata, de un azul muy parecido al de sus ojos.

—Tú también estás increíble.

Michael pulsó el timbre de la puerta y, sin decir nada más, entrelazó sus dedos con ella.

Una hermosa mujer de mediana edad con un vestido de un profundo color verde abrió la puerta.

Allyson no era capaz de hablar mucho. Jamás pensó que un día el director del hospital la invitaría a una cena en su propia casa. Aunque había sido gracias a la presencia de Michael, era una oportunidad para su carrera.

Por suerte, él era capaz de llevar la conversación sin que ella interviniera demasiado, y pronto quedó muy claro que Allyson era solo la acompañante de él para el director Shelby. Su mujer era agradable y descubrió que trabajaba como asesora en un banco, además de, según ella misma reconoció, encargarse de que su marido fuera bien vestido cada día.

—¿Vas a abandonarnos entonces, Allyson?

—¿Perdón?

La pregunta la había pillado por sorpresa y, mientras pensaba qué podía decir que no dañara a su trabajo, tomó un poco más de una de las finas copas de vino.

—Me preguntaba si vas a acompañar a Michael a Boston. Sería una gran oportunidad en tu carrera —explicó la Sra. Shelby.

—La verdad, no lo he pensado.

—Antes de casarme con Richard, tuve varias ofertas para trasladarme a Washington, finalmente decidí seguirle a Lincoln. Sería fantástico que pudieras continuar con tu carrera allí.

Allyson guardó silencio. Entendía que en el pasado fuera normal que las mujeres siguieran a sus esposos, pero ella ni siquiera tenía una oferta de otra ciudad. Y desde luego no tenía intención de casarse con Michael.

Hubo un silencio incómodo que Michael se apresuró a romper con la enésima pregunta sobre el proyecto de ampliación del hospital al director, y el resto de la velada pudo transcurrir sin más sobresaltos.

En el momento de despedirse, ella se escabulló tan rápidamente como pudo sin ser grosera. Estaba deseando llegar a casa, quitarse esos zapatos demasiado altos y demasiado estrechos, y darse una ducha que borrara toda aquella cháchara inútil de su cabeza.

Cuando el taxi se detuvo frente a su casa, no le sorprendió que Michael se hiciera cargo de pagar. Había insistido en correr con los gastos, ya que ella le había proporcionado alojamiento gratis.

Dejó que él abriera la puerta del vehículo y la ayudara a descender. Comenzaba a aceptar esa sincera galantería con la que Michael la trataba, sobre todo porque hacía mucho tiempo que no salía con un hombre igual. Sin darse cuenta, dejó de pensar en Evan y en su sonrisa traviesa.

Caminaron los pocos metros hasta la puerta bromeando y riendo, como una pareja cualquiera que regresa después de cenar con los amigos y fue al entrar en la casa cuando Allyson se dio cuenta de que él se encontraba muy cerca de ella, tanto que sentía el calor que desprendía su cuerpo.

Nerviosa, encendió la luz y dejó el bolso sobre el aparador de la entrada. Michael se quitó la chaqueta y aflojó el nudo de la corbata.

—No creo que pueda dormir tan pronto. ¿Te animas a una copa? Es nuestra última noche.

A Allyson no se le escapó el sentido oculto tras esas palabras.

—Ve al porche. En cinco minutos tendrás un *Gintonic* perfecto.

—No creo que sea buena idea, Michael.

Como si hubiera esperado esa contestación, él permaneció un instante en silencio, miró la punta de sus relucientes zapatos negros y entonces levantó la cabeza y volvió a encontrarse con Allyson.

—Ha sido una cena genial, ¿verdad?

—Sí. Lo he pasado bien. Tengo que darte las gracias por haber hablado tan bien de mí al director Shelby. No creo que antes de que tú llegaras él supiera mucho sobre mi trabajo.

Michael dio un paso para acercarse a ella, apretó los labios un momento y cogió sus manos.

—No tienes que darme las gracias, Allyson. Eres una buena doctora. Pudiste elegir cualquier destino para terminar tu especialización. Todavía puedes hacerlo. No he mentido con lo de las plazas en Boston. Puedo ayudarte, hablar con algunos conocidos, y estudiarían tu traslado. Estoy seguro de que tu expediente es tan bueno como lo era en la universidad.

Ella permaneció en silencio. Estaba demasiado ocupada intentando que no se notara que su corazón se había vuelto loco. Esa

era la razón por la que no había aceptado esa copa con Michael. Durante la cena se había dado cuenta de cuánto le gustaba. Solo había hecho falta pasar un día con él para que la conexión que existía entre los dos en la universidad regresara como si nunca hubiera desaparecido. Tenerle tan cerca le traía recuerdos y ninguno era malo. Porque, aunque se había negado a hablar de ello, podía recordar las ocasiones en que habían despertado enredados en la cama de él, después de pasar el día entero estudiando para un examen. Nunca habían hablado de ellos como pareja, solo sucedía como la consecuencia normal de encontrarte conectado a otra persona, alguien que entendía el estrés y la angustia, pero también la felicidad y el orgullo cuando las cosas salían bien.

Ese era el Michael que ahora tenía frente a ella. El perfecto compañero. Y no podía seguir ignorando lo que le hacía sentir.

Los ojos de él brillaron tanto como su sonrisa sincera y reveladora antes de que la besara.

Sus labios se amoldaron a los suyos, cálidos, suaves y complacientes. La besó con calma, dejando que recordara la sensación de confiarse a las caricias conocidas. Se estremeció cuando él la estrechó entre sus brazos y su mano hizo el recorrido de su columna, siguiendo la cremallera de su vestido.

Pensó que aquella noche hacía demasiado calor justo en el momento en que él bajó el cierre y Allyson sintió cómo su piel se erizaba. Las caricias de Michael se volvieron más seguras, más ardientes, abandonó sus labios para recorrer la línea de su mandíbula hasta su cuello, haciendo que descendiera el tirante para poder besar el camino hasta su hombro.

El mundo entero tembló bajo los pies de Allyson al caer el vestido y dejarla casi desnuda frente a él.

Y ese terremoto hizo que, ahogada por el torrente de recuerdos, dejara de pensar y se entregara al placer que Michael la regalaba.

En el silencio de la habitación se mezclaron los gemidos con el ruido de las sábanas. Allyson se abandonó a las caricias de Michael, más seguras y experimentas que las de aquel universitario con el que había compartido tantas noches de estudio. Se había convertido en un hombre que sabía lo que quería y estaba dispuesto a luchar por ello.

Con los latidos todavía acelerados, cerró los ojos y dejó que poco a poco el delicioso y tibio cansancio tras el orgasmo la conquistara.

Los dedos de Michael trazaron formas sobre sus mejillas, su frente y sus labios, hasta que ella entreabrió los párpados y se encontró con la mirada orgullosa y satisfecha de él.

—Eres deliciosa —musitó.

La completa adoración en los ojos azules de él la hizo sentir incómoda. No había pensado en las consecuencias de entregarse a una

sesión de sexo con Michael.

—No sabía si los recuerdos eran reales, pensaba que había creado dentro de mi cabeza un sueño para no comprometerme con ninguna mujer. Eso me dijo mi última novia. Que creía que tú no habías existido, que eras producto de mi subconsciente que se protegía para no aceptar que era un egoísta incapaz de amar a nadie.

Allyson se cubrió con las sábanas, asustada por la intensidad con la que Michael la miraba.

—Sé que no esperabas esto. La verdad es que yo tampoco. Cuando nos separamos nunca hablamos de lo que había entre nosotros. Nuestras carreras eran lo más importante.

—Michael, éramos dos críos.

—Sí, pero ya no lo somos. —Besó sus labios mientras retiraba las sábanas con las que ella se había cubierto y la atrajo sobre su cuerpo —. Te he echado mucho de menos, Allyson.

Las caricias borraron otra vez la poca cordura que quedaba entre ellos. Michael la hizo el amor con el mismo arrebato de un náufrago que por fin encuentra una isla, la poseía con besos largos y calientes, y hacía volar por los aires su juicio alternando caricias con sutiles mordiscos que enardecían su piel.

Habían dormido pocas horas cuando el despertador del teléfono móvil de Michael los despertó. Perezosa y con la piel todavía sensible después de las apasionadas horas con él, vio cómo desaparecía en la ducha. Se levantó y comenzó a preparar el desayuno.

El avión de Michael salía en seis horas.

Acababa de poner las tostadas y una improvisada macedonia de frutas sobre la mesa cuando él apareció en la cocina vestido de forma impecable y con su pequeña maleta.

—Gracias por el desayuno. No tenías que levantarte.

Allyson evitó mirarle. Sabía que con la luz del día las cosas solían verse de forma diferente.

—Ojalá tuviéramos otra noche. —La sorprendió al abrazarla por la espalda y dejar un suave beso justo bajo su oreja.

Ella continuó en silencio. ¿Qué podía decir? Cualquier palabra sonaría a una excusa típica.

Como si él intuyera que algo iba mal, la giró para poder mirarle a los ojos.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquilo —dijo Allyson.

—Allyson, no me arrepiento de lo que pasó anoche. No hay ni una sola palabra que no repetiría ahora —explicó remarcando cada palabra.

Ella se zafó de sus brazos para sentarse a la mesa, dispuesta a desayunar.

—He pensado mucho en esto, créeme, y al final he comprendido que te necesito a mi lado —Michael no se rindió y se sentó a su lado antes de continuar—. Si conseguí terminar la carrera estoy seguro de que fue gracias a ti. No sé cómo, pero me complementas. Contigo puedo hablar del trabajo, de cómo me siento, o solo descansar mientras vemos una película. ¿Recuerdas Casablanca? Esa noche pensé que no encontraría a nadie más con quien ser yo mismo. He sido un idiota por dejar pasar estos años, pero ahora sé lo que quiero. Y si no es demasiado tarde, podemos intentarlo.

El silencio que siguió a la sincera declaración de él se volvió incómodo. Michael se tomó el café en un par de tragos y dio un par de mordiscos a una tostada. Sus movimientos eran un poco más tensos y rígidos.

—Piénsalo, Allyson. Solo te pido que lo pienses. Podemos tener una segunda oportunidad. Veamos a dónde nos lleva esto. No puedes negar que juntos estamos bien. Eres una mujer inteligente, me gusta estar contigo y te aseguro que hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien en la cama.

Michael se levantó y suspiró ruidosamente al darse cuenta de que no recibiría ninguna contestación por su parte.

—Tengo que irme. Te llamaré ¿de acuerdo? —dijo al darle un beso en la sien.

Ella se encontró con sus ojos, bañados por la ansiedad y la inquietud, y se despidió con un sencillo beso en los labios.

El mundo de Allyson giraba tan rápido que pensó que en cualquier momento terminaría cayendo al vacío.

12

Evan detuvo su coche cerca de la casa de Allyson frente a un semáforo en rojo. No era consciente de haber decidido llegar hasta allí, pero había conducido hasta su puerta. ¿Qué podía decirle? No tenía ni idea. En realidad, entre ellos no había nada, solo unas cuantas noches de sexo, divertidas, calientes y perfectas para recordar, pero solo sexo. Cuando la vio junto a aquel hombre en la playa sintió ganas de vomitar. Todavía apretaba los puños al recordar cómo él sujetaba la mano de Allyson. Los celos mordían su consciencia, le hacían sentir rabia e ira. Sabía que no podía hacer nada.

Un taxi se detuvo y él observó cómo aquel médico se bajaba y corría al otro lado para ayudar a Allyson a descender del coche.

Apretó las manos en el volante al ver a Allyson. Estaba preciosa. Caminaba sobre unos elegantes zapatos que hacían sus piernas más esbeltas y el vestido insinuaba su figura. Su mandíbula crujió cuando el hombre la rodeó por la cintura y la atrajo hacia él con la familiaridad de quien lo ha hecho miles de veces. Evan tragó el sabor de la amargura al verla desaparecer tras la puerta junto a ese tipo.

Tardó varios minutos en estar lo suficientemente calmado para poder arrancar el coche y largarse. Estuvo más de una hora vagando por las carreteras, sin rumbo, como un *zombie*. Su corazón se había convertido en un músculo frío y duro como el plomo. La noche avanzó y solo trajo más oscuridad.

Tal vez porque no tenía ningún otro sitio a dónde ir, tal vez porque en el fondo sabía que tenía que continuar con su vida, terminó por regresar a la casa de Jeam. Lo encontró despierto, mirando uno de esos aburridos documentales de historia a los que se había vuelto adicto, con los ojos rojos por el cansancio y la frente poblada de arrugas.

No tenía fuerzas para pelear, toda su energía se había disuelto, de hecho, pensaba que si se mirara al espejo en estos momentos su piel sería de color gris. Porque Evan no podía escuchar el latido de su corazón. Respiraba por costumbre, porque no podía dejar de hacerlo, y de esa forma se tiró sobre la cama.

—Me ha llamado Jackson.

Evan no se molestó en decir nada. Sabía lo que venía después.

—Hannah está mal. Ayer tuvieron que llevársela al hospital. La puerta de la casa estaba abierta y la encontraron inconsciente en el

suelo. Dice que…

—¡Calla! —gritó con rabia.

—Evan, Jackson dice que pinta mal.

—No quiero oírlo —gruñó apretando los párpados.

Escuchó cómo Jeam abandonaba su habitación, pero continuó con los ojos cerrados.

No había dormido cuando decidió levantarse y ayudar a Jeam con el desayuno. Agradeció que no hablara. No tenía fuerzas ni ganas. Tampoco tenía nada que decir. Dejó sobre la silla la bolsa con su escaso equipaje. Había tardado solo unos minutos en tenerlo todo listo.

—¿Vas a Nueva York?

—Sí —contestó tomando su café—. Te llamaré cuando tenga tu dinero. Si te parece, puedo hacerte un pago cada tres meses.

Jeam apretó los puños bajo la mesa. Tres meses. Ese era el tiempo que duraban los contratos con Misely. Las pequeñas ligas de lucha que organizaba eran tan breves como violentas. Él había ganado un buen dinero cuando era más joven. Hasta que consiguió un contrato de un año. Eso solía asegurar unos meses sin pasar por el hospital, los combates estaban amañados y todo el mundo sabía quién tenía que recibir los golpes para no cabrear al jefe. Si él invertía en un muchacho, este pasaba a ser intocable.

—No quiero el dinero, Evan.

—Te pagaré —escupió las palabras con los ojos ennegrecidos por la cólera.

—Evan, por favor, escúchame. Tienes que pensar en tu futuro. Hannah ha elegido su vida. Pero tú todavía tienes una oportunidad. Sabes que la tienes.

—¿Qué oportunidad?

La pregunta retumbó en la cocina. El dolor se había transformado en amarga desesperación.

—¿Crees que voy a ir a la universidad? ¿Eso crees? No te creía tan estúpido. Todo esto no han sido más que unas vacaciones.

—Evan, no tiene que ser así. —Jeam se sentía impotente al ver el modo en que la vida de Evan acababa de dar un giro hacia el infierno.

—He aprendido algo —dijo derrotado mientras se levantaba y cogía su bolsa—. He aprendido cuál es mi lugar, Jeam. Esta es tu vida, no la mía.

Se dio la vuelta para salir, pero Jeam se levantó para detenerle.

—Deja que te ayude. Con ese coche no vas a llegar.

—Da igual si tardo unos días más o unos meses. No va a cambiar nada.

—Toma dinero para el avión. Ve, arregla lo que puedas, y vuelve.

Evan se echó la bolsa a la espalda y cogió los billetes que Jeam le

ofrecía.

—Te lo devolveré —dijo al estrechar su mano—. Eres un buen tío, Jeam. Olvídate de mí.

Él apretó su mano sin dejar que se alejara.

—No voy a hacerlo. Iré por ti si no regresas. ¿Entendido?

Evan abandonó la casa sin mirar atrás. No quería recuerdos. Condujo hasta el aeropuerto y vendió su coche en uno de los concesionarios de segunda mano que había cerca de la terminal. Calculó que tendría que pagar el alquiler. Jackson no era un mal hombre, pero estaba seguro de que su madre se había gastado el dinero en drogas y no había pagado los últimos meses.

*

El vuelo nocturno, el más barato que había encontrado, aterrizó con puntualidad en Nueva York. No había tenido que facturar el equipaje, en una hora el metro le dejó en la ciudad. La luz plomiza de la mañana se abría paso entre las nubes y competía con las sombras de los grandes edificios. Respiró profundamente. La mezcla de olores saturó su nariz. De alguna forma, su cuerpo reconocía que había regresado a su hogar y la rigidez de sus hombros se disipó. Siempre había amado la ciudad.

Sonrió de medio lado al chico que hacía guardia sentado en los escalones jugando con su teléfono móvil y este le saludó con un simple movimiento de cabeza.

No le sorprendió que todo continuara igual. Había estado fuera solo unos meses. La mugre de las paredes no desaparecía tan rápidamente en lugares como aquel.

Pulsó el timbre del piso de su casero y un joven afroamericano en pantalón de pijama le abrió la puerta.

—Mi padre no está —anunció.

—¿Sabes dónde puedo encontrarle?

—No volverá hasta la noche.

El hijo de Jackson miró al otro lado del pasillo.

—¿Has olvidado las llaves?

—No. Solo quería ver a tu padre.

—Si es por tu madre, le oí decir que estaba en el hospital.

—Gracias. Iré a verla. Dile a tu padre que he venido.

El chico cerró la puerta sin molestarse en despedirse. Evan dio media vuelta y salió del edificio. No hacía falta que le dijeran en qué hospital estaba su madre. Había pocos sitios donde atendieran a los pobres.

Caminó varias manzanas mientras la vida explotaba a su

alrededor. Las calles se llenaban de gente junto con el creciente ruido. Se movió entre los demás viandantes evitando chocarse. Tenía hambre, pero prefería tomar algo en la cafetería del hospital, donde los precios eran baratos.

Se encontró frente a la fachada del hospital universitario y se armó de valor para lo que iba a encontrarse dentro. Odiaba la falsa amabilidad, la lástima que contaminaba cada palabra, cada mirada, cuando sabían que era el hijo de Hannah. Pero sobre todo odiaba tener que pedir facilidades de pago para los tratamientos de su madre.

—Buenos días. Soy el hijo de Hannah Mary Turner.

La recepcionista tecleó en el ordenador y esperó unos segundos. Él vio cómo la sonrisa desaparecía. Seguramente la factura era elevada.

—¿Puede decirme su nombre, por favor?

—Evan Zachary Turner. Soy su hijo.

La mujer abandonó su puesto. Evan miró a su alrededor. La sala de espera estaba bastante llena a esas horas de la mañana. El público era variado, el único rasgo común a todos era la forma sencilla de vestir y los zapatos baratos. Miró sus zapatillas deportivas. También se veían gastadas.

—Buenos días. ¿El señor Turner?

Una mujer vestida con un sencillo traje gris acompañaba a la recepcionista. Ninguna tenía buena cara. Evan tragó despacio y puso esa sonrisa ladeada que tan buenos resultados le había dado otras veces.

—He venido a ver a mi madre. Me han dicho que está ingresada aquí.

—¿Puede acompañarme un momento, señor Turner?

Consiguió mantener la calma y la sonrisa falsa en su rostro mientras seguía a aquella mujer a un minúsculo despacho. Ella no cerró la puerta, como si no quisiera quedarse a solas con él.

—Verá, señor Turner. Lamento decirle que Hannah ya no está con nosotros.

Siguió sentado en la silla metálica, ella parecía tan incómoda como él.

—¿A dónde se la han llevado?

—Señor Turner… —La mujer se quitó las gafas, su expresión apenada le desconcertaba—. Hannah murió ayer.

Evan no se movió. Sabía que ella seguía hablando, algo sobre una sobredosis, golpes, un fallo hepático. Las palabras rebotaban a su alrededor. En algún momento, la conversación derivó al difícil tema de la facturación, los plazos y las facilidades de pago. Había muchos gastos pendientes. Aunque parte de la atención era gratuita, no así el traslado al Depósito Municipal. Habían decido trasladar el cuerpo

hasta que consiguieran localizar a algún familiar que se hiciera cargo. Por suerte él había aparecido.

Por suerte.

Pensó en esa palabra.

Suerte.

¿Qué quería decir esa mujer?

¿Era afortunado porque su madre había muerto?

Firmó los documentos que le puso delante, dejó que hiciera una fotocopia de su tarjeta de identificación sanitaria y le estrechó la mano.

Al salir del hospital miró a su alrededor. La angustia paralizaba su estómago. Vomitó cerca de una papelera. Aunque no había comido nada las arcadas le hicieron doblarse por la mitad.

Cogió el metro hasta el Depósito Municipal. El edificio estaba a las afueras. Imaginó que nadie quería cerca de su casa o del colegio de sus hijos un lugar como aquel. El ladrillo rojo hacía que pareciera imponente, como si su interior no fuera carne muerta.

Presentó el documento que le habían facilitado en el hospital y acompañó al funcionario hasta el sótano. Tuvo que esperar cerca de treinta minutos en una sala claustrofóbica con una pared de cristal. El olor lo envolvió, se pegó a su piel, y sintió arcadas de nuevo.

Nunca había tenido que identificar antes a nadie. Asintió al ver el rostro menudo de Hannah. Apoyó la mano sobre el cristal que separaba la sala, que se quedó a oscuras en cuanto el hombre volvió a cubrirla.

No tenía ni idea de cómo había regresado a su apartamento. Tampoco recordaba cómo había entrado.

Miró a su alrededor y vio la podredumbre que le rodeaba. Si alguna vez había pensado que Allyson podía ser su novia, había sido un completo idiota. Esta era su vida, una vida llena de paredes sucias, gritos en la calle y fregaderos estropeados que no dejan de gotear. El armario estaba vacío, seguramente Hannah había vendido su ropa usada por unos dólares, ni siquiera había jabón en el baño, solo una toalla raída y manchada que jamás había conocido tiempos mejores.

Se tragó sus amargas ilusiones y se sentó en la cama. Alguien había dormido en ella y ni siquiera se había molestado cambiar las sábanas.

Rio por su propia ocurrencia.

¿Quién coño iba a cambiar las sábanas? Probablemente su madre se había tirado a algún desconocido en esa cama y luego habrían compartido una dosis. La suciedad y la decencia no importan demasiado cuando estás colocado.

Y a él tampoco le importó.

Se dejó caer sobre la almohada. No podía permitirse sentir pena

en ese momento. Tenía que aceptar rápidamente quién era. Dejarse de sueños tontos.

No volvería a madrugar ni a tener un horario. Tampoco a frecuentar bares decentes donde la gente se reúne después de una jornada de trabajo.

Lo suyo era el Mitch y las cervezas baratas.

Se mordió los labios para contener las lágrimas, traicioneras, que se empeñaban en acudir para escaparse. No quería llorar. No porque fuera demasiado hombre, tampoco por vergüenza. No quería llorar porque no serviría de nada. Las lágrimas no iban a limpiar su vida.

Durmió. Porque el cuerpo necesita dormir. Porque a veces es la mejor forma de escapar. Dormir y dejar que las horas pasen, que tu vida continúe sin tener que hacer nada. De esa forma corre el calendario y puedes engañarte al pensar que el año avanza, que el siguiente llegará pronto. Solo que él no iba a mentirse pensando que el próximo sería mejor.

Ya no. No más mentiras. No más sueños.

*

—Vaya, chico. No has tardado mucho en volver. —Misely siguió leyendo los papeles que tenía sobre la mesa, sin prestar atención a Evan—. Dime, ¿qué necesitas?

Evan echó un vistazo a la oficina de Misely. Cualquiera que no supiera la verdad, pensaría que estaba ante un gerente formal y educado. El traje gris, sobrio y tan vulgar como la corbata roja, escondían una mente fría y egoísta. El negocio de los gimnasios era una tapadera perfecta para organizar combates ilegales, vender estupefacientes y medicamentos del mercado negro. La mayoría de los usuarios solo se preocupaban de mejorar su forma física. Una pequeña parte, entre la que se encontraba Evan, cruzaban la línea para ganar dinero. En una ciudad que jamás se preocupaba de los que terminaban tumbados sobre la acera, la oportunidad de sobrevivir que Misely les ofrecía era única.

—Un par de combates —contestó.

Él levantó la vista y se irguió tras su escritorio, estudiando a Evan.

—No tienes buen aspecto, muchacho.

—¿Vas a darme un combate o no?

A su derecha se escuchó una maldición. Uno de los guardaespaldas se había puesto en pie y acariciaba la culata de su arma.

—Tranquilo, el chico está un poco nervioso, ¿verdad, Evan?

El guardaespaldas volvió a sentarse, aunque por su expresión no estaba nada contento.

—Verás, esto no funciona así. Te marchaste sin avisar y después Jeam fue a la casa de mi hermano y pagó tu deuda. Fue poco… como te diría … fue poco amable. Y ahora vienes y me dices que quieres pelear. Imagino que necesitas dinero. Pero, como te digo, esto no funciona así. Soy yo quien decide a quién dejo mi dinero.

Evan tuvo que esforzarse para que los nervios no le delataran. Hacía mucho calor en esa maldita oficina y estaba deseando salir lo antes posible. Odiaba suplicar, pero pensó que lo mejor era no dar rodeos. Quizá eso ablandaría al hombre.

—Necesito dinero para pagar el entierro de Hannah.

—¿Un entierro? —preguntó elevando su ceja.

Los ojos de Misely brillaban. Evan se dio cuenta de que se divertía. Apretó los puños dentro de los bolsillos del pantalón.

—Quiero dar un entierro digno a mi madre.

—Oh, vaya. Cuánto lo siento. No tenía ni idea, Evan. —Se levantó y rodeó el escritorio hasta llegar a su lado—. Lo siento, chico. Es un golpe duro. Cualquier cosa en la que pueda ayudarte, por supuesto, solo tienes que pedirla.

Evan estrechó la mano que le ofrecía con tanta calma como pudo. Sabía que ninguna de las palabras era sincera. Larry Misely conocía bien lo que sucedía en el barrio, al menos entre los que podían ser sus clientes potenciales. Aunque Hannah no le interesaba, él no traficaba con drogas ni trabajaba en el negocio de la prostitución. Pero ella era la causa de que Evan hubiera terminado en su gimnasio, peleando para él.

—Me alegra que hayas venido a pedirme ayuda. ¿Cuánto te hace falta? ¿Dos mil?

Abrió el cajón superior de un archivador metálico y sacó varios billetes.

—Toma. Tres mil. Con esto tienes para pagar el alquiler en algún sitio limpio. Por favor, sal de ese agujero en el que vives. Entierra a tu madre y descansa. Te buscaré algo para el fin de semana.

Evan tosió, nervioso. Necesitaba conocer las normas del trato que acababa de sellar.

—¿Cuánto tengo que devolverte?

—Cinco mil estará bien. Dos combates.

—Pero eso serían…

Misely movió la cabeza de un lado a otro y él guardó silencio.

—Los precios han cambiado. No te ves en buena forma.

—Gracias —consiguió decir antes de guardarse el dinero.

—Espero que esta vez no des problemas. Eres joven, Evan. Puedo ayudarte si lo necesitas. Pero no quiero volver a ver a Jeam, ¿lo

entiendes?

Él asintió. El guardaespaldas abrió la puerta, invitándole a salir.

—Te llamaré el jueves para darte la hora.

Salió de la oficina del gimnasio sintiéndose exhausto. Su vida había regresado al mismo punto. Miró a los chicos que entrenaban en el cuadrilátero del rincón. No se sentía con fuerzas para entrenar. Tendría que confiar en su suerte.

*

El entierro fue triste, como todos. Pagó por el ataúd más barato y un sacerdote dijo unas palabras antes de que el féretro desapareciera tras las cortinas. Más tarde le darían una urna con las cenizas. Había un ramo de flores, nada especial. El vendedor había dicho que estaban incluidas en el precio.

Paseó por las calles hasta regresar a su bloque de apartamentos. Ni siquiera había comido o bebido. Estaba un poco mareado. Esta vez Jackson sí estaba en casa y pudo pagar el alquiler atrasado. El hombre no le cobró la deuda de Hannah y él se lo agradeció. A cambio, se ofreció a limpiar y hacer algunos arreglos.

Volvió a dormir sobre la misma cama sucia, vestido.

Cuando se despertó había pasado un día más. El teléfono móvil sonaba una y otra vez. La llamada se detenía y volvía a empezar. Parecía que el aparato estuviera enfadado.

Era Jeam y él no quería hablar con él. No quería hablar con nadie.

Salió a la calle para comprar algo de comida. Una señora arrugó la nariz al ponerse tras él en la cola del supermercado. Hacía varios días que no se duchaba ni se cambiaba de ropa, seguramente apestaba.

Entró en el apartamento y cerró de un puntapié. Las bolsas, cargadas de comida, productos de limpieza y unas sábanas limpias, quedaron en el suelo de la cocina.

Sin descanso, limpió de forma metódica el minúsculo apartamento. Llenó bolsas de basura con ropa de ella. La vida de su madre cabía en un par de bolsas negras. Miró el colchón desnudo cuando terminó de limpiar la habitación. Debía tener varias décadas. Ya estaba allí cuando ellos llegaron. Cerró la puerta y bajó la basura.

Esa noche durmió sobre unas sábanas limpias. Su habitación era igual de pequeña que la de su madre, en el armario no quedaba nada y los cajones estaban vacíos. Era suficiente para él.

Calentó un poco de pasta en el microondas y miró el hueco vacío donde antes estaba el televisor. Compraría uno. Si ganaba estos

combates para Misely, podría pactar unos cuantos más. Tendría muebles nuevos.

13

Allyson volvió a revisar los mensajes en su móvil. Hacía días que no sabía nada de Evan. Le había enviado varios mensajes y había llamado dos veces al día. No obtuvo respuesta. Hacía ya casi una semana. Tampoco le había visto con los trabajadores de Jeam.

Por el contrario, Michael había llamado en cuanto su avión tocó tierra.

Salió al porche con una taza de café muy cargado. El verano cada día estaba más cerca. Samantha apareció por el jardín con una enorme sonrisa y una bandeja que seguramente estaría llena de dulces.

—Buenas tardes. Owen me ha dicho que hoy habías salido pronto, así que he decidido venir a verte.

Su amiga se sentó junto a ella y levantó la tapa que cubría su bandeja.

—Te he traído una empanada de carne. Sé que llevas días comiendo congelados.

—Gracias, Sam. Eres mi salvación.

—Alguien tiene que cuidarte. Cora debió enseñarte a cocinar.

—Mi madre no sabe cocinar, Sam —replicó sonriendo—. ¿Quieres un café?

—No. Hoy ya he tomado dos. Mi médica me ha recomendado controlar el consumo de cafeína —bromeó y dejó la bandeja en el hueco que quedaba libre en el banco—. ¿Cómo estás?

—Bien, tranquila.

—Sabes que eso es mentira.

Sujetó su taza de café mientras miraba los árboles que rodeaban la casa. Formaban un espeso muro, verde y vivo pero un muro, al fin y al cabo. A su madre no le gustaba que los vecinos las vieran. Ella pensaba que era una tontería. Ahora lo agradecía. Necesitaba el silencio y la soledad que esa pared de árboles proporcionaba.

—¿Has hablado con Evan?

—No me coge el teléfono.

—Owen dice que no le ha visto por el hospital, hoy ha preguntado a Jeam.

—Creo que se ha ido.

El brazo de su amiga la rodeó y ella se recostó sobre ella.

—¿Y Michael?

—Me ha llamado un par de veces —se dejó mimar en los brazos

de su amiga, realmente estaba agotada.

—Es un gran hombre, Ally.

—Sí. Lo es.

—¿Entonces?

Era difícil de explicar. Sabía que Michael era bueno. La noche junto a él había sido especial. Tenían un pasado juntos y probablemente un futuro.

—Falta algo.

—Algo que sí tiene Evan.

Cerró los ojos cuando se dio cuenta de que había empezado a llorar.

—No sé qué hacer —musitó.

—Bueno, no tienes que hacer nada. Evan no está. Se ha marchado. Eso es todo —repuso Samantha sin rodeos.

—No puede ser, Sam, no puede terminarse así.

—Oh, cariño. Tal vez no debería de haberte animado a salir con ese chico. Está claro que solo estaba de paso.

—Pero tú misma me dijiste que era posible.

—Me equivoqué —aceptó Samantha mientras le ofrecía un pañuelo de papel a su amiga.

—Nunca me había sentido así.

—Eso es porque nunca te habías enamorado de verdad.

—Pero Michael… —protestó Allyson limpiándose las lágrimas.

—Evan es pasional. Te hace sentir viva. Pasas cada minuto del día pensando en él. Se ha colado en tu corazón. Pero es solo una aventura, Allyson. Una que ha barrido tu capacidad de razonar.

—Me acosté con Michael —confesó compungida.

—Vaya —dijo Sam sorprendida—. ¿Qué tal fue?

—Bien. Mucho más que bien. Fue como recordaba. Mejor, en realidad.

—¿Cómo sucedió? —En realidad a Samantha no le sorprendía que hubiera pasado, era un hombre atractivo e inteligente, y estaba claro que había ido a la ciudad por su amiga.

Allyson suspiró. Necesitaba muchos más cafés para esta conversación.

—Cuando regresamos de la cena con el director Shelbys. Toda la noche se portó de forma increíble. Era como si no hubiera pasado el tiempo. Y luego, cuando regresamos, sencillamente pasó.

—Supongo que eso lo cambia todo.

—Dijo que quiere intentarlo. Que podemos ser una gran pareja —explicó Allyson recordando cada palabra que él había dicho—. Que se arrepiente de haber perdido el contacto durante estos años.

—¿Y tú qué crees?

—No lo sé, Sam, no tengo ni idea. Quiero a Evan.

—Pero te acostaste con Michael.

—Sí. Lo hice. Y fue fantástico —añadió sintiéndose aún más culpable.

La carcajada de Samantha resonó en el jardín.

—Vamos, Ally. Eres una mujer con suerte. Has estado con un fogoso jovencito y luego con un hombre experimentado y formal. Muchas te cambiarían el puesto sin pensarlo dos veces.

Ella resopló, enfadada.

—¿Es que no entiendes que yo no quería esto?

—Te estás engañando. Claro que lo querías. Has pasado con Evan unas semanas fantásticas. Y ahora él se ha largado y ni siquiera tienes que sentirte culpable por haberte acostado con Michael, que, por cierto, quiere comenzar una relación contigo. ¿Dónde está el problema?

Tardó en contestar. La realidad, tal como la veía Samantha, era muy sencilla.

—El problema es que me he enamorado de Evan.

—Oh, Ally —Samanta la abrazó—. Vamos, cariño, eso no es amor y tú lo sabes.

—¿Eso crees? ¿Crees que no siento nada por Evan?

—Reconozco que es guapísimo y sexi. Ya hemos hablado de lo bueno que es en el sexo. Pero, en serio Ally. ¿Qué te une a él? Es más joven, un simple trabajador.

—¿Crees que Michael es mejor por ser médico? —preguntó atónita.

—Michael es mejor porque te conoce, podéis construir un futuro juntos. Con Evan… ¿crees que durarías mucho? Tienes casi treinta años, Allyson. Ese chico no va a sentar la cabeza y casarse. Y tú no puedes esperar. Sencillamente porque siempre va a ser así, tú querrás tener hijos y él salir a divertirse. Sois muy diferentes. Eres médico. Tu sueldo seguramente sea tres veces el suyo. ¿Crees que no os va a afectar?

Allyson enterró el rostro en el hombro de Samantha. Cada palabra era como una herida abierta. La crudeza con la que Samantha exponía la realidad le partía el corazón.

—Vamos dentro. Calentaremos la empanada y abriremos una botella de vino. Podemos ver alguna película romántica en la televisión y fingir que lloramos por los protagonistas.

*

El ambiente del bar de Beth era tan animado como cada noche. Los horarios médicos no incluían fines de semana de descanso casi

nunca, así que siempre se podía encontrar a grupos que acababan de terminar su turno y querían divertirse un poco antes de ir a su casa a dormir más de cuatro horas seguidas.

Desde su lugar en la barra, Jeam y Baran podían ver el partido de baloncesto con comodidad. Baran había sido el primero en comenzar a trabajar para él. Era bastante callado, no se metía en problemas y jamás se excedía con la bebida. En el trabajo era concienzudo, aprendía rápido y sabía hacerse respetar. Entre los dos había surgido una relación franca basada en el respeto mutuo. Intuía que su pasado no había sido fácil, como el de ninguno de ellos.

Jeam miraba a Owen de vez en cuando. Estaba sentado junto a un grupo de personal del hospital. Una de las mujeres flirteaba con descaro con él riendo escandalosamente sus ocurrencias.

Jeam se había bebido dos cervezas casi de un trago.

—Beber no es la solución —comentó Baran con su voz grave marcando la última sílaba de cada palabra.

—Lo sé. —Dejó la tercera jarra de cerveza vacía sobre la barra de madera e hizo un gesto a Beth para pedir otra más.

—La cerveza no te va a dar el valor necesario para lo que tienes que hacer.

Jeam estuvo a punto de soltar un taco, no se había dado cuenta de que estaba siendo tan poco discreto.

—No creo que a él le interese esa mujer. Ni siquiera la mira cuando habla —observó Baran con desgana.

Inquieto, Jeam volvió a prestar atención al partido. El marcador había corrido diez puntos.

—¿Has sabido algo de Evan? —preguntó Baran olvidándose por el momento de lo que sucedía en la mesa.

—No. No me coge el teléfono. —Jeam apretó los labios y se encogió de hombros. No tenía forma de saber qué pasaba con el muchacho.

Owen se deshizo de la rubia que le acosaba y fue a la barra.

—Me voy a mear —dijo Baran chascando los labios al ver que se ponía junto a ellos.

Beth sirvió una cerveza a Owen y los dejó a solas al momento.

—Hola.

—Hola —contestó Owen.

Ambos se miraron sin añadir nada más.

—¿Vas a decir algo antes de que vuelva tu amigo?

El tono beligerante de Owen le sorprendió. Siempre parecía tan educado y amable con todos que no podía imaginárselo enfadado.

—Tu amiga no tiene buena cara. —Jeam señaló con un gesto la mesa en la que estaban sentadas Allyson y Samantha.

—¿Tú crees? Yo la veo estupendamente. El gilipollas que estaba

aprovechándose de ella por fin se ha largado.

Jeam resopló. Así que eso era lo que pensaban.

—Evan no se ha largado. Tenía problemas que resolver.

—¿Sí? Vaya, deben ser problemas importantes si no puede ni siquiera hacer una llamada de teléfono.

—¿No la ha llamado? —preguntó extrañado.

—No. Ni ha respondido a sus llamadas. Yo creo que es lo mejor. —Cogió su cerveza y dio un paso para regresar a su lugar—. Hay cosas que es mejor saber olvidar.

A Jeam no se le escapó que esa última frase iba dirigida a él. Si eso era lo que pensaba, él no iba a quejarse. Estaba de acuerdo. Era mejor que dejaran pasar lo que había sucedido entre ellos.

Dio un trago a su cerveza y le pareció que el sabor amargo se llevaba el recuerdo del beso de Owen. No había conseguido quitarse de la cabeza sus labios.

Su teléfono móvil vibró y se disculpó para atender la llamada.

—Creo que debes saberlo.

Jeam se masajeó la frente con la mano. Al ver que la llamada de Jackson, supo que los problemas estaban a punto de estallar.

—Hannah ha muerto.

La conversación no duró más de un minuto y él regresó al interior.

—Necesito ayuda, Baran.

El hombre observó la expresión preocupada de Jeam y asintió.

—Tengo que marcharme. Estaré fuera unos días.

—¿Está Evan bien? —preguntó con expresión severa.

—No lo sé —contestó desalentado.

—Me encargaré del trabajo. Trae a ese chico de vuelta.

Jeam sabía que podía contar con él. Aunque la vida de Baran era una incógnita, él siempre había sabido ver más allá de su fachada de hombre duro y solitario. En los dos años que llevaban trabajando juntos había estado a su lado en los momentos difíciles y el resto de los hombres lo respetaban.

—Lo intentaré.

Baran puso la mano en su hombro, con su rostro tan cerca que Jeam vio el acero duro e inquebrantable que rodeaba sus ojos azules de hielo.

—Si necesitas ayuda, llámame. Tengo amigos.

Jeam movió una sola vez la cabeza en gesto afirmativo. Esperaba no tener que recurrir a la fuerza, pero no sabía qué se podía encontrar, cualquier ayuda era buena.

*

No le gustaba volar. Cada vez que subía a un avión Jeam tenía taquicardias, ni siquiera podía cerrar los ojos un segundo para descansar. Por suerte el vuelo fue tranquilo. Atravesó el aeropuerto de Newark con paso rápido y cogió un autobús que hacía el recorrido a la ciudad.

En las cinco horas que había durado el viaje no había dejado de pensar en Evan. Tenía un mal presentimiento. Durante la escala en Chicago había tratado de ponerse en contacto con él, pero obtuvo el mismo resultado que en las ocasiones anteriores.

Cuando por fin se encontró frente a la puerta del bloque de apartamentos, se armó de valor y subió las escaleras repitiéndose a sí mismo que iba a tener suerte.

Llamó varias veces al timbre y esperó con ganas de tirar la puerta abajo. Tuvo que recurrir a Jackson y el segundo juego de llaves que tenía en su poder para conseguir acceder al apartamento.

Nada más entrar le sorprendió el cambio del lugar. Estaba casi vacío y olía a limpiador. Las viejas cortinas de rayas habían desaparecido y la luz que se colaba entre los edificios bañaba la minúscula cocina que ocupaba la pared más grande. Dejó su bolsa de viaje en el suelo y fue a la habitación de Evan.

Lo encontró tumbado en la cama, hecho un ovillo. Había pateado las sábanas hasta que estas cayeron al suelo y parecía dormido. En la mesita de noche vio un vaso con agua y una caja de pastillas.

Sabía lo que eso significaba.

—Evan. Vamos, Evan, despierta.

Agitó al muchacho con cuidado. En el costado comenzaba a extenderse una mancha morada que pronto conseguiría el aspecto de las otras que había en el brazo.

Evan murmuró algo incoherente sin llegar a despertar.

Lo cubrió con la sábana y le dejó dormir. El efecto de las pastillas pasaría en unas horas.

Salió de nuevo del cuarto y fue al otro. Sobre la cama de Hannah solo quedaba el colchón. El armario estaba abierto y tan vacío como el resto de la habitación.

Regresó a la cocina para comprobar el frigorífico.

En menos de media hora regresaba del supermercado con leche, galletas y comida precocinada. Puso agua a calentar y vertió el contenido de uno de los sobres hasta conseguir una sopa de verduras decente.

Evan continuaba dormido en la misma posición. Dejó el tazón con la sopa sobre la mesita y le despertó con firmeza. Evan se revolvió, se quejó y maldijo al abrir los ojos.

—Tienes que despertarte.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con la voz pastosa.

—Venía a darte una paliza, pero veo que se me han adelantado —contestó Jeam con sequedad.

Con gesto dolorido, el chico se incorporó con cuidado. Jeam observó que estaba más delgado; no tenía ninguna marca en el rostro, lo que era bueno, ni tampoco en el abdomen. Solo había recibido golpes periféricos.

—¿Cuánto te ha pagado Misely? —preguntó sin rodeos.

Evan cogió el tazón con sopa y dio un trago. Torció el gesto con desagrado, pero se lo terminó. No era la primera vez que Jeam aparecía después de una pelea, por tanto, conocía sus métodos. No iba a permitir que dejara ni una gota. Tampoco que se levantara en un par de días.

—Te he preguntado cuánto te ha pagado Misely —repitió inflexible.

—No es asunto tuyo —contestó Evan y volvió a tumbarse con el máximo cuidado posible.

—Di la cara por ti. Fui a ver a Luca y pagué tu deuda. Me debes una explicación.

—Si te preocupa tu dinero, te pagaré. Te lo dije.

—¿Me pagarás? ¿Cuándo los Misely te hayan matado?

—Necesitaba ayuda y él me la ha dado. No te he pedido que vengas.

Jeam maldijo con rabia, le cogió del brazo sin preocuparse por si le hacía daño y le obligó a levantarse de la cama.

—No creí que fueras tan estúpido —soltó cabreado—. ¿Crees que le preocupas, Evan?

Evan forcejeó y salió de la cama. Pese al dolor, la rabia le daba fuerzas para enfrentarse a Jeam. Trató de propinarle un golpe, pero él fue más rápido y Evan se encontró con la espalda contra la pared. Trataba de apartar el brazo de Jeam, que le sujetaba por el cuello haciéndole difícil la respiración.

—¿Quieres morir, Evan? ¿Es eso?

El chico se apoyó contra la pared para tomar impulso y dar una patada a Jeam. En cuanto consiguió moverse, le lanzó un derechazo. Pero los efectos de las pastillas le hacían mucho más lento. Jeam evitó con facilidad el golpe y lo estampó con fuerza contra la pared de nuevo, esta vez golpeándole de frente contra ella a la vez que sujetaba su brazo retorciéndolo en la espalda a punto de hacer que le crujiera hombro.

—No sabes las ganas que tengo, de verdad —gruñó con rabia.

—¡Hazlo! ¡Vamos, hazlo! —gritó Evan. Había sangre en su boca y respiraba furioso.

Jeam le soltó de golpe y se alejó. Resoplaba por el esfuerzo y la cólera todavía recorría sus músculos.

—Vuelve a la cama —ordenó señalando el colchón.

Salió sin cerrar la puerta y Evan le escuchó pasear por la casa.

Dolorido, se tumbó y miró el techo del cuarto.

Esa semana había pasado dentro de una niebla difusa. Hasta el combate. La visión de su contrincante le había sacudido el entumecimiento. El primer golpe le despertó por completo. Saboreó los siguientes, los devolvió, y sintió la corriente que nacía en su interior prendiendo una furia animal que nunca había conocido. El mismo Larry le felicitó con un apretón de manos en cuanto el médico revisó sus nudillos.

Tomó otra pastilla y dejó que su efecto llegara, sumiéndose en el sueño.

Cuando volvió a despertar, lo primero que sintió fue la urgencia de ir al baño. Tuvo que apoyarse en la puerta de la habitación para recobrar el equilibrio, el suelo ondulaba bajo sus pies, o eso le parecía, y los pocos metros que le separaban del inodoro eran toda una prueba.

Al salir, encontró a Jeam sentado en una silla mirando el teléfono móvil.

—¿Qué tal estás?

—Bien —contestó. Arrastró los pies hasta la silla vacía que quedaba en la mesa.

—Te prepararé algo de comer —dijo mientras se levantaba.

—Jeam —llamó el chico.

Se detuvo a su lado. El aspecto de Evan era terrible, pero nada que no pudiera solucionar la comida y el descanso.

—Vuelve a la cama.

—Tengo que decírtelo —dijo el chico en voz baja con la vista en el suelo.

—Lo único que tienes que hacer es descansar. Cuando estés bien iremos a hablar con Misely y volverás conmigo a Lincoln. Va a ser difícil, pero le convenceré de que es lo mejor si quiere cobrar.

—Me advirtió de que no quería verte.

—Pues me verá. —Puso a calentar agua para preparar algo más de sopa.

—Por favor, Jeam, odio esa sopa —gimió Evan.

No sabía por qué aquel chico siempre conseguía ablandarlo. Había sido así desde el principio. Él era hijo único, en Evan había encontrado un hermano pequeño al que proteger. A cambio había recibido su amistad, honesta y sincera.

—También he comprado leche —dijo tirando el agua por el fregadero—. ¿Has limpiado tú mismo la casa?

Evan no contestó. Regresó al cuarto arrastrando los pies. Sacó una muda limpia del armario y fue a darse una ducha.

Estar encerrado con Jeam en aquel minúsculo apartamento era

como compartir una jaula con una pantera cabreada. Se encargaba de comprar la comida, cocinar, limpiar y hasta de hacer la colada. No hablaron demasiado. El miércoles él se encontraba algo repuesto para levantarse, aún así, Jeam le advirtió que no saliera de casa. A media tarde regresó con un televisor pequeño que tenía una raja en la pantalla, de forma que no se veía la esquina derecha. Lo conectó y puso el partido de los Portland.

—Me lo ha prestado Jackson —explicó—. Tengo que devolvérselo antes de irme.

—Compraré uno —repuso Evan tomando asiento en la incómoda silla de madera de la única mesa que había en la casa—. Y también un sofá.

—Vamos a irnos de aquí, Evan. Te lo he dicho.

—No puedo irme, Jeam. Tengo un trato con Misely. Y creo que él puede darme trabajo unos meses.

—¿Quieres trabajar para Larry? ¿Es que te has vuelto loco?

—Tú lo hacías.

Jeam se pasó las manos por la cara y dijo algo entre dientes.

—Eras uno de sus chicos. Dicen que siempre ganabas.

—No siempre —corrigió—. ¿Conoces a alguno más de su equipo? Te diré dónde están: muertos.

Nunca le había dicho cómo conseguía el dinero, no se sentía muy orgulloso de su pasado.

—Solo quedamos Pharell y yo. Es su guardaespaldas, le habrás conocido.

—Sí. Siempre está con él.

—Antes yo los acompañaba. Dicen que Larry no ha encontrado a nadie de confianza todavía.

—Podría ser yo.

Jeam lo señaló con el dedo índice, cabreado, empezaba a perder la paciencia.

—Quítate esa idea de la cabeza.

—¿Por qué? ¿Crees que no soy tan bueno como tú? Me enseñaste a pelear, sabes que puedo ganarte.

—¿Podrías disparar a alguien?

La pregunta hizo que Evan enmudeciera.

—Vamos, Evan. Dime, ¿podrías disparar a alguien?

—No sabía que tú…

—No sabes nada, Evan. Solo ves lo que él quiere que veas. Hay mucho más detrás de esos combates. A veces las cosas salen mal y hay que arreglarlas. ¿Crees que es fácil detener a un tío de cien kilos que quiere romperte el cráneo?

—¿Has matado a alguien?

El silencio de Jeam hizo que Evan enmudeciera. El chico lo

miraba como si acabara de descubrir quién era Papá Noel.

—Hubo un chico. Larry me encargó que se lo llevara. Se había liado con su hermana pequeña y ella estaba embarazada. Apareció muerto al día siguiente. Ella se casó con un muchacho del gimnasio y se marcharon.

—¿Le mataste?

—¿Hay alguna diferencia? El chico murió porque yo se lo entregué. Era mi trabajo, Evan. Si yo no lo hacía, otro lo haría en mi lugar. Cuando Larry da una orden hay que cumplirla. No estoy orgulloso de lo que hice. Entonces no tenía otra opción. Pero tú sí la tienes. Podemos irnos de aquí.

—No va a dejarme marchar. Y no quiere verte —le recordó Evan.

—Me lo debe. Pagaré tu deuda y podremos irnos.

Jeam se levantó y cogió su chaqueta del respaldo.

—Voy a tomar algo. Hay comida en el frigorífico.

Se marchó sin dar más explicaciones. Evan estuvo mirando el televisor durante un rato, aunque en realidad no veía nada, sus pensamientos estaban muy lejos de ese apartamento barato. Cuando comenzó a caer la noche, el recuerdo de Allyson se hizo más y más insistente. Le dolía el pecho cuando respiraba y sabía que no era a causa de los golpes sino de la necesidad de volver a tocarla. Se preguntó si ella también estaría pensando en él. Sabía que era imposible, pero necesitaba tener esa pequeña esperanza.

El viernes por la mañana Jeam decidió que era el momento de hacer una visita al gimnasio. Cuando entraron en el local, la recepcionista los miró tan asombrada como nerviosa y los hizo pasar a las oficinas traseras rápidamente. El despacho de Larry estaba cerrado y Pharell estaba sentado en un banco en la puerta.

—No has hecho bien en venir, Jeam —dijo al verlo—. El señor Misely te dijo que no lo trajeras, chico. Esto va a costarte caro.

La amenaza no hizo mella en Jeam, que seguía calmado.

—Dile a Larry que quiero verle.

—Está bien. Tú sabrás.

El hombre entró en el despacho y abrió la puerta al cabo de unos segundos.

—Entra.

Evan caminó tras Jeam, pero Pharell le cortó el paso.

—Tú no. Solo él.

Escuchó como un cerrojo era fijado cuando la puerta se cerró. Apretó los puños y se sentó en una de las sillas. Odiaba esperar, pero más odiaba que le trataran como a un niño. Él tenía todo el derecho a estar en aquella reunión. Pasaron más de treinta minutos. Treinta largos minutos en los que Evan consiguió controlarse para no tirar aquella maldita puerta abajo. Cuando por fin se abrió, la sonrisa de

Pharell en lugar de tranquilizarle le hizo sentir un escalofrío.

—Vamos, pasa, chico.

Entró en el despacho y miró a Jeam, esperando alguna señal. Estaba tranquilo, sentado en una de las sillas, como si estuviera en un banco en lugar de en el despacho trasero de un gimnasio.

—Hemos llegado a un acuerdo, Evan —dijo su amigo.

—¿Habéis llegado a un acuerdo? —preguntó indignado.

—Cállate —ordenó Misely sin levantar la voz.

Comprobó que Jeam ni siquiera se había movido y abrió la boca para mandarlos a la mierda, pero decidió cerrarla.

—Chico listo —dijo con sorna Misely—. Como decía Jeam, hemos llegado a un acuerdo. Podrás irte y pagar la deuda en Lincoln. El problema, como le he explicado a Gran Jeam, es que no puedo dejarte ir sin que aprendas la lección. Después de todo eres tú quien acudiste para buscar mi ayuda y, aunque soy un hombre compasivo y comprendo tu situación, ante todo soy un hombre de negocios. Voy a transferir tu deuda a mi hermano. Serán dos combates. Espero que hagas exactamente lo que él te diga. No quiero verte en una larga temporada por aquí, Evan, o me temo que Pharell tendrá que ocuparse de ti. ¿Entendido?

Atónito, miró a Jeam, que seguía impasible y luego otra vez a Misely.

—Sí. Lo he entendido —acertó a contestar.

—Bien. —Sin añadir nada más, el señor Misely se puso a mirar su ordenador, dando por terminada la conversación.

Jeam se levantó y salió de la oficina después de Evan. Antes de que se fuera, el guardaespaldas lo detuvo.

—¿Estás seguro?

Jeam asintió.

—¿Lo vale ese chico?

—Todos merecemos otra oportunidad —contestó a su antiguo compañero.

—Espero no tener que verte más.

—Lo mismo digo.

Abandonaron el gimnasio por la puerta trasera y una fina lluvia los recibió. Los charcos aparecían y reflejaban el cielo plomizo, en poco tiempo el tráfico sería aún más caótico. Evan aspiró el olor, en algún sitio había escuchado que el ozono limpiaba con la lluvia la contaminación y daba ese característico olor los días de tormenta.

Pronto estaría de regreso en Lincoln, lejos del ruido y de la suciedad.

14

Jeam se comportaba con tanta naturalidad que Evan tenía los nervios destrozados. Había esperado una pelea, gritos, incluso una charla tipo hermano mayor; en su lugar solo hubo un sencillo silencio que se extendió durante las horas que duró el vuelo. En el coche, de vuelta a casa, se escuchaba la música de una emisora local de radio.

—¿Puedes dejarme en North Avenue?

Como única respuesta, Jeam tomó el desvío y aminoró la marcha al entrar en una glorieta.

—¿Estás seguro?

—Sí —contestó Evan mirando cómo dejaban atrás la carretera y se adentraban en uno de los barrios residenciales mejores de la ciudad.

Se detuvieron cuando el chico señaló una casa enorme de fachada blanca y aspecto cuidado. Una más en una fila de viviendas perfectamente conservadas.

—Si necesitas que te recoja, llámame, casi es de noche —dijo Jeam antes de irse.

Evan escuchó el coche alejarse. Estaba en pie frente a la casa, solo le separaban unos metros que a él le parecían kilómetros. Se armó de valor y caminó hasta la puerta, aunque tardó todavía unos minutos en llamar.

Iba a largarse cuando la puerta se abrió.

No se había preparado para verla. Lo único que había repasado en su cabeza eran un montón de inútiles palabras, pero ahora estaba frente a ella y no conseguía recordar ninguna.

Allyson lo miraba sorprendida. Él se apoyó en el cerco de la puerta, tenía los hombros hundidos y los ojos apagados habían perdido la confianza que ella siempre había visto en él. Pensó que parecía un ángel caído, hermoso y derrotado.

—Pasa —le invitó abriendo la puerta por completo.

—No. No quiero pasar. Lo que tengo que decirte quiero decírtelo aquí.

Apretó los dedos en la madera. Estaba seguro de que si se movía iba a terminar cayéndose de rodillas frente a ella. Todo él estaba a punto de hacerse pedazos.

—Lo siento —consiguió decir.

Con lágrimas en los ojos, ella extendió la mano y sintió que tenía

la piel helada.

—Entra en casa, por favor.

No la hizo caso. Siguió apoyado sobre el marco de la puerta con la mirada clavada en el suelo.

—No debería haber venido —musitó cerrando los ojos—. No quiero molestar.

—No me molestas. —Allyson se acercó y le abrazó, no soportaba verle destrozado—. Nunca lo has hecho.

Él se dejó arrastrar dentro de la casa y la puerta se cerró a su espalda con un golpe que le hizo tomar consciencia de lo que estaba haciendo.

—Solo quería verte. Sé que no te he llamado, que he desaparecido.

Allyson acarició su mejilla. Tenía un ligero moratón en el pómulo que hacía que sus ojeras fueran más pronunciadas. Al verlo, sintió que su enfado se diluía. Él había regresado, había vuelto con ella y, aunque resultara infantil, quería creer que con eso bastaba. Más tarde se preocuparía, le pediría explicaciones y seguramente se arrepentiría de lo que estaba a punto de hacer.

—Bésame —musitó acercándose a él.

Evan tomó aire como si hubiera estado a punto de desmayarse. Besó sus labios con una caricia dulce, y los recuerdos le golpearon con crueldad como si su mente quisiera sacarle de allí. Pero todo su cuerpo y su corazón sabían que este era su lugar en el mundo. Allyson era su cielo, su paraíso particular, su sueño imposible.

La estrechó contra su cuerpo y la besó hasta que el aire a su alrededor ardió.

Sus manos volaron sobre la camiseta de ella, la lanzó al suelo y con la misma rapidez se deshizo de la suya. Entonces se detuvo un instante, no podía creer su suerte, volvía a estar con ella. La cogió en sus brazos y Allyson enredó las piernas en su cadera mientras él subía las escaleras al dormitorio, donde los jadeos se mezclaron con el susurro de las sábanas.

Sin ropa, sobre las sábanas, el calor de la noche los envolvió en una manta perfecta. Hacer el amor con él siempre era de aquella forma, porque Allyson lo sabía: con Evan era mucho más que sexo.

Evan cogió las manos de ella sobre su cabeza y entrelazaron los dedos. Allyson sintió que el peso de él sobre su cuerpo era perfecto. Los segundos se extendieron en minutos entre aquella locura que los arrastraba.

Evan se escondió en la curva de su cuello mientras recuperaba el aliento. Tal vez no encontrara las palabras adecuadas, pero podía decirle cuanto la amaba con su cuerpo.

Y en ese segundo el mundo se detuvo y algo dentro de él se

resquebrajó. Apretó los párpados para que las lágrimas no se escaparan y se permitió por una vez dejar que su corazón descansara.

Allyson enredó los dedos en sus cabellos y le mantuvo junto a ella, como si supiera que era justo lo que él necesitaba.

Envuelta todavía en una bruma de calor, se recostó sobre el pecho de Evan cuando él los hizo rodar en la cama.

—Allyson. —Evan la llamó igual que había hecho hacía solo unos minutos, cuando el orgasmo borraba todo rastro de su cordura. Entonces se había sentido asustado, pero no pudo pensar en nada más porque su cuerpo ya no era suyo, parecía tomar sus propias decisiones e ignorar deliberadamente a su cabeza.

—No había planeado esto —musitó abrazado a Allyson.

El verano estaba cerca y solo se habían cubierto con las sábanas, era suficiente con el calor que guardaban en su piel.

—Mi madre ha muerto.

Allyson se quedó muy quieta, estaba tumbada sobre el pecho de él y escuchaba cómo latía su corazón, fuerte y rápido.

—Me llamó pidiéndome dinero. Cuando llegué ya estaba muerta. Dicen que fue por culpa de una neumonía, eso pone en el informe del hospital, pero yo sé que no fue por eso. Seguramente iría colocada. Llevaría días sin dormir ni comer. Y algún tipo la pagó unas dosis para follársela. Hannah es así. —Hizo una pausa, como si se hubiera dado cuenta de su error, y rectificó sin mostrar ninguna emoción—. Era así. A veces he tenido que sacar a patadas al tío que había subido esa noche a casa.

Mientras hablaba, ella no se atrevía a moverse, aunque deseaba mirarle a los ojos sabía que él no lo aceptaría. De algún modo, Evan hablaba para sí mismo y ella se sentía una espectadora.

—Se rio de mí cuando empecé a trabajar en el gimnasio. Decía que me gustaba ser el saco de golpes de aquellos tipos. A veces regresaba a casa molido y tenía que dormir en la puerta. Pero no me importaba, prefería quedarme fuera. Era peor cuando era un niño y tenía que ver a aquellos hombres. Tenía hambre. Por las noches tenía hambre. Con suerte había leche en la nevera y cenaba un tazón de cereales viendo los dibujos. Ponía el volumen alto para no escucharla con sus amigos, pero eso no le gustaba. Así que aprendí que cuando regresaba con alguno, lo mejor era salir de casa. Un día fui al gimnasio y vi una pelea. Tuve envidia de esos hombres. Jeam me enseñó a pelear. También me hizo prometer que no volvería a robar en el supermercado. Eso fue bueno, porque habría terminado en la cárcel. Y el dinero comenzó a llegar. Por fin podía cenar una hamburguesa.

La voz de Evan se había convertido en un susurro, envuelto en sus propios recuerdos dejaba escapar las palabras sin emoción, como si

todo aquello no significara nada para él. Si ella no estuviera escuchando el latido de su corazón, lo habría creído.

—Me alegro de que haya terminado, ¿sabes? Ya no tengo que preocuparme de ella.

Casi no le quedaban fuerzas cuando había dicho esas palabras.

Allyson se incorporó y vio sus ojeras, la mirada cansada, sin rastro de la chispa atrevida y valiente con la que él la había cautivado, y le pareció terriblemente frágil.

—No puedo quitarme de la cabeza su imagen en el depósito, Allyson.

Ella apoyó la cabeza sobre la almohada junto a Evan y entonces él se movió, inquieto, como si en ese momento se diera cuenta de lo que acababa de decir y entornó los ojos cuando ella le acarició con la punta de los dedos la mejilla.

—No quería regresar a Lincoln —confesó.

—¿Por qué lo has hecho, entonces? —preguntó Allyson enredando los dedos en su cabello.

—Tú. Estos días has sido lo único que me ha mantenido en pie.

Evan miró cómo los últimos rayos de sol de la tarde teñían de un tono anaranjado las paredes creando una luz irreal, difusa e incandescente. Entonces, se zambulló en la mirada cristalina de Allyson, tan azul como un mediodía en el mes de julio.

—Tus ojos son el único cielo que he conocido. El único que quiero conocer —dijo un instante antes de besarla.

Allyson sintió cómo las lágrimas se agolpaban en sus pestañas.

Evan la besó por una eternidad, pequeños y dulces besos en los labios, las mejillas, los párpados… antes de tumbarse a su lado y, sencillamente, olvidarse del resto del mundo. Tal vez él era demasiado poco para ella, lo sabía. No tenía un título universitario, no había viajado ni conocía libros ni películas. En definitiva, no tenía demasiado que ofrecer a una mujer como ella. Pero la quería. Lo sabía desde aquel día en que ella le besó en el porche cuando él la contó un chiste viejo y malo. En ese momento se había dado cuenta de que estaba enamorado. De una forma tonta y completa. Enamorado.

—No tengo nada que ofrecerte, Allyson.

—Tienes mucho, Evan —replicó sentándose en la cama—. Tienes unos ojos preciosos, brazos musculosos, el resto de las mujeres me miran con envidia cuando voy a tu lado.

Él la miró y sonrió travieso, fingiendo que todo aquel dolor había desaparecido de su corazón.

—Así que para ti soy solo una cara bonita.

—Eres mucho más —Recorrió con la palma de la mano el pecho de Evan hasta la cintura—. Eres el chico sexi y malo con el que toda mujer sueña.

—Me gusta ser tu chico malo —contestó mostrando su sonrisa sexi y traviesa.

—Me gusta que seas mi chico malo.

—¿Por eso no me dijiste que eras doctora?

Tan rápido como el rayo sigue al trueno en la tormenta, el silencio se extendió entre ellos.

—Fue una tontería. —Allyson escudriñó el rostro de Evan, pero no supo descifrar su expresión.

—Pensaste que solo sería el rollo de una noche.

—No, Evan, claro que no. —Allyson se apresuró a negarlo. Era cierto que sus planes no eran precisamente ver a Evan más de una vez, pero desde el primer momento habían conectado de una forma especial.

—Claro que sí, señorita doctora —Evan la provocó con una de sus inquietantes sonrisas y Allyson bajó la cabeza, acalorada—. No lo niegues. Lo único que viste en mí fue una cara bonita y un buen revolcón.

Antes de que ella pudiera replicar, él atacó sus labios y Allyson se olvidó al segundo de explicarle que todo era culpa de Sam y una tonta apuesta.

—Evan —jadeó cuando él mordió sin piedad su piel.

Su voz estaba un poco ronca. Una de sus manos había bajado a su rodilla y comenzaba a subir por su muslo mientras él la miraba de nuevo con hambre.

—¿Demasiado atrevido para ti, Allyson?

Ella no contestó. La miraba divertido y Allyson adoraba esa parte de Evan. Era tan joven.

Regresó a sus labios e intentó no pensar en nada más.

—Te quiero —dijo Allyson.

Fue a penas un soplo de aire en aquella noche. Un susurro lanzado al viento. Evan tembló al escucharlo y cerró los ojos con fuerza hasta que el silencio arrastró las palabras para hacerlas desaparecer.

*

Evan se despertó con los primeros rayos de sol. No se movió durante un buen rato, entretenido en mirar a Allyson dormir. Se había alejado de él, seguramente por culpa del calor, y dormía con una expresión serena. Su cabello estaba revuelto sobre la almohada y la sábana había terminado arrugada a sus pies. Tenía un cuerpo precioso, la piel muy pálida y algunos lunares diminutos formando constelaciones; se la imaginó tumbada en el jardín tomando el sol con

uno de esos pequeños bikinis de moda.

Cuando sus pensamientos comenzaban a ser demasiado atrevidos, se dio cuenta de que tenía que tomar una decisión. Podía despertarla y tener otra calurosa sesión de sexo aprovechando que era domingo; luego desayunarían juntos y saldrían a pasear a la playa. O podía marcharse.

Acababa de regresar a su lado. Su cuerpo le pedía que no se moviera de aquella cama, pero su mente le repetía que quedarse era una locura. La noche anterior se había descontrolado, había hablado de su infancia, de Hannah, … No podría soportar descubrir que ella le miraba con pena.

Así que se levantó con cuidado de no despertarla, rebuscó en su ropa y encontró el teléfono móvil en el bolsillo del pantalón. La envió un mensaje antes de salir para que lo viera al despertar.

Cuando llegó a su casa el estómago le rugía por el hambre y la culpabilidad.

Jeam ya estaba despierto, lo encontró en la cocina preparando café y sin decir nada sacó una taza más para el desayuno.

Evan miró el café mientras removía el azúcar. No le apetecía demasiado escuchar una de sus charlas.

—¿Te ha echado de su casa?

Su amigo se sentó a su lado y puso dos platos con bizcochos.

—No.

—¿Entonces?

Jeam maldijo cuando no hubo una respuesta.

—Has pasado la noche en su casa y te has largado por la mañana antes de que se despierte. ¿Es eso? Dios, eres un imbécil.

—Sí. Justo eso —confesó apesadumbrado.

—Evan…

—Verás, no creo que sea asunto tuyo lo que haga o no haga — dejó que la rabia hablara por él, aunque Jeam no tenía culpa de nada él estaba demasiado acostumbrado a defenderse.

Jean le echó una mirada cabreado.

—No te hagas el listo conmigo, Evan —contestó mientras se levantaba para meter su taza en el lavaplatos. Odiaba discutir por la mañana.

Una de las cosas que más le gustaban de vivir solo era que podía estar sentado durante minutos en silencio disfrutando de una taza de café. Todo había cambiado desde el momento en que Evan había llegado a su casa y después del trato con Misely parecía que iba para largo. Aquel chico no sabía estar quieto y deambulaba por la cocina como un lobo hambriento desde primera hora de la mañana, se terminaba los huevos revueltos en dos bocados y ni siquiera daba las gracias por tener un techo bajo el que dormir. No sabía por qué lo

soportaba, quizá se había vuelto loco, el caso es que ya no podía deshacerse de él.

Mientras Jeam divagaba en silencio siendo de repente muy consciente de que había adoptado a aquel chico por una larga temporada, Evan continuaba rumiando su culpabilidad.

—Me dijo que me quiere —soltó por fin.

El silencio se hizo de golpe en la cocina, Evan miraba cabizbajo la mesa, con la taza agarrada con demasiada fuerza entre los dedos, y Jeam se giró muy despacio.

—¿Qué te dijo?

—Anoche. Después del sexo —continuó—. No es la primera vez que me lo dicen, no es eso. Ya sabes que a las chicas el sexo las pone románticas.

Jeam continuó en silencio, ni siquiera se había movido.

—Así que me he ido antes de que se despertara.

Al terminar aquella frase, Evan se levantó y recogió la taza y el plato del desayuno. Se metió en la boca el trozo de bizcocho que quedaba y salió de la cocina, dejando a su amigo preocupado y enfadado a partes iguales.

Mientras recogía la cocina, Jeam pensó que por fin había pasado lo que llevaba temiendo desde el primer día. Sabía que el chico era impetuoso, imprevisible y además un imán para las mujeres. ¿Por qué había tenido que fijarse Allyson en él? Era una buena chica. Doctora en el hospital, una mujer con futuro y un montón de oportunidades, incluso en aquella pequeña ciudad. ¿Qué había visto en Evan?

Desde luego lo sabía y estaba seguro de que Evan también. Allyson había visto al chico duro, el joven complicado con un pasado difícil que había peleado con uñas y dientes para salir adelante en la vida. Había visto al chico que buscaba problemas y vivía a tope sin mirar atrás. Y para ella, una dulce mujer, seria y formal, él era lo más cerca que estaría del lado salvaje de la vida. Evan era su porción de peligro, la aventura que le hacía sentirse viva. No tenían ningún futuro juntos, pero seguramente Evan le daría un montón de anécdotas para recordar y sentirse viva cuando todo volviera a la normalidad y ella pasara la tarde sentada en el jardín junto a un marido y varios niños.

Esperaba que lo que fuera que había entre ellos durase un tiempo, porque Evan estaba mucho más destrozado de lo que quería reconocer y parecía que ella era el único ancla que le sujetaba para impedir que se lo llevara la siguiente tormenta.

*

Una cálida sensación cubría el cuerpo de Allyson cuando por fin despertó. Al instante, recordó lo que había pasado la noche anterior y sonrió extendiendo la mano por la cama. No encontró nada o, mejor dicho, a nadie.

Evan se había marchado.

Allyson tardó un poco en levantarse, pero al final se decidió a salir de la cama y preparar un buen desayuno. ¿Qué se podía esperar de él? La noche anterior había sido fantástica, sí, pero sabía que Evan era del tipo de chicos que no despiertan a tu lado. No se hacía ilusiones.

Entonces, ¿por qué tenía esa pequeña punzada en el corazón?

Por primera vez había sentido que estaba más cerca de él. Evan hablado sobre su madre, su infancia y un montón de cosas, seguramente no había planeado desnudarse de esa forma frente a ella y cuando la mañana le había hecho regresar a la realidad, se había marchado. No podía esperar que él cambiara de golpe.

Abrió el frigorífico y cogió un poco de fruta, preparó un bol y añadió queso. Tenía hambre. A mitad del desayuno se detuvo.

Necesitaba algo diferente.

Sacó un bote de crema de cacao de la alacena, una tostada de pan, y pensó que aquello era mucho más satisfactorio.

Ya que no iba a tener sexo por la mañana, un poco de chocolate no estaba mal. Además, había quemado muchas calorías por la noche. Se merecía ese pequeño capricho.

La culpabilidad le hacía sentir hambre, porque mientras él se sinceraba y le mostraba su vida, ella no había confesado esa noche con Michael.

¿La convertía eso en una mentirosa o solo en una cobarde?

Se mordió el labio al recordar los besos de Evan y sin querer los comparó con los de Michael. El médico era un gran amante, no lo dudaba, era atento, seguro y generoso, pero Evan… él convertía el sexo en algo más que un mero intercambio físico y ella se olvidaba de todo lo que la rodeaba y se deshacía en sus brazos hasta que él de nuevo volvía a montar pieza a pieza, devolviéndola a la vida.

Su teléfono móvil emitió un pitido y lo cogió camino de el sofá. Encendió el televisor y miró uno de esos concursos de cocina que estaban tan de moda mientras mordisqueaba su tostada con chocolate. Revisó los mensajes masticando la mezcla dulce, era justo lo que necesitaba.

“buenos días
tengo que irme
te llamo luego”

Los mensajes de Evan eran cortos y concisos, sin emoticonos ni signos.

Dio otro mordisco y revisó los de Samantha. Su amiga le preguntaba si podían comer juntas. Allyson dejó caer la cabeza hacia atrás después de tragar el último bocado con sabor a chocolate.

15

—Solo es una mañana, no es para tanto. De paso conoces a los chicos del gimnasio.

Jeam metió unas botellas de agua en la mochila y esperó que Evan saliera de su cuarto.

—Entreno solo, ya te lo he dicho.

—Y te va bien, me di cuenta en cuanto te vi tirado en la cama —replicó Jeam al abrir la puerta.

Cargaron las bolsas en el coche y Evan se recostó en el asiento del copiloto con los ojos cerrados.

—San Agustín es una parroquia pequeña, el padre Joseph acepta a muchachos de toda la ciudad. La única condición es ayudar los fines de semana con el mantenimiento. Así que hoy estarán todos. Han preparado una barbacoa.

—¿Desde cuándo te has vuelto creyente? —Evan levantó una ceja sin molestarse en abrir los ojos. Todo aquello le parecía una tontería.

—No se trata de religión. Se trata de ayudar. Él me ayudó cuando llegué a la ciudad y yo le ayudo con los chicos. Tenemos nuestro equipo de baloncesto.

—Creía que habías hablado de un gimnasio.

—No es un gimnasio como los que conoces. Joseph nos deja usar unos almacenes.

Evan resopló. Esperaba que al menos aquello durara poco.

Jeam aparcó frente al edificio blanco principal en una de las pocas plazas libres que había. El muchacho le siguió con cara de hastío hasta una entrada lateral.

—¡Llegas tarde! —Baran los saludó desde lo que parecía un cuadrilátero improvisado en el extremo opuesto a la cancha de baloncesto pintada en el suelo de cemento de lo que antiguamente había sido un almacén.

Jeam levantó la mano como saludo y se encaminó a los bancos que rodeaban todo el perímetro. Las bolsas deportivas salpicaban el suelo. Hizo una señal a Evan para indicarle un rincón libre y se cambió de zapatillas.

—¿Es aquí dónde juegas al baloncesto? —Evan miró sorprendido las deportivas que su amigo se estaba calzando.

—Sí. El encargado del *ring* es Baran —le explicó mientras se levantaba—. Habla con él. Es bueno. Aunque su especialidad es el

boxeo conoce la lucha.

Como Evan seguía sentado sin decidirse, Jeam le dio un golpe en la espalda.

—Cámbiate y coge tu casco.

—¿Y los vestuarios? —preguntó Evan mirando a su alrededor.

—Estos son los vestuarios. Si lo necesitas, hay unos aseos junto al comedor de la iglesia —Jeam se puso en pie y en unas zancadas estuvo junto a la canasta. Le saludaron un coro de voces y al segundo siguiente comenzó a correr con esos chicos y a hacer lanzamientos.

Evan resopló. No podía marcharse. Esta era su única oportunidad de entrenar hasta los combates. Jeam estaba en lo cierto, el último no había ido nada bien, estaba flojo y débil, y sus reflejos no eran lo que solían ser. Los meses de inactividad le habían pasado factura. Se quitó las gafas de sol y las guardó junto a su sudadera. Se puso el pantalón sobre los calzoncillos y se calzó unas botas ligeras, cogió el casco y los guantes y fue al rin. Echó un vistazo a Baran, lo cierto es que tenía todo el sentido que aquel tipo fuera entrenador. ¿Por qué Jeam no se lo había dicho antes?

En cuanto le vio, Baran dijo algo a los muchachos que estaban con él en el *ring* y fue a su encuentro.

—Necesitas rellenar esos músculos, chico. ¿Cuánto has perdido? ¿Diez quilos? ¿Quince?

Evan no se molestó en contestar. Se puso el protector en los dientes y señaló el *ring*.

—Haz una ronda por los sacos y luego te veo —dijo Baran y se dio la vuelta para regresar junto a los chicos que continuaban repitiendo la última serie de golpes de rodilla.

Sin replicar, Evan comenzó la rutina de calentamiento que había memorizado durante años. Mientras entrenaba podría ver a Baran en acción. Más tarde se mediría con él y comprobaría si era tan bueno como Jeam.

Al medio día, un hombre de gran tamaño y una sonrisa afable y sincera entró en el almacén. Fue paseando entre los muchachos dando y recibiendo apretones de mano afectuosos. Cuando llegó el turno de Evan, se detuvo frente a él sin interrumpir su serie de golpes bajos contra el saco.

—Eres nuevo, ¿verdad? Soy el padre Joseph.

—Evan —se presentó y chocó el guante con la mano del hombre a modo de saludo.

—Bienvenido. Espero verte a menudo por aquí. Si quieres escuchar los oficios, comenzaremos en unos minutos.

Evan asintió. No tenía intención de entrar en la iglesia, pero no dijo nada. Era bueno tener un lugar donde entrenar gratis. Y por lo que veía no hacían demasiadas preguntas.

Cuando el padre Joseph terminó su ronda de saludos, la actividad fue decayendo y comenzaron a cambiarse de ropa. Jeam hablaba animado con su equipo, Baran recogía cintas y botellas, y Evan miraba a todos intentando entender la forma en que se relacionaban. Un par de chicas se quitaron las protecciones y se cambiaron allí mismo de camiseta sin que ninguno prestara atención.

Algunos entraron en la iglesia después de saludar educadamente al padre, que los recibía en la puerta. Los que eligieron permanecer fuera, fueron a preparar la barbacoa y las bolsas de hielo para los refrescos. El olor a carne asada impregnaba el aire cuando, terminada la misa, se lanzaron como lobos hambrientos a comer.

Evan cogió una hamburguesa y unas latas y se alejó un poco del grupo. Le hubiera gustado darse una ducha fría, el agua helada era buena para mantener los músculos tonificados, pero tendría que esperar a llegar a casa.

—Come rápido, hay trabajo —dijo Jeam al llegar a su lado—. Baran lleva razón, has perdido demasiado peso. Tienes que cuidarte.

El chico asintió y tomó otra hamburguesa que Jeam le había traído. Mientras estaba en Nueva York la alimentación no le había preocupado. En unas semanas estaría repuesto con una buena dieta y los ejercicios de pesas harían el resto.

—El lunes vas a ir a trabajar con Baran —comenzó Jeam mirando con tranquilidad al grupo de chicos que, entre bromas, terminaban los kilos de carne tan pronto como salían de la parrilla—. Se convertirá en tu sombra estos días. Yo no puedo ocuparme de ti, hace tiempo que dejé la lucha y no puedes perder el tiempo. Hay una obra pequeña, os vendrá bien conoceros y él podrá organizar tus horarios de entrenamiento sin que interfieran en el trabajo.

—No necesito niñera —refunfuñó Evan.

—Ya, ya. —Jeam se echó a reír—. Ya conozco todo eso, Evan. No te molestes en decir nada. Baran es un buen tío, confía en él.

—No sabía que era tan amigo tuyo.

—Llegamos aquí la misma semana —Jeam señaló a los chicos que habían comenzado a recoger los restos de comida—. Estamos arreglando el jardín delantero, Joseph quiere que todo esté listo para traer un gran árbol en Navidad.

Evan sabía que el trabajo formaba parte del trato, así que acompañó a los demás y trabajó codo con codo con ellos ganándose la comida y el derecho a formar parte de su particular club de lucha.

Por la noche, después de una ducha caliente de casi un cuarto de hora, se tumbó sobre la cama en ropa interior y cogió el teléfono móvil para llamarla. No había hablado con Allyson en todo el día.

—Mañana tengo que ir a trabajar con Baran. Jeam quiere que le ayude en una obra pequeña.

—¿Ya no trabajas en el hospital? —preguntó Allyson y Evan detectó un ligero tono de decepción en su voz.

—No. Jeam ha aceptado otra reforma, dice que no podemos depender de un solo cliente.

—Tengo ganas de verte.

Evan sonrió al escucharla, pese a estar ocupado todo el día, la imagen de Allyson se había colado continuamente en su cabeza.

—Yo también —confesó en voz baja.

—Puedes venir cuando termines.

—No tengo coche, Allyson, lo vendí, y no quiero estar debiendo a Jeam más favores —dijo desanimado, su cartera estaba sobre la mesita de noche, vacía.

No tenía coche ni dinero para gasolina. Solo tenía un montón de deudas, algunas ni siquiera en forma de dinero. Y le mataba tener que ocultar a Allyson aquello. Dos combates y sería libre. Podría olvidar para siempre a Misely. Se lo repetía una y otra vez.

—No te preocupes. Nos veremos cuando puedas —le tranquilizó Allyson, tragándose su decepción.

—Te llamaré mañana —prometió.

Cuando cortó la llamada, suspiró y se estiró en la cama. Iba a ser una semana muy larga. Tenía miedo de que Allyson se lo pensara mejor y decidiera largarle de una vez por todas. Sería lo más lógico. Solo tenía que mirar a su alrededor para darse cuenta de la gran distancia que le separaba de ella. Su habitación era un antiguo garaje, ni siquiera tenía coche y su futuro más cercano era pelear con algún tío en un combate amañado para quitarse de encima a un prestamista.

Se cubrió el rostro con el antebrazo. Junto a ella se había sentido completo y libre. Ahora volvía a la realidad.

*

Lo bueno de trabajar con Baran es que era un hombre tranquilo y meticuloso. Todo él emanaba una calma chocante, como un león que hace la siesta tumbado a la sombra pero que, en cualquier momento, puede atacarte y dejar tu cuerpo ensangrentado en el suelo solo porque has caminado haciendo demasiado ruido. Era tan grande y musculoso como Jeam, el pelo cortado al cero y un rostro duro que sus ojos azules no conseguían suavizar. Evan descubrió que cuando estaban a solas Baran se volvía mucho más locuaz. Tampoco parecía que le molestara tener que enseñarle cuál era la mejor forma para serrar unos tablones sin desperdiciar madera o el mejor pegamento para el suelo.

Evan olvidó la ciudad, a Larry Misely y que estaba endeudado por

años. Tras el trabajo, Baran lo llevó al gimnasio de San Agustín y le entrenó en solitario. Cuatro horas más tarde, Evan resoplaba al terminar la enésima ronda de giros contra aquel saco. Esa fue su nueva rutina durante la semana.

El viernes, Allyson le invitó a cenar en su casa y él volvió a marcharse antes de que ella despertara.

A veces le costaba olvidar quién era en realidad, sobre todo por las noches. Había tenido pesadillas con Hannah. En ellas, su madre le pedía ayuda y antes de que él pudiera hacer nada, aparecía sobre aquella camilla metálica cubierta por una sábana. La culpabilidad le ahogaba, se sentía un miserable por haber abandonado a Hannah a su suerte. En esos momentos llamaba a Allyson y tenía conversaciones demasiado largas y demasiado calientes, como si de esa forma fuera capaz de mantener sus demonios adormecidos.

El primer viernes del mes siguiente recibió un mensaje en su teléfono. Un lugar y una hora. Jeam insistió en que Baran le acompañara y él terminó por ceder. Fue fácil. Quizá demasiado. El chico que peleó con él era inexperto y joven; tal como había acordado, esperó quince minutos para darle una patada que le dejara en el suelo. Por supuesto, no se levantó.

Antes de salir del gimnasio el hermano de Larry Misely, Luca, le detuvo y estrechó su mano mostrando una enorme y falsa sonrisa. Evan pensó que era muy parecido a tocar una serpiente.

Baran se apresuró a sacarle de allí, temiendo quizá que terminara por meter la pata.

Al llegar a casa, Jeam esperaba en la puerta. Se veía preocupado y, mientras Evan se daba una ducha, él y Baran aprovecharon para hablar.

Realmente estaba cansado. Tanto que no se molestó en decirles que parecían dos viejas cotillas y que ya sabía cuidarse de sí mismo. Además, era mentira. Quién sabe dónde estaría si no fuera por Jeam.

Miró su costado en el espejo y vio una mancha roja que al día siguiente tendría un feo color amarillento. Por ahora había conseguido que Allyson no se fijara en los moratones que se hacía entrenando, pero este era demasiado grande. Tendría que mantenerse vestido todo el fin de semana. Revisó su rostro y no encontró ni rastro de algún golpe.

Cuando salió del cuarto de baño, el ruso ya se había ido y Jeam estaba viendo una película con una cerveza en la mano. Hizo un gesto y se fue a dormir.

La tensión por el combate había desaparecido. Siempre era de esa forma. El miedo al oponente, a recibir un mal golpe, le hacía estar alerta y le mantenía a salvo. Cuando todo terminaba, los músculos se aflojaban como si supieran que podían, por fin, descansar.

*

—Siento lo de anoche. Creo que he pillado la gripe —se disculpó Evan.

—¿Tienes fiebre?

Antes de salir al combate, Evan había enviado un mensaje al teléfono de Allyson para avisar de que no podrían verse con la excusa de que se encontraba enfermo y se iba a dormir. En cuanto llegó la mañana, no aguantó las ganas de escuchar su voz y la llamó con la esperanza de no despertarla.

—Creo que no.

—¿Crees que no? Tienes que ponerte el termómetro, Evan —le regañó—. ¿Has tomado algún medicamento?

—Jeam me ha dado unas pastillas —contestó.

Técnicamente eso no era una mentira. Estaba tomando unas pastillas para mantener a raya el dolor.

—¿Quieres que vaya a verte?

—No, no te preocupes. Voy a quedarme todo el día en la cama.

—Bebe mucho líquido y recuerda que tienes que comer para mantener las energías. Si te encuentras peor, llámame.

Sonrió al escuchar los consejos de ella. Odiaba mentir, pero se repetía que era lo mejor. No podía ni siquiera pensar en qué diría si supiera que estaba metido en peleas amañadas.

—Siento mucho haberte fastidiado el fin de semana —se disculpó sinceramente.

Imaginó que ella hacía ese precioso puchero que había visto otras veces y se mordió los labios para no suspirar.

—Saldré con Samantha, será una noche de chicas —dijo Allyson al otro lado de la línea.

Se despidieron y Evan se quedó pensando en esa amiga suya, Samantha, que al parecer era la hermana del hombre que le gustaba a Jeam. Desde que habían vuelto a verse, Allyson y él pasaban juntos los fines de semana, pero no quería apartarla de sus amigos. Además, Jeam iría al pub habitual para ver a Owen, aunque lo negaría si se le ocurriera preguntarlo, y por tanto también vería a Allyson.

Se pasó la mano por la frente y se dijo que solo serían unos días. El tiempo suficiente para que las marcas que tenía en el costado se disiparan. Había tenido suerte de no recibir golpes en la cara. Cualquier moratón en un ojo duraba semanas y era difícil inventar una excusa creíble.

—Baran dice que el combate fue fácil. «Demasiado fácil», han sido sus palabras exactas.

Evan se tomó el café que Jeam había preparado y miró el vaso lleno solo hasta la mitad de zumo de naranja.

—Era un chico sin experiencia. Aguanté el tiempo estipulado y lo dejé en el suelo. Fue un golpe limpio, aunque le dolerá la espalda una semana.

—¿Muy joven? —se interesó Jeam.

—Unos veinte. Un poco delgado.

Jeam puso el vaso con zumo más cerca de él.

—Bébetelo. Y vuelve a la cama.

—Estoy bien. —Hizo una mueca al tragar el zumo—. No me dio ningún golpe serio.

Comprendía que Jeam estuviera preocupado. A veces un mal golpe te mandaba al hospital durante un mes, era cuestión de suerte y, como había dicho Baran, había sido muy fácil.

—Vuelve a la cama —insistió señalando la habitación del garaje.

Con desgana, regresó a su cuarto. Pasó el día dormitando, comiendo y mirando su teléfono móvil. La tentación de llamarla era grande, pero consiguió aguantar.

Solo serían unos días, se repetía una y otra vez, y después, una pelea más y sería libre.

Jeam apareció bien vestido y listo para salir, tuvo que morderse la lengua para no empezar a gastar bromas y ganarse un puñetazo.

—¿Has quedado con él?

Su amigo ignoró la pregunta y siguió buscando las llaves del coche.

—Parece un buen tío. Si ves a Allyson recuerda: tengo gripe.

—¿Sabes que es una gilipollez que le mientas, verdad?

Se lo había repetido mil veces y mil veces le había explicado que solo sería esa vez, que en cuanto arreglara el tema con los Misely no volvería a ocultarle nada. Jeam había negado e insistido en que comenzar una relación con engaños solo iba a traerle muchos problemas.

El bar de Beth estaba hasta los topes, como cada fin de semana. A Jeam le parecía bien, porque de esa forma un tío bebiendo solo en la barra no llamaba la atención. Localizó a Owen nada más entrar, sentado junto a su hermana y a Allyson. Los tres formaban un grupo inseparable. Estaba pensando qué excusa podría usar para acercarse, cuando Owen reparó en su presencia. Su primera reacción fue apartar la vista rápidamente y seguir hablando con las chicas, así que Jeam se dio la vuelta y miró la gran pantalla en la que siempre estaba sintonizado un canal deportivo. Estaba pensando en terminarse la cerveza y regresar a casa cuando alguien chocó con su espalda.

—Perdona, esto está lleno hoy. —Owen se disculpó e hizo una seña a la camarera, que en seguida apareció con una cerveza.

—Sí. El buen tiempo hace que la gente salga más —dijo Jeam.

Al momento se sintió un poco tonto, esa frase no tenía ningún

sentido.

—Sí. Parece que es verano.

Los dos guardaron un silencio algo incómodo, hasta que Owen señaló con un gesto la pantalla.

—¿Quién juega?

—Ni idea. Lo mío no es el béisbol.

Jeam pensó que la situación sería cómica si no fuera porque los dos ya tenían edad de haber superado todo ese rollo de momentos tensos y miradas a hurtadillas.

—¿Has venido solo?

—Sí —afirmó, confuso por la pregunta de Owen.

El ruido de las conversaciones se mezclaba con la música de fondo. Un cliente empujó a Owen cuando pasó a su lado.

—Lo siento —se disculpó de nuevo al chocar con Jeam.

Al sentir el golpe de Owen, Jeam lo detuvo sujetando su cadera. Estaban tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo. Tras la mirada del médico podía sentir su deseo y apretó los dedos para mantenerle junto a él. Jeam le sacaba unos quince centímetros, pero estaban tan cerca que si inclinaba la cabeza podría besar esos labios otra vez. Estaba deseando hacerlo, pero sabía que no era el lugar ni el momento, aunque esa boca entreabierta le invitaron a olvidarse de que estaba rodeado de gente que los conocía.

Cuando soltó a Owen, este dio un paso atrás y miró a su alrededor, inquieto.

—Voy al baño —dijo y se largó dejando al médico en la barra.

Jeam había aprendido muchas cosas en su vida, una de ellas era que, si alguien no estaba seguro de lo que quería, lo mejor era no empujarlo; otra era que tenía que mantenerse alejado de los tipos que seguían en su armario particular.

Salió del cuarto de baño secándose las manos en los pantalones vaqueros. Owen estaba apoyado en la pared con la mirada clavada en el suelo como si buscara alguna respuesta en la punta de sus zapatos Bally. Le contempló con atención, aunque llevaba traje, se había quitado la cortaba y el botón abierto del cuello de la camisa dejaba entrever una porción de piel morena. Jeam se lamió los labios al pensar en besar ese pequeño hueco al final del cuello.

Cuando el médico levantó la cabeza, él ya estaba dando el último paso para llegar a su lado. Rodeó con la mano derecha su nuca y le besó con el deseo contenido desde hacía semanas. Owen le recibió con ganas y trató de controlarlo, pero Jeam le avasalló con su boca y le mantuvo inmóvil contra la pared con el peso de su cuerpo. Los dos estaban jadeando cuando se separaron para respirar. Mantenía la mano en su cuello y apoyó la frente sobre la suya mientras sus respiraciones se calmaban.

—Tengo que volver —dijo con voz temblorosa Owen.

Jeam atrapó su labio inferior entre los dientes antes de lamerlo. Entonces, se alejó unos pasos para dejarle espacio.

El médico se colocó la camisa, se pasó la mano por el pelo, pero no dio un paso.

—Tienes que volver —le recordó Jeam al ver las dudas en sus ojos.

—Sí. —Sacó la cartera y rebuscó dentro hasta dar con una tarjeta —. Toma. Este es mi número.

Jeam asintió y la guardó en el bolsillo trasero del pantalón mientras le veía regresar al local.

Los pasos de Owen habían perdido su firmeza, consiguió llegar a la mesa donde estaban las chicas sin problemas mientras Jeam ocupaba a su lugar en la barra y hacía una seña a Beth para pedir una cerveza y beberse la mitad de un solo trago.

*

—¿Tienes fiebre?

—No, creo que no. Solo me duele la cabeza y todo el cuerpo.

Evan no mentía. El dolor había llegado al pasar las horas y, aunque las lesiones solo eran superficiales, llevaba tumbado todo el sábado.

—Tengo ganas de verte —susurró—. Creo que he soñado contigo.

—¿Crees? —preguntó Allyson.

—Me he despertado sudando, así que debo de haber soñado contigo.

Escuchó la risa de ella al otro lado del teléfono y se mordió el labio. En esos momentos lo que más deseaba era estar a su lado, besarla y acariciarla.

—Es por la fiebre, Evan.

—¿Estás segura? —bajó la voz antes de continuar—. Yo creo que es por ti. Llevo demasiados días sin verte.

—Soy médica. Te aseguro que ese calor que sientes es por la fiebre. No tiene nada que ver conmigo.

—Aguafiestas —gruñó—. ¿Y si hacemos una pequeña prueba?

Antes de que ella contestara, Evan bajó la mano que tenía libre por su estómago hasta su entrepierna.

—Lo que yo decía. Es por ti.

—¿Qué quieres decir?

Sonrió de medio lado imaginando la expresión de ella, le encantaba hacer que se sonrojara.

—Tengo la prueba de cómo me pones bajo mi mano.

—¡Evan!

Se echó a reír y una punzada de dolor le atravesó desde el costado.

—¡Mierda! —se quejó apretando los dientes.

—¿Estás bien?

Ella le preguntó varias veces y respiró despacio hasta que consiguió recobrarse.

—Sí. Tranquila. Ha sido la tos —mintió.

—Te lo mereces. Eres… —el tono de su voz se había vuelto más duro y Evan se arrepintió de preocuparla.

—Soy tu chico malo —bromeó—. Creo que voy a descansar un rato. ¿Vas a salir esta noche?

—No. Me apetece quedarme en casa y ver una película. Podríamos verla juntos.

Cerró los ojos y dejó caer la cabeza contra la almohada. Odiaba mentir a Allyson.

—No quiero que pases el fin de semana cuidándome. Sal y diviértete. Llama a Samantha.

—Ya salimos ayer. Y, por cierto, tu amigo puso bastante nervioso a Owen.

No le sorprendió escuchar eso. La presencia de Jeam solía poner nerviosas a las mujeres, así que era normal que tuviera el mismo efecto sobre Owen. Por lo que sabía, su amigo estaba interesado en el médico, y él se alegraba. Desde que conocía a Jeam no recordaba que tuviera una relación con nadie. Sabía que de vez en cuando se liaba con alguien, desaparecía un fin de semana y al volver tenía una expresión más relajada, en el gimnasio siempre bromeaban imaginando cómo sería el tipo de mujer que conseguiría atarlo a una cama, casi nadie sabía que su tipo no eran las mujeres.

*

Después de despedirse de Evan, Allyson fue a la cocina y se puso una copa de vino, un bol de patatas fritas y regresó al salón para ver alguna película que la hiciera olvidar la semana que había pasado. Sus esperanzas de tener un fin de semana divertido y caliente con él habían desaparecido, así que solo le quedaba pasar el sábado con Chris Pratt.

Estaba tumbada en el sofá cuando su teléfono móvil vibró. Deseó que fuera Evan, había visto esa película mil veces.

—Soy Michael.

Se quedó unos momentos en silencio. No esperaba que llamara un sábado por la noche.

—¿No has salido hoy?

—No. Me apetecía descansar —dijo mientras bajaba el volumen del televisor.

—Yo tampoco tenía ganas de salir —repuso él.

El tono de Michael era cansado y Allyson se estrujó la mente tratando de decir algo que no fuera incómodo.

—¿Has pensado en mí?

La pregunta directa de Michael la dejó sin palabras.

—No digas nada —continuó él—. Yo sí he pensado en ti. Llámame tonto, pero he pensado mucho en ti. En esa noche en tu casa, en todo lo que te dije.

Hacía pequeñas pausas al hablar, como si estuviera agotado, pero ella no hizo nada por detenerle.

—Hoy ha sido un día duro. Un día muy duro. Y ¿sabes? He pensado en lo genial que sería que estuvieras aquí.

—Michael, yo… —trató de comenzar, pero tenía miedo de herirle. Si no se equivocaba, sabía exactamente lo que Michael había querido decir con «tener un mal día».

—Ya, ya lo sé, Allyson. No tenía que haberte llamado. Pero la verdad es que quería hacerlo. Quería contártelo.

—¿Contarme qué? —se recostó en el sofá y cogió la copa de vino. Conocía la situación, había visto a otros compañeros abatidos, ella misma había sentido ese fracaso que te desgarra por dentro en varias ocasiones.

—Todo ha ido mal. Todo ha ido mal, Allyson. Y aquí estoy, en un apartamento de doscientos metros cuadrados para mí solo, con una botella de vino y una noche entera por delante para revolcarme en la culpabilidad.

Hablaba con ese tono mordaz e hiriente que se suele reservar para los peores momentos y Allyson deseó estar a su lado para por lo menos abrazarle.

—Pasará, lo sabes —fue lo único que se le ocurrió decir.

—Lo sé. Pero eso no lo hace más fácil.

—Nunca es fácil, Michael. Somos médicos. Forma parte de nuestro trabajo.

Él volvió a quedarse en silencio, Allyson pensó que seguramente estaría bebiendo.

—¿Has vuelto a salir a correr?

—No —contestó, se alegraba de que cambiara de conversación con tanta facilidad.

—Nunca te ha gustado hacer ejercicio —musitó e hizo otra pausa —. Y dime, ¿qué película ves?

Pasaron horas hablando, él le habló sobre el último restaurante de moda en la ciudad y ella sobre sus pacientes, también hablaron sobre

el verano, que se aproximaba inevitablemente, y sobre el lugar al que les gustaría ir de vacaciones.

—Podríamos ir a París. Ya es hora de que conozca Europa. ¿Vendrías conmigo a París?

Ella rio por su ocurrencia y fue a la cocina por otra copa de vino con el teléfono en la mano.

—En serio, Allyson. Haríamos todas esas fotos de los folletos de viajes. Piénsalo. Tú y yo junto a la Torre Eiffel.

Se dio cuenta de que él hablaba completamente en serio y no supo qué responder.

—Piénsalo —insistió Michael, con la voz tomada por la bebida—. Gracias por haber hablado conmigo. Me temo que he bebido demasiado y estoy a punto de caer dormido.

Ella suspiró y le quitó importancia, después de todo, eran amigos, o eso se empeñó en decir.

—Piénsalo, Allyson. París —repitió Michael antes de colgar.

*

El domingo Allyson se levantó tarde y con dolor de cabeza. Mientras hablaba con Michael había rellenado su copa de vino varias veces, ahora sufría las consecuencias. No podía seguir engañándose, sentía algo por él, el problema es que no podía decidir si solo se trataba del recuerdo de su relación en la universidad o, por el contrario, de algo mucho más auténtico.

Y también estaba Evan. Cada vez que estaba con él se veía arrastrada por la energía que irradiaba. Los ojos de Evan resplandecían, oscuros y misteriosos, cada vez que la besaba. Aunque Samantha insistía en que lo único real entre ellos era el sexo, Allyson sabía que iba mucho más allá de esos ratos que pasaban entre las sábanas, probando cada rincón de la piel del otro y susurrando palabras inconexas. Desde que había vuelto, Evan se mostraba mucho más seguro y confiado, a veces parecía perderse, mirando el techo del cuarto, entonces ella le rodeaba con sus brazos y esperaba a que regresara de esos lugares oscuros que había dentro de él y de los que no habían vuelto a hablar.

Mientras tomaba un café muy cargado, revisó los mensajes en el teléfono. Había varios de Evan, también dos llamadas perdidas.

Inspiró profundo un par de veces para conseguir borrar de su cabeza todos los malos pensamientos. Guardar silencio sobre Michael la estaba carcomiendo por dentro.

Abrió el cajón de la cocina y metió dentro el teléfono móvil.

No podía continuar con este juego. Evan conseguía arrebatar su

corazón con una simple mirada, había descubierto cuánto significaba para ella cuando creyó que lo había perdido; Michael era la calma, el puerto seguro al que regresar después de un duro día de trabajo.

Necesitaba pensar en sí misma, en lo que era mejor para ella, antes de hacerles más daño.

16

Después de su actuación telefónica como enfermo, Evan estaba deseando terminar con los hermanos Misely de una vez por todas. No había visto a Allyson ese fin de semana y mucho se temía que no conseguiría volver a verla hasta el viernes. Eso eran casi quince días sin poder besarla. Se estaba volviendo loco. Después de estar encerrado dos días, salir a trabajar el lunes le pareció buena idea.

—¿Crees que terminaremos esta cocina este mes?

Baran miró las paredes que habían levantado la semana anterior. Con su cinturón de herramientas, la gorra y esa camiseta negra pegada al cuerpo, conseguía que la agente de la inmobiliaria estuviera a punto de desmayarse cada vez que se pasaba por la casa. Evan sabía que el ruso aprovechaba esa ventaja sobre la mujer para conseguir alargar los plazos. El problema era que si ella no conseguía lo que quería de Baran tendrían problemas, así que los dos trabajaban tan rápido como podían.

—Sí. Máximo dos semanas más.

—¿Volveremos al hospital? —preguntó Evan emocionado con la perspectiva.

—¿Has visto a tu chica este fin de semana?

—Le dije que tenía gripe —contestó Evan sin rodeos.

—Las mentiras no son buenas, chico. Cuando sepa lo que ha pasado vas a tener problemas.

—No se enterará —repuso Evan ocupado en meter los cables por el camino acordado para iluminar los paneles laterales nuevos.

—Se enterará. Siempre lo hacen. Y vas a tener problemas.

El chico guardó silencio. Le fastidiaba que todos se empeñaran en darle consejos como si él fuera un crío. Aunque tener compañía en el combate había sido genial.

—Gracias por venir el viernes. Sé que Jeam te lo pidió, pero gracias de todas formas.

Baran no dijo nada, andaba marcando las medidas exactas para colocar las maderas que forraban la pared.

—¿De dónde eres, Baran? ¿Rusia? ¿Yugoslavia?

—Ucrania—gruñó Baran—. Nací cerca de Járkov.

—¿Eso no es Rusia?

—*Era* Rusia —corrigió haciendo fuerza en el tiempo pasado.

Evan no hizo más preguntas. El gesto osco y desabrido de Baran

dejó claro que no le gustaba esa conversación.

—¿Has pensado qué vas a hacer?

La pregunta sorprendió a Evan, que esperaba pasar el resto de la mañana en un pacífico silencio.

—¿Hacer? ¿Respecto a qué?

—A tu futuro, chico. Cuando pagues tu deuda con Misely, ¿cuál es tu plan?

—Trabajar. Tengo que trabajar.

—A veces la vida nos da una oportunidad de elegir otro camino —Baran hablaba sin dejar de trabajar, como si fuera una conversación intrascendente—. Sucede pocas veces. Hay que saber ver las oportunidades.

—¿Eso te pasó a ti? ¿Por eso estás en Estados Unidos? —preguntó Evan que sospechaba que hablaba de sí mismo.

—A todos nos pasa, Evan. Sé listo.

—Tranquilo, no voy a volver a Nueva York.

—No hablo de eso, Evan. Hay caminos que te llevarán a una muerte rápida y violenta, otros conseguirán mantenerte con vida y solo uno terminará contigo regresando a casa con una mujer y un par de niños —Baran hizo una pausa y cogió el martillo que colgaba de su cinturón—. Sé listo. Elige el camino correcto.

—Vaya, creo que Jeam y tú frecuentáis demasiado la iglesia —bromeó Evan.

Aunque fingiera que no se lo tomaba en serio, él también había pensado en su futuro, quería estar con Allyson, de eso estaba seguro, quería vivir con ella y quizá, en el futuro, casarse. Por ahora todo eso parecía imposible. Debía una suma de dinero enorme a Jeam que tardaría años en pagar aunque tuviera dos trabajos. No podía comprar una casa, ni siquiera un coche, y sabía cómo vivía ella para saber que estaba acostumbrada a las comodidades. A veces veía con dolorosa claridad el abismo que los separaba.

Con un mal presentimiento, buscó el teléfono móvil que había dejado guardado en una de las bolsas para que no recibiera ningún golpe y comprobó los mensajes. Allyson no había dado señales de vida desde el sábado, ni llamadas ni un sencillo wasap. Nada. Solo silencio. Lo peor era que la había visto conectada en varias ocasiones.

Volvió a guardar el aparato y regresó al trabajo para olvidarse de sus temores.

Antes de volver a casa, Baran y él fueron a entrenar al gimnasio como llevaban haciendo ese mes. Golpeó el saco con las manos, las piernas y hasta hizo algunos golpes de rodilla prohibidos que le había enseñado Jeam cuando peleaba en Nueva York. La energía fluía por su cuerpo liberando la desesperación.

Cuando se cambiaron, volvió a fijarse en las marcas que tenía

Baran en la espalda. También en el tatuaje de su omoplato, un círculo con un entramado de símbolos que no entendía. Tal vez fuera una buena idea hacerse un tatuaje, en el pasado siempre había rehusado, tenía terror a las agujas, ahora empezaba a entender que eran algo más que un simple dibujo en la piel, como le había explicado Jeam siempre que volvía con uno nuevo.

La culpabilidad era como una serpiente enroscándose en tu cuello. Eso había dicho Baran. Aunque Evan no contestó, estaba claro que sabía exactamente de lo que hablaba. Según pasaba la semana estaba más y más angustiado, miraba el teléfono demasiadas veces y comprobaba que Allyson tardaba cada vez más en contestar a sus mensajes. El terrible presentimiento de que ella había descubierto su mentira le hacía sentir mareado, como si caminara sobre arenas movedizas, y le convertía en un manojo de nervios.

Su compañero le miraba con una mezcla de compasión y cachondeo que tampoco ayudaba.

Así que cuando recibió la llamada de Misely el jueves, contestó con tanta ansiedad que no dio tiempo a que sonara más que un tono en el teléfono.

—¿Qué tal vas, chico?

—Bien, voy bien.

—Estupendo —hizo una pausa teatral y Evan se frotó la frente tratando de mantener la calma—. Verás, se me ha ocurrido un negocio que puede interesarte. Por lo que me han dicho, necesitas dinero.

Como Evan continuó callado, Luca, el pequeño de los Misely, decidió continuar.

—No voy a andarme por las ramas, Evan. Creo que te mereces una oportunidad. Todos hemos tenido algún tropiezo, pero estoy seguro de que eres un chico listo.

—Ya acepté un trato con Larry —dijo Evan, inquieto.

—Lo sé, lo sé. Pero esto es diferente. Necesito un hombre de confianza. Hemos abierto un bar nuevo y necesito alguien para guardar la puerta. Es un buen dinero, chico.

—Ya tengo trabajo, señor —explicó Evan. Por suerte esta conversación era telefónica, en persona una negativa a los Misely tenía un precio muy alto.

—¿Sigues siendo un obrero para ese hombre? ¿Cómo se llamaba? ¿Pequeño Jeam? —preguntó irónico—. Tú vales mucho más que eso, chico, esta es una buena oportunidad.

—He dado mi palabra, señor Misely —intentó justificarse—. No puedo dejarlo.

Al otro lado de la línea hubo ruidos, como si Misely estuviera entrando en un coche, y Evan tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

—Me caes bien, Evan —le llamó por primera vez por su nombre—. Siento por lo que has tenido que pasar, perder a una madre es triste. Así que te voy a dar una oportunidad para que pienses bien tu respuesta. Si mañana antes del almuerzo no me has contestado, tendré que buscar a otro para el trabajo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó Evan.

—Bien. Hasta mañana entonces.

El teléfono quedó en silencio. Evan se frotó las manos contra el vaquero, tenía las palmas húmedas. Sabía bien qué significaba aquella propuesta, no quería ser uno de los matones de Misely, había dado su palabra a Jeam e iba a cumplirla. Si quería tener una relación con Allyson, no podía estar mezclado con los negocios de los Misely. Tenía que ser más listo de ahora en adelante. Apretó los párpados y al abrirlos soltó el aire de golpe. Aquella habitación era pequeña, pero por lo menos estaba limpia y no había nadie golpeando la puerta para cobrar.

*

—Evan, deja de moverte, vas a desgastar las botas.

Baran señaló su pie, que golpeaba frenéticamente contra el suelo.

El viernes había llegado demasiado rápido. O demasiado lento, según se mirara. Evan se moría de ganas por ver a Allyson y había quedado en ir a su casa en cuanto terminara en aquella maldita reforma. No había tenido noticias del pequeño de los Misely, el plazo llegaba a su fin y pronto conocería las consecuencias, porque las habría, estaba seguro.

Mientras repetía mentalmente la conversación con Luca, se dio cuenta de que había comenzado de nuevo a martillear con su pie izquierdo. Se levantó de la mesa y cogió una lata de refresco del frigorífico. Lo bueno de estar trabajando en una vivienda es que disponían de algunas comodidades, aunque él prefería comer en la cafetería del hospital y no todos aquellos platos precocinados.

El pitido de su teléfono le advirtió de un nuevo mensaje. Dio un trago y echó un vistazo. Esperaba que Allyson no cambiara de idea. Había estado rarísima toda la semana, casi no habían hablado y empezaba a estar preocupado. ¿Y si ella se había hartado de él? ¿Y si había encontrado a otro mejor, un médico, quizá? Sacudió la cabeza desechando esos fúnebres pensamientos.

Era peor de lo que pensaba. El mensaje era de Luca Misely. Le indicaba el lugar y la hora del próximo combate.

—Esta noche tengo combate —dijo abatido. Sus planes de pasar unas horas junto a ella se desvanecían sin remedio.

—¿Esta noche? Demasiado pronto —dijo Baran—. ¿Estás seguro?

—Luca acaba de enviarme un mensaje. A las once de la noche.

Angustiado, Evan salió al jardín de la casa y dio unos cuantos pasos.

—¿Estás bien? —Baran había salido tras él y le miraba preocupado, con la mano sobre su hombro. —El trato era un mes. Llama y di que todavía no estás repuesto.

—No. Es mejor así. Quiero terminar con esto.

—Entonces vámonos. Ve a casa y descansa. Te recogeré para calentar antes.

—No quiero ir a casa —dijo Evan negando con la cabeza—. Necesito estar tranquilo, Baran, y Jeam no me va a dejar ir. Quiero terminar con esto. Y él va a llamar a Luca y tendrá problemas. Y quiero terminar esto. Voy a llamar a Allyson, había quedado con ella. Podemos trabajar aquí, eso es, trabajamos aquí hasta las nueve. Adelantamos el trabajo de la semana que viene. Es lo mejor. Por si no puedo… ya sabes.

Baran le sujetó por los hombros. Evan respiraba agitado, tenía las pupilas dilatadas y le costaba mantenerse quieto.

—Respira —le ordenó Baran con voz firme.

Se miraron a los ojos y Evan tomó aire.

—Eso es. Respira profundo.

El pulso de Evan regresó a la normalidad. Al recobrar el control agachó la cabeza, abochornado.

—Tranquilo. Es normal —Baran intentó tranquilizarle, aunque todavía estaba a su lado.

—Estoy bien. No sé qué me ha pasado.

—Vamos a recoger. Podemos ir al gimnasio. Calientas un poco, ensayamos unos golpes y te preparas. Tienes que estar concentrado.

Baran no le quitó el ojo de encima en toda la tarde. Controló sus movimientos, le ayudó a soltar los nervios y dejó que diera unos cuantos golpes. El punto fuerte de Evan eran las patadas, era ágil y rápido. Lo que más preocupaba a Baran era que en combate cercano se desconcentraba con facilidad y no conseguía protegerse.

A media tarde, le obligó a descansar y alimentarse, aún le quedaban unas horas y el pollo con arroz que encargó no duró ni cinco minutos.

Con el tiempo corriendo, las palabras fueron sustituidas por un silencio pesado y denso. Dos horas antes del combate y después de enviar un mensaje a Jeam para mantenerle informado, Baran le llevó al gimnasio de las afueras donde se celebraban los combates.

Los coches aparcados en doble fila hacían difícil acceder a la puerta de servicio del edificio. Pese a ser el último viernes del mes, se había congregado una multitud para ver los combates, Luca haría una

buena recaudación y Evan pensó que era bueno, de esa forma se olvidaría de él.

En cuanto el vigilante los identificó, se percataron de que la situación no era la misma que en el combate anterior. Los acompañaron hasta el despacho acristalado donde se cerraban los tratos y junto a ellos entraron dos de los guardaespaldas.

—Me alegra verte, chico —saludó Luca con una enorme sonrisa que mostraba sus perfectos dientes—. Mi hermano temía que no te presentaras, pero yo le he dicho «Larry, es un buen chico, cumplirá su palabra». Y aquí estás. No has salido al *ring* y ya me has hecho ganar cien pavos.

Evan asintió. Estaba deseando terminar de una vez con los hermanos Misely.

—Bien, bien, bien. —Larry se levantó y rodeó la mesa sin dejar de sonreír—. Ahora nos queda cerrar los términos del trato. Pero primero hablemos un poco.

Baran observó a los dos hombres que aguardaban junto a la puerta. Estaban tensos, preparados para entrar en acción.

—Me ha decepcionado no recibir tu llamada, Evan. ¿Lo has pensado bien? No doy una oportunidad así a cualquiera.

—Lo he pensado. Ya tengo trabajo —dijo Evan con firmeza.

—¿Es tu última palabra? —insistió Larry.

—Sí —afirmó rotundo Evan.

—Hablemos del trato, entonces —dijo y la falsa sonrisa desapareció por completo de su rostro—. Tercer asalto, chico. Último minuto y caes. No puedes terminar antes. He puesto un montón de dinero, así que no me hagas perder o mis chicos tendrán que ocuparse de ti. ¿Entendido?

—Entendido —respondió Evan sin mirar a los hombres que señalaba Larry.

—Espero que valores a tu contrincante, lo he traído especialmente para ti. Un buen chico, aunque todavía no domina nuestro idioma. A las once en punto. Serás el que cierre el espectáculo de hoy.

Nadie dijo nada más. Evan escuchó la puerta abrirse y salió de allí acompañado de los dos guardaespaldas y de Baran, que apretaba la mandíbula con rabia.

—¿Qué ha pasado ahí dentro, Evan?

—Tranquilo. Todo está arreglado.

—¿Eso crees? Esto tiene muy mala pinta. Lo sabes, ¿verdad?

Los acompañaron a una sala junto a los vestuarios y se encontraron encerrados dentro de un cuartucho con los dos tipos guardando la puerta.

—Tienes que concentrarte, Evan. O esto va a terminar muy mal.

—Lo sé, lo sé.

Evan se quitó el chándal, se puso los pantalones que usaba para los combates y sacó las protecciones y vendas que siempre llevaba con él. Cogió el móvil y buscó una de sus listas de canciones, se puso los cascos y se tumbó en el suelo. Necesitaba calmarse.

Hacía muchos años, Jeam le había enseñado que la mente era tan importante como el cuerpo en un combate. Te jugabas mucho en solo unos minutos. Tenía que aguantar hasta el tercer asalto, el último, y aunque los tres minutos de cada asalto podían parecer poco, la intensidad del Full Contact [2]lo hacían suficiente.

Después de varias canciones, subió a la camilla que ocupaba el centro del cuarto y cerró los ojos. Tras vaciar su mente de imágenes, se concentró en recordar el suelo negro del ring. Pronto estaría pisándolo. El aroma del aceite de masaje le hizo inspirar profundo. Baran comenzó a calentar sus músculos frotando con energía sus piernas, despertando su instinto mientras hacía que las pulsaciones aumentaran. Estaba dentro de su caja de seguridad, cerrando todas las puertas de su cabeza, repasando golpes, combates anteriores, instrucciones de Jeam y de Baran, y esos jirones de consciencia pasada le rodeaban como una armadura.

Baran le golpeó en el hombro para indicarle que se levantara y Evan aseguró el teléfono móvil en una cinta en su brazo. Comenzó con una serie de saltos, algo ligero, lo justo para mantener las pulsaciones y la energía fluyendo por el cuerpo.

Solo cinco minutos antes del combate, la puerta se abrió y los dos hombres los escoltaron hasta el ring.

Como habían intuido, el local estaba abarrotado. Los gritos se mezclaban con la música atronadora. Había un par de pantallas en la pared en las que figuraban los nombres y horas del próximo combate. Baran no reconoció el nombre del contrincante. Tomaron su lugar y Evan se quitó las zapatillas y revisó su casco después de ponerse el mordedor. No llevaba más protección, solo unas vendas negras en los tobillos. Se sentó y miró el suelo. Aunque el volumen de sus auriculares estaba al máximo, podía escuchar sin problemas el griterío. Bebió un trago de agua y continuó con la vista pegada a sus pies.

Cuando Baran vio entrar a un asiático al lado opuesto del *ring* acompañado de un pequeño hombre que llevaba la bolsa, se quedó rígido. Evan era peso *welter* [3]y ese tipo debía sacarle más de diez kilos. No iba a ser un combate entre iguales. Pero cuando observó cómo colocaba las palmas de las manos y musitaba entre dientes una plegaria, tuvo la certeza de que esta vez Evan iba a sufrir cada minuto en aquel maldito *ring*. Miró al muchacho y pensó en advertirle, las miradas poco amigables de los guardaespaldas de Misely le dejaron claro que no había opción de retirarse.

La música se detuvo. Evan se puso en pie y se deshizo de los cascos y el teléfono. Entonces vio a su oponente. Con los pies pegados con firmeza al suelo, no hizo un solo gesto que delatara nerviosismo o miedo.

—No dejes que te agarre. Mantente alejado —fue el único consejo de Baran antes de que ambos contrincantes se saludaran y tomaran posición.

La primera patada que recibió Evan en el costado le hizo tomar consciencia de la fuerza del otro. No solo era más pesado, también era ágil. A veces traían combatientes de otros países, Tailandia, Japón, Corea… su técnica era buena, sus golpes certeros y estaban acostumbrados a pelear en distancia corta sin problemas. Y sin reglas.

El primer asalto fue solo de calentamiento. Se midieron el uno al otro, la altura de las patadas, la respuesta a los ganchos, la rapidez para escapar. Cada golpe le daba a Evan información, sabía que se movía mejor por la derecha y que su barrido era potente.

El segundo asalto comenzó más rápido. Una patada en diagonal bajo las costillas en el costado izquierdo le desestabilizó. Antes de poder recuperar la posición, un golpe seco le alcanzó en la cabeza, iba a dar un paso atrás cuando una patada en la sien izquierda le lanzó contra el suelo.

Escuchaba los gritos por encima del zumbido de su oído. Se dio cuenta de que veía todo rojo. El muy cabrón le había hecho una brecha en la ceja. Antes de que el árbitro diera la última señal, se levantó, puso las manos a la altura para indicar que se encontraba bien, y tuvo tiempo de recibir dos golpes más en el costado.

Le ardían los pulmones cuando Baran le ayudó a sentarse.

—Tienes que centrarte, Evan. Ese tío casi te deja en el suelo.

Asintió y escupió la sangre que tenía en la boca. Baran echó agua sobre su cara y pudo ver mejor. Mientras escuchaba las instrucciones, miraba a su adversario. Su piel era cetrina y tenía los ojos negros, diminutos como dos canicas, sus músculos brillaban por el sudor y el aceite. Hizo una señal antes de levantarse y Evan le siguió al centro del *ring*.

Supo que iba a doler. La sonrisa de Luca fue lo que vio antes de que el asiático hiciera un *front kick* [4]que hizo volver a manar sangre de su ceja. Miró la pantalla para controlar el tiempo. El agarre en la nuca le inmovilizó. Metió sus brazos para alejarse, si quería aguantar un minuto más tenía que mantenerse a un metro de distancia. Pero fue imposible. Los rodillazos en el abdomen le hicieron boquear y puso todo su empeño en desestabilizar a su contrincante golpeando su pierna, no consiguió que perdiera la posición. Un codazo impulsado en diagonal le hizo caer. Todo se volvió negro antes de que cerrara los párpados.

—¡Evan! ¡Evan!

Baran gritaba mientras el médico hacía un examen rápido al chico, tumbado sobre la camilla en el cuarto de entrenamiento.

—¡Vamos, Evan!

Por fin entreabrió los ojos y murmuró algo ininteligible.

El médico guardó el estetoscopio en su maletín después de poner el último esparadrapo sobre la ceja de Evan.

—Necesita ir a un hospital.

Uno de los guardaespaldas se acercó al médico y hablaron entre ellos mientras Baran intentaba que Evan se mantuviera consciente.

—Vamos. Te ayudaré a llevarle al coche —dijo el hombre después de enviar unos mensajes por teléfono.

Entre los dos cogieron al muchacho y le metieron en el asiento trasero. Le cubrieron con una manta y dejaron la bolsa con el resto de equipo deportivo a sus pies.

Baran se puso al volante y llamó a Jeam mientras salía del barrio circulando como un loco entre las callejuelas que a esas horas del viernes estaban atestadas de gente. El Samaritan no estaba lejos.

Al llegar a la entrada de urgencias se encontró a Jeam esperando y a ese médico que conocían. No hubo tiempo para preguntas. Entre enfermeros y auxiliares sacaron al chico, le tumbaron en una camilla y desaparecieron tras unas puertas metálicas.

Después de una hora, Baran y Jeam continuaban en un tenso silencio sentados en la sala de espera y al ver a Owen saltaron a la vez para escuchar las noticias.

—Están operándole.

Jeam se pasó la mano por la frente antes de darse la vuelta.

—Jeam, escucha —dijo el médico cogiéndole por el brazo—. Necesito saber qué ha pasado. Quieren llamar a la policía.

—No. Nada de policía —dijo Jeam.

—Dime qué ha pasado e intentaré convencerles. Pero no pinta bien, Jeam. Casi ha muerto por la hemorragia.

—Ha sido un combate —explicó Jeam bajando la voz—. Un combate organizado, ¿entiendes?

El médico asintió, no parecía sorprendido.

—Lo siento, no puedo contarte nada más.

—¿En serio? ¿Me traes a ese chico casi muerto y no puedes contarme nada más? ¿En qué narices está metido?

—Owen, solo déjalo —Jeam cogió su brazo y le miró muy serio —. Esto no va a repetirse, ¿de acuerdo? Se ha terminado.

—¿Quieres que mienta? ¿Es eso? Porque soy médico y mi obligación es dar parte a la policía —insistió Owen indignado—. ¿Sabe esto Allyson?

Jeam bajó la mirada como única respuesta.

—Mierda, Jeam. Le has traído a su hospital.

Owen maldijo entre dientes, se sentía como si tuviera una granada entre las manos y tuviera que decidir si quitar el seguro.

—No sabía a quién llamar —se disculpó Jeam.

—Está bien, está bien —Owen intentó calmarse—. Te avisaré cuando sepa algo más. Espero que salga de esta.

—Es un buen chico, Owen, solo necesita una oportunidad.

—Espero que estés en lo cierto —Owen miró su teléfono, había recibido un mensaje—. Lo siento, pero tendré que contarle esto a Allyson. No voy a poder evitarla mucho tiempo.

—Haz lo que debas.

Owen asintió y regresó a la zona médica, dejándoles de nuevo solos en la sala de espera. La noche se convirtió en un montón de horas con gente entrando y saliendo de las urgencias, algún borracho, un anciano perdido. En algún lugar, tras esas puertas, Evan peleaba por su vida.

No pudieron verle durante horas. Owen cumplió su palabra y les informó varias veces de su evolución. Cuando por fin terminó la operación, fue trasladado a la unidad de vigilancia. Seguía inconsciente y no se podía descartar el daño cerebral por los golpes. Aunque el médico insistió en ser positivo, era difícil mantener el optimismo sin verle. Baran se marchó por la mañana y Jeam se quedó solo en la sala, rodeado de desconocidos.

—¿Has comido algo?

—No, no tengo ganas. ¿Puedo verle?

Owen suspiró y miró el reloj. Llevaba más de veinticuatro horas en pie.

—Vamos a tomar un café.

—Quiero verle, Owen. Dime si está bien.

Comprendía la angustia, los familiares rara vez se conformaban con las palabras de los médicos, ver al paciente, aunque fuera durante unos segundos, era más tranquilizador que una charla con cualquier cirujano.

—Está bien. Pero no puedes entrar. Está sedado y vigilado. ¿De acuerdo?

Jeam le siguió a través de las puertas metálicas por pasillos que le parecieron interminables. Conocía el hospital, sin embargo, lo recorría por primera vez desde ese lado. Atravesaron unas puertas electrónicas después de que Owen pasara su tarjeta y comprobó que hasta el aire olía diferente. Era más frío, áspero y repleto de químicos. Había silencio y la luz blanca bañaba el suelo oscuro. Después de pasar por el control de enfermería, Owen le llevó hasta una pared acristalada.

—Ahí está.

Miró a través del cristal y no le sorprendió la imagen. Había una

cama rodeada de aparatos con luces; bolsas de suero y medicamentos colgaban de los soportes metálicos. Casi no podía ver a Evan, cubierto por una sábana hasta el pecho, con los brazos extendidos y una venda rodeando la frente.

—El golpe en la cara no parece grave.

—Llevaba casco —dijo de forma mecánica Jeam—. Casco protector. Siempre lo lleva.

—Pues creo que eso le ha salvado. Cuando podamos le haremos un TAC para comprobar si tiene alguna rotura, pero no lo parece. Tampoco tiene ninguna costilla rota, así que sabemos que han sido golpes intencionados, no un accidente.

Jeam no apartaba la mirada de esa habitación, como si esperara que en cualquier momento el chico abriera los ojos y se levantara.

—Vamos a tomar un café, Jeam.

Después de un par de segundos, Jeam pareció escuchar la invitación y siguió al médico por los pasillos, esta vez subieron dos plantas y Owen le llevó a su despacho. Encendió la máquina de café que tenía en una de las estanterías y sirvió dos *expressos*. Jeam simplemente permanecía en pie, como si todavía siguiera frente al cristal de la habitación de Evan.

—Toma esto. Necesitas descansar un poco. Puedes quedarte aquí si quieres. El sofá no es grande, pero nadie te molestará.

Owen había vivido situaciones parecidas en cientos de ocasiones. Era la peor parte de ser médico. Pero no podía mantenerse distante con Jeam, necesitaba hacerle saber que contaba con él, que todo iba a solucionarse. Se acercó y puso la mano en su hombro. Los ojos de Jeam estaban desolados y su frente estaba arrugada en un gesto abatido. Owen supo que tenía que hacer algo, no soportaba verle en ese estado, él se dedicaba a curar a la gente, a mejorar su vida. Por una vez se dio cuenta de que las palabras eran inútiles, que el sufrimiento no podía aliviarse con unas frases vacías. Así que hizo lo único que podía hacer. Acarició su mejilla zambulléndose en esos ojos oscuros y le besó. Esta vez fue consciente de pequeños detalles, como que Jeam tenía la punta de la nariz fría, o que mientras entreabría sus labios y dejaba que irrumpiera en su boca la tensión de su mandíbula dejaba paso a la calma, y que los puños que apretaba desaparecieron cuando le agarró por la cintura para sujetarse a él.

En algún momento decidieron que lo mejor era ocupar el sofá y Owen terminó bajo el peso del cuerpo de Jeam, que parecía decidido a repetir ese beso una y otra vez.

El sonido del teléfono les sobresaltó. Owen se incorporó rápidamente para contestar mientras Jeam le miraba con atención.

—Tranquilo, no es Evan —le calmó al terminar la llamada.

No sabía cómo habían terminado en el sofá, jamás había llevado a

nadie a su despacho. Era una locura. ¡Ni siquiera había cerrado la puerta con llave! Tenía que aceptar el hecho de que cada vez que estaba cerca de Jeam perdía el control.

Cogió las tazas de café y se sentó a su lado.

—¿Vas a contarme qué ha pasado?

—Vaya. Así que solo querías hacerme bajar la guardia. —Jeam se colocó la camiseta y cogió la taza de café que le ofrecía.

—Sabes que no, pero necesito que me cuentes qué ha pasado. Si voy a ocultar esto, si voy a mentir por ti, quiero saberlo todo.

Jeam se dejó caer contra el respaldo del sofá y un trago caliente y amargo de café le hizo sentirse un poco mejor.

—Es cosa de Evan, ¿entiendes?

—Joder, Jeam, todo esto apesta. No quiero tener a la policía aquí dentro una semana. Me juego mi trabajo.

—Ya te dije que no se va a repetir. Evan se lio con la gente equivocada, eso es todo. Fue un mal trato. Pero esa pelea ha sido la última.

—¿La última? ¿Quieres decir que ha habido más?

—Es la última, eso es lo importante.

Owen se dio cuenta de que no iba a conseguir sacar más información. Frustrado, se levantó y fue a la puerta.

—Puedes quedarte. Si pasa algo, te llamaré —dijo reprimiendo las ganas de increparle—. Duerme un poco o haz lo que quieras.

La puerta del despacho hizo un suave sonido metálico al cerrarse. Jeam miró a su alrededor. Esas cuatro paredes eran como el doctor: pulcras, ordenadas, de líneas rectas y colores sobrios. El despacho era su refugio, un lugar seguro dentro de la vorágine de las urgencias médicas y las operaciones. Se tumbó en el sofá y sonrió al descubrir una fotografía delante de los libros. Owen posaba junto a su hermana Samantha. Con un traje oscuro y corbata azul, lucía como un distinguido político, un hombre triunfador, firme y seguro. A su lado, la sonrisa de ella cautivaba a la cámara. Pero a quien iba dirigida la mirada de él no era al fotógrafo, era a su hermana, y Jeam sintió una punzada de celos al descubrir el amor que inundaba las pupilas color madera. Él había visto su mirada turbada por el deseo, huidiza por la vergüenza, pero nunca ese sincero amor. Sorprendido, pensó que necesitaba que una vez, solo una vez, esa mirada fuera para él.

Cerró los ojos y puso el antebrazo sobre su rostro.

Desde que había recibido la llamada de Baran no había descansado. El agotamiento le hacía pensar tonterías. Owen tan solo era un tío más. Se había portado como un buen amigo ayudando a Evan, pero solo era eso, un amigo. Y así tenía que ser.

*

La tarde del sábado los médicos despertaron a Evan. Estaba desorientado y agotado, pero no tenía signos de daños neurológicos y programaron el TAC para el martes. Jeam pudo pasar a verle y el alivio le invadió cuando atisbó esa maldita sonrisa que siempre ponía. Su primer impulso fue abrazarlo, pero tenía aspecto de haber sido arrollado por un tren. La parte derecha de su rostro estaba hinchada y amoratada. Le habían retirado las vendas y los puntos en la ceja parecían arañas sobre su párpado casi cerrado. Tenía un morado en el cuello, seguramente habrían podido sacar un molde perfecto de los dedos del otro contrincante. Las heridas hacían más evidente el color grisáceo de su piel y la fragilidad de su cuerpo. No consiguió pronunciar más de una frase y, cuando cayó dormido otra vez, Jeam se quedó a su lado hasta que las enfermeras le obligaron a marcharse.

Jeam se dio una ducha en los vestuarios que usaban desde que trabajaban en el hospital. Baran le había llevado algo de ropa para pasar el fin de semana en el hospital. Había usado el despacho de Owen para descansar durante la noche. Quería estar cerca por si Evan sufría algún imprevisto.

Pidió un café para llevar en la cafetería del hospital y subió a ver a Evan. Los médicos hacían su ronda de visitas a partir de las nueve de la mañana y no quería perder la oportunidad de hablar con ellos.

Cuando pasó por el puesto de las enfermeras notó cómo murmuraban, a lo lejos, en el pasillo, vio a Owen apoyado en la pared y comenzó a acelerar el paso con un mal presentimiento.

—¿Qué ha pasado?

La cortina metálica estaba cerrada y no se podía ver el interior de la habitación.

—Tranquilo. Evan está bien.

—¿Qué ha pasado? —insistió elevando el tono de voz al comprobar que el médico rehuía su mirada.

—Verás, Jeam, no he podido retrasarlo. —Owen siguió mirando al pasillo como si estuviera esperando que alguien apareciera a salvarle—. Es Allyson. Esta mañana ha escuchado un rumor. Me ha llamado y, bueno, no he podido mentir. Está ahí dentro con él.

Jeam maldijo y apretó el vaso de café, que casi terminó roto entre sus dedos.

—Cuando hemos llegado, Evan estaba despierto. Las enfermeras le han traído el desayuno pronto.

Jeam apretó los labios. Lo único que podía hacer era esperar junto a Owen en el pasillo, así que se apoyó contra la pared y tomó el café antes de que se quedara frío.

17

Evan abrió los ojos cuando escuchó la puerta.

—Eih, eres tú.

No podía creerlo. Había soñado con ella, con la noche que pasaron en el jardín, bebían vino y reían, y luego la había amado con la luna iluminando su preciosa piel mientras retiraba los tirantes del vestido.

La Allyson que estaba de pie junto a la cama no era la misma. Tenía los ojos llorosos y los labios apretados.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó ella con la voz rota.

—Bien. Estoy bien. Ven, por favor.

Pero Allyson no se acercó ni cogió su mano.

—¿Quién te ha hecho esto?

Evan forzó una sonrisa, no se había preparado para este momento. ¿Cómo podría explicarle la razón por la que llevaba mintiendo desde que había vuelto a Lincoln?

—Evan, necesito saberlo.

—Estoy bien, Allyson. Olvídalo, ¿de acuerdo?

—¿Que lo olvide? —Allyson se limpió una lágrima que había escapado y miró los monitores de las máquinas que había junto a él—. Casi has muerto de una hemorragia, Evan.

—Todo ha terminado. Ha terminado, Allyson. Créeme.

—No puedo creerte. Ni siquiera sé qué ha terminado. Soy médico, Evan, y sé que esto no ha sido un accidente. ¿Por qué no me cuentas la verdad?

Él miró de nuevo al techo de la habitación, no soportaba ver la decepción en los ojos de ella.

—Tienes que confiar en mí, Allyson. Saldré en unos días y estaremos juntos. Ahora tengo trabajo y todo va a ser distinto.

—¿Te estás escuchando? ¿Ahora tienes trabajo? —preguntó indignada—. Por lo que yo sé llevas trabajando para Jeam varios meses. Así que explícame esto.

Cuando él no dijo nada, ella se acercó y señaló su cara.

—No es nada. Ya te lo he dicho.

—Evan, lo siento, lo he intentado.

Una corriente helada atravesó el corazón de Evan. No quería escucharla. Sabía exactamente lo que vendría después y no quería escucharla. Deseaba cerrar los ojos y volver a estar inconsciente,

regresar a ese jardín, a la noche en que todo fue perfecto.

—Esto no funciona, Evan. Entre nosotros hay demasiadas mentiras.

Abrió la boca para replicar, pero ella le hizo un gesto.

—Todo han sido mentiras. Solo tenía que ser un juego, una noche divertida, pero cuando me miraste sentí que, por primera vez, temblaba mi mundo. Por Dios, Evan tengo más de veintisiete años y nadie me había hecho sentir como tú. Así que te mentí. Ahora creo que entre nosotros no ha habido nada cierto, ningún momento real.

—Allyson, si quieres saber…

—No. Ahora ya no importa —le interrumpió—. Me he dado cuenta de que no importa. Porque tú no confías en mí. Y yo tampoco he sido sincera.

Evan escuchó como su mundo se resquebrajaba con cada palabra de ella. Y no podía hacer nada por pararlo.

—Me acosté con Michael, Evan.

Las siguientes frases ni siquiera las escuchó. Y aunque estaba acostumbrado al dolor, este era diferente. Estaba seguro de que pronto todas esas máquinas comenzarían a pitar como locas porque él se estaba muriendo por dentro.

Pero no sucedió nada.

Cuando Allyson terminó de hablar, ni siquiera podía verla por culpa de sus propias lágrimas.

Escuchó la puerta cerrarse y se quedó muy quieto.

Si se concentraba, tal vez consiguiera que su corazón dejara de latir y el dolor se marcharía, para siempre.

No escuchó tampoco lo que decían los médicos, una enfermera sugirió algo sobre los calmantes y él solo asintió. Pasó horas dejándose caer en aquella penumbra. Las palabras de Allyson resonaban dentro de su cabeza una y otra vez, y él se encogía en su pequeño agujero oscuro intentando ocultarse del mundo. Fue consciente de que Jeam iba y venía, unas veces solo, otras acompañado de los chicos, Baran también pasaba horas junto a él mirando la televisión de la habitación a la que le habían trasladado cuando pasó el peligro. Él se dejaba acompañar, comía las bandejas que traían las enfermeras y se empeñaba en mirar aquel maldito techo blanco. Hubiera querido ser valiente para escapar, pero cuando trató de moverse descubrió que no podía ponerse en pie sin ayuda. Tal vez era mejor así, porque seguramente habría hecho alguna tontería.

La vida siguió, como siempre sucede. Había aprendido desde muy pequeño a compartimentar el dolor, a esconderlo dentro de cajas con cerrojos hechos de lágrimas y sangre. No era nuevo para él. Los recuerdos de Allyson tan solo ocupaban unos meses. Era fácil esconderlos. Dejó de necesitar calmantes para dormir y caminó por el

cuarto apoyado en Jeam, que no le quitaba la vista de encima.

Había pasado una semana. El tiempo necesario para dejar una vida atrás.

Fácil. Limpio. Sencillo.

Casi tendría que dar las gracias a Misely por hacerle despertar de ese estúpido sueño dorado. Porque ahora sabía, sin sombra de duda, que nada de eso era para él.

Pensó en Hannah. Se esforzó por recordarla antes de que perdiera peso. Construyó una imagen falsa de su madre, aún así la retuvo con cariño. Había crecido en habitaciones sucias, sin muebles, rodeado de calles oscuras con el asfalto resquebrajado. Esas calles habían forjado su corazón y su cuerpo. Era el momento de seguir adelante, no olvidaría, eso jamás, llevaba impregnada en su piel la memoria del pasado, miserable y sucio, violento.

*

Habían intentado ayudarle. Todos. El problema es que no sabían cómo hacerlo. Cada uno de ellos conocía el dolor de las decepciones, del fracaso, pero era inútil hablar. Los sentimientos no se pueden intercambiar. Jeam jamás había visto a Evan en ese estado de letargo. Los médicos dijeron que la pérdida de sangre, la operación, los traumatismos sufridos, explicaban el cansancio, incluso la tristeza. Pero él sabía que el problema no estaba en su cuerpo. Asistió al terco silencio del chico y fue testigo de cómo por primera vez desde que le conocía su mirada perdía el brillo que hacía que se levantara una y otra vez del suelo cuando caía. Esta vez el golpe había sido demasiado duro.

Hizo lo único que podía hacer: estuvo a su lado.

Allyson no volvió a llamar y él no preguntó a Evan lo que había pasado entre ellos.

—¿Crees que estarás bien solo en casa? —Jeam no estaba tranquilo con la idea de tener que dejar a Evan solo en casa. Al menos en el hospital sabía que estaba vigilado.

—Voy a ir a trabajar contigo —dijo sentándose en la mesa de la cocina para comer el asado con verduras que había comprado Jeam en el hospital. Tenían el frigorífico repleto de comida lista para calentar en el microondas.

—No digas tonterías. Vendré a media mañana y comeré aquí.

—Iré a trabajar—repitió Evan juntando con el tenedor los trozos de zanahoria en un semicírculo en el borde del plato.

—Tienes que tomarte las cosas con calma. Ya has oído a los médicos. Así que te quedarás unas semanas en casa descansando.

—Necesito trabajar, Jeam. Si no es contigo, buscaré otra cosa, en el muelle seguro que puedo encontrar algo que me ocupe más del fin de semana.

—Cuando estés mejor, Evan —dijo Jeam, que empezaba a cansarse de la indiferencia del chico.

—Tengo que pagar las facturas del médico —explicó Evan llevándose a la boca un pedazo de carne que había conseguido salvar de la verdura.

—Evan, escúchame: no vas a trabajar. Vas a descansar. ¿Entendido?

—¡Tú no puedes decirme lo que tengo que hacer!

La repentina furia con que Evan contestó no le sorprendió. Estaba claro que lo que hubiera sucedido con Allyson le había dolido más que aquella maldita pelea.

El chico se levantó arrastrando la silla con rabia y le miró enojado y él, con toda la calma que pudo, se puso en pie con las manos en las caderas. Bastaba un simple vistazo para saber que Evan no podía trabajar, había perdido varios kilos y las marcas en su cara todavía eran visibles, y no solo por los puntos, se trataba de las ojeras que se habían instalado desde hacía días.

—Todo este tiempo te he dejado hacer lo que querías. ¿Dónde te ha llevado? ¡Casi mueres, Evan!

—Estoy aquí, ¿no? —grito Evan abriendo los brazos de forma teatral— Deja de preocuparte por mí, ya no soy un niño.

—Me pediste ayuda, Evan. Tú me pediste ayuda. Y te ofrecí mi casa.

—Si te preocupa el dinero, ya te he dicho que voy a trabajar. Te pagaré cada dólar. Y también cada jodida factura del hospital.

Jeam se pasó la mano por el cabello. Aquel chico conseguía sacarle de sus casillas. Si tan solo pudiera hacerle ver que se estaba comportando como un idiota.

—No tienes que pagarme nada.

—¡Te lo pagaré! —gritó con violencia y antes de que pudiera añadir nada más entró en su habitación y cerró la puerta de un golpe.

Impotente, Jeam se sentó para acabar su comida. Al terminar puso en una bandeja el plato de Evan junto con agua y una manzana para llevárselo a la habitación. No se molestó en llamar antes de abrir. Le encontró tumbado, girado hacia la pared. Parecía temblar. Preocupado, se acercó para comprobar si tenía fiebre.

Entre sacudidas que recorrían su espalda como pequeños temblores, Evan dejaba salir las lágrimas que había estado conteniendo todos esos días.

Jeam le cubrió con la colcha antes de salir y cerrar la puerta.

*

La noche era suficientemente cálida para disfrutar de una botella de vino en el porche. Allyson se había unido a Samantha y Owen en una cena improvisada.

—Si sigues dándome de comer voy a terminar redondo como un muñeco de nieve, Sam —se quejó Owen estirando las piernas

—Bueno, parece que a tu chico le gustas como estás —dijo a su hermano.

Por suerte ya había oscurecido y ninguna de las dos percibió el sonrojo de Owen.

—Cuéntanos algo de él —le animó Samantha rellenando las copas de vino.

—No hay mucho que contar —dijo, aunque una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿No has vuelto a llevarle a tu despacho? —preguntó irónica su hermana.

—¡Tu despacho! —exclamó Allyson sorprendida.

—No pasó nada en mi despacho, Ally —se apresuró a aclarar.

—Se besaron —recalcó Samantha—. Y desde entonces han mantenido el contacto. Aunque todavía no se han atrevido a dar el gran paso.

Allyson abrió los ojos asombrada.

—¿El gran paso? ¿Vas a pedirle la mano?

Samantha se echó a reír con ganas mientras su hermano le lanzaba una mirada asesina, mortificado por la situación.

—Sexo, Ally. Sexo —corrigió haciendo que él se tomara de un golpe el resto de la copa.

—Así que os va bien —comentó Allyson.

Desde la visita a Evan en el hospital había tratado de no pensar en él, pero parecía que el mundo se empeñaba en recordárselo. Por las enfermeras, supo que ya estaba en casa y bastante recuperado. Se había mantenido tan lejos como podía de las zonas en obras de hospital por miedo a encontrárselo, ni siquiera había ido al bar de Beth esas semanas.

En realidad, salvo para ir a trabajar, no había salido de casa.

Al principio se dijo que necesitaba aclarar las ideas y descansar, pero tenía que reconocer que poco a poco se había apoderado de ella una apatía insistente que comenzaba a parecerse mucho a la melancolía.

—¿Qué tal está Evan? —se atrevió a preguntar.

Los dos hermanos se miraron entre sí. Habían acordado evitar hablar de él durante un tiempo, o al menos hasta que Allyson volviera a la normalidad.

—Bien. Ya está en casa. Ha tenido mucha suerte —dijo sin mirar a Allyson.

Samantha aprovechó que estaba distraída para volver a rellenar su copa de vino. Prefería que Allyson ahogara las penas con ellos a que terminara en casa llorando sola, como había pasado otros sábados.

—¿Has hablado con Michael? —preguntó Sam para cambiar de conversación.

—¿Con Michael? ¿Qué ha pasado con él? —Owen miró con curiosidad a Allyson.

—Quiere que Ally se vaya a Boston con él —contestó Sam.

—Vaya. Podría ser una buena oportunidad —dijo Owen impresionado.

—Sería una oportunidad estupenda —dijo Sam mirando a su amiga—. Es un buen trabajo, un buen sueldo y un buen tipo.

Allyson, incómoda, suspiró.

—No voy a irme con Michael, Sam. Ya te lo he dicho. Me gusta mi trabajo aquí.

—Pero también te gusta él —repuso su amiga—. Hay que ser muy tonta para decir que no a un hombre como ese, Allyson. No vas a tener muchas oportunidades así.

—Hablas como si se tratara de comprar un frigorífico —replicó molesta.

—Deja que piense… —dijo Sam y miró al cielo de la noche como si estuviera de verdad buscando respuestas—: es guapo, tiene un buen sueldo, está interesado en ti y en la cama es estupendo. ¿Se me olvida algo?

No, no se le olvidaba nada, pensó Allyson. Ni ella misma entendía por qué seguía pensando en Evan en lugar de lanzarse y tener de una vez la vida que merecía.

Michael podría darle todo, ambos eran compatibles, lo sabía, le tenía afecto y estaba segura de que con el tiempo le querría; como había dicho Sam, funcionaban como pareja y además ambos eran médicos, así que nunca tendría problemas para explicar por qué llegaba tarde de trabajar o tenía guardia una noche.

—Tendríais unos hijos preciosos —apuntó Sam.

Su hermano la miró, confuso. Jamás había visto a Samantha ser cruel y ese comentario le parecía muy desacertado.

—¿Qué te parece a ti, Owen? ¿Te gusta Michael?

Él miró el fondo de su copa de vino, no le gustaba entrar en los juegos de su Samantha.

—Creo que Allyson no necesita a ningún hombre —dijo en voz baja—. A veces, Samantha, me sorprende lo insensible que puedes ser. Crees que sabes más que todos nosotros, como si nuestras vidas fueran

un mero divertimento para ti. Tal vez si vivieras tu propia vida no estarías tan preocupada por las nuestras.

El silencio que se extendió entre ellos fue tan frío como una piedra e igual de sólido. Samantha se levantó y, sin mirar a su hermano, entró en la casa mientras decía:

—Creo que me voy a dormir. Estoy cansada. Terminad el vino por mí.

Owen apretó los párpados. No había querido herir a Samantha, pero llevaba mucho tiempo viendo como ella empujaba a Allyson y a él mismo con esas ideas sobre el amor.

—¿Quieres un poco más? —preguntó antes de rellenar las copas y terminar la botella.

—Debes disculparte —dijo Allyson.

—Lo sé. Antes de irme subiré a verla —contestó apesadumbrado—. Ally, Sam se equivoca con Evan. La verdad es que ese chico no me gustaba para ti, pero creo que eso no es importante.

Ella se acercó a Owen y se recostó sobre su hombro, buscando consuelo en su viejo amigo.

—En serio, Allyson, lo importante es lo que tú sientes. Es tu vida.

—Me alegro de lo tuyo con Jeam —dijo Allyson antes de tomar otro sorbo de vino. Comenzaba a sentirse mareada y no quería terminar llorando—. Creo que eres muy valiente.

—¿Valiente? —repitió él mientras pasaba su brazo sobre Allyson con cariño—. Estoy aterrorizado, Ally. Ni siquiera sé qué hay entre nosotros.

—Vas a tener suerte, estoy segura. Va a ser distinto con él.

—No sé qué pasará. Solo sé que hacía mucho tiempo que no sentía algo parecido. Y estoy asustado.

—Tienes que dejar de intentar controlar todo. Sabes que Sam está bien, sé cuánto les cuesta a los pacientes recobrar su vida, olvidarse de la enfermedad. Tenéis que intentarlo. Su tipo de linfoma responde bien a los tratamientos y los análisis del último año son estupendos, estoy segura de que la próxima revisión será positiva. Así que es el momento de volver a vivir sin miedo, Owen, y si tú no lo haces, ella nunca lo hará.

Owen cerró los ojos. Deseaba creer a Allyson. Deseaba que aquella pesadilla hubiera terminado. Deseaba volver a los días en que no tenía miedo de hacer planes de futuro.

La noche era completa y las nubes habían desaparecido del cielo, arrastradas por un ligero viento. Allyson pensó en todas esas estrellas y entonces, repentinamente, recordó aquella noche en su jardín junto a Evan. Sin querer, dejó escapar una lágrima y Owen la apretó contra él.

—Todo se va a arreglar, Allyson, todo se arreglará —musitó al

besar su cabello.

Cuando por la mañana el olor a gofres inundó la casa, Owen se despertó en el cuarto de invitados con un ligero dolor de cabeza. Un poco de vino había sido suficiente para desatar su lengua; estando sobrio, jamás habría sido capaz de pronunciar esas palabras. Le debía una disculpa a su hermana.

Encontró a Allyson sentada en la mesa de la cocina frente a unos gofres bañados en chocolate.

—Vamos, dormilón, o te quedarás sin comer —dijo Sam al verle en la puerta.

—Buenos días —saludó y dio un beso a su hermana en la sien—. ¿Te he dicho ya cuánto te quiero?

Samantha le dedicó una espléndida sonrisa y añadió otro plato más a la mesa.

A veces el chocolate y el azúcar eran mejor para una reconciliación que las palabras.

*

El local de Beth estaba lleno ese viernes. Jeam se abrió paso entre empujones y disculpas hasta llegar junto a sus compañeros. Acodados en la barra estaban Baran y Evan, que por fin habían terminado la reforma en la vivienda de la costa. Por suerte los propietarios habían sido muy comprensivos con las circunstancias personales de ellos, aún así Jeam decidió regalarles una rebaja en el presupuesto final. La mejor publicidad era un cliente contento.

Beth le hizo una señal antes de poner una cerveza a su lado. El chico llevaba varias copas de más, los pequeños vasos vacíos alineados frente a él delataban su plan para emborracharse. Sin embargo, el ucraniano no parecía afectado, o al meno no tanto como Evan.

—¿Cuántas lleváis?

Evan le echó el brazo alrededor del hombro. Olía a tequila y tenía los ojos nublados por culpa del alcohol.

—No soy matemático, Jeam —bromeó—. ¿Te apuntas? Invita Baran.

Jeam se lo quitó de encima como pudo. Se había incorporado a trabajar después de estar quince días en casa como un gato enjaulado. Ese viernes era la primera vez que salía a divertirse. No podía echarle en cara que bebiera, no después de todo lo que había sucedido, pero tampoco le parecía que fuera lo mejor, hacía menos de un mes había estado al borde de la muerte.

Como si supiera exactamente qué estaba pensando, Baran retiró el vaso con tequila que Beth acababa de añadir a la hilera.

—Un poco más despacio, chico, no quiero cargar contigo.

En ese momento Jeam vio entrar a Owen junto a su hermana Samantha, tras ellos Allyson reía junto a un hombre que reconocía del hospital, seguramente otro médico. Apretó la mandíbula e hizo un gesto a Baran. Evan no necesitaba más problemas.

Todavía no había decidido si lo mejor era marcharse cuando Owen lo divisó entre la multitud y sin dudarlo se acercó.

—Vaya, es difícil verte fuera del trabajo —saludó con un golpe amistoso en la espalda.

—Sí, no salgo demasiado —contestó Jeam.

Como sucedía cada vez que se encontraba con él, Jeam sintió unas ganas terribles de besarle. Era una locura, pero desde esa primera vez en el pasillo de los aseos no había conseguido quitarse de la cabeza sus labios.

—Veo que Evan está mejor —dijo Owen cuando recibió un empujón involuntario del chico, que reía demasiado alto.

—Hay algo que tenemos que hablar —dijo Jeam poniéndose más serio—. He ido al departamento de administración del hospital, dicen que no tengo ningún cargo pendiente de pago y mi seguro tampoco me ha pasado las facturas.

—Está todo arreglado.

—Owen, necesito saber a cuánto ascienden las facturas —exigió —. El seguro médico de Evan no cubre todos los gastos, es solo una póliza de gastos mínimos para empleados.

—No te preocupes —intentó explicarse mientras tomaba la cerveza que Beth acababa de dejar junto a él—. Todos los hospitales disponen de fondos para estos casos, hablé con administración y está arreglado.

Jeam asintió, sospechaba que no era verdad, o por lo menos no toda la verdad.

—Owen, no quiero que esto sea un problema, el contrato que tengo para el mantenimiento es importante.

—No será un problema. Está todo arreglado —repitió impaciente —. ¿Te apetece tomar una cerveza?

Confundido, Jeam miró la jarra que sujetaba con su propia mano.

—Ya estoy tomando una cerveza.

—Bien, supongo que me he equivocado —dijo Owen y añadió señalando a Evan con gesto de reprobación—: No debería beber tanto.

En ese momento, Evan reparó en la presencia de Allyson y se quedó ensimismado mirándola.

—Creo que es hora de irnos. —Jeam aprovechó para pagar a Beth —. Oye, Owen, esa cerveza estaría genial cualquier otro día.

—Tienes mi teléfono —contestó el médico con una tímida sonrisa.

*

Baran estaba ayudando a Jeam a preparar una barbacoa en el maltrecho jardín de San Agustín. Había una caja de cerveza y un montón de carne en el frigorífico. El sol calentaba desde lo alto. Sentado en el suelo bajo la sombra del edificio, Evan los miraba preparar el carbón. Le dolía la cabeza por culpa del tequila de la noche anterior, un recordatorio de su propia estupidez.

Desde que había salido del hospital no se habían separado de él. Sabía que Baran y Jeam habían acordado vigilarle. No podía quejarse, de eso trata la amistad, suponía, de cuidarse unos a otros. Su deuda con Jeam corría peligro de convertirse en infinita, y no solo a nivel económico.

Seguía cobrando su sueldo cada semana y, después de calcular cuidadosamente sus gastos, guardaba el sobrante en el cajón del armario. Jeam le había asegurado que no tenía prisa por cobrar, aún así prefería estar preparado. Lo malo es que, después de un mes, se había dado cuenta de que a ese ritmo tardaría toda una vida en pagar a Jeam.

De vez en cuando pensaba en Allyson. Sucedía de improviso, sin planearlo, como aquella noche en que recordó la silueta de ella en la ducha. Eran imágenes que se colaban en su cabeza y se quedaban de forma insistente durante unos minutos. Al principio sentía dolor, algo parecido a una punzada en el pecho, y regresaba al amargo recuerdo del día que le dijo que no quedaba nada entre ellos.

Suponía que en algún momento esas imágenes dejarían de perseguirle, perderían brillo y nitidez, de la misma forma que los recuerdos de su madre se habían convertido en sombras grises. Porque al final, felices o dolorosos, los recuerdos siempre son como un viejo cuaderno desgastado que termina por ser ilegible.

Jeam intentó en un par de ocasiones hablar de ella, no consiguió una respuesta por su parte. No había contado nada porque a nadie le importaba. ¿Qué podían decir? No necesitaba compasión ni tampoco que se enfadaran con Allyson. Sabía que la culpa había sido de los dos, él había mentido y ella había mentido. Así de sencillo. Pero por dentro se recriminaba no haber hecho nada más por retenerla. Al final ganó aquel médico estirado.

Era extraño como en unos meses su vida había cambiado tanto. No podía regresar a Nueva York, se había quedado sin familia y estaba atado hasta su muerte a Jeam por culpa de una deuda. Y el culpable de todo era él mismo. No tenía veinticinco años y su vida ya había terminado.

—¿Quieres una cerveza?

—Dios, no, todavía recuerdo el tequila de anoche —contestó a

Baran que llegaba para sentarse a su lado—. ¿Crees que es buena idea dejar a Jeam solo con el fuego?

—Está encantado. Siempre se queja y me cuesta convencerle, pero luego lo pasa en grande.

—¿Y a ti no te gusta?

Baran se encogió de hombros y abrió la cerveza.

—Está bien aquí. Quiero decir, todo el rollo de jardín, fiesta con los amigos, barbacoa, cervezas y partido.

—¿En tu país no hay barbacoas?

—¿En Ucrania? Nunca lo he visto. Claro que allí las cosas son un poco diferentes.

—¿Diferentes cómo?

—Como con un ejército por las calles —soltó Baran sin dar importancia al comentario—. Estos días he estado dando vuelta a algo.

Evan esperó, intrigado. Trabajar con Baran había sido una grata sorpresa, el tipo era mucho más cercano y amigable que la mayoría de la gente bajo ese aspecto duro y frío.

—No sé tú, pero yo no me veo trabajando toda la vida en la construcción. Quiero tener algo mío.

—¿Tu propia empresa? ¿Vas a dejar a Jeam?

—No, no —se apresuró a negar—. Verás, he pensado que estaría bien tener nuestro propio gimnasio. Un lugar donde los jóvenes puedan aprender lucha sin meterse en problemas, ya sabes. Con unos vestuarios y unas duchas decentes, y hasta un buen masajista.

—Estaría bien.

—No hace falta que sea grande, nada llamativo. Un local sencillo, un *ring* y unos cuantos sacos. ¿Qué te parece?

—Bien, me parece bien —repitió Evan. Era una idea estupenda.

—¿Te gustaría participar?

El ofrecimiento le desconcertó. Jamás se había visto como el dueño de nada.

—Estoy arruinado, Baran. Por el resto de mi vida. Debo un montón de dinero a Jeam.

—He hablado con él. Está de acuerdo.

—¿Qué habéis hablado? —preguntó atónito.

—Podríamos trabajar por las tardes al principio, hasta que tuviéramos suficientes alumnos. He echado el ojo a un local. El alquiler es barato. Hay que arreglarlo un poco, pero eso no es problema, ¿verdad?

Impresionado, Evan le dejó continuar y descubrió que Baran llevaba tiempo con la idea de formar su propio gimnasio en la cabeza. Por lo visto, la pelea de Evan le había decidido a lanzarse.

—¿Qué opinas?

—Yo… no sé qué decir —confesó.

—De acuerdo entonces —dijo Baran ignorando sus dudas—. Una cosa más, chico, Jeam te ha matriculado en unos cursos sobre gestión empresarial en la escuela nocturna. Es algo así como un intensivo sobre gestión de negocios. Porque yo no pienso encargarme de las facturas ni nada que tenga que ver con el papeleo.

Definitivamente, Evan estaba sin palabras. Se dijo que tenía los ojos nublados por culpa del humo, aunque estaba muy lejos, sí, era el humo, o quizá que tenía alergia. Porque él no acostumbraba a llorar. En el jardín, Jeam seguía absorto en la barbacoa, empeñado en conseguir un fuego uniforme.

Dando por terminada la conversación, Baran se levantó y fue al frigorífico a buscar la carne.

Evan levantó la cabeza y miró la porción de cielo que tenía sobre él. Era azul. Tan azul como los ojos de Allyson. La echaba terriblemente de menos. A veces se imaginaba que la llamaba y hablaban por la noche como antes y él podía contarle todas aquellas tonterías, como que Jeam había descubierto un arañazo en su coche. Pero ese tiempo había pasado y ahora no tenía nadie con quien compartir su vida, aunque fueran buenas noticias como ese negocio con Baran.

—¡Vamos, Evan! ¡Ya vienen los chicos!

Jeam señaló los coches que aparcaban frente a la iglesia. Los chicos de San Agustín bromeaban y reían, acompañados por hermanas, novias y amigas. Era un grupo tan extraño como perfecto.

Pero eso no fue lo más extraño. Tras ellos, un elegante coche oscuro aparcó y vio descender a Owen con una botella de vino en la mano.

18

El cuatro de julio llegó puntual. Como cada año, Cora llamó a su hija Allyson para invitarla a pasar unos días disfrutando del calor abrasador de California. Y como cada año, Allyson declinó la invitación. Lo último que deseaba era terminar roja como un cangrejo por culpa del sol.

En su lugar, Allyson organizó una comida con la ayuda de Samantha, que se encargó de cocinar. Junto a ellas estarían Owen, Jeam y Michael.

¿Cómo había terminado por invitar a Michael? Era fácil de explicar. Casi cada noche recibía una llamada de él desde aquella primera vez en que la propuso viajar a París. Y ella había terminado por acostumbrarse. Las conversaciones casi siempre versaban sobre el trabajo y los pacientes, a veces él se atrevía a explorar temas más íntimos y bromeaba sobre ese viaje a Europa junto a ella. Allyson reía sus ocurrencias y cuando colgaba el teléfono tenía una sensación agridulce. No sabía si le estaba engañando o si esas conversaciones formaban parte de algo que no quería ni atreverse a pensar.

Así que le invitó a pasar unos días en su casa y él aceptó al instante.

Esa mañana estaba tomando su segundo café junto a Samantha, que vigilaba un enorme pastel de chocolate que estaba en el horno.

El timbre de la puerta resonó fuerte y claro y ella corrió a abrir.

—¡Aquí estoy!

Michael, con una gran sonrisa y un enorme ramo de flores, estaba parado en la puerta con una maleta pequeña a sus pies.

—Gracias, son preciosas. —Allyson cogió el ramo de flores y fue a la cocina para buscar un jarrón que pudiera contener todo aquel derroche de colores.

—Sé que no te gustan los ramos de flores, siempre decías que eran cadáveres de colores, pero no he podido resistirme —Michael entró en la cocina tras ella y al ver a Sam se detuvo.

—Samantha se encarga de la comida. Lo agradecerás, es mil veces mejor cocinera que yo. Owen y Jeam tienen que estar a punto de llegar —explicó Allyson—. ¿Te apetece una cerveza? ¿Un vino?

—Una cerveza está bien. ¿Puedo ayudar en algo?

—Tranquilo, todo está listo. La comida está caliente y las bebidas frías —Allyson le ofreció una cerveza y abrió otra para sí misma.

A las doce en punto el timbre de la puerta volvió a sonar y apareció Owen vestido de forma informal con Jeam a su lado.

En el jardín de Allyson la mesa estaba lista. Los platos blancos, rojos y azules tenían una variedad de ensaladas, las cervezas estaban alineadas en el centro junto con dos botellas de vino tinto y el olor a pollo frito se extendía desde la cocina.

—Habéis preparado un verdadero banquete —Owen se sentó junto a Jeam y cogió con los dedos un trozo de manzana aderezado con salsa de mostaza.

—¡No empieces todavía! —le regañó Allyson tomando asiento en la cabecera de la mesa.

Justo en ese momento, Samantha salió con una enorme fuente blanca.

La bebida comenzó a correr entre brindis, risas y felicitaciones a la cocinera.

—¿Qué tal te va en Boston, Michael? El H.G.M. tiene fama de ser un hospital muy competitivo.

—Lo es. A veces ni siquiera sé en qué día de la semana estoy o si es turno de noche o de día.

—Yo no podría vivir así. Me gusta dedicar tiempo a mis pacientes.

—Lo hacemos, dedicamos tiempo a los pacientes. El trabajo de investigación y la implantación de nuevas técnicas es constante. No puedes relajarte. Pero te aseguro que compensa. Nunca pensé que aprendería tanto.

Owen escucha a Michael con atención, los ojos del médico relucían emocionados cuando hablaba de su trabajo.

—No lo dudo. Pero no es para mí. Me gusta vivir en una ciudad pequeña. Y no creas que nuestro hospital no es un buen lugar.

—No, claro que, no me malinterpretes. Es solo que si quieres estar al tanto de los últimos avances, necesitas ejercer en un gran hospital. Allyson, por ejemplo, podría formarse en las terapias más modernas.

Todos miraron a Allyson, que no había hablado demasiado durante la comida.

—Sería estupendo tenerte en Boston. —Michael cogió su mano mientras hablaba—. Y no todo es trabajar. Hay buenos restaurantes, teatros…

—Aquí también hay buenos restaurantes —interrumpió Jeam.

Michael frunció el ceño y miró a Jeam sin entender por qué aquel hombre desprendía tanta animosidad contra él.

—Estoy seguro, pero Boston…

—No somos un puñado de paletos —dijo Jeam—. Lincoln es una ciudad perfecta.

—Sí, claro, si has nacido aquí supongo que es diferente. —

Michael intentó no prestar atención a los comentarios.

—Soy de Nueva York. —el tono tajante de Jeam fue tan cortante como su mirada—. Hay cosas que tiene más valor que una carrera profesional.

—Ya, claro. pero cuando uno estudia medicina es diferente. No todos están capacitados, por supuesto eso no es malo. —Michael miró a Jeam sin dejarse intimidar—. La universidad es una gran máquina de cribar a los mediocres.

Alrededor de la mesa se escuchó un coro de toses incómodas.

—Bueno, chicos, basta de hablar de trabajo. —Sam se levantó con una sonrisa encantadora— ¿Todavía tenéis un hueco para la tarta de chocolate?

Allyson se apresuró a ayudar a su amiga con los platos para la tarta. La conversación entre los hombres había desaparecido. Jeam parecía más enorme que nunca, con la espalda tiesa y el puño apretado con fuerza alrededor de una botella de cerveza. Owen, había posado la mano sobre su pierna y bebía su copa de vino a pequeños sorbos.

Michael retiraba las fuentes de ensalada, estaba arrepentido, ni siquiera creía las palabras que había dicho, pero no pensaba disculparse.

Claro que con un postre tan maravilloso como los que preparaba Samantha era fácil olvidar cualquier enfado. Aún así, Jeam no abandonó su expresión hosca y ceñuda y él y Owen se marcharon pronto, acompañados por Samantha, que decidió que no quería quedarse de carabina.

—Es la mejor tarta de chocolate que he comido nunca.

Michael saboreaba los últimos pedazos de chocolate de su plato. Era la segunda vez que repetía postre. Habían tomado asiento en el sofá del porche después de recoger la mesa.

—¿Crees que tu amiga vendría a Boston a cocinar para mí?

Allyson sonrió y dio otro trago a su copa de vino. La tarde era demasiado calurosa, incluso en el jardín.

—Solo aceptaría si Owen estuviera allí. Son inseparables.

—¿Y tú? ¿Vendrías a Boston?

La pregunta quedó en el aire entre los dos. Ella no se atrevió a mirarle a los ojos. había llegado el momento de decidir qué significaban todas esas charlas a media noche.

—Allyson, ¿vendrías? Puedo ayudarte a concertar algunas entrevistas. Seguro que puedes continuar tu formación allí.

Michael dejó el plato vacío en la mesita de metal y miró los árboles que tenía frente a él.

—Este lugar es precioso. Sabes que no pienso lo que he dicho antes. Es solo que me puse nervioso, ese tipo me miraba como si

tuviera algo contra mí. Me había juzgado antes de que yo pronunciara una palabra —Arrepentido, cogió su mano y le acarició la muñeca trazando pequeños y suaves círculos. —. ¿Sabes lo que más me gusta? No hay ruido. En mi apartamento no puedo abrir las ventanas, el estruendo del tráfico es horrible hasta por las noches. Aquí se respira tranquilidad. Tal vez debería hablar con el director Shelby y solicitar algún puesto.

Ella continuó en silencio y poco a poco la mirada azul de Michael se tiñó de comprensión y tristeza.

—El otoño es una época perfecta para visitar París, dicen. La ciudad tiene ese encanto decadente y triste que la envuelve como si las lágrimas de todos los enamorados se empeñaran en llover una y otra vez sobre sus calles. Podríamos ir. Alquilaríamos una pequeña habitación desde la que se viera el Sena y desayunaríamos en alguna terraza cerca del río.

Pero ella no dijo nada. Los minutos pasaron y se llevaron con ellos el sol de la tarde, dejando que el horizonte se tiñera de color anaranjado.

—Creo que buscaré un hotel cerca del aeropuerto. Cambiaré mi vuelo.

Allyson apretó los ojos y contuvo las lágrimas.

—Michael, lo siento.

—Tranquila. No pasa nada. Creo que me he dejado llevar por todas esas tonterías de París. Está claro que tú tienes otros planes. Lo que no entiendo es por qué has querido que venga hoy.

—Yo no sé… —Allyson titubeó. ¿Qué podía decirle? —. Michael, te prometo que esperaba que esto funcionara.

—Yo también, Allyson.

Se levantó y cogió la chaqueta que había dejado en el respaldo del sofá.

—Tiene suerte.

Allyson frunció el ceño.

—Tiene suerte —repitió Michael—. El tío del que estás enamorada. Tiene suerte.

Y sin añadir nada más, salió de la casa después de darle un beso en la mejilla.

*

El verano estaba siendo el más caluroso de la década. Evan nunca había sido un adicto a la playa. En Nueva York la ciudad te absorbía, los muros de ladrillo y hormigón eran el único paisaje que te rodeaba día y noche. Aunque hubiera mar, parques y un enorme cielo sobre ti,

el asfalto se convertía en tu camino preferido. Eso significaba ser neoyorkino. Desde que vivía en Lincoln había descubierto que podía disfrutar de la playa y eso era lo que en ese preciso momento estaba corroyéndole por dentro. Llevaba dos horas con el culo plantado en aquella silla, pegado a la mesa de la cocina, rodeado de papeles y libros, rotuladores y bolígrafos. Y todo, ¿para qué? No conseguía retener esas malditas palabras.

Resopló al escuchar a Jeam. Regresaba a casa. Y no lo hacía solo. Las últimas semanas la presencia de Owen era mucho más habitual de lo que a él le gustaría. No podía quejarse, esa no era su casa. Además, el tipo era simpático y educado. Podría haber sido un imbécil ruidoso y grosero, eso le habría puesto más fácil odiarlo. Pero era imposible no sentir simpatía por él. Además, sospechaba que era el responsable de que le hubieran tratado con tanta rapidez en el hospital.

—Buenas noches. Traigo la cena. —Jeam mostró unas bolsas con el logotipo de un restaurante asiático.

—Dame un minuto y os dejo la mesa —dijo y se apresuró a recoger todo el material que había esparcido sobre ella.

—No te preocupes, vamos a comer viendo una película. ¿Te apuntas?

Evan no sabía qué contestar. A veces se sentía incómodo junto a ellos. Sabía que Jeam evitaba los gestos románticos, incluso el más leve roce de sus manos, y Owen terminaba tercamente callado.

—Jeam me ha dicho que a final de mes tienes los exámenes. —Owen echó un vistazo a los papeles y los libros y frunció el ceño como si no le gustara lo que veía.

—Sí. Si no consigo aprobar, tendré que esperar tres meses para volver a intentarlo —contestó pasándose la mano por el cabello.

—¿Y cómo lo llevas?

—¿La verdad? —Evan miró desesperado el libro que tenía abierto frente a él. Las fórmulas le parecían un montón de dibujos sin sentido. Por más que lo había intentado, seguía sin entender cómo usar todo aquello.

—No es fácil, ¿verdad? —Owen separó la silla y se sentó. Sin pedir permiso, comenzó a revisar sus apuntes—. En la universidad usábamos juegos nemotécnicos para recordar las fórmulas estadísticas.

—¿Juegos? —dijo Evan arrugando la frente.

—Juegos nemotécnicos —repitió Owen—. Verás, hay formas de conseguir que todo esto entre en la cabeza. Puedo ayudarte. Aunque las matemáticas no son lo mío, esto no parece muy complicado.

Evan le miró con rabia. Suponía que para un médico esos libros eran una tontería, pero para él estaba siendo tan difíciles como escalar el Everest.

—Lo primero es organizar bien el tiempo. Te ayudaré con estos

apuntes y trabajarás la parte teórica. El resto, creo que con un par de tardes serás capaz de entenderlo.

Sin esperar respuesta, se levantó y se fue con Jeam, que ya había servido la comida en los platos y sacado una botella de vino. Esa era otra novedad, desde que se había vuelto un habitual de la casa, había vino en lugar de cervezas los fines de semana.

Arrastró la silla y fue al frigorífico por una botella de cerveza para él. No estaba dispuesto a beber vino. No había vuelto a hacerlo desde esa noche con Allyson.

Jeam señaló un plato con pasta y verduras que había servido para él y Evan se sentó en el sofá que quedaba libre. La película era una de esas sobre batallas de la Segunda Guerra Mundial que le gustaban a Jeam. En cuanto terminó su plato, lo llevó a la cocina y se asomó para despedirse.

—Creo que voy a seguir con esto en mi cuarto —dijo recogiendo los libros.

Cuando estuvieron a solas, Jeam aprovechó para pasar el brazo sobre el hombro de Owen.

—Gracias por ayudarle —dijo al dejar un beso en su sien.

—Espero que lo consiga. Estudiar en verano es horrible.

—Sí. —Jeam recordaba su época en la universidad nocturna, había conseguido sacarse algunos cursillos y entender un poco de impuestos—. Evan no pudo ir al instituto, pasaba el día en el gimnasio y con trabajos mal pagados.

—¿Y sus padres? —preguntó extrañado Owen.

—Su madre era una drogadicta. Tuvo suerte de que ninguno de los novios de ella le matara cuando era un crío. Y jamás ha probado las drogas. La primera vez que le vi tenía doce años y era un saco de huesos. Se alimentaba de bocadillos y pasteles que robaba en el supermercado.

—¿Tú le enseñaste a pelear?

De repente, el rostro de Jeam cambió al ser consciente de que había hablado demasiado.

—Baran ha encontrado un viejo garaje a buen precio —comentó cambiando de tema de conversación—. Está reconvirtiéndolo en un gimnasio. Ha dado unos meses de fianza así que tiene que abrir cuanto antes. Mañana iré a ayudarlos con la obra.

Owen hizo como si no se diera cuenta del cambio en la conversación. Dio un trago a la copa de vino y se recostó sobre el pecho de Jeam.

—Podemos cenar juntos cuando acabes, si te apetece. Me han hablado de un restaurante en la playa. Buen marisco y buenos cócteles.

Después de varias semanas viéndose, Owen estaba harto de cenar

siempre encerrados. Si Jeam fuera una mujer habrían recorrido ya buena parte de los restaurantes de la ciudad. La cuestión era que la relación con Jeam iba a un ritmo tan lento que a veces tenía dudas de si en realidad salía con él o eran solo amigos. Ni siquiera había ido a su apartamento y estaba claro que con Evan viviendo con él, no se encontraba cómodo cuando estaban en su casa.

—Llamaré para reservar a las ocho.

Jeam no contestó y el resto de la película estuvieron callados. Ni siquiera terminaron la botella de vino y esta vez cuando Owen se marchó lo hizo sin darle un beso.

*

—¿No vas a coger el teléfono? —preguntó Evan.

Jeam miró su teléfono móvil. Lo había dejado sobre una de las mesas junto las llaves del coche y la cartera.

—Si es algo importante, llamarán otra vez —dijo mientras Baran y él empujaban una estantería hasta dejarla pegada al rincón.

Después de cinco segundos de silencio el teléfono comenzó a sonar de nuevo.

—Pues debe ser importante. —Evan se acercó al aparato para echar un vistazo—. Es Owen. Y es la cuarta vez que llama.

Jeam siguió como si no hubiera escuchado nada. Así que Evan hizo una locura y contestó él mismo.

—Hola, Owen.

Al escucharle, Jeam se giró tan rápido que Baran se encontró sujetando él solo la estantería.

—¡No sueltes, joder!

Jeam tuvo que decidir si corría a quitarle el teléfono a Evan o evitaba que Baran acabase sepultado bajo la estantería que estaban fijando a la pared.

—Casi hemos terminado, así que supongo que es buen plan. —Evan hablaba con Owen sin quitar ojo a Jeam, esperaba que de un momento a otro le arrancara el teléfono.

—Sí, perfecto. Yo se lo digo. Adiós. —se despidió rápidamente al ver que Jeam ya tenía las manos desocupadas.

—¿Qué has hecho? —rugió dirigiéndose a él.

—Quedar con tu novio a las ocho. En la playa. En la entrada norte del muelle.

Evan no había visto a Jeam tan enfadado desde hacía mucho tiempo, así que se preparó para echar a correr si era necesario, no estaba dispuesto a pelear.

—Es decir, has quedado tú, no yo.

Pero la aclaración no calmó a Jeam, sino que hizo que resoplara.

—¡Dame el teléfono! —gritó otra vez.

—No. —Con mucha calma, Evan se guardó el aparato en el bolsillo trasero del pantalón.

—¡Dame el puto teléfono ya! —Jeam estaba cada vez más cerca y la vena de su frente latía peligrosamente.

—¿Qué es lo que pasa? —Evan comenzó a andar hacia atrás a la vez que Jeam se aproximaba.

—¡He dicho que me lo des!

—¿Pero se puede saber qué coño te pasa? —Baran intentó sujetar a Jeam por el brazo antes de que pudiera hacer una tontería.

Jeam consiguió arrebatarle el teléfono a Evan, resoplaba enfadado y miraba la pantalla como si estuviera a punto de arder.

—Vamos chicos, un poco de calma —Baran estaba junto a ellos listo para separarlos si se enzarzaban en una pelea.

—¿No quieres ir a cenar? ¿Es eso? Pues tío, dile que venga a casa. Se pasa casi todas las noches en casa.

Por la cara que puso Jeam, Evan se dio cuenta de que había dado en el clavo.

—¿No quieres que os vean juntos? —La pregunta hizo que Jeam sacudiera la cabeza, pero siguió sin mirarle a los ojos—. Venga, Jeam, en algún momento tendrás que salir con él a la calle.

Como si de golpe todo el cansancio de la semana le cayera encima, Jeam se derrumbó en el suelo y dejó caer la cabeza hacia delante.

—Perdona, Jeam, no quería meterme, ha sido una tontería. Le llamo y le digo que no puedes ir —dijo Evan al verle tan afectado.

Baran sacó unas cervezas del frigorífico de segunda mano que habían comprado y se sentó junto a ellos en el suelo.

—Venga, Jeam, qué pasa. Cuentas con nosotros, lo sabes.

Tuvieron que pasar varios minutos antes de que Jeam se decidiera a mirarles a la cara y, cuando lo hizo, había una triste desolación en sus ojos.

—Estoy jodido. Eso pasa. Ni siquiera hemos follado.

Evan y Baran se miraron entre ellos, mudos.

—Llevamos viéndonos más de tres meses —continuó Jeam con la mandíbula tan tensa que casi podían escuchar cómo crujían sus huesos —. Y no hemos follado.

—¿Crees que le siguen gustando las mujeres? —Evan no entendía cuál era el problema. Eran dos adultos y estaba claro que se gustaban —. ¿Es eso?

—No lo entiendes. —Jeam sacudió la cabeza y se pasó la mano por el pelo, angustiado—. Me gusta demasiado.

Baran soltó una palabra que no entendieron y meneó la cabeza

con el ceño fruncido.
—Llevas razón, no lo entiendo. — Evan decidió que era el mejor momento para pinchar a Jeam y conseguir de esa forma hablara de una vez. Empezaba a hacerse una idea de lo que estaba pasando.
Jeam resopló y decidió guardar el teléfono en el bolsillo de su pantalón. Evan enarcó la ceja y puso esa sonrisa de listillo.
—Tienes miedo. Es eso.
—¡No tengo miedo! —Jeam levantó la cabeza de golpe, sus ojos brillaban, feroces y amenazantes.
—Claro que lo tienes —insistió Evan—. Estás acojonado porque te has enamorado de él. Eso es lo que pasa. Y como no tienes el valor suficiente para reconocerlo, prefieres dejar de verle.
Jeam resopló, cada vez más cabreado.
—Eres un cobarde. —Evan sabía que estaba tentando demasiado su suerte, pero Jeam necesitaba un empujón, estaba claro.
—Tú no puedes hablarme de cobardía —escupió las palabras y se encaró con él, Evan dio un salto hacia atrás, poniendo espacio entre ellos—. Ni siquiera eres capaz de estar en el mismo lugar que Allyson sin salir corriendo.
—No, no, no —dijo haciendo un gesto con la mano—. Esto va de ti y de Owen. Va de que tienes a un tío estupendo colado por ti y te estás escondiendo.
—¿Crees que no lo sé? No es tan fácil, Evan. No sabe nada de mí. —Jeam se detuvo, como si no tuviera nada más que decir.
—Porque tú no le cuentas nada, Jeam.
—Vi su cara cuando estabas en el hospital. ¿Crees que aceptará sin más que está saliendo con un matón? ¿Y luego, qué? ¿Seremos felices para siempre?
Evan miró a Baran en busca de un poco de apoyo. Entre los tres, sumaban la fuerza de media docena de hombres, sin embargo, parecía que cuando se trataba de sentimientos no eran capaces de comportarse mejor que un adolescente asustado.
—Lo que hicieras en el pasado no tiene solución, Jeam —Baran comenzó a hablar como si hubiera meditado cada palabra. Su voz era firme y ronca, y se dirigía a ellos de la misma forma en que un general habla a sus soldados, con la certeza de que solo existe un camino correcto y una única forma de recorrerlo—. Solo depende de ti que siga influyendo en tu futuro. Tomaste la decisión, dejaste Nueva York y has trabajado para tener una nueva vida. Las pesadillas no van a desaparecer, Jeam, pero no tienes que despertarte solo el resto de tu vida. No sé si Owen será el indicado, pero estoy seguro de que habrá alguien para ti. Deja de esconderte.
Evan pensó que aquellas palabras hablaban más sobre el propio Baran que sobre Jeam.

No era fácil. Jeam llevaba viviendo con su propia condena desde hacía muchos años y lo peor era que ni él mismo sabía cómo salir de la cárcel que se había autoimpuesto. A veces no es fácil dejar atrás los errores del pasado, a veces nos persiguen y otras somos nosotros los que queremos, desesperadamente, estrecharlos entre nuestros brazos, aunque sean un montón de alambre de espinas.

—¡Tengo una idea! —exclamó Evan con tanto entusiasmo que Jeam resopló temiéndose lo peor—. ¿Y si organizamos una exhibición? Algo sencillo, con los chicos de San Agustín. Podemos hacer una pelea al mejor de cuatro. Inauguramos el gimnasio y enseñamos lo que podemos hacer. Muchos de los padres de los chicos no los han visto nunca pelear. Y seguro que otros se animan a entrenar cuando nos vean. ¿Qué os parece?

Una ligera sonrisa atravesó el rostro de Jeam, pero antes de contestar esperó que Baran asintiera.

—Seguro que cuando Owen te vea en el *ring* lo tendrá todo claro —le animó Evan.

—Hace años que no subo a un *ring* —comentó Jeam negando con la cabeza.

—Estoy seguro de que sigues siendo mejor que todos ellos. Además, pelearás conmigo o con Baran. No hay nadie de tu peso. ¿No estás deseando darme una paliza?

Evan parecía tan entusiasmado que Jeam no tuvo más remedio que aceptar, además, la idea no era mala.

—Voy a dejarte en el suelo en quince segundos —aceptó Jeam y ambos miraron a Baran, que seguía en silencio.

—De acuerdo —dijo al fin y extendió la mano para estrecharla con Evan—. Pero yo no pelearé. Y es mi última palabra.

Evan se apresuró a aceptar la mano de Baran que tiró de él para atraparle con un fuerte abrazo y le plantó tres besos sonoros en las mejillas antes de que el chico tuviera tiempo de reaccionar.

—Sabía que serías un buen socio —dijo Baran rompiendo a reír al ver la cara de sorpresa de Evan—. ¿Invitarás a Allyson?

La sonrisa de Evan desapareció al instante y esta vez fue Jeam el que tuvo que presionar.

—Es lo justo. Owen vendrá a verme a mí.

—No tengo nada con Allyson —se quejó Evan.

—Ni con ella ni con nadie, Evan. Ya nos hemos dado cuenta. ¿Cuánto hace? ¿Cuatro meses? ¿Seis?

—No le intereso, Jeam. Me lo dejó muy claro.

—Pues para no interesarle pregunta mucho —comentó Jeam.

—No quiero que te metas en esto, Jeam, en serio. Déjala en paz.

Baran le dio un puñetazo en el hombro y chasqueó los labios.

—Sois igual de idiotas los dos. Tenéis la oportunidad frente a

vosotros, pero preferís revolcaros en la culpabilidad. Pensaba que los únicos fatalistas del mundo eran los rusos, pero desde luego vosotros ganáis. Me dan ganas de golpearos hasta que entréis en razón.

Jeam y Evan le miraron con el entrecejo fruncido, tan parecidos que podían pasar por familia.

—Tú —dijo Baran señalando a Jeam—, invita a Owen y encárgate de que Allyson sepa que es bienvenida. Y tú —se giró a Evan, que miraba con cara de pocos amigos—, será mejor que des un buen espectáculo para tu chica.

Y murmurando algo en un idioma que no entendían, se dio la vuelta camino de la salida.

*

Miró otra vez el teléfono. Habían pasado treinta y cinco minutos desde que el camarero le había puesto la primera copa de vino blanco. Esta era la tercera. Desde la mesa podía ver las olas romper en la arena, una imagen típica y romántica que cualquiera subiría a su Instagram o pondría como perfil en una red social. El sol había desaparecido hacía un rato y la luna era una fina rodaja que no iluminaba esa noche. Se dijo que era lo mejor, una de esas lunas llenas que miran los enamorados sería demasiado difícil de soportar. Terminó la copa de vino e hizo una seña al camarero. Menos de dos minutos más tarde, abandonaba el restaurante con paso apresurado.

Entonces lo vio.

Estaba sentado en un pequeño muro de piedra que delimitaba la playa. La cabeza le colgaba hacia delante, tenía los hombros caídos y no se movía.

Con las manos en los bolsillos, Owen se apoyó contra las piedras, junto a Jeam, sin decir nada.

—Quería entrar —dijo Jeam después de unos largos minutos—. Quería entrar, en serio.

Owen le miró, seguía con la vista clavada en el suelo y los dedos apretaban con fuerza la roca blanca, como si estuviera a punto de caer.

—¿Y por qué no lo has hecho? —preguntó. Había muchas respuestas posibles y todas ellas se le antojaban dolorosas. Aún así, tenía que saberlo.

—No venía vestido para un sitio así.

Si no tuviera ese aspecto tan desolado, Owen se hubiera echado a reír al escucharle. Era la excusa más estúpida que había oído nunca y más viniendo de Jeam, que parecía ir sobrado de seguridad en sí mismo. Entonces pensó que quizá ese era el problema, que no estaba

seguro en absoluto de lo que estaba haciendo, y una extraña ternura lo invadió. Suspiró aliviado al saber que él no era el único que estaba asustado.

Por alguna razón le angustiaba encontrar a Jeam en ese estado. Siempre era fuerte y decidido. Sus besos no mostraban dudas, solo hambre, y él podía dejarse llevar. Era fácil.

Indeciso, Owen puso su mano sobre la de él, pero siguió sin moverse.

—¿Puedo invitarte a una hamburguesa?

Jeam tardó un momento en asentir. Cuando por fin levantó la cabeza miró a Owen de aquella forma apasionada que hacía que el médico olvidara todo. Entrelazó sus dedos con fuerza y le besó. Owen cerró los ojos aturdido por el repentino asalto y se olvidó de que cualquiera podía verlos y podrían tener algún problema por estar besándose en medio de la calle, hasta que las manos de Jeam se colaron dentro de su chaqueta para comenzar a sacarle la camisa.

—Espera, Jeam, espera. —Le apartó con decisión y el otro aceptó con reticencia.

—Una hamburguesa —dijo Jeam mordiéndose el labio sin apartar sus ojos de los suyos.

Owen recompuso su ropa y le señaló el camino por el muelle hasta un restaurante que parecía a un quiosco de comida rápida. Compraron un par de hamburguesas y unas latas de cerveza que el camarero metió en una bolsa de papel con un puñado de servilletas.

Sin decir nada, Owen se dirigió a la playa. Los zapatos eran incómodos para caminar por la arena y en cuanto se acercó lo suficiente a la orilla para tener un poco de soledad se sentó. Iba a destrozar el traje, la arena y la sal no eran fáciles de limpiar en la tintorería, pero total solo era un traje. Se aflojó la corbata y esperó que Jeam se sentara a su lado. Estaba un poco mareado por el vino que había tomado en el restaurante.

Sacó su hamburguesa y comenzó a comérsela, más por hacer algo que por tener realmente hambre.

—Lo siento. —Escuchó a Jeam decir—. No sé qué decirte.

—No te preocupes. Una hamburguesa está bien —fue lo único que se le ocurrió contestar. No tenía ganas de pensar demasiado, empezaba a arrepentirse de no haberse ido a su casa.

—Owen, he estado pensando.

Abrió su cerveza mientras Jeam hablaba. Esa maldita frase nunca presagiaba nada bueno.

—Nosotros somos muy distintos. Mírate. Estás en la playa comiendo una hamburguesa vestido con un traje que no tiene pinta de ser barato.

—No es nuevo —comentó Owen mientras seguía bebiendo. Ojalá

se hubiera llevado el resto de la botella de vino del restaurante o, mejor aún, ojalá se la hubiera bebido entera.

—Somos distintos —dijo Jeam.

—Eso ya lo has dicho —señaló. Entonces se giró para enfrentarse a él—. ¿Qué es lo que quieres decir? Suéltalo, Jeam. Ya soy mayorcito para escucharlo.

Los ojos de Jeam parecían tan dulces como la miel, Owen pensó que si no tuvieran ese color casi dorado le sería más fácil odiarle, gritarle, incluso darle un puñetazo. Pero estaba a su lado mirándolo como si le doliera tanto decir aquellas palabras como a él escucharlas.

—Dilo —le exhortó.

Jeam apartó la mirada, dolorido, y observó línea del océano frente a él, el lugar donde el agua se convertía en cielo.

—¿Sabes? Es curioso. Le he repetido a Allyson mil veces que da igual si Evan es más joven, si no tiene estudios; le he dicho que si le quiere da igual todo —hizo una pausa y se rio con amargura—. Y llegas tú y me dices que somos distintos. ¿Sabes qué, Jeam? Lo somos. Siempre lo hemos sido. Y ambos lo sabemos. Desde aquel beso en el pasillo de los baños. Lo sabemos. Así que no digas más tonterías. Vete. Es fácil. Márchate.

Esperó que el otro se levantara, pero no sucedió. A su alrededor el sonido de las gaviotas era lo único que se escuchaba.

—Nunca he tenido una relación —dijo de repente Jeam—. Un par de noches, como mucho. En el mundo en que movía en Nueva York no es fácil ser gay. Lo sabían, claro, todo termina sabiéndose, pero es mejor para todos mirar para otro lado y fingir que no pasa nada. Incluso tuve una novia unos meses. Ella me acompañaba a los combates y salíamos por ahí con los compañeros. Era divertida y todos pensaban que yo era afortunado. Hasta que no pude seguir mintiendo.

Jeam se detuvo, el momento de dar un paso adelante había llegado, lo sabía, pero no se atrevía a mirar a Owen a los ojos. Prefirió seguir con la vista en el horizonte, tal vez si fingía que estaba solo, que nadie le escuchaba, sería todo más fácil.

—Los últimos años trabajé como guardaespaldas para Misely. No es el tipo de cosa que se planea, ¿sabes? Supongo que uno no elige ese trabajo, el trabajo te elige a ti. Y un día me encontré con una buena proposición. —Se encogió de hombros y respiró llenando sus pulmones con el aire salado—. Acepté. En esos momentos no veía nada malo, era la oportunidad de ganar mucho dinero y de paso conseguir el respeto que siempre había deseado. Nadie se atrevería a meterse conmigo. Pharell me enseñó todos los detalles, me presentó a los tipos que importaban y a los que solo eran carne para usar. Las noches se hacían interminables entre combates, cobros y un montón de chicas a nuestro alrededor… o chicos. Daba igual. Conseguir los

favores de Larry era un buen reclamo para ellos. Y me dejé llevar. Al cabo de un año estaba tan metido en la organización que Larry me dejaba estar a su lado durante las transacciones y los tratos. Era su hombre de confianza.

Cerró los ojos antes de continuar. Si se detenía ahora, tenía una oportunidad de que Owen siguiera con él, si seguía hablando, probablemente esa noche la pasara solo. Y todas las demás. Abrió los ojos y eligió ser valiente, porque Owen importaba, porque le quería y porque estaba harto de esconderse.

—Una noche Larry me llamó a su despacho. Tenía una hermana pequeña. Una chica preciosa. Por lo visto se había enamorado de uno de los chicos del barrio y llevaban viéndose a escondidas varios meses. Su hermana era una chica dulce e ingenua, no creo que supiera lo que podía pasar y desde luego el chico tampoco. Cuando Larry supo que estaba embarazada y que pensaba abortar, decidió actuar. Encontré al chico y lo llevé al gimnasio. Al día siguiente apareció muerto en un callejón.

Dejó salir el aire de golpe y esperó. Owen no había dicho nada, pero tampoco se había movido.

—Después de ese día comencé a hacerme preguntas. Veía a otros chicos en el gimnasio, los entrenaba, tomaba unas cervezas con ellos, y no dejaba de pensar quién sería el siguiente en aparecer tirado en cualquier contenedor. Hasta que tomé una decisión. Ahorré todo el dinero que pude y entré a hablar con Larry. No le hizo ninguna gracia que abandonara el negocio, pero me debía eso. Después de todo yo había ayudado a limpiar el honor de su familia. Y llegué a Lincoln. Pensaba que había dejado todo atrás hasta que un día Evan me llamó por teléfono pidiéndome ayuda. El resto ya lo sabes.

Jeam soltó el poco aire que le quedaba. Se fijó en el suave golpeteo del agua, corría hasta la orilla y al segundo siguiente se alejaba arrastrando la arena, robando migajas de playa, y pensó que ojalá se llevara también sus palabras y Owen siguiera junto a él.

—Nunca planeé tener a nadie. Tienes que entenderlo. Estoy acostumbrado a vivir solo. Y ahora tengo a Evan. Y te tengo a ti. —Jeam pensó que necesitaba ver los ojos de Owen, solo así sabría qué pensaba, así que se armó de valor y se giró hacia él.

No esperaba encontrase con la mirada serena de Owen. Había esperado indignación, incluso asco, sin embargo, sus ojos oscuros brillaban reflejando una calma que hizo que el corazón de Jeam saltara en trizas.

—No tengo ni puta idea de qué hacer, Owen. Esa es la verdad.

—No eres el único que está asustado —dijo con calma—. Tampoco sé qué hacer. Si me has contado todo eso esperando que te dejara, te has equivocado. No soy un ingenuo, sé que no eres un

príncipe azul, y tampoco tengo ni idea de qué va a pasar, Jeam. Pero estoy harto de vivir a medias.

El aire del océano les golpeaba y la humedad dejaba un rastro helado en su rostro. Jeam alargó la mano y colocó un mechón rizado que había escapado hasta su frente.

—Tienes el pelo más largo —observó—. Me gusta.

Owen le besó como respuesta, Jeam sujetó su cuello y se alejó un poco, apoyando la frente contra la suya.

—Nunca he sido un cobarde.

—Entonces, veamos qué pasa. Solo eso —dijo Owen cerrando los ojos—. Quiero dejar de esconderme.

—¿Dejar de esconderte?

—Sí. Estoy harto de cenar en tu casa. Quiero salir como cualquier pareja normal.

Jeam resopló. Él también estaba cansado de esconderse. Y la idea de Evan le pareció perfecta para lanzarse de una vez por todas.

—Evan ha pensado organizar unos combates para inaugurar el gimnasio. Me gustaría que vinieras. —Jeam sintió como si tuviera el estómago lleno de piedras mientras esperaba la contestación, aunque sabía que ya había conseguido lo más difícil, si Owen aceptaba, significaba que todos los verían juntos.

—¿Pelearás tú?

—Sí. Contra Evan. Seguramente me ganará.

—¿Seguro? No creo que Evan pueda ganarte.

Jeam sintió una punzada de puro deseo al ver la facilidad con la que Owen había aceptado su vida y la confianza irradiaba. Estaba claro que había sido un idiota por dudar de él.

—Intentaré ganar para ti, pero estoy desentrenado —dijo con un tono de voz mucho más grave.

—Estoy deseando verte. —Antes de que pudiera decir nada, Owen sonrió y le robó un beso, casto y sencillo—. Vámonos antes de que mi traje quede destrozado del todo.

La risa de Jeam le golpeó sobre los labios antes de que se besaran.

—¿Vamos a mi apartamento? —preguntó Owen al comenzar a caminar—. Tengo una botella de vino que te gustará.

*

—Los resultados de la resonancia de Sam han llegado —Allyson dejó unos papeles sobre la mesa del despacho de Owen antes de sentarse frente a él.

—¿Has hablado con ella? —No podía ocultar los nervios al ojear los papeles.

—Sí, esta mañana ha venido a mi consulta. Y he aprovechado para echarle una pequeña regañina.

Owen se pasó los dedos por los párpados, era difícil contener las lágrimas cuando se trataba de su propia hermana.

—La próxima revisión será dentro de seis meses. La verdad, estoy segura de que podríamos esperar un año.

Su amigo terminó de leer el informe y profirió un sonoro suspiro.

—Esto es bueno. Muy bueno. Aunque no justifica el cansancio de los últimos meses —comentó Owen abriendo las ensaladas que eran su almuerzo.

—Sam está bien. Dieta, ejercicio y vivir. Es lo que recomiendo a mis pacientes. Insisto, Owen, tiene que comenzar a vivir.

—Lo sé. Se lo he dicho mil veces, Ally. No es bueno que esté sola, ha ido apartándose de todos los amigos, tan solo quedamos tú y yo.

—Me he dado cuenta. Y últimamente su carácter ha empeorado. A veces me da miedo ir a su casa.

Owen no encontró divertido el comentario, pero sabía que era cierto. Él mismo discutía demasiado a menudo con Samantha.

—Podíamos hacer algo este fin de semana. Si tú se lo propones no podrá negarse.

—¿Tú crees? —preguntó con escepticismo.

—Jeam participa este sábado en un torneo de lucha —comentó tratando de no mostrar demasiado interés, estaba de acuerdo con Jeam en que ella y Evan necesitaban hablar—. No es nada oficial, creo que ni siquiera habrá un premio. Y la verdad, no me apetece ir solo.

—¿Un torneo de lucha?

Owen revolvió su ensalada antes de continuar.

—Sí. Evan también estará.

Ella levantó la cabeza de golpe y le miró muy seria.

—No voy a ir.

—No te entiendo, Allyson. ¿Crees que no me doy cuenta cuando preguntas a Jeam como si fuera una casualidad? —Owen la preguntó, molesto por su actitud. Esta situación venía durando demasiado tiempo y estaba claro que ella no había conseguido olvidar a ese chico —. Y él hace lo mismo, deja caer algunas frases, te cuenta cómo está el chico. A veces me dan ganas de arrastrarte junto a Evan a la fuerza y terminar con toda esta tontería.

—Entre nosotros no puede haber nada, Owen. Somos incompatibles.

Él frunció el ceño, pero al momento su expresión cambió. Si Samantha estuviera allí, seguramente se sentiría orgullosa al verle lanzar el anzuelo a Allyson.

—Estoy de acuerdo contigo. De hecho, creo que Jeam y yo tampoco somos compatibles.

—Lo vuestro es diferente —se apresuró a decir ella.

—¿Diferente? ¿Por qué? —preguntó con fingida inocencia.

—Es diferente —insistió Allyson—. Tú y él tenéis algo juntos, solo hace falta tener ojos para verlo.

—Allyson —la llamó bajando la voz, mirándola con ternura—. Nunca te he visto sonrojarte como cuando hablas de él. Te brillan los ojos, te tiemblan las manos… No finjas que no sientes nada por ese chico.

—Claro que siento algo. Pero es solo físico. Nada más —repuso cruzándose de brazos reclinada en la silla.

—¿Solo físico? —La risita de Owen se escuchó perfectamente—. Entiendo. La verdad es que es sexi. Y tiene un buen culo.

—¡Owen! —le regañó sorprendida.

—Eres una hipócrita —dijo con firmeza—. Lo siento, es lo que creo. Te mientes a ti misma. Entre Evan y tú hay mucho más que sexo. Y todo ese rollo de si sois o no compatibles son tonterías. Si no, ¿por qué no lo has intentado con Michael? Deberías estar ahora mismo en Boston con un anillo enorme en el dedo, preparándote para tu futuro como esposa y madre. Es el candidato ideal. Todavía estás a tiempo de hacer las maletas, lo sabes, ¿verdad?

Allyson resopló y volvió a atacar su ensalada.

—No quiero irme de la ciudad, eso es todo —dijo mientras se metía en la boca un trozo de tomate unido a una porción de queso bañada en salsa de yogurt.

—¿Y por qué se lo contaste a Evan? Sigo sin entenderlo. Si no ibas a irte con Michael, ¿para qué contarle que te habías acostado con él?

—Aunque te parezca increíble, una relación tiene que estar basada en la sinceridad. Ese es el problema, entre nosotros había demasiados secretos.

—Y tú decidiste sincerarte en el mejor momento —soltó sarcástico.

Allyson no se defendió. No estaba orgullosa de sí misma por la forma en que había terminado su relación con Evan. Recordaba la imagen de él en el hospital, las magulladuras en su rostro y sus ojos, rotos de dolor, mientras ella desgranaba una a una las palabras antes de despedirse. Se había dicho a sí misma que era necesario, que tenía que hacerlo, pero no conseguía quitarse de la cabeza cómo la luz que siempre iluminaba los ojos de Evan había desaparecido con cada palabra que decía.

—Sé que me porté mal —musitó mirando el tenedor de plástico con el que comía.

—Algo más que mal, Ally. Si hubieras sido un hombre, Jeam te habría partido la cara. Destrozaste a ese chico.

—¿Y crees que no lo siento? ¡No podía hacer otra cosa!

—Sí, podías hacerlo. Podías ser valiente, Ally —dijo su amigo.

—No digas tonterías, Owen.

—¿Sabes lo que es una tontería? Que seas tan obstinada para no disculparte. Estoy seguro de que él te perdonaría. Lo sé. Está intentándolo, ¿sabes?

—¿Intentándolo?

Allyson no tenía intención de ceder, aunque últimamente sentía cómo sus fuerzas flaqueaban cada día más y a duras penas conseguía contener las ganas de llamarle.

—Ha estado estudiando todo el verano. Va a abrir un gimnasio con otro de los hombres de Jeam, ese tío que parece un marine. Irá un montón de gente. He invitado a varios compañeros del hospital.

—Me lo pensaré —dijo mordiéndose el labio inferior—, pero solo si viene Sam.

—Por supuesto que irá. —Samantha ya había aceptado la invitación, aunque Allyson no lo supiera—. Tal vez conozca a alguien allí. Con Sam todo es posible.

Allyson sonrió con el último comentario y pinchó el último trozo de verdura.

—¿Crees que a él le importará que vaya? Quiero decir —dijo dubitativa—, no hemos vuelto a hablar.

—Bueno, por lo que me cuenta Jeam, no ha vuelto a salir con nadie. Algo me dice que estará encantado de verte otra vez.

Cuando ella ocultó su tímida sonrisa, Owen supo que hacía lo correcto, todavía no estaba todo perdido, solo hacía falta que les dieran un último empujón.

19

Allyson se bajó del taxi y esperó a que Owen pagara. Junto a ella, Samantha miraba con curiosidad a la gente que esperaba para entrar.

—No pensé que habría tanta gente —comentó Owen, sorprendido—. Vamos por aquí, Jeam me ha enseñado una entrada trasera.

Le siguieron por la calle hasta entrar a un pasadizo camuflado tras una verja metálica. Hizo una llamada por teléfono y un minuto después se abrió la puerta y apareció un muchacho muy alto con el pelo afro y una camiseta negra con el símbolo de un toro en la espalda.

—Jeam está calentando, así que yo os enseño el gimnasio. Hay bastante gente ya, pero hemos guardado un lateral con unas cuantas sillas para los invitados más importantes. —Mientras hablaba, caminaba atravesando un pasillo que todavía olía a pintura fresca, escucharon voces tras una puerta de cristal y el chico les hizo una seña para que no se detuvieran—. Mejor no les molestamos. Nunca había visto a Jeam tan irritable. Normalmente es un tío tranquilo, jamás le he visto pelear en un partido, pero hoy no ha parado de echar unas miradas asesinas a todo el que se acercaba, y hasta ha gritado a Baran.

Tras la última puerta les esperaba el gimnasio. Como había dicho el chico, un nutrido grupo de amigos se había congregado para ver las peleas. Owen conocía de vista a muchos por las barbacoas en San Agustín y también por su trabajo en el hospital. Pero esta vez estaban acompañados de muchos padres y madres. También había muchas caras conocidas del hospital.

En una de las esquinas habían organizado una barra y no se sorprendió al ver a Beth encargándose de servir las bebidas, aunque solo había refrescos y cerveza.

—Estas son vuestras sillas. Pasadlo bien.

No les dio tiempo a darle las gracias, el muchacho desapareció tan rápido como había llegado y se unió a los demás compañeros del equipo de baloncesto de Jeam.

La música rock sonaba bastante alta y los techos elevados dejaban rebotar el sonido que formaba una manta atronadora sobre ellos.

—¿Sabes quién va a pelear? —preguntó Allyson mirando el *ring* con gesto impaciente.

—Es un pequeño torneo —explicó Owen. Esos días Jeam le había puesto al día dándole unas pequeñas nociones de lucha—. Peleará

Jeam, Marisa, Daniel y Evan. Echarán a suerte las parejas para empezar. Los tiempos son muy cortos, creo que intensos, por lo que me ha explicado Jeam. Así que será rápido.

La música bajó de volumen y como si esa fuera la señal que todos esperaban se reunieron alrededor del cuadrilátero. Los familiares y amigos cercanos ocuparon los asientos y Baran salió a echar un vistazo.

—Buenas noches, Owen —saludó el padre Joseph al sentarse a su lado—. ¿Nervioso?

—Tengo curiosidad por ver a Jeam, padre Joseph.

—¿Nunca has visto un combate? —preguntó con una sonrisa perspicaz—. Tómalo con calma, hijo.

Owen frunció el ceño por el comentario, pero prefirió no decir nada.

—Eres Allyson, ¿verdad?

—Sí, Allyson Sanders —contestó estrechando la mano del párroco.

—Encantado de conocerte, por fin. Y tú eres Samantha, sin duda. Tienes la misma mirada inteligente que tu hermano.

No pudieron continuar con las presentaciones. La música cesó y Baran se situó en el centro del cuadrilátero. Vestía unos pantalones de camuflaje y una camiseta negra ajustada. Antes de comenzar a hablar echó un vistazo a su alrededor.

—Gracias por estar aquí —comenzó y pareció que esa noche su acento era mucho más cerrado de lo habitual—. No voy a extenderme. Aquí lo importante es ver una buena pelea, no las palabras. Hay unas reglas. Os quiero fuera de las cuerdas. Nada de tocar, empujar o acercarse demasiado.

Sin decir nada más, hizo una señal a tres chicos enormes que se situaron junto a las cuerdas mirando al exterior.

Owen cogió la mano de Allyson, era inútil fingir que no se estaba muriendo de los nervios tanto como ella. Ni siquiera escuchó el sorteo. Lo siguiente que vio fue a Daniel frente a una chica de estatura media que debía ser Marisa. Los dos hicieron una breve ceremonia antes de mirarse cara a cara y esperar el sonido que indicaba el comienzo del combate.

Las patadas sucedieron a los golpes con el puño, Marisa era más rápida que Daniel y no necesitó más de un minuto para derribarle. El chico se levantó con cara de pocos amigos y esperó los segundos de rigor hasta que Baran hizo la señal para comenzar el segundo tiempo. Esta vez ella necesitó casi los tres minutos completos para conseguir hacerse con el punto necesario. Dos de tres significaba que había ganado y Baran levantó su brazo para mostrarla al público.

Hubo un descanso que les pareció eterno y por fin Jeam apareció.

Llevaba un calzón negro, vendas del mismo color en los tobillos y un casco azul como sus guantes. Lo que más impresionó a Owen fue su torso brillante. El aceite marcaba sus músculos mientras se movía a ligeros saltos, como si no fuera capaz de permanecer quieto más de una milésima de segundo. En uno de los movimientos, sus miradas se cruzaron y Owen tragó despacio para mantener el corazón dentro de su pecho.

Evan estaba al otro lado de las cuerdas con aquella sonrisa que tan bien le definía. Sus calzones eran rojos y plateados y la cicatriz de su abdomen era todavía visible. A simple vista, Jeam le sacaba varios centímetros de altura y era más pesado.

Los gritos estallaron, atronadores, cuando Baran hizo la señal para comenzar. Evan se lanzó sin perder un segundo. Aunque la pelea era amistosa, los golpes no eran de entrenamiento. Estaba claro que se batían con ganas.

Y fue un fuerte rodillazo contra la cabeza de Evan lo que marcó el fin del primer tiempo entre las exclamaciones del público.

Samantha miraba atónita a su hermano, que había comenzado a gritar animando a Jeam. Jamás habría pensado verle tan entusiasmado. Le recordaba mucho a los hinchas de los partidos de hockey que terminaban a puñetazos en el descanso del partido.

Y Allyson no se había quedado atrás. Después de ver a Evan aparecer en el *ring*, tuvo que reconocerse a sí misma que estaba más sexi de lo que nunca hubiera imaginado.

El segundo punto fue difícil. Jeam apresó a Evan y mantuvo la llave tanto tiempo como pudo soportar los codazos contra sus costillas. Finalmente, Baran los separó y dio por ganador a Jeam. Evan se revolvió, enfadado. Aunque había aceptado que la pelea era desigual, no estaba dispuesto a dejarse vencer sin presentar una buena batalla. Cabreado, golpeó a Jeam con el guante sobre el pecho y dijo algo que solo él pudo escuchar. Jeam le empujó y dio un paso hacia Baran. Hubo algo muy parecido a una discusión entre los tres. Baran los increpó con dureza, pero ellos no dieron su brazo a torcer. Entonces, mientras el público gritaba impaciente, Baran les ayudó a quitarse los cascos.

Una mirada felina atravesó el semblante de Evan en el momento en que miró a Allyson. Ella se quedó sin aliento. No conocía al Evan que estaba en el *ring*. Era como un animal salvaje, sus movimientos hacían ondular todos sus músculos y sus ojos oscuros brillaban feroces.

El público guardó silencio por orden de Baran hasta que este indicó el comienzo. Entonces el gimnasio entero estalló.

Los golpes se volvieron rápidos, Evan esquivaba un puñetazo un segundo antes de lanzar su propia patada contra la cadera de Jeam y

alejarse antes de que este pudiera atraparle. El tiempo se hizo eterno, como si tres minutos fueran iguales a un día. Hasta que Evan derribó a Jeam con una patada en la rodilla.

Baran anunció que Evan ganaba por dos a uno y todos vitorearon y aplaudieron.

Owen se dejó caer en la silla, respiraba excitado después de desgañitarse animando a su novio. Durante esos tres últimos minutos, el médico calmado y sereno se había transformado en un enajenado hincha. Claro que a su alrededor todos animaban a gritos formando un coro ensordecedor de voces.

El último combate se resolvió en solo dos tiempos. Marisa era una luchadora exigente que planificaba cada movimiento, pero no consiguió que Evan perdiera la posición una sola vez. Finalmente, Baran alzó su brazo y le declaró ganador.

El público se arremolinó alrededor del *ring* y los cuatro participantes se saludaron entre golpes amistosos. Cuando bajaron, les costó abrirse paso, todos querían felicitarlos. Baran tuvo que esforzarse para llevarlos a los vestuarios. Pronto la música volvió a sonar y se anunció que volvían a servirse bebidas.

Mientras se alejaba camino del vestuario, Jeam hizo una seña a Owen.

—¿Vamos a saludarlos?

—Os espero con el padre Joseph, no creo que Jeam quiera verme a mí —dijo Samantha guiñando un ojo a su hermano.

Owen cogió la mano de Allyson para obligarla a seguirle, la música estaba tan alta que no podía escuchar sus quejas.

—¡Aquí llegan los fans, chicos! —Baran los dejó entrar. El vestuario no era grande. Había tres duchas en la pared, pero solo una de ellas tenía puerta. Baran tiró una toalla a Jeam, que cerró el grifo y la envolvió en su cintura antes de darse la vuelta.

—¡Joder, Baran, avisa de que hay visita! —gritó Daniel tapándose tan rápido como pudo.

Allyson se echó a reír al ver el pequeño alboroto. Tanto ella como Owen estaban acostumbrados a ver a todo tipo de personas desnudas.

—¿Te ha gustado? —preguntó Jeam sin saber muy bien qué significaba su expresión.

Como respuesta, Owen le plantó un beso delante de todos. Todavía excitado por la pelea, Jeam le atrapó entre sus brazos y estuvo a punto de levantarle del suelo.

—No he ganado —murmuró cuando por fin se separaron.

—Ha sido increíble. Además… —Owen susurró el final de la frase en su oído y Jeam terminó con una enorme sonrisa en la cara.

—¿Y tú, Allyson? ¿Te has divertido?

—Ha sido intenso. —Allyson no quitaba ojo a lo que sucedía en el

banco más cercano a la pared.

Evan hablaba con la luchadora Marisa, una chica que no tendría mucho más de veinte años, y ella bromeaba sin preocuparse por estar vestida solo con unos shorts y un sujetador deportivo. El color tostado de su piel contrastaba con el pálido torso de él, todavía brillante por el aceite del combate. Sintió una punzada de celos al ver la familiaridad con la que los dos se trataban, sobre todo cuando él la ayudó a recogerse el cabello mojado en una coleta.

Cuando Evan reparó en la presencia de Allyson, se apresuró a mirar al suelo, incómodo. Ella reparó en la cicatriz de la operación, también en un nuevo tatuaje, pero sobre todo en los músculos. Estaba más delgado, sin embargo, parecía que cada parte de su abdomen se había cincelado con esmero.

—Esperaré fuera. —Allyson se disculpó y salió antes de hacer ninguna tontería. Estaba claro que Evan no formaba ya parte de su vida.

El mismo público que había gritado con violencia durante la pelea, ahora se divertía charlando con la música disco de fondo. Todos se conocían y pese a que había bastantes compañeros del hospital, Allyson se sintió una completa intrusa. Descubrió que Samantha charlaba animada con un muchacho latino que no dejaba de sonreír, así que fue a la barra, pidió una cerveza y se dijo que esperaría media hora antes de marcharse a casa.

—Buenas noches.

Sobresaltada, Allyson se giró y casi se dio de bruces con Evan.

—Me ha sorprendido verte —dijo él mientras hacía una señal a Beth, que le pasó una botella de agua.

—Owen insistió. No quería venir solo —mintió.

—¿Y qué te ha parecido? —preguntó Evan.

—Es la primera pelea a la que asisto. —Allyson, no quería reconocer que había sido mucho más excitante de lo que había pensado—. ¿Son siempre así? Quiero decir, no ha habido golpes realmente, ¿verdad?

—Ha sido amistoso —explicó Evan con los labios formando una suave sonrisa—. Los combates nunca se pueden suceder. Tienes al menos un día para descansar. Hoy solo hemos marcado los golpes. Ni siquiera Jeam me ha pegado duro.

—Has perdido peso —dijo Allyson intento evitar mirar directamente a los ojos a Evan.

—He estado entrenando. Baran me hace trabajar. Es un buen entrenador. Sabe hacerte suplicar por cien flexiones más.

Allyson sonrió y Evan sintió cómo su corazón daba un vuelco. Había echado de menos esa sonrisa un poco avergonzada, y en esos momentos fue consciente de cuánto deseaba abrazarla bien fuerte.

—Abrimos el gimnasio dentro de una semana —continuó hablando con la esperanza de que de esa forma ella no se marchara—. Si quieres venir a entrenar, te haremos un precio especial.

—¿Yo? ¿A pelear?

—Es bueno para descargar adrenalina. Piénsalo.

—¿Cómo esa chica? —Allyson miró en dirección a Marisa, que hablaba animada con Jeam—. Es increíble.

—Lo es —repitió él—. Marisa es rápida y fuerte.

—Pero la has ganado —puntualizó Allyson, sin dejar de mirar a la chica que, según su opinión, se paseaba con demasiada comodidad en un top que dejaba ver su estómago firme y musculoso.

—No ha sido una pelea justa. Marisa solo es peso *Bantam*[5]. No debería competir conmigo —explicó Evan.

En ese instante, la luchadora se giró y al encontrarse con la mirada de Evan le guiñó el ojo.

—Es muy joven —dijo Allyson, como si hablara para sí misma.

—Tiene veinte años. Es una luchadora imparable. Y no solo en el *ring*. Este año ha empezado la universidad. Es muy inteligente.

A Allyson no le pasó desapercibida el orgullo con el que Evan hablaba de Marisa. Sabía que no tenía derecho a tener celos, sin embargo, era imposible no sentirse herida al ver cómo él hablaba de otra mujer. Sobre todo, porque Marisa era mucho más adecuada para Evan. Se movían en el mismo ambiente y tenían mucho en común.

—¿Qué tal te va? —preguntó Evan deseando saber algo más de ella—. Hace mucho tiempo que no te veía.

—Bien —se apresuró a contestar Allyson—. Ya sabes, lo normal, mucho trabajo y guardias en el hospital.

—Te veo muy bien.

Evan mostraba una sonrisa perfecta, pero si Allyson no hubiera estado tan preocupada observando a Marisa habría visto que tenía los ojos invadidos por la melancolía.

—Tú también estás bien —dijo ella.

Hubo un silencio incómodo en el que ambos se miraron. Por sus cabezas pasaron mil frases, mil posibles formas de decirse cuánto se echaban de menos. Ninguno fue capaz de abrir los labios para decirlas, tal vez porque sabían que si lo hacían terminarían besándose.

—Voy a buscar a Owen para despedirme. Mañana tengo que trabajar —mintió Allyson.

—Te acompaño a coger un taxi.

—No te preocupes. Esta es tu fiesta. Me iré con Samantha.

Evan echó un vistazo a su alrededor y vio a la hermana de Owen, estaba hablando con otro de los chicos de San Agustín y no parecía aburrirse. Entonces, Allyson se acercó a ella y tras intercambiar unas palabras las dos mujeres se encaminaron hacia la salida.

Al ver como se le escapaba Allyson, Evan pensó en echar a correr tras ella y convencerla para que se quedara, más tarde él mismo la acompañaría a casa, es más, estaba dispuesto a hacerlo el resto de las noches de su vida. Pero no podía alcanzarla. Aunque solo estuvieran separados por unos metros, entre los dos había un abismo tan grande como una galaxia. Nunca volvería a despertarse junto a ella, jamás probaría de nuevo el sabor de sus besos. Y esa certeza le dolía más que mil puñetazos.

*

—Venga, Ally, solo vamos a tomar algo al bar de Beth.

—Estoy cansada, Owen, de verdad.

—Yo también estoy cansado. Pero es viernes.

—No pienso ir de carabina.

Owen llevaba diez minutos tratando de convencerla para que le acompañara. Hacía más de un mes que no salían los tres juntos como en los viejos tiempos. Desde que su relación con Jeam se había afianzado, tanto su hermana como Allyson se habían alejado. Le dolía pensar que tenía que elegir entre él o ellas.

—Creo que también irá Evan. —No era demasiado sutil, pero era lo mejor que tenía para convencerla.

La mueca de disgusto de Allyson le dejó claro que no iba a funcionar esta vez.

—Estoy cansada —repitió mientras sacaba los cubiertos del lavaplatos.

Vestida con su viejo chándal gris era bastante convincente, pero su amigo no se dio por vencido.

—Por favor —dijo con una teatral y triste expresión.

—¿Por qué insistes tanto? —terminó por explotar ella—. Ve con Jeam. Yo no te hago ninguna falta.

—Te equivocas —replicó Owen—. Me haces falta. Eres mi mejor amiga, Allyson. Y no me gusta ver lo que haces.

—No hago nada. —Exasperada, Allyson dio un golpe al cerrar uno de los armarios de la cocina.

—Exacto. No haces nada. Te pasas la semana trabajando y luego te encierras en casa hasta que llega el lunes otra vez. Últimamente ni siquiera aceptas las invitaciones de Sam para comer. Estamos preocupados.

Owen cogió su mano y ella dejó el paño de cocina sobre la mesa.

—Vamos, Allyson, dime qué te pasa.

—No lo sé —confesó abatida—. A veces siento que todos os estáis moviendo menos yo.

—Pues hazlo. Muévete —la animó intentando dar un paso de baile con ella.

—Ya no sé cómo hacerlo, Owen. No tengo ni idea de lo que debo hacer. Tal vez debería marcharme —dijo zafándose de sus brazos.

—¿Marcharte? ¿Quieres irte de Lincoln? —preguntó sorprendido.

—Sí —dijo Allyson—. He estado pensando en la propuesta de Michael.

Owen, atónito, dio un paso atrás y se sentó en la silla junto a la mesa de la cocina.

—Sería una buena oportunidad para mi trabajo —continuó Allyson cada vez más segura.

—¿Ir con Michael? ¿Lo dices en serio?

Como ella no contestó, Owen reflexionó unos instantes antes de añadir nada.

—¿Quieres a Michael? ¿Es eso?

—No —le aclaró Allyson—. No se trata de amor. Es trabajo, Owen.

—A ver, no sé si te entiendo. Dices que te irás con Michael, pero que no le quieres, solo es trabajo. ¿Y eso lo has hablado con él? Quiero decir ¿vas a decirle a Michael que no se haga ilusiones que solo vais a ser colegas o vas a fingir que sois pareja para poder trabajar allí? ¿Realmente lo has pensado?

Como ella no dijo ni una palabra, Owen siguió presionando.

—¿De verdad harías eso? ¿Saldrías con Michael?

—Claro que no. No voy a salir con él.

—Joder, Allyson, deja de decir tonterías. —Owen se levantó y dio unos pasos por la cocina—. ¿Cuándo vas a reconocer que sigues enamorada de Evan?

—¿Y qué más da? —preguntó enfadada Allyson—. Entre Evan y yo no hay nada.

—Porque tú no quieres, Ally —replicó señalándola con el dedo.

—El que dice tonterías ahora eres tú.

—Sé muy bien lo que digo. Solo tienes que llamarle y estará aquí en cinco minutos, Allyson.

Ella se mordió el labio para ocultar la sonrisa que estaba a punto de traicionarla.

—Me pregunta por ti, ¿sabes? Y yo hago como que no me doy cuenta —explicó Owen—. No te ha olvidado. Y tú tampoco a él. Así que no entiendo por qué no estáis juntos.

—Sabes muy bien por qué —le recordó Allyson.

—Sí. Sé por qué le dejaste. También sé por qué se comportó así, Ally. Y seguro que si le dejaras te lo explicaría él mismo. Desde que salió del hospital no ha dejado de trabajar, se ha esforzado mucho y ha conseguido su título en economía. Él y Baran están luchado duro

para sacar ese gimnasio adelante.

—Lo sé.

—¿Entonces? ¿Por qué no le llamas de una vez?

Allyson miró a través de la ventana de la cocina. Afuera la noche dejaba sombras oscuras sobre el jardín. El invierno había llegado y ella ni siquiera recordaba cómo habían pasado los meses.

—No soy su tipo, Owen. Es sencillo. Él está mejor con alguien como esa chica, Marisa.

—¿Con Marisa? ¿En serio?

—Sí. En serio. Es perfecta. Es joven, guapa, y tiene muchísimo en común con él.

—Y también tiene novio —soltó Owen para zanjar de una vez por todas ese tema—. Desde hace un año sale con un estudiante de derecho que trabaja de camarero en una hamburguesería del centro. Se conocieron en una de las barbacoas de la iglesia, los padres de él forman parte de la comunidad.

Sorprendida por la explicación de Owen, se sintió un poco tonta. Su amigo la cogió de las manos y la miró con cariño.

—¿Sabes por qué tú eres perfecta para Evan? —esperó hasta que ella negó con la cabeza y entonces sonrió antes de añadir—: Porque eres la mujer que él quiere, Allyson. No sé por qué todos nos damos cuenta menos tú.

Owen vio como una tímida sonrisa asomó al rostro de Allyson, parecía que poco a poco empezaba a comprender.

—He pensado celebrar en mi casa la Navidad este año. Muchos compañeros no pueden ir con sus familias porque trabajan al día siguiente, así que celebraremos una cena. Todavía tengo que decírselo a Jeam, pero estoy seguro de que le parecerá bien.

Miró a los ojos a Allyson y con su índice hizo que levantara la barbilla.

—Vendrá Evan. Así que cómprate un vestido que le deje sin aliento.

Al momento, Allyson sintió sus mejillas arder.

—Y ahora, por favor, ponte algo y vente a tomar unas cervezas. No voy a irme de aquí sin ti.

De puntillas, Allyson le dio un beso en la mejilla.

—Aunque suene a cliché, no sé qué haría sin ti —dijo emocionada.

—Vamos, date prisa —dijo con una gran sonrisa—. No me gusta que Samantha esté demasiado tiempo a solas con Jeam. Es capaz de meter en su cabeza las ideas más extrañas.

Los dos rieron al imaginarse al novio de Owen escuchando el parloteo de Samantha mientras miraba impaciente la puerta esperando que él apareciera de una vez.

Allyson corrió escaleras arriba.

La esperanza le hizo tener los pies tan ligeros que en menos de un minuto estuvo lista para ir con sus amigos a tomar unas cervezas.

20

Llevaban más de seis meses viéndose. Era todo un record para él. Aún así, cuando Owen le propuso que pasaran juntos la Navidad, a Jeam se le hizo un nudo en el estómago. No recordaba la última vez que había celebrado la Navidad. Es decir, sí lo hacía, pero no eran precisamente celebraciones como la que él tenía en mente. No había cenado en familia jamás.

Se había dejado arrastrar por Owen y había terminado entrando en su mundo. Esa era la verdad. El ático donde vivía el médico era mucho más que un simple apartamento, como este empeñaba en repetir. Estaba en uno de los mejores edificios de Lincoln y tenía unas vistas espectaculares al mar. Habían pasado allí muchas noches cenando o haciendo otras cosas que prefería no recordar en ese momento.

El caso es que no se había negado. La idea de una celebración entre amigos le pareció estupenda en cuanto la escuchó de su boca, como casi todo lo que decía.

Hasta Baran bromeaba con su falta de criterio cuando se trataba de Owen.

Así que tuvo que comprarse un traje. No iba a acudir a la fiesta de su novio vestido de cualquier forma. Los planes también incluían a Evan. Había conseguido convencerlo después de asegurarle que Allyson no estaría. Todavía no comprendía como esos dos eran tan tercos, ninguno había dado su brazo a torcer para llamar al otro, cada uno sumido en su propia autoflagelación.

El gimnasio llevaba abierto desde noviembre, cuando por fin consiguieron todos los permisos después de terminar las obras de remodelación. Todavía tenían pocos alumnos, pero Jeam estaba seguro de que conseguirían llenarlo antes del verano. No había demasiados lugares para entrenar y pelear sin meterse en problemas.

—¿No vas a ponerte corbata?

Jeam le lanzó la misma mirada que utilizaría si viera un unicornio pasar junto a la ventana.

—El traje es suficiente.

—¿Y por qué has insistido en que yo me compre una? —refunfuñó Evan abrochándose el cuello de la camisa.

—Porque tú te la vas a poner—aseguró Jeam echándose otro vistazo en el espejo.

Jeam había gastado una buena cantidad de dinero en esa ropa. Era la primera vez que llevaba traje desde… bueno, desde hace mucho tiempo. Se había dejado aconsejar por un vendedor muy entusiasta que eligió para él esa camisa casi negra y le aconsejó dejar el último botón abierto en lugar de usar corbata. Al parecer eso le confería un aire más *chic*. Jamás habría imaginado que él pudiera ser *chic*, suponía que era algo bueno, así que no se quejó y dejó que también eligiera por él los calcetines.

—Date prisa, no quiero llegar tarde.

Evan rio bajito. Su amigo llevaba todo el día nervioso, había revisado su teléfono móvil un millón de veces y también la hora.

—No te reconozco —bromeó.

Un taxi los llevó a su destino en menos de quince minutos. Habría casi treinta invitados, casi todos eran compañeros de Owen, gente que vivía demasiado lejos de su familia o bien tenía que trabajar el día de Navidad y no podía conducir toda la noche para una simple cena.

Evan y Jeam echaron un vistazo a su alrededor y localizaron muy pronto la zona de bebidas.

—Dijiste que no estaría —murmuró Evan al descubrir a Allyson charlando con Samantha.

—Habrá cambiado de idea a última hora.

Ambos sabían que era una mentira, pero no era el momento ni el lugar de discutir, así que Evan puso su eterna sonrisa y se esforzó por recordar cómo se respiraba. Su pecho se había convertido en piedra.

El vestido de Allyson dejaba la espalda y los hombros al descubierto, se sujetaba al cuello justo bajo el moño que recogía su cabello con un broche brillante que relucía sobre su pálida piel. Estaba tan hermosa que no era capaz de quitarle la vista de encima.

Supo el momento justo en que ella le había descubierto porque se encontró con los ojos azules más bonitos que podía recordar. Esa simple mirada era capaz de atravesar su corazón como un cuchillo la mantequilla. Su pulso se aceleró y se lamió los labios, que tenía absurdamente secos, igual que su garganta.

Caminó hacia él, la vio acercarse esquivando a los demás invitados que no parecían darse cuenta de que él estaba a punto de morir asfixiado. Cuando miró a su lado, Jeam había desaparecido.

—Feliz Navidad.

—Sí. Feliz Navidad —repitió y se sintió como un bobo.

Hubo un silencio incómodo hasta que consiguió reaccionar.

—¿Te apetece tomar otra copa?

—¿Otra copa? —Allyson miró su copa y comprobó que estaba vacía—. Sí, perfecto.

Él la guio hasta la mesa de las bebidas y miró las botellas.

—¿Qué te apetece beber?

—Champagne.

Asintió. Era perfecto. Sacudió la cabeza para refrescar su cerebro, que al parece había olvidado cómo enviar órdenes a su cuerpo. Allyson llenaba cada rincón de su mente. Estaba preciosa y bebía champagne, por supuesto, alguien tan perfecto como ella no tomaría cerveza en una fiesta. Puso una copa también para él y la alzó.

—Por los deseos de Navidad cumplidos —brindó sin dejar de mirarla.

Cuando Owen le había invitado a la fiesta, le había asegurado que ella no iría. ¡Qué tonto había sido! Seguramente él y Jeam habían planeado este encuentro. Y la verdad es que no le molestaba. Había sido un estúpido evitándola durante todos esos meses. Al tenerla frente a él, lo único que deseaba era abrazarla o, mejor aún, besarla hasta que los dos perdieran el sentido.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Allyson.

Se dio cuenta de que llevaba callado demasiado tiempo y ella lo miraba intrigada.

—Es culpa del champagne. No estoy acostumbrado —se disculpó.

—Yo tampoco.

—Deberíamos comer algo. Ya sabes, beber en ayunas es lo peor. No quiero hacer ninguna tontería y que Owen me lance por la terraza de su ático.

Como si hubiera escuchado su nombre, el médico apareció junto a ellos.

—Vaya, aquí estáis —dijo con una sonrisa ingenua que ninguno se creyó—. ¿Qué os parece la fiesta?

—Tienes una casa increíble —dijo Evan—. Ahora mismo íbamos a atacar la mesa de los canapés.

—Pues no tardéis, Baran parece que está hambriento —bromeó—. Y chicos, por si luego estoy demasiado bebido: gracias por venir y que todos vuestros deseos se cumplan.

Allyson le dio un beso en la mejilla a Owen, que aprovechó para cuchichear algo que la hizo sonrojarse. Evan volvió a pensar que estaba preciosa y él era un tonto.

Se sumaron al pequeño grupo que formaban Jeam, Baran y Samantha, que parecía encantada escuchando sus anécdotas.

—Parece que a tu amiga le gusta Baran —susurró Evan acercándose a Allyson. Aprovechó para oler el dulce aroma que desprendía y que le hizo sentirse hambriento. Era como si el tiempo no hubiera pasado; ahora que la tenía a su lado, solo podía pensar en lo bien que olía y en que seguramente sabía tan deliciosa como recordaba.

—Nunca le he visto hablar tanto con una mujer —añadió haciendo un gesto cómplice.

—Tampoco Sam suele ser tan amable con los hombres —dijo Allyson, tan sorprendida como él.

Cuando Owen se unió a ellos, Evan observó a Jeam. Había cambiado. No solo era ese traje que le hacía parecer un actor de película, era algo más sutil que se deslizaba en su mirada y en la calma con la que se movía. Se dio cuenta de que el médico cogía sus dedos en un gesto tan íntimo como casual y jugaba a entrelazarlos mientras hablaban. Era la primera vez que veía que Jeam aceptaba algo parecido a una caricia en público y ese detalle tan pequeño le hizo sentir felicidad, pero también una añoranza amarga que se coló por sus huesos.

—¿Otra copa? —Baran le arrastró unos metros lejos de allí y volvieron a rellenar sus copas de champagne.

La música pop estaba un poco alta y comenzaban a notarse los efectos del alcohol. La fiesta era increíble. Owen había conseguido reunir a un buen grupo de compañeros del trabajo, desde enfermeras a administrativos, incluso uno de los encargados de informática estaba ligando con la anestesista.

—Es la primera vez que asisto a una fiesta de Navidad —dijo Baran observando a la gente bailar y charlar.

—Yo también. Y no está mal —afirmó Evan, entonces le dio un pequeño golpecito y levantó una ceja—. Oye, ¿qué hay entre esa mujer y tú? Parecías muy interesado.

—Es divertida —aseveró Baran.

—Y la mejor amiga de Allyson. Sabías que iban a estar aquí, ¿verdad?

Su amigo se encogió de hombros y miró a las mujeres que en ese momento estaban riéndose de alguna ocurrencia de Owen.

—Mereces otra oportunidad, Evan. Y si sale mal, al menos lo habrás intentado.

—Nunca te he dado las gracias —dijo Evan repentinamente serio —. Aquella noche, si no hubiera sido por ti, me habrían tirado a la calle. Habría muerto en un callejón sin que nadie se molestara en mirar dos veces. Cambiaste mi destino, ¿sabes?

—Ese día moriste, Evan —La mirada enigmática de Baran contenía una tristeza dura y real atrapada en sus ojos azules—. Ahora eres otro. Así que decídete y vive.

Evan abrió los labios para decir algo. Entonces vio a Allyson y comprendió las palabras de Baran. No quedaba nada de aquel chico enfadado que no sabía si iba a despertar al día siguiente, en su lugar estaba él, un hombre distinto, peleando por mejorar su vida. Y no estaba solo. Tenía su propia familia, aunque no compartieran ni una gota de sangre.

Regresaron junto a los demás y Evan se sentó muy cerca de

Allyson, tanto que sus hombros se tocaban. Cuando ella se giró para hablarle agachó la mirada, turbada.

—¿Sabes qué sería perfecto?

Había conseguido suficiente valor para rodearla con el brazo y musitar en su oído la pregunta, también para escapar de sus ojos, porque si miraba a Allyson, si volvía a tenerla a solo un centímetro de distancia, iba a besarla. Y no le importaba si estaba rodeado de gente o si ella le abofeteaba. Porque solo pensaba en sus labios.

Ella inclinó ligeramente el cuello y Evan sintió cómo su sangre corría tan caliente como la lava.

—Vámonos, Allyson. Vámonos de aquí.

Allyson no contestó. Se alejó abruptamente de él y por un momento pensó que le iba a dar una bofetada. En lugar de eso, se mordió el labio, nerviosa, miró una última vez a Evan y se levantó.

Como no se despidió, Evan se quedó pasmado sin saber qué hacer.

—¿No vas a ir tras ella? —preguntó Owen sorprendido.

Evan abrió los ojos como si de golpe fuera consciente de lo que estaba pasando. Dejó la copa en la mesa y se lanzó a esquivar a los demás invitados. Allyson ya estaba en la puerta, con el abrigo y el bolso. Corrió tras ella y entró en el ascensor antes de que se cerrara la puerta.

Sin decir nada, él se aproximó a ella, que se apoyó contra la pared de espejo del fondo. Alzó la mano y pasó el pulgar por los labios de Allyson, que respiraba agitada sin apartar sus ojos de él. El beso le incendió igual que un rayo atravesando su cuerpo. Se dejó llevar y la rodeó por la cintura para pegarla contra él, besándola hasta que los dos quedaron sin aliento. Durante un segundo creyó que podría hacerle el amor allí mismo y la idea le dejó en shock; se había jurado ser fuerte, se había jurado que ella no significaba nada para él, y aquí estaba, perdido por un beso.

La puesta en marcha del aparato los sorprendió. Comenzaron a descender. Alguien subió en otro piso. Ellos continuaban entrelazados. La mano de Evan recorría la espalda desnuda de Allyson mientras respiraba tan cerca que sus alientos se mezclaban. Tembló entre sus brazos, un latigazo de deseo dio directo en su entrepierna y volvió a besarla sin importarle que no estaban solos.

*

Evan dio su dirección al taxista. No hablaron durante el trayecto, estaban demasiado nerviosos por lo que estaba a punto de suceder. Evan dio una buena propina antes de cerrar la puerta del coche y la cogió de la mano para ir a la casa.

—Esta es mi casa. Bueno, en realidad es de Jeam. Yo solo duermo en el garaje.

Allyson le siguió al interior y él encendió la luz y señaló desde la entrada cada estancia.

—Eso es el salón, el baño, la cocina —dijo apresuradamente y fue al frigorífico.

Por suerte, desde que Owen frecuentaba la casa había algo más que cerveza. Sacó una botella de vino y rebuscó en un cajón hasta dar con el abridor. Allyson estaba de pie en el centro, como si no se decidiera, y él se esforzó en abrir la botella. Por fin el corcho hizo un ruido seco y Evan soltó una risita nerviosa. Sacó dos vasos de un armario y rellenó un dedo de vino blanco.

—Estás preciosa esta noche —dijo mirándola a los ojos.

Quizá lo había dicho antes, la verdad es que no lo sabía. Pero era cierto, así que podía repetirlo tantas veces como hiciera falta.

Ella tomó el vaso y sus dedos se rozaron. Ese sencillo contacto hizo que Evan temblara de pies a cabeza de nuevo, se humedeció los labios y dio dos pasos hacia ella.

Los besos se convirtieron en el único lenguaje necesario entre ellos. Las manos de Evan recorrieron codiciosas su espalda, la atrajo contra su cuerpo para no dejar ni un centímetro de espacio entre ellos, y aún así sintió que no era suficiente.

Se detuvo un segundo, tenía que estar seguro de ella quería lo que iba a suceder. Tenía los labios entreabiertos sonrojados por los besos, las mejillas arreboladas y varios cabellos se habían librado de aquel peinado que realzaba su cuello. Evan la besó justo bajo su oreja, acariciándola con la punta de la lengua.

—Esto es una locura —susurró disfrutando el suave aroma de su perfume.

Allyson se llevó las manos al cierre del vestido en el cuello y lo soltó. La tela se deslizó dejando una parte de su cuerpo a la vista.

—Una maravillosa locura —añadió Evan observando la piel que se mostraba como un regalo.

En algún momento decidieron ir a su cama. Evan amó cada centímetro de su piel adorando sus gemidos y sus jadeos, y esa risa que se le escapaba cuando mordía en el rincón de su cadera. Jamás había sentido esa conexión con una mujer. Nunca antes el sexo se había convertido en entrega. Eran algo más que dos cuerpos enredados en las sábanas; se fundieron el uno en el otro y sintió las uñas de Allyson en su espalda cuando consiguió arrancarla el segundo orgasmo.

Jadeando, se dejó caer al otro lado de la cama y arrastró las mantas para cubrirlos.

Sin decir nada, Allyson se recostó sobre su pecho y él la rodeó

acariciando su hombro.

—¿Estás bien?

Evan sabía que no era la pregunta más apropiada después de lo que acababa de suceder entre ellos, sin embargo, necesitaba conocer la respuesta. Se puso de lado y sujetó su cabeza con la mano para poder observarla.

—Claro que sí. ¿Y tú?

—Mucho más que bien —contestó con sinceridad—. Tengo que dar las gracias a Jeam por convencerme de ir a la fiesta.

—¿No querías ir? —con la pregunta apareció una arruga en su frente y Evan la besó en la punta de su nariz—. ¿Por mí?

—Soy un idiota, lo sé. Pero tenía miedo.

—¿Miedo? ¿De qué?

—Miedo de esto, Allyson —la estrechó contra él y cerró los ojos aturdido por el contacto. Podía sentir cada curva de su cuerpo, cada latido de su corazón—. Tenía miedo de todo lo que siento por ti.

Ella dejó un sinfín de pequeños besos recorriendo el lugar donde él se había tatuado.

—Es nuevo —susurró sobre su piel.

—Sí. A veces uno necesita recordar dónde está su hogar.

La yema de los dedos de ella se posó sobre la punta que señalaba el Norte en la estrella que llevaba sobre su pecho.

—Siento el daño que te hice —se disculpó y se volvió a apoyar sobre su piel. Evan pasaba las puntas de sus dedos sobre su espalda, muy despacio.

—Fui un idiota, Allyson. Tenía que haber sido sincero contigo.

—Los dos lo hicimos fatal.

Él besó sus cabellos y los sujetó para hacer que ella volviera a mirarle.

—No importa ya. Quiero intentarlo de nuevo. ¿Me darás otra oportunidad, Allyson?

—¿Me la darás tú a mí?

Se dejó besar por ella, entreabrió los labios para dejar que le invadiera, demasiado absorto con el roce de sus pechos.

—Tienes frío —afirmó cuando los pies helados de ella se colaron entre los suyos—. Espera, ahora vengo.

Abandonó la cama completamente desnudo y salió lo más rápido que pudo. Le escuchó maldecir en la cocina.

—He encendido la caldera —dijo al entrar en el dormitorio con la ropa que habían dejado tirada por el suelo—. Dame un segundo y vuelvo con el vino.

Cuando regresó, ella estaba cubierta hasta la barbilla con expresión somnolienta.

—Necesito saber algo —dijo al volver a abrazarla—. ¿Por qué no

te fuiste con Michael?

Ella tardó una eternidad en contestar y cuando por fin lo hizo, su voz estaba inundada por la tristeza.

—¿Recuerdas aquella noche en mi jardín?

—Claro. Era de noche y tú estabas tan hermosa —No pudo contener las ganas de volver a besarla, aunque solo fue un roce en sus labios—. Recuerdo el vestido que llevabas.

—¿Sabes lo que yo recuerdo? A ti sobre mi cuerpo, tus hombros se recortaban contra la oscuridad, tu pecho ondulaba mientras me amabas. Te miré a los ojos y vi el cielo, oscuro y estrellado, en ellos. Sentí que me podía perder en tus brazos, que tú me sujetarías y no me dejarías caer nunca.

Evan sintió que se sonrojaba como jamás le había sucedido y parpadeó, confuso.

—Yo tampoco he olvidado aquella noche.

La besó con impaciencia, necesitaba ahogar la angustia que le estrujaba el corazón, no soportaba lo que ella le hacía sentir y temía que, cuando amaneciera, todo volviera a desaparecer entre ellos.

—No quiero a Michael —Le apartó con una mano sobre el pecho, obligándole a escuchar—. Te quiero a ti, Evan.

—¿A mí? —Negó con la cabeza muy lentamente—. Yo no soy nada, Allyson. Solo tengo estaba habitación y un montón de deudas. Nunca podré darte nada.

—No tienes que hacerlo. No necesito dinero.

—Allyson, yo… —Evan se sentía como si su pecho fuera de cristal y su corazón estuviera a punto de romperse con el siguiente latido.

Allyson notó cómo los ojos se le llenaban de lágrimas y puso su mano en la mejilla de Evan. Jamás había amado a alguien como le amaba a él.

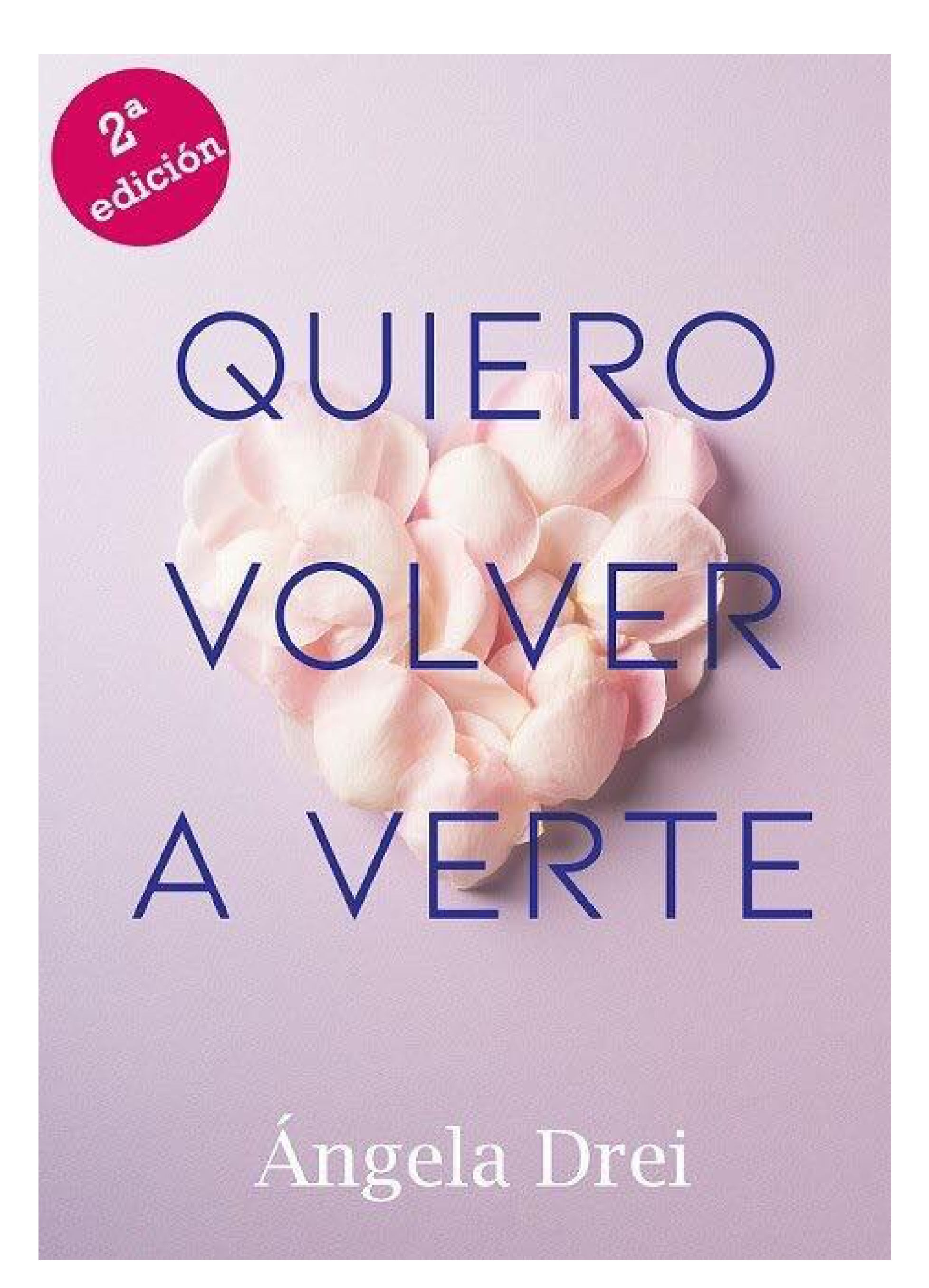
—Yo no sé escribir poesía —musitó Evan con los ojos ardiendo de deseo—, yo solo sé que te quiero.

Evan sabía que Allyson era la mujer más increíble que hubiera conocido y le había elegido a él, a su lado podría ser capaz de volar. Rodó sobre la cama para quedar bajo ella, el cabello de Allyson se extendía sobre sobre sus hombros.

Se saborearon con calma, desgranando cada segundo con una caricia y dijo mil veces «te amo» sobre sus labios. Las caderas de ella se balanceaban sobre las suyas, ambos intentaban mantener un ritmo que sus cuerpos se empeñaban en desbaratar. Sus gemidos le volvían loco y cuando la sintió estremecerse no pudo aguantar más y se dejó arrastras por ella.

Por primera vez, Evan sintió que su vida tenía sentido y se atrevió a soñar con un futuro. Cerró los ojos y durmió abrazado a Allyson y supo, por fin, que este era hogar.

FIN



Quiero volver a verte

«Quiero volver a verte» ¿De dónde había salido esa frase? James

estaba seguro de que era la primera vez que la pronunciaba. Ni siquiera sabía que él podía decir algo así.»

James ha vivido su juventud quemando los días y las noches. Ha cometido muchos errores y herido a las personas que más le quieren.

Hasta que una sencilla joven española llega a su vida y hace que su corazón despierte por primera vez.

James va a luchar para ser el hombre que merezca estar en la vida de Susana, y ella tendrá que olvidar el miedo a enamorarse de nuevo.

Segunda edición abril 2018 con capítulos nuevos.



Cuando acabe el invierno

¿Cuánto dura un invierno?

El corazón de Marie ha vivido atrapado durante mucho tiempo. Con miedo, casi sin fuerzas, lucha por escapar de todos los que han destrozado sus ilusiones y decide comenzar una nueva vida.

Álex ha conseguido enterrar su pasado en lo profundo de su corazón. Cada día sirve el desayuno a muchas mujeres, siempre oculto tras una sonrisa perfecta. Hasta que un día llega a su cafetería una chica con gafas oscuras y un gran bolso azul.

¿Puede algo tan sencillo como un café curar las heridas? Marie tiene que ser valiente para ser libre, y quizá con un poquito de canela consiga volver a sonreír.

Pulsa y sigue leyendo

[1] El *muay thai*, conocido también como boxeo tailandés, es un deporte de contacto tailandés, el cual se desarrolla de pie por medio de técnicas combinadas de piernas y brazos.

Hoy en día el *muay thai* se ha convertido en un símbolo nacional de la historia y la identidad del Reino de Tailandia. Sus raíces están en el Muay Boran, variante tradicional y arte marcial (que incluye figuras, técnicas a mano abierta, luxaciones, lanzamientos y derribos). En la actualidad esta disciplina complementa al *muay thai*, junto con el boxeo occidental.

En la actualidad el *muay thai* suele ser considerado como un deporte extremo, lo cual favorece la realización de apuestas, y por lo tanto un deporte que se considera ilegal en varios países y en algunos estados de Estados Unidos.

[2] El *full contact*, también llamado *kick boxing* americano o full-contact karate, es un deporte de combate similar al boxeo y otras artes marciales, donde los participantes, además de los golpes de puño, emplean patadas y barridos propios del taekwondo y el karate. La meta es la puesta fuera de combate o nocaut (K.O., *knock out*). Es similar al *kick boxing*, con la diferencia de que no se permite patear los muslos del oponente, de modo que todos los golpes y patadas solamente son permitidos arriba de la cintura.

Actualmente es un deporte de combate de difusión mundial, que cubre todas las categorías. Sin embargo, su práctica como disciplina individual está decayendo rápidamente debido al auge del *kick boxing* y de las artes marciales mixtas, al punto que en algunos casos ha sido incluido dentro de las modalidades de competencia de varias federaciones, asociaciones y organizaciones de *kick boxing*.

[3] En la práctica de deportes de contacto como el boxeo, *full contact* o *muay thai*, los contrincantes se dividen por su peso para que la pelea sea equilibrada. El peso *welter* equivale a 66,7 kg en mujeres y 66,7 en hombres

[4] Tipo de patada frontal que puede ir dirigida tanto al torso como al rostro.

[5] En la práctica de deportes de contacto como el boxeo, *full contact* o *muay thai*, los contrincantes se dividen por su peso para que la pelea sea equilibrada. El peso *bantam* o gallo equivale a 53,5 kg en mujeres y 55,5 en hombres